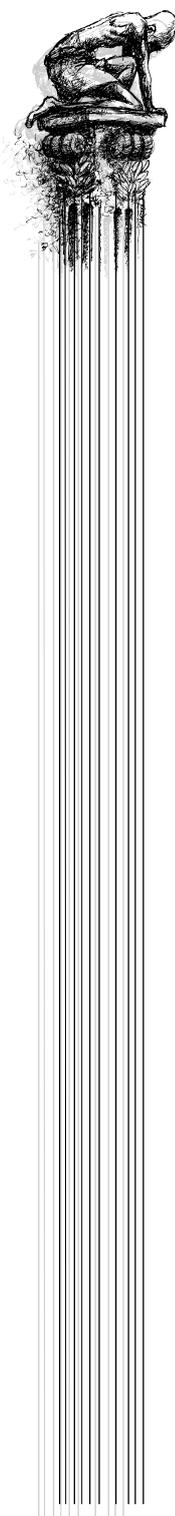


AÑO 97, No. 3-4, JULIO-DICIEMBRE 2006
ISSN 0006-1727 RNPS 0383

REVISTA

DE LA BIBLIOTECA NACIONAL JOSÉ MARTÍ



Año 97 / Cuarta Época
Julio-Diciembre, 2006
Número 3-4
Ciudad de La Habana
ISSN 0006-1727
RNPS 0383

Director anterior: Julio Le Riverend Brusone (1978-1993)

Director: Eliades Acosta Matos

Consejo de redacción:

Rafael Acosta de Arriba, Salvador Bueno Menéndez, Ana Cairo Ballester, Tomás Fernández Robaina, Josefina García Carranza, Zoila Lapique Becali, Enrique López Mesa, Francisco Pérez Guzmán, Siomara Sánchez, Emilio Setién, Carmen Suárez León, Eduardo Torres Cuevas

Jefa de redacción: Araceli García Carranza

Edición y Composición electrónica: Marta Beatriz Armenteros Toledo

Idea original de diseño de cubierta: Luis J. Garzón

Versión de diseño de cubierta: Dayami Padrón Martínez

Viñetas: Rolando Vázquez Hernández

Canje: Revista de la Biblioteca Nacional José Martí

Plaza de la Revolución

Ciudad de La Habana

Fax: 881 2428 / 33 5938

Email: revbnjm@bnjm.cu

En Internet puede localizarnos:

www.bnjm.cu

Primera época 1909-1912

Segunda época 1949-1958

Tercera época 1959-1993

Cuarta época 1999-

La Revista no se considera obligada a devolver originales no solicitados.

Cada autor se responsabiliza con sus opiniones.

Índice General

UMBRAL

El doctor José Antonio Portuondo y las virtudes de lo incómodo 7

ELIADES ACOSTA MATOS

ANIVERSARIOS

José Antonio Ramos (1885-1946)

La recurva de José Antonio Ramos: expresión de una época 10

IRAIDA D. RODRÍGUEZ FIGUEROA

Décimo aniversario de la muerte de José Antonio Portuondo (1911-2006)

El heroísmo intelectual, una obra poco recordada
de José Antonio Portuondo 15

ARMANDO CRISTÓBAL PÉREZ

A Berta, compañera 26

LUIS TOLEDO SANDE

José Antonio Portuondo: un testimonio 30

EUSEBIO LEAL SPENGLER

Doctor José Antonio Portuondo 31

DAISY RIVERO ALVISA

Poema “Las voces” de Luis Suardíaz (1956-2006)

Suardíaz 33

LUIS MARRÉ

“Las voces” 35

Desembarco del yate Granma (1956-2006)

El desembarco del *Granma* y la crisis institucional cubana 37

JORGE RENATO IBARRA GUITART

Reajustes de la política militar norteamericana
hacia la dictadura de Batista (1956-1958) 51

SERVANDO VALDÉS SÁNCHEZ

Rumbo a la guerra 59

MAYRA ALADRO CARDOSO

Las Fuerzas Armadas de Cuba ALERTAS en diciembre de 1956 71

MARILÚ URALDE CANCIO

“Moncada”, <i>Granma</i> , Sierra Maestra: surgimiento de un nuevo Ejército	79
JOSÉ R. HERRERA MOLINA	
MEDITACIONES	
La dialéctica, Heráclito, Luis Suardíaz y el río que fluye	89
VIRGILIO LÓPEZ LEMUS	
<i>Almendra</i> , las identidades culturales y el “choque de civilizaciones”	101
ELIADES ACOSTA MATOS	
Cristóbal Colón: su vida en el tiempo	108
JULIO LE RIVEREND	
Los niveles, fases y etapas del fenómeno bibliográfico y la disciplina que lo estudia	121
EMILIO SETIÉN QUESADA, TOMÁS FERNÁNDEZ ROBAINA Y ARACELI GARCÍA CARRANZA	
Aproximación a la verdadera historia de Cayo Confites	142
ELENA ALAVEZ	
Alejo Carpentier, el musicólogo	150
RAÚL MARTÍNEZ RODRÍGUEZ	
Fernando Ortiz. Una metodología que funda y arrasa	153
JUDITH SALERMO IZQUIERDO	
El camino de las definiciones. Los intelectuales y la política en Cuba (1959-1961)	165
JESÚS CÉSAR GUANCHE	
¿Martí suicida?	179
JESÚS DUEÑAS BECERRA	
Cátedra María Villar Buceta: homenaje a una bibliotecaria excepcional	183
VILMA PONCE SUÁREZ	
Identidad de dos pueblos: Cuba y Venezuela	190
ROBERTO VALDÉS	
CRÓNICAS	
La maestría de Cintio Vitier	194
MERCEDES SANTOS MORAY	
Recordando a Panchito Pérez Guzmán	196
ZOILA LAPIQUE	

¿Por qué así?	198
MARTA B. ARMENTEROS	
Tobón Mejía en Cuba	200
NYDIA SARABIA	
DOCUMENTOS RAROS Y VALIOSOS	
Traducción al español de dos textos en latín de José Rubinos	203
AMAURY B. CARBÓN SIERRA	
LIBROS	
Elogio de un <i>Bembé</i> ... (a propósito del último libro de la doctora Ana Cairo)	206
AMAURI FRANCISCO GUTIÉRREZ COTO	



El doctor José Antonio Portuondo y las virtudes de lo incómodo

Eliades Acosta Matos

Historiador, ensayista y escritor

El décimo aniversario de la muerte del doctor José Antonio Portuondo Valdor se cumplió el pasado 19 de marzo. También el veinte aniversario del momento en que le fuese otorgado el Premio Nacional de Literatura. La *Revista de la Biblioteca Nacional*, con la que Portuondo colaboró de manera regular, se honra en dedicar a su memoria el presente número.

Fue el doctor Portuondo un intelectual de raigambre cubana, representante de esa estirpe señorial de las letras que no ha dudado nunca en ponerse al servicio de las mejores causas, que no por casualidad siempre son las más cercanas al pueblo. Este hombre sabio, fino y sensible cumplió un destino muy nuestro, el mismo que llevó al poeta Carlos Manuel de Céspedes a morir peleando sólo ante los soldados del Batallón de San Quintín, en un remoto paraje de la Sierra Maestra; a José Martí, orgullo de la lengua española, inquieto y renovador, a caer de tres balazos en la llanura de Dos Ríos, o a Pablo de la Torriente Brau, periodista impecable, narrador acerado e irónico, a perder la vida por la República española, enfrentando, con las armas en la mano, a quienes no la querían.

Desde su más temprana juventud, Portuondo inició su camino literario impregnando a su obra con inquietudes sociales y un enfoque filosófico marxista. Sus juicios acerca de cualquier asunto, por trivial que pudiese parecer (es fácil apreciarlo ahora releendo aquellos trabajos primeros), eran mucho más profundos y acabados que los que entonces publicaba la prensa. Siempre fue fiel a esa lucidez y claridad conceptual. Nunca la sintió reñida con la belleza o la amenidad. Su coherencia ejemplar lo salva de los reproches de tantos *dilettantes* veleidosos, de ayer y de hoy, que mezclando autoridades mal digeridas y plegándose a las modas literarias de turno sienten, no sin razón, que alguien como Portuondo les aguantaba, y les sigue aguantando, la fiesta fácilmente.

Con apenas veinticinco años ya figura impartiendo por radio, en la *Hora cubana de cultura popular*, un curso introductorio a la Historia de Cuba. En ese mismo año de 1936, en el volumen correspondiente a enero-febrero, la exigente *Revista Cubana* publica su “Astrolabio de la moda”, codeándose con escritores de la talla de Henríquez Ureña, Mañach, Márquez Sterling,

Novás Calvo, Lizaso y Borrero Echevarría. “La moda no es más que un reflejo de la lucha de clases [...] círculo cerrado, lucha defensiva de las clases superiores ante el empuje de las de abajo [...]” afirmaba ante la previsible boca abierta de los cronistas sociales, siempre envueltos en tules y ensoñaciones azuladas. Y debió de hacerse notar, y mucho, este joven que proclamaba semejantes verdades, tan diferentes a las hipocresías y frivolidades habituales, citando a Simmel y a San Francisco de Sales, a Sombart, a Américo Castro y a Varela, para concluir en lo que debió caer como una gota fría sobre los plácidos burgueses de la época, tras examinar las chinerías y orientalismos que permeaban la moda occidental:

Fuga al Oriente, según Henri Massi, rebelión de los pueblos inferiores para Spengler, el prusiano. Para nosotros, anuncio de los nuevos tiempos en que la mujer sabrá [lo está sabiendo ya] del chino trabajador que sirve en los arrozales, de otra manera que por la estampa y el sombrero alón y puntiagudo que la embellece en la playa. Tiempos nuevos en que la moda no venga a poner barreras entre grandes y pequeños, sino que alce un unánime canto de exaltación al hombre renacido.

Otro de sus escritos, el texto de la conferencia sobre Casal pronunciada en el Palacio Municipal a fines de 1936 o principios de 1937, responde a una convocatoria de Emilio Roig, el historiador de la ciudad de La Habana, dentro del ciclo “Conferencias de historia habanera”. Titulada “Angustia y

evasión de Julián del Casal”, evoca elegantemente al poeta como pocas veces antes, y casi ninguna después, se ha hecho. A la erudición precoz, capaz de recrear de forma magistral la época en que este vivió, suma Portuondo una redacción brillante e imaginativa, reparando en detalles de la vida familiar de Casal que marcarían su obra de manera indeleble. En texto tan detallado como este hay lugar para revelarnos el plan original que Casal se proponía con la serie “La sociedad de La Habana”, la cual debía figurar en dieciséis números sucesivos de *La Habana Elegante*, donde abarca desde el análisis del entorno familiar del general Sabás Marín, hasta los círculos artísticos, literarios y deportivos de la ciudad, pasando por lo que denominaba la “Alta burocracia, la antigua y nueva nobleza”.

Las motivaciones intelectuales de Portuondo asombran, aún en nuestros días, cuando casi todos los temas ya han sido escrutados al detalle, y se hace muy difícil deslumbrar por la novedad de los enfoques. De Martí a Luisa Pérez de Zambrana; de Maimónides al *Papel Periódico de la Havana*; de Varela a la poesía de Nicolás Guillén; de la familia de los Urbach a la teoría leninista del reflejo, Portuondo nos adentra en mundos fascinantes, siempre a la luz del compromiso con su tiempo y la redención humana; siempre profundo, siempre cubano. Puede decirse que jamás escribió sin sentido, sin buscar con ello la complicidad, la activación y el compromiso del lector. En eso, y no en otra cosa, consiste la verdadera unidad entre la cultura y la política, o dicho con palabras del doc-

tor Armando Hart, “el arte martiano de hacer política”.

Casi testigo presencial del asalto al Cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953, en su natal Santiago de Cuba, participó Portuondo de las convulsiones revolucionarias de su tiempo, y no lo sorprende el triunfo de la Revolución como espectador pasivo. Ocupó cargos importantes en el gobierno revolucionario, desde rector universitario hasta embajador. Viajó por el mundo llevando la voz de la intelectualidad cubana comprometida. Fue vicepresidente de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba y del Instituto de Literatura y Lingüística. En 1975 hizo el panegírico de Alejo Carpentier en ocasión del otorgamiento a este del título de Doctor Honoris Causa de la Universidad por La Habana. En 1986 recibe el Premio Nacional de Literatura. Muere diez años después, el 19 de marzo, a la edad de ochenta y cinco años.

El doctor José Antonio Portuondo nos legó una obra de solidez ejemplar, pero más que ello, la demostración de que se puede servir con el talento propio a la causa común, sin menoscabo para el rigor ni temer al compromiso. “El socorrido profesor” lo llama uno de

sus detractores desde la lejanía del tiempo y la distancia, reprochándole, precisamente, lo que lo hace más grande si cabe: su historial al servicio de la Revolución y al pueblo cubano, la modestia y sencillez de un hombre enciclopédico, de uno de los cubanos más sabios que hayan nacido en este suelo.

Molesta la coherencia intelectual a quienes han pasado de publicar exaltados poemas jacobinos en los sesenta a ditirambos napoleónicos en los noventa.

Molesta la integridad a los que jamás la han tenido, ni entre nosotros, ni contra nosotros, y hoy maldicen con decadente galanura, bien lejos de nosotros.

Molesta la humildad a las vedettes que mutuamente se enjabonan en las páginas de publicaciones pagadas con dinero ajeno, donde se intenta reescribir el pasado de Cuba.

Molesta la sabiduría a tanto idolillo de barro que usurpa la silla de los oráculos.

A esta fauna, el doctor Portuondo les molestaba, y les sigue molestando.

Una razón más para dedicarle el presente número de nuestra Revista.

ANIVERSARIOS

José Antonio Ramos (1885-1946)

***La recurva de José A. Ramos:* expresión de una época**

Iraida D. Rodríguez Figueroa

Profesora de la Universidad de La Habana

José Antonio Ramos constituye uno de los más aguzados ejemplos del ascendente proceso de ideologización que se produce en los años convulsos que median entre los años 1923 y 1940. Proyectándose sobre la base de un patriotismo irrenunciable, irá transformando su pensamiento y su actuar desde un individualismo cargado de eticidad, intelectualizador y pesimista, hasta el confiado entusiasmo por las ideas socialistas y la actividad política de las masas proletarias.

La obra creadora de José A. Ramos será ininterrumpida tarea por conseguir expresar la situación cubana en toda su complejidad, intentar su comprensión y atisbar posibles soluciones. Distintos géneros servirían a este propósito, pero entre ellos habrá siempre uno que será su más dúctil material: el teatro. Curiosamente, una de las más claras percepciones de este fenómeno lo ofrecerá un artículo escrito no por un crítico literario, sino por un líder obrero: “A la muerte de Ramos”, de Lázaro Peña, secretario de la recién nominada Confederación de Trabajadores de Cuba, quien en 1946 publicó en la re-

vista *CTC* una breve semblanza donde, entre otras reflexiones, señalaba:

José Antonio Ramos tuvo en su vida dos grandes amores: Cuba y el Teatro, por la primera quebró lanzas continuamente a través de sus 61 años de vida, fustigó a los vende patrias, acusó sin reservas y con valentía a los que un día y otro se empeñaban en opacar el brillo de nuestra nacionalidad [...] por el segundo trabajó incansablemente, dándole su más enardecido entusiasmo y con él su talento [...].

Efectivamente, el teatro era para José A. Ramos la otra gran prioridad de entrega, después de su patria. A él va a dedicar sus esfuerzos en cuanto institución para su desarrollo se cree, en el trabajo de lectura y conocimientos, la labor autoral y el auspicio y participación en proyectos de actividades y grupos teatrales. Pero siempre con una concepción muy precisa de lo que él consideraba debían ser sus objetivos en una sociedad como la cubana de su época, los que expresará nítidamente en el prólogo a su última obra teatral: *FU-3001*, de 1944: “A mí me importa el teatro como arte social en acción, como

creación artística, como expresión en diálogo –forma platónica, universal e insuperable– de todo lo que siente y piensa un pueblo, a través de sus más amorosos y profundos exégetas”.

Ramos va a entregar al teatro cubano el motivo recurrente de caracterizar una familia en la que se definen las contradicciones fundamentales de la nación en cada época representada. La primera gran realización en este sentido lo alcanza con *Tembladera*, premio de la Academia Nacional de Artes y Letras en el concurso de literatura 1916-1917. En ella, a través de un conflicto familiar hábilmente delineado mediante personajes particularizados, social, política y psicológicamente, se ofrece una gran síntesis de los elementos que actuaban en la sociedad cubana y de lo que constituía la misión fundamental del momento: mantener la tierra como propiedad cubana y hacerla avanzar mediante el trabajo productor, único medio de salvación social. La obra tiene un desenlace simbólico cuando la finca familiar, que continúa en sus manos, deja de llamarse “Tembladera” para, por su nuevo estado, denominarse “Tierra firme” o “Esperanza”.

Otras obras repetirán el procedimiento, pero en ninguna Ramos volverá a alcanzar la intensidad de *Tembladera*, hasta que en 1939 escriba, especialmente para ser estrenada por el Grupo Teatro Popular de Paco Alfonso, su pieza *La recurva*.

En *La recurva* vuelve a utilizar la peripecia de una familia para corporeizar en ella los conflictos de la sociedad cubana. Esta vez la época histórica corresponderá a octubre de 1936, precisión temporal que el autor dejará

explícita en las acotaciones iniciales. Ha ocurrido, por tanto, la “ida a bolina” de la Revolución del 30, la mediación, el alzamiento de las clases y soldados del 4 de septiembre, el Gobierno de los 100 días con los decretos nacionalizadores de Antonio Guiteras y el golpe de estado que instauró la dictadura Mendieta-Batista-Cafferi para ahogar en sangre el movimiento popular. Había sobrevenido la huelga general de 1935, aplastada por la implacable ola represiva que estableció la tiranía para mantenerse en el poder, y ya se había producido el asesinato de Guiteras Holmes, con lo que quedaba cerrado el ciclo revolucionario de la etapa.

Precisamente, este entramado histórico va a proporcionar sustentación al conflicto familiar condensado en los tres personajes principales, fundamentalmente en los dos hermanos que ocuparán los polos opuestos en el afrontamiento de la situación histórico-social y dramática. El detonante de la contradicción pugnaz será un fenómeno natural –y aquí podemos usar el término en su doble acepción de referente a la naturaleza y de naturalidad o sencillez–, un ciclón, que constituye una alegoría imperfectible de la situación: A una primera fase de vientos fuertes había sucedido su recurva, que es más violenta y destructiva. Así, en el tiempo histórico, al torbellino machadista, después de la breve calma del vórtice u ojo de la tempestad, había sobrevenido la recurva de la tiranía, más empecinada y sangrienta, pues ya conocía la fuerza latente en los sectores revolucionarios.

Si en este sentido la obra es una expresión reveladora de la época, también

lo es desde el punto de vista del trabajo autoral, ya que constituye el aporte de José Antonio Ramos al proceso de renovación del teatro cubano que hace de este período –iniciado alrededor de 1936– el de la constitución de una gran dramaturgia cubana moderna. Sólo entrelazando estos dos elementos de análisis puede accederse a la justedad valorativa de esta pieza dramática.

La recurva es la obra de construcción estructural más lograda de José A. Ramos, con la utilización impecable de la técnica del *one act play* del teatro norteamericano, tan bien conocida por nuestro escritor. Ella supone que la acción se inicie sin una fase de exposición del conflicto y se ofrezcan de manera inmediata las contradicciones que lo componen y los personajes comiencen su desempeño a partir de una trayectoria anterior plenamente asimilada. Para alcanzar estos presupuestos, Ramos adoptará diversos recursos:

Antecede el texto dramático con acotaciones psico-biográficas de los personajes que son demostrativas de la representatividad de estos. Una síntesis apretada de la biografía de los tres principales verificará este aserto:

Juan de la Maza es veterano de la guerra de independencia a la que marchó en 1985 y terminó con el grado de Capitán. Es un hombre de trabajo sencillo e ingenuo. Sirvió en la guerra a las órdenes de Eulogio Pradillo, héroe y mártir de la causa. Aún trabaja con cierta tolerada categoría de arrendatario, siembra y recoge modestas cosechas y cría algunos animales.

Juan, su hijo. Nació en 1897, en plena manigua. Laborioso y sencillo pero

despierto a los acicates de la época. Miembro de la Guardia Rural, en la que llega a Sargento, hasta 1920. En la “Danza de los Millones” deviene colono de un central azucarero con la ayuda del poderoso Jacinto Pradillo. En 1931, la baja del azúcar lo deja arruinado y con deudas. Por desesperación se torna conspirador y revolucionario. Con la caída de la tiranía y el auge económico de los años siguientes pide su ingreso en el nuevo ejército. Su excelente hoja de servicios le abre el camino. Aparece en escena con corta licencia de dos o tres días.

Eulogio Pradillo de la Maza. Nació en los mejores días de la casa, el año de 1912: el padre en la plenitud de su vigor, con todas las tierras del antiguo ingenio de los Pradillos como suyas y socio industrial de Don Jacinto en crías y otros negocios. Demuestra desde niño una precoz inteligencia y se le destina con el bienestar de la familia, a una carrera universitaria. En 1929, con 19 años termina brillantemente su bachillerato. Pero las circunstancias de la familia son entonces otras. Las relaciones paternas con el antiguo protector se redujeron al mero inquilinato informal de la casa de tablas y tejas ocupada por él desde el final de la guerra y al usufructo, sin contrato de ninguna clase, de algunas tierras circundantes. No obstante, el joven ingresó en la Universidad en 1930. La tiranía imperante le cierra las puertas y le abre el ancho camino de las violentas utopías sociales. Conspira contra el tirano y entra valientemente en actos y demostraciones revolucionarios al lado de su homónimo Eulogio Pradillo, hijo de Don Jacinto, a la sazón también

en rebeldía contra el gobierno. En 1933 se salvó milagrosamente de la tortura y la muerte con una escapada a México que gestiona y costea el poderoso Don Jacinto para su hijo y su supuesto primo. Dos años más tarde, apenas curado de las decepciones y la miseria, de su exacerbación revolucionaria, regresa a la patria, pacificada a medias. La policía al verlo junto a sus amigos de otros tiempos, reanuda su persecución. A raíz de un nuevo atentado, en el que se le supone implicado, huye de La Habana y va a refugiarse en el que considera aún su hogar, junto a sus padres.

Con estas detalladas acotaciones cuando se inicia la escena ya estos personajes tienen conformados una experiencia, postulados ideológicos, frustraciones, anhelos, enemistades, sospechas y rencores que comenzarán a funcionar en sus relaciones interpersonales.

Después de una detallista descripción ambiental que sea capaz de dotar al escenario de la concreción realista del desastre natural, el cual está teniendo lugar, así como del estado físico y psicológico de los personajes, la acción comenzará con dos bocadillos que establecen la situación y a la vez dan cuenta de sus antecedentes:

Dice la madre: *Ya está como anoche. O peor.*

Y la nuera subraya: *Más fuerte que antes.*

Este temor producido por las circunstancias físicas que los amenaza será el detonante para liberar las oposiciones entre los personajes, que resultan multicategoriales. Las hay familiares y hasta se insinúan las de celos amorosos.

Las posiciones de estos personajes se clarifican y aumentan de intensidad, rápidamente, hasta el clímax que les demanda una determinación concluyente:

EULOGIO:

Si ustedes no se atreven yo iré solo. ¡Para algo servirá la dinamita de los traidores a la revolución!

JUAN:

(Luchando con su padre) ¡Déjame viejo! De aquí no sale vivo el desgraciao ese...

EULOGIO:

¡Si tú has prohibido que se hable de la alcantarilla esa, es porque sabes demasiado que es la ruina del viejo! Y yo sé cómo hay que manejar esos cartuchos: ¡hasta debajo del agua!

EL VIEJO:

(Encarándose con su hijo a quien aguanta vigorosamente) ¡Pues yo voy con él, pa que lo sepa!

JUAN:

¡Adonde él va es a la casa, a volarla con esa dinamita que yo he querido entregar y tú no me has dejado! Lo que él quiere no es salvarte de la ruina. ¡Mentira! Sino acabar con la casa del otro. Él ya no piensa en ti ni en nosotros, ni en nadie. No sabe más que odiar. No tiene más impulsos que matar, que acabar con el mundo. ¡Malnacío!

EL VIEJO:

¡Vamo loj- tre-jentonse!

JUAN:

¡De aquí no sale nadie!

EL VIEJO:

¡No, asina no! Que aquí estoy yo...

Es importante señalar cómo esta obra cuyo desarrollo fundamental se produce a través del lenguaje, sin apenas

otro recurso donde se concentre la acción, logra a través de un manejo efectivo del diálogo –y véase que no es ni siquiera un diálogo cortado, sino con algunos parlamentos marcadamente extensos– mantener la atención dramática en ascenso ininterrumpido hasta su final.

El desenlace no se produce en términos tradicionales: Se esboza en una acción física final en la que dos de los personajes, Eulogio y el padre, salen a la tempestad para destruir lo que significa el peligro inminente de ser sepultados por el agua y se ven sólo sus sombras moviéndose fuera. La interpretación que cada receptor dé a esta salida será “su desenlace” de la obra y “su anticipación” de lo que considere pueda ser la salida de la coyuntura histórica reflejada. Inteligente recurso dramático este que sirve, histórica y teatralmente, a Ramos para preservar la veracidad de su propuesta artística: un final feliz, hubiera constituido una frivolidad de la óptica del análisis situacional; un final adverso hubiera denotado la negación absoluta de las reservas revolucionarias del hombre para sostener el proceso de ascenso social.

José Antonio Ramos, quien había quebrado lanzas por la acción revolucionaria de su pueblo, por la independencia nacional y un futuro mejor para su país, logra con *La recurva* la expresión más exacta de la contingencia de la época que aborda dramáticamente. Como autor no podía ofrecer una salida que no se avizoraba aún en la realidad, como hombre anhelaba que esa salida fuera la del triunfo de las masas obreras, de las ideas revolucionarias, del progreso humano. Como gran gesto demostrativo de su afán de servir a esa causa, entregará su tesoro, su biblioteca, el único tesoro que acumuló en la vida, a la Central de Trabajadores de Cuba (CTC).

La recurva es una obra injustamente desatendida por la crítica literaria –si nos atenemos a la triste realidad, hay que decirlo, casi toda la labor intelectual de José A. Ramos lo es–. Un análisis detallado y profundo de la arquitectura dramática de ella develaría la madurez y eficacia artística alcanzada por el teatrista a la vez que reafirmaría el honesto, noble, sincero y tenaz humanismo con el cual amó a su patria y trabajó por ella este intelectual cubano.

*Décimo aniversario de la muerte
de José Antonio Portuondo (1911-2006)*
***El heroísmo intelectual, una obra
poco recordada de José Antonio
Portuondo****

Armando Cristóbal Pérez

Escritor, ensayista y crítico literario

Los ensayos que integran *El heroísmo intelectual*, redactados a lo largo de tres lustros, constituyen –como explica su autor–, “[...] diez variaciones sobre el tema [...]”. Algunos de ellos han sido publicados con posterioridad, fuera de contexto, en otras selecciones editoriales. Pero lo verdaderamente significativo de la edición príncipe, más allá del valor intrínseco de cada ensayo, es la aguda y descarnada valoración que se desprende del conjunto, en cuanto a un asunto de permanente importancia, y que Portuondo sintetiza de la manera siguiente: “En las horas de crisis en que el hombre se debate en la encrucijada de concepciones antagónicas de la realidad, la expresión literaria comporta un indudable heroísmo”.¹ Pero, antes de dar atención a *El*

heroísmo intelectual, resulta indispensable referir someramente la trayectoria de Portuondo y su labor intelectual anteriores a la publicación del libro.

Al nacer Portuondo, el 10 de noviembre de 1911, apenas habían transcurrido doce años desde la intervención estadounidense en la isla. Sólo diez, desde que la Asamblea Constituyente se viera obligada a aceptar la Enmienda Platt. Nueve, desde la toma de posesión de Tomás Estrada Palma como primer presidente de la república. Ocho, de una segunda intervención estadounidense. Dos, desde que el interventor Magoon dejara el gobierno en manos del nuevo presidente electo, José Miguel Gómez.

Apenas tenía Portuondo un año de nacido, cuando se produjo el levantamiento

* Versión ligeramente reducida y modificada de la publicada originalmente con el título “Sobre el heroísmo intelectual de José Antonio Portuondo. La crítica y el ensayo”, en el libro del autor, *Literatura y sociedad en Cuba: seis aproximaciones*, publicado por Ediciones Libertarias, Madrid, en el 2003.

Agradecemos al profesor Pedro Méndez Díaz su iniciativa de recordar al doctor Portuondo en nuestra Revista. [Nota de la Redacción]

de los “independientes de color”, “[...] movimiento que agrupó a muchos cubanos negros y mestizos, que influidos por elementos políticos y sin tener ellos mismos una clara conciencia de cómo debía librarse esa batalla, se lanzaron a la lucha contra la discriminación racial”.² Y de nuevo intervinieron los marines en Cuba.

Al gobierno de Gómez sucedió el de Mario García Menocal, quien se reeligió fraudulentamente en 1917, originando un alzamiento de sus opositores. El gobierno estadounidense, con el pretexto de la Primera Guerra Mundial y el alzamiento de los liberales, desembarcó una vez más sus tropas en la isla, donde permanecieron hasta 1920. Ya entonces había cumplido Portuondo nueve años. Este había sido el entorno de su niñez. Ahora se iniciaba su adolescencia.

Los dos períodos de Menocal, el inicio de la organización de los trabajadores y las grandes batallas de la clase obrera, el impacto de la gran revolución del octubre soviético y la miseria del pueblo cubano, como apunta Julio Le Riverend,³ originan el ascenso del movimiento popular. De las lecciones brindadas por Zayas en 1921 a la forzada y fraudulenta elección de Machado en 1923, este ascenso fue mayor. Es conocido cuánto significaron en ese contexto la fundación en 1925 del Partido Comunista y la Confederación Nacional Obrera de Cuba. Fue en tales circunstancias que se desarrolló la feroz tiranía de Gerardo Machado.

La nueva intelectualidad cubana –tras un período de frustración bastante generalizado– atesoraba la memoria de José Martí, el ejemplo de Antonio Maceo, la solidaridad de Máximo Gómez y la in-

tegridad de Enrique José Varona. El pensamiento de Félix Varela y las legendarias tertulias de Domingo del Monte se unían en el recuerdo a la obra literaria de Cirilo Villaverde, José María Heredia y Ramón de Mesa, para establecer una tradición. Bonifacio Byrne y sus versos devenían en paradigma patriótico.

En medio de esos momentos de ebullición intelectual, nacional y patriótica, Portuondo cumple sus veintitrés años y concluye el bachillerato en el Colegio Dolores de Santiago de Cuba. Su larga actividad cívica arranca –recuerda Roberto Fernández Retamar– “[...] con su participación en el seno del Ala Izquierda Estudiantil de Santiago de Cuba, durante la tiranía machadista y lo lleva desde 1936 a una firme militancia marxista”.⁴

A partir de su llegada a La Habana, Portuondo se vinculará más estrechamente con el movimiento intelectual y revolucionario de la época. Tiene entonces veinticinco años, una sólida formación académica y una muy definida proyección política, que demostrará durante la primera tiranía de Fulgencio Batista.

La revista *Cuba Contemporánea* (1913-1927), expresión de la generación anterior, había desaparecido. Pocos años antes (1923) había irrumpido en la vida pública la actuación del Grupo Minorista. Es el natural relevo que se manifiesta con la aparición también de la *Revista de Avance* (1927-1930). De 1927 son *Azúcar y población en las Antillas* de Ramiro Guerra y el poema *La zafra* de Agustín Acosta, referentes intelectuales sobre la situación económico-social del país. En 1929, por órdenes de Ma-

chado habían asesinado en México a Julio Antonio Mella.

En junio de 1936 Portuondo se integra al comité editor fundacional de la revista *Meridiano*, del que formarían parte también Ángel Augier, Carlos Rafael Rodríguez y Juan Marinello, con Nicolás Guillén como presidente. Al año siguiente, José A. Portuondo da a conocer su primer libro: *Angustia y evasión de Julián del Casal*,⁵ texto de alta significación ética, incluso desde el título. En 1938 publicará *Proceso de la cultura cubana*,⁶ y en 1939, casi simultáneamente, *Notas sobre el problema epistemológico en la filosofía de Maimónides*⁷ y *Pasión y muerte del hombre*.⁸

De manera paralela y conjuntamente con su participación en *Mediodía*, Portuondo comienza a dirigir el quincenario *Baraguá* en el que colaboran —entre otros— Raúl Roa, Regino Pedroso, Virgilio Piñera y Eugenio Florit. El nombre de la publicación es definitivamente unitario y explica el porqué de la pluralidad intelectual de su redacción.

A pesar de tan intensa y múltiple actividad, Portuondo no había dejado de dedicar el necesario tiempo a su labor científica, y en 1941 obtuvo el doctorado en Filosofía y Letras en la Universidad de La Habana con una tesis —“pequeño libro orgánico”, como posteriormente le llamara su autor— que fue publicada en 1945 por el Colegio de México con el título de *Concepto de la poesía*,⁹ libro capital en la etapa fundacional de la teoría literaria en el continente, sobre el que volveré.

Poco antes, en 1944, Portuondo participaría en un nuevo empeño periodístico, el de la fundación del

mensuario *Gaceta del Caribe*, en el que se agrupó lo más destacado de la intelectualidad marxista del país, encabezada por Nicolás Guillén, Ángel Augier, Mirta Aguirre y Félix Pita Rodríguez.

Mientras, tras la Convención Constituyente de 1940, la república comienza a desplomarse en medio de regímenes políticamente corruptos que aceleradamente pierden el apoyo popular con que llegaron al poder y se entregan al omnipresente poderío económico y político de los Estados Unidos. Comienza entonces un período en el que las fuerzas coercitivas del Estado actúan sistemática y brutalmente contra los representantes de la izquierda, en especial contra los afiliados al Partido Comunista y sus colaboradores.

Es entonces cuando Portuondo recibe una invitación para realizar estudios en Ciudad de México en colaboración con uno de los más importantes portavoces de la revolución mexicana y fundador del que llegaría a ser conocido como el Colegio de México, don Alfonso Reyes. Portuondo siempre reconoció la significación de este breve (1944-1946), pero intenso período formativo con el autor de *Visión de Anahuac*. No en balde, en *La historia y las generaciones*, publicada en Santiago de Cuba en 1958, al dirimir los encontrados criterios de W. Dilthey y A. I. Toynbee sobre la compleja relación entre historia y poesía, Portuondo acude a Reyes, para subrayar con su maestro, que “Es en la *intención* en donde descansa, en realidad, la diferencia entre historia y poesía, ya que, en ciertos instantes, ambas se apoyan en el *sucedido real*”.¹⁰

En 1946, concluida la Segunda Guerra Mundial, Portuondo recibe otra invitación, esta de la Universidad de Nuevo México, que aceptará y donde ejercerá la docencia hasta 1947, fecha a partir de la cual sucesivamente desempeñará el magisterio en otras universidades estadounidenses hasta su primer retorno a Cuba.

Con su llegada a los Estados Unidos se inicia un nuevo período en la vida profesional del doctor José Antonio Portuondo. Durante casi siete años participará activamente del mundo docente, académico e intelectual estadounidense de la época, y tendrá la posibilidad de conocer directamente el estado de la literatura de ese país en el idioma original y al momento mismo de su aparición.

Durante su estancia, Portuondo obtiene una beca de la Fundación Guggenheim (1949-1950) que le permite no detener su propia labor creadora. Así, a los numerosos artículos en revistas especializadas, se unen los libros *En torno a la novela detectivesca*¹¹ y *José Martí, crítico literario*.¹²

La sociedad estadounidense atraviesa en esos momentos por grandes transformaciones. Con el fallecimiento de Roosevelt en 1945 y su relevo automático por Truman, se inicia el llamado proceso de reconversión postbélico. Se produce una desmovilización masiva de militares, una dinamización del Estado y una orientación estatal-monopolista. En las elecciones de 1946 la mayoría de ambas cámaras del Congreso pasa al Partido Republicano. En 1947 se crea la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y desaparece la corriente del liberalismo en cuestiones sociales. Los

Estados Unidos esgrimen como política la defensa de sus “intereses nacionales”. Se promulga la legislación antisindical y se inicia la limpieza de elementos “no leales” en el aparato estatal.

Entre 1947 y 1948 la marea conservadora y la “limpieza” ideológica llegan hasta la intelectualidad liberal de Hollywood, a las universidades, a los institutos superiores de investigación y enseñanza, a las organizaciones sociales de todo tipo y a los órganos de prensa. Se produce el procesamiento judicial al Partido Comunista. Se incrementan las “listas negras” y el “antisovietismo”. En 1947 se acuerda el Pacto de Río, que deja en manos de los Estados Unidos la soberanía efectiva del resto sureño del continente. El 12 de mayo de ese propio año, Truman da a conocer la doctrina identificada desde entonces con su nombre y que es una actualización de la Doctrina Monroe: “América para los americanos”.

En 1949 se crea la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y por primera vez el gobierno norteamericano decide establecer un compromiso con Europa para la defensa en tiempos de paz. La URSS anuncia que posee la bomba atómica, con lo cual desaparece el monopolio estadounidense en tal sentido. En 1950 se inicia la guerra de Corea y el McCartismo crece como reflejo de la psicología social de las capas medias y la gran burguesía estadounidense, que “no podían adaptarse a la realidad del capitalismo de Estado”.

Por sus trabajos sabemos que Portuondo ha venido siguiendo muy de cerca la producción literaria latinoamericana —incluyendo por supuesto la de

Cuba, y que de igual modo ha podido aprehender de primera mano la literatura realizada en los Estados Unidos durante esa etapa. En 1949, Faulkner da a conocer *Intruso en el polvo* y recibe el Premio Nobel. En 1952, Hemingway da a conocer *El viejo y el mar*. En 1954 también recibe el dicho premio por esa obra. En 1953, Portuondo retorna a Santiago de Cuba para trabajar en la Universidad de Oriente. En octubre de 1954 da por terminado *El heroísmo intelectual*, que será publicado en México al año siguiente.

Hasta aquí hemos esbozado algunos de los contextos en que Portuondo gestó *El heroísmo intelectual*. Detengamos ahora el recuento y analicemos la proyección del conjunto de la obra de Portuondo hasta ese momento, en lo que interesa a nuestro objetivo. Podemos establecer un primer período iniciador con la publicación del trabajo sobre Casal en 1937 y concluiría con su viaje a México en 1944. Un segundo período abarcaría desde 1944 hasta 1953, fecha de su regreso a Cuba. Este período podría subdividirse en una fase “mexicana” y otra “estadounidense”. A partir de 1953 se abrirían nuevos períodos, los cuales no constituyen objeto de estas reflexiones y por lo tanto no analizaremos, salvo en lo relativo a los años 1954-1955 de manera puntual, por razones que se verán.

El primero de tales períodos (1937-1944) abarcaría cuatro títulos fundamentales, todos publicados en Cuba. Dos dedicados a temas de la cultura cubana y dos dentro del ámbito filosófico. De los cuatro, solamente uno será seleccionado por Portuondo —dieciséis años después de su aparición—

para incluirlo en *El heroísmo intelectual: Pasión y muerte del hombre*.¹³

El segundo período (1944-1953) en su fase “mexicana”, da inicio con *El contenido social en la literatura cubana* (1944), seguido de *La expresión poética* (1944), *Concepto de la poesía* (1945), *En torno a la novela detectivesca* (1947), “*Períodos y generaciones*” en la *historiografía literaria hispanoamericana* (1948), *Situación actual de la crítica literaria hispanoamericana* (1949) y *Crisis de la crítica literaria hispanoamericana* (1952). Todos fueron publicados en México. Pero sólo el último será seleccionado para formar parte de *El heroísmo intelectual*.

De la segunda fase de ese período, que transcurre en los Estados Unidos, son publicados en ese país *Angélica y la libertad* (1946), *Lino Novás Calvo y el cuento hispanoamericano* (1947), *Elogio del “dilettante”* (1948), *William Faulkner y la conciencia sureña*, originalmente titulado “Retrato de Faulkner” (1951), *Temas literarios del Caribe en los últimos cincuenta años* (1951), *El rasgo predominante en la novela hispanoamericana* (1952), *La realidad americana y la literatura*, cuyo título original fue “Verdad en la ficción” y apareció sin notas (1952), *Proceso literario de Ernest Hemingway*, el cual se editó por primera vez en una versión extractada con el título *La obra de Ernest Hemingway* (1953) y *La “pasión” expresionista de William Faulkner* (1954).

El primero de ellos, y el último, fueron escritos en Cuba. El sexto fue publicado por primera vez en un volumen de un colectivo de autores, *La novela*

hispanoamericana, impreso por la Universidad de Nuevo México. El resto, en revistas especializadas estadounidenses. Todos fueron seleccionados por el autor para integrar *El heroísmo intelectual*. De los tres libros impresos en Cuba por Portuondo durante 1953, ninguno de sus textos pasó a formar parte de *El heroísmo intelectual*. Evidentemente, el autor se ciñe a un objetivo y este se focaliza en los textos publicados durante su estancia en los Estados Unidos.

Teniendo en consideración las fechas de cuando fueron escritos y las de su primera publicación, se aprecia que los once trabajos integrantes del libro están colocados –salvo una excepción– en orden cronológico. La excepción es, precisamente, *La “pasión” expresionista de William Faulkner*, escrito y publicado en 1954, pero situado a la mitad del libro que nos ocupa, entre dos textos escritos en 1950 y publicados inicialmente en 1951. Esta excepción se explica en una carta dirigida a sus editores donde dirime algunos problemas de la edición. Es precisamente en octubre de 1954 (cuando da por terminada la versión definitiva del libro), que Portuondo decide incluir una valoración sobre la entonces más reciente novela publicada por Faulkner, *A Fable* (1954). “Una simple reseña”, dice el propio Portuondo, para añadir a continuación que, de esa manera, completa su anterior reflexión sobre la obra del autor estadounidense.¹⁴

Resulta interesante esta inserción, pues por una parte, contribuye a hacer más abarcador su criterio sobre Faulkner, y por otra, enriquece el volumen al incluir junto a trabajos de teoría

y crítica literaria, estudios comparados de envergadura, y estudios –en profundidad– de autores o temas (esa “simple reseña”) lo que permite apreciar, en todo su despliegue, las posibilidades técnicas y creadoras de Portuondo.

Pero, ello también permite asegurar que los textos seleccionados se estructuran en el libro con carácter cronológico (en realidad “la excepción” contribuye a mantener tal criterio en su sentido más profundo) –esto consecuentemente permite analizar la evolución en el pensamiento del autor sobre el tema, así como la del enriquecimiento de su arsenal técnico y teórico–, y reafirma que, en realidad, el último trabajo “orgánico” de la concepción original del libro fue, precisamente, el dedicado a Hemingway, el cual se convierte en el motivador y punto focal del volumen.

Es decir, la conjunción de factores históricos, de época, metodológicos y temáticos que contribuyeron a concebir esta obra con textos aparentemente “heterogéneos”, tiene como punto inicial ordenador, las circunstancias de toda índole que para Portuondo resultaron significativas entre 1953 y 1954, y entre las cuales *El viejo y el mar* –ese texto tan controvertido por diversos motivos–, devino en catalizador crítico en el pensamiento ideoestético de Portuondo para exponer estas once “variaciones” sobre el tema, del que el autor sitúa como su primer acercamiento teórico el del trabajo sobre el joven escritor italiano Leo Ferrero en 1938.

Al parecer, la concepción y gestación del proyecto en su fase más concreta, debe haberse producido entre mediados de 1952 (durante la elaboración del trabajo sobre

Hemingway) y algún momento de 1953, tras su regreso a Cuba, cuya población se encontraba sumida en el horror de la nueva tiranía batistiana y la sorpresa esperanzadora del asalto a los cuarteles “Moncada” y “Carlos Manuel de Céspedes” por un grupo de revolucionarios comandados por Fidel Castro.

Los textos son precedidos en el volumen por una llamada “Explicación” de Portuondo, quien define en ella su posición ética literaria. A pesar de su diversidad de origen y no obstante abarcar el trabajo de tres lustros, esos textos –según el autor– constituyen “diez variaciones sobre el tema del heroísmo intelectual”. Además, “[...] todos coinciden en la preocupación por la *actitud* del escritor ante la realidad circundante”. Y tal heroísmo consiste en “[...] revelar con absoluta franqueza, la personal visión del mundo, la propia confusión o la angustia”.

De igual modo, significa “[...] sostener sin quiebras la inevitable *parcialidad* que engendra –inevitablemente también– el silencio y la hostilidad de ‘la otra parte’. Y además, mirar de frente la realidad en crisis, cuando resulta a veces más cómodo y siempre menos riesgoso, escamo-tearla tras la alusión oscura o la evasión formalista”.

Heroísmo, en fin, de “decir lo que se ve” y “lo que se siente”, de “descubrir las propias vivencias”, de ser “simple y llanamente, sinceros”. O sea, todo un código marcadamente cívico, aunque dado en el contexto de la poesis.

Pero *El heroísmo intelectual* no puede considerarse una simple recopilación afortunada de textos coyunturales. Más allá de las motivaciones circunstanciales que dieran lugar a su aparición, el he-

cho mismo de que el autor haya seleccionado –con rigor cuyas pautas desconocemos– de entre el conjunto de su obra, once trabajos disímiles, escritos de maneras diversas, en un momento específico de su vida y de la historia, reviste el valor de fijar una posición sobre la problemática de la actitud del escritor ante la realidad circundante. Es así cómo en este libro, Portuondo asume como crítico y teórico, de manera consciente y personal, *su* heroísmo intelectual.

Dos son las cuestiones esenciales alrededor de las cuales se articula el discurso que subyace en *El heroísmo intelectual*. Una de ellas, el problema ético referido a la actitud del escritor ante las circunstancias en que debe vivir. La otra, la creciente necesidad de otorgar a la literatura, como objeto de investigación y análisis, la determinación científica.

Estas dos direcciones se articulan de maneras diversas y primacía distinta en los once trabajos que integran el libro; pero, ambas se encuentran siempre presentes, otorgando así al conjunto no sólo la solidez de la unidad en la variedad, sino la trascendencia del todo por sobre las partes. De tal modo, se establece un diálogo –por sobre el tiempo y las especificidades de los textos–, para entregar una reflexión no exenta de tensiones y momentos contradictorios, pero plena de matices enriquecedores alrededor del tema. No es de otra manera que puede entenderse la conjunción de esos agudos e implacables estudios sobre la obra de Ferrero, Novás Calvo, Faulkner y Hemingway, con los admirables acercamientos comparativos a la literatura del subcontinente y su crítica.

Como no es casual –por otra parte– la relación Faulkner-Hemingway-Novás Calvo, tan paradigmática en términos literarios para el resto del continente. Es ahí donde se dan las claves para el entendimiento de la selección de los textos del libro y, consecuentemente, el propósito del libro en sí mismo.

Porque esas dos direcciones en el pensamiento teórico de Portuondo se nuclean alrededor de temas fundamentales para la literatura –sobre todo en momentos de crisis–: la esenciabilidad de la cultura, la caracterización de la *poiesis*, el ejercicio de la crítica y los límites del realismo. El nivel variable en amplitud y profundidad con que se conjugan en el análisis concreto estos cuatro factores en cada uno de los textos que se proponen a indagación, arroja al propio tiempo resultados variables, parcialmente diferentes fenoménicamente, pero idénticos en lo esencial, no a la manera existencialista sino desde posiciones creadoras de la dialéctica materialista del marxismo.

Bastaría volver a ese texto capital y antológico, *Concepto de la poesía*, para constatar que cuando Portuondo se refiere a la *cultura* como la categoría más amplia para desplegar la teoría, de inmediato recuerda que

[...] ella aparece, en primer término, como algo diferente de la circunstancia natural, opuesta pero no ajena en lo absoluto a la *naturaleza*, dependiente de ella en cuanto existe como superación progresiva de sus resistencias y se nutre de su savia. No es por lo tanto, un orbe metafísico, sino un complejo de fenómenos que hunden sus raíces en la circunstancia natu-

ral y que no escapa, aunque la supere alguna vez, a las leyes naturales. Por otra parte, la *cultura* se presenta ante nosotros como descubrimiento y realización permanente de *valores*.¹⁵

En cuanto a la poesía,

[...] ha llegado a ser, a través del desarrollo, esfera autónoma de la cultura que se goza en el cuidado y perfeccionamiento del propio instrumento. No se piense por ello que la poesía abandona sus propósitos expresivos para deleitarse ahora en simples juegos formales, en virtuosismos lingüísticos: Lo que ocurre es que si primitivamente el instrumento rudo de la lengua estaba enteramente sometido y condicionado por la intención expresiva, ahora la lengua en pleno desarrollo de sus capacidades estéticas –pero también, para tormento del artista, universalmente utilizada como instrumento de comunicación designante– es la que determina y condiciona la intención expresiva del poeta.¹⁶

Sin embargo, este aporte –preciso, específico– que deja fijados los marcos donde se desenvuelve la poesía, no puede, por razones obvias, hacerse extensivo por sí mismo a toda la literatura en la diversa variedad de sus géneros y en el complejísimo proceso de sus interrelaciones, especialmente en la prosa narrativa. Aquí se torna indispensable el acercamiento desde las premisas de la ciencia y Portuondo insiste:

Pero la primera demanda moderna de un estudio científico de la literatura, apartada definitivamente la

retórica tradicional es, en Hispanoamérica, la formulada por Roberto Brenes Mesén: “En vista de las obras literarias de todas las épocas –escribía Brenes Mesén– crear una teoría del arte que dé cuenta de la estructura interna de todas ellas – con todo cuanto esto implica– es labor que aguarda su Humbolt, su Darwing, su Spencer. Habría que encararla sin pre-doctrinas, sin preceptos literarios de ninguna especie.¹⁷

El desarrollo de los estudios científicos de la literatura –a los cuales la contribución del propio Portuondo no fue ajena–, en los cincuenta y un años que nos separan de la primera edición de *El heroísmo intelectual* y los sesenta y uno de *Concepto de la poesía*, ha logrado avances en la delimitación de su objeto, en la expansión de la riqueza instrumental, en la elaboración de categorías que permiten enfrentar el problema en mejores condiciones. Pero del texto de Portuondo que hemos citado continúan vigentes por sobre todo dos condicionamientos.

El primero de ellos, la referencia a la especial necesidad que de tales estudios continúa teniendo Hispanoamérica. El segundo, expuesto por Brenes Mesén y compartido por Portuondo que lo cita: realizarlos sin predoctrinas ni preconceptos literarios de ninguna especie.

Abordando el tema central que nos ocupa, Portuondo precisará que

La crítica literaria –por otra parte– comporta un doble quehacer científico y estético. Como quehacer científico, la crítica literaria, armada de un método preciso y riguroso, que debe apoyarse en una firme

concepción del mundo, analiza los objetos literarios, descubre y revela sus peculiares estructuras, expone los rasgos característicos de los estilos personales, respetando en todos los casos la unidad esencial, la totalidad de la obra de arte literaria y su relación dialéctica con su contexto histórico (económico, político, cultural). Como quehacer estético, la crítica literaria no es – no debe ser–, de modo optativo, o científica o estética y, además, no es tampoco quehacer aparte, ajeno y externo a la literatura, sino uno de los géneros o formas de expresión literaria, y en consecuencia, participa de los caracteres propios de toda obra u objeto literario. Como tal, la crítica literaria refleja, informa, crea.¹⁸

Pero no basta a Portuondo referirse a la crítica como actividad de creación humana. También debe hacerlo respecto a quien la ejerce, por lo que dice: “Rescatar al crítico literario del complicado escondrijo de su modelo cibernético y, sin mengua del rigor científico del análisis, devolverle la humanidad y su fervor de orientador, su pasión de hombre de partido, de militante”.¹⁹

Queda pues por resolver el tema que ya entonces era objeto de polémicas y discusiones sin fin y que se hace particularmente álgido en los géneros de la prosa narrativa: el *realismo*. Despojado del condicionamiento epocal, tanto el político y el sociológico como el estético, el realismo como categoría artística continúa siendo elemento constitutivo –a favor o en contra– de toda concepción o teoría en el campo de la literatura.

No será remiso Portuondo a enfrentar un debate de tanta significación. En uno de los textos de *El heroísmo intelectual*, el asunto se vuelve preeminente. De hecho, forma parte de la esencia misma de todo el libro. Portuondo volverá al tema muchas veces con posterioridad, y siempre resultarán más ricos por precisos, más claros, los conceptos. Mucho tiempo después de regresar a Cuba y de dar a conocer el libro que comentamos, sentenció –de manera magistral– su concepción al respecto:

Nosotros creemos que *realismo* es, ante todo, una categoría histórica que designa el estilo de una determinada época, caracterizado por los rasgos señalados por Engels: exactitud en los detalles y presentación de caracteres típicos en circunstancias igualmente típicas. Pero, como ocurrió igualmente con las categorías de *clásico*, *barroco*, etcétera, originalmente históricas, *realismo* designa igualmente una categoría estética, una época en todos los estilos, que corresponde a su etapa de equilibrio clásico, es decir, aquel en que la exacta correspondencia entre el artista y su circunstancia, entre la voluntad de expresión y el dominio de los medios expresivos, determinan un reflejo perfecto de la realidad en el arte. El artista ha superado su incapacidad de comprender la esencia de esa misma realidad en su apariencia cotidiana, universalmente comprensible, eminentemente comunicativa [...] No conviene olvidar que lo *abstracto* es también una categoría estética, con tanta validez como lo

concreto sensible y, por lo tanto, el deber del esteta y del crítico es explicarlo y no siempre condenarlo [...] Cómo se traducirá todo esto en la realidad del arte es cosa que toca descubrir a los artistas. En tiempos como los que vivimos no son sólo los cosmonautas los que han de salir a explorar las rutas estelares. Y para ese viaje no hay mapas previos ni es posible señalar el más fácil derrotero.²⁰

Algún tiempo después, y en un contexto diferente, precisó aún más los términos de su manera de pensar:

Queda superada así la concepción estrecha del realismo como expresión suprema del arte, y de éste como simple reflejo de la realidad que, partiendo de incompletas y mal interpretadas referencias de Lenin, pretendió confundir el quehacer estético con la pasiva función *especular* que Stendhal asignaba a la novela. Ese concepto limitado del *reflejo* había comenzado a ser superado por diversos teóricos y estetas marxistas, a la luz de la reflexología pavloviana.²¹

De manera ética tan coherente con su vida y con su obra, José Antonio Portuondo continuó todavía durante muchos años, con rigor científico y el desenfadado caracterizador de su cubanía, siendo paradigma de integridad personal e intelectual en el ejercicio del criterio hasta el último minuto de su vida.

Notas

¹ Portuondo, José A. “Explicación”. En: *El heroísmo intelectual*. México: Est. Tezontle, 1955.

- ² Le Riverend, Julio. *Breve historia de Cuba*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1997. p. 82.
- ³ *Ibidem*, p. 83.
- ⁴ Fernández Retamar, Roberto. "Prólogo". En: Portuondo, José A. *Teoría y crítica de la literatura*. México, DF.: CEESTEM, Edt. Nueva Imagen, 1984. (Col. Cuadernos Americanos, 7)
- ⁵ Portuondo, José A. *Angustia y evasión de Julián del Casal*. La Habana: Imprenta Molina, 1937. (Cuadernos de Historia Habanera)
 Conferencia leída el 10 de febrero de 1937 en el Palacio Municipal dentro de la Serie "Habaneros Ilustres".
- ⁶ _____. *Proceso de la cultura cubana (esquema para un ensayo de interpretación)*. La Habana: Imprenta Molina, 1938.
- ⁷ _____. Notas sobre el problema epistemológico en la filosofía de Maimónides. *Revista de Estudiantes de Filosofía* (La Habana); 1939.
- ⁸ _____. Pasión y muerte del hombre. *Revista de Estudiantes de Filosofía* (La Habana); 1939.
- ⁹ _____. *Concepto de la poesía*. La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1972. (Colección Arte y Sociedad)
- ¹⁰ Reyes, Alfonso. *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria*. México, D.F.: Colegio Nacional de México, 1944.
- ¹¹ Portuondo, José A. *En torno a la novela detectivesca*. La Habana, 1947. (Colección Sijú)
 Reditado en *Astrolabio*. La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1973.
- ¹² _____. *José Martí, crítico literario*. Washington: Unión Panamericana, 1953. (Pensamiento de América No. 3)
- ¹³ Para la relación detallada de todos los títulos, ver *Diccionario de Literatura Cubana*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1980. t. 2, pp. 313-317.
- ¹⁴ Portuondo, J. A. *Op. cit.* (9). p. 18.
- ¹⁵ Consultar archivo de José A. Portuondo (JAP/JAP) del Instituto de Literatura y Lingüística, La Habana.
- ¹⁶ *Ibidem*, p. 83.
- ¹⁷ "Alfonso Reyes y la teoría literaria". *Ibidem*, p. 167.
- ¹⁸ Portuondo, José A. *La crítica y los modos de interpretación de la obra literaria*. La Habana: Ediciones Unión, 1979. p. 211. (Orden del Día)
- ¹⁹ *Ibidem*, p. 217.
- ²⁰ _____. "En torno al realismo". *Ibidem*, p. 235.
- ²¹ _____. "Crítica marxista de la estética burguesa contemporánea". *Ibidem*, p. 106.

A Berta, compañera

Luis Toledo Sande

Investigador, ensayista y escritor

Madrid, 26 de julio de 2006

Querida Berta:

Llevo algunos meses pensando qué escribir para responder a la invitación con que me ha honrado y alegrado la dirección de nuestra Biblioteca Nacional José Martí, la cual ha decidido –y eso habla muy bien de ella– enaltecer su revista dedicándole un número a José Antonio Portuondo. Iba a escribir “a su José Antonio Portuondo”, y me percaté de que la ambivalencia de ese posesivo en español habría puesto a Portuondo a pertenecerle tanto a esa institución como a usted. La anfibología encarnaría realidad, pues a él únicamente la muerte pudo separarlo de usted, y nada, ni la peor ingratitud, podría marginarlo de lo mejor de la cultura cubana, representada en lo más visible, si de Portuondo se trata, por instituciones como esa Biblioteca –donde nos consta que a él se le ha tenido y se le tiene bien presente– y las universidades de Oriente y de La Habana –en las cuales sus lecciones brillaron–, y de modo especialmente emblemático por el Instituto de Literatura y Lingüística, que en sus mejores frutos seguirá llevando la impronta de su magisterio, insustituible, y para dar pública fe de su lealtad al maestro fue, como un templo, el lu-

gar adonde acudimos para ver por última vez su cuerpo ya sin vida, y luego asumió su nombre. No, aunque sería enteramente válido hacerlo, no hablaré de un homenaje “a *su* Portuondo”, sino “a *nuestro* Portuondo”. Así y todo la justiciera ambigüedad viene a confirmar que se trata de una pertenencia que podemos reclamar sin arrogancia todos los que lo quisimos, y nadie con más derecho para eso que usted, quien reinó en los dominios de sus afectos.

No sé, Berta, si usted era consciente de que los alumnos de Portuondo –y personalmente me creo discípulo suyo, aunque pueda ser un exceso de mi parte– nos percatábamos de que en ciertas ocasiones a usted se le encendían las mejillas, aunque intentara disimularlo con el donaire de salón que le es propio desde la cuna. El fuego se desataba en sus mejillas, por ejemplo, cuando alguna de nuestras muchachas, actuando desde la admiración, el respeto y el cariño que Portuondo suscitaba, creía que no despertaría en usted celos y piropeaba a un maestro a quien la vejez, si es que en él fue cierta, no hacía más que ennoblecerle la figura y subrayarle el garbo, la gracia de cubano esencial, de santiaguero a quien una sabiduría enciclopédica y un amplio desempeño internacional le dieron rotundez de mundo, sin menguarle nunca su delicioso sentido del humor, tan culto como chispeante.

Pero usted, Berta, ante aquellos requiebros discipulares que se le destinaban al maestro reaccionaba como lo que era y sigue siendo: además de la esposa inseparable, la eterna novia, la flor en el tronco del árbol, la reina que no pierde el encanto ni la belleza

de la muchacha que le regaló al novio la foto de Martí que desde entonces él llevó en su billetera hasta el último día de su vida. Y luego de esa irreparable pérdida, ¿cómo no agradecerle yo a usted que me hiciera el impagable, inolvidable honor de entregarme a mí la foto? La guardo entre un grupo reducido de objetos materiales asociados a mis mayores querencias. Más que motivos para hacerlo tengo, pues, el deber de rogarle a usted que me perdone el no haber sabido “fabricar” el tiempo y la concentración que habría necesitado para escribir, como la memoria de Portuondo merece, el artículo pedido por nuestra Biblioteca Nacional cuando me dirigía ya a vivir una experiencia laboral en la que el recuerdo del maestro, también diplomático ejemplar, me estimula día a día.

Acépteme esta disculpa personal como parte del homenaje, que no ha de interrumpirse, al maestro a quien tantos debemos tanto: el homenaje de la lealtad. De haber cumplido con el encargo del artículo, tampoco sería la primera vez que escribiera acerca de nuestro Portuondo. Él está, con “sus sesenta y cuatro años y unos ojos de niño”, en la dedicatoria de mi primer libro publicado, cuyos manuscritos me hizo el honor de leer cuando yo empezaba mis estudios universitarios con el privilegio de que él figurase en el claustro de profesores. Para él es la “Siempre viva del profesor amigo” que aparece en mi decimario *Flora cubana*. Cira Romero ha tenido la gentileza de desenterrar una carta que le envié a Portuondo cuando él nos representaba en el Vaticano, hacia donde partió luego de la despedida que le organizamos en el aula sus alumnos, para la cual

mis compañeros me hicieron el regalo de encargarme las palabras de la ocasión. A raíz de su muerte publiqué en *Casa de las Américas* una versión del texto con que tuve la alegría de intervenir en el homenaje que le tributé —a propósito de sus ochenta espléndidos años de vida— la Biblioteca Gener y Del Monte, de Matanzas. Cuánto disfruté viajar junto con ustedes dos ese día a la hermosa ciudad. Quiero olvidar las causas tristes que me impidieron entregarle personalmente a mi maestro, en el hospital donde no alcancé a verlo, una copia de aquellas palabras.

La versión publicada en *Casa* la titulé “José Antonio Portuondo, martiano y marxista”, para subrayar dos vertientes —de actitud y pensamiento ambas— que se fundieron fértilmente en él. Han pasado los años, y no hallo un título mejor para esas páginas, lo que no habla precisamente de un acierto mío, sino de la solidez de las ideas que el maestro abrazó y de los actos que lo distinguieron. Viene bien recordarlo ahora, cuando convicciones como esas son más necesarias que nunca y no tienen ni siquiera de su lado la aureola y la comodidad de estar de moda en el mundo. Portuondo no las hizo suyas guiado por los efectos de ninguna onda —ahora recuerdo su personal modo de hablar—, sino por una honrada identificación con lo mejor de la historia y de los ideales humanos.

Claro que una actitud como la suya no se asocia a lo cómodo, sino al *heroísmo intelectual*, para recordar uno de sus títulos. A él le tocó cargar con las consecuencias de orientaciones que, por ejemplo, provocaron en una obra como el *Diccionario de la literatura*

cubana, a cargo del Instituto que hoy lleva su nombre, muchas más ausencias que las justificables por criterios que se quedaron sin que él pudiera dedicarles otra *crítica de la época*. Y cargó con esos déficits –muchos de ellos ajenos a su labor y a su sabiduría– con una entereza explicable únicamente por su honrado sentido de la disciplina. Pero sus alumnos somos testigos de la amplitud y la limpieza de su mirada. Con él había ideas y principios clarísimos, pero no había nombres ni títulos proscritos. Recuerdo los rostros de algunos condiscípulos cuando él en sus clases, y en las opciones de trabajos que asignaba, sobresalía, entre otras cosas, por un abarcamiento que ahora no tiene gracia, pero que en aquellos años en que se me dio el privilegio de ser su alumno, y de que él me propiciara el honor de colaborar con el Instituto de Literatura y Lingüística –a inicios de los años setenta–, podía resultar una “herejía”. Ya sabemos cuántos cambios de casaca ha habido y ha seguido habiendo en el planeta desde entonces, sin que hayan desaparecido las casaquitas vacías de siempre, esas que ni siquiera tienen aire por dentro, aunque se corten en los tejidos y con los moldes impuestos por ciertas modas.

A ese Portuondo no debemos olvidarlo. Semejante olvido nos empobrecería: nos privaría de una lección de política y de cultura, y de política cultural, que nos resulta necesaria. También por ello deploro no haber podido escribir un nuevo artículo con que contribuir a que permanezca en nuestra memoria colectiva el ejemplo de alguien que fue un maestro de veras, un ser humano extraordinario. Y nadie con más derecho que

usted, Berta, para recibir la constancia de mi tristeza por el deber que no he cumplido, y del que no creo que me libre de veras lo que ya en otras partes haya escrito acerca de *su y nuestro* José Antonio Portuondo.

Tengo otro motivo particular para que usted sea la destinataria de estas líneas, y es saldar una deuda personal con el maestro. La única vez que recuerdo que él me desaprobó a fondo algo, ocurrió ya en mi desempeño profesional, y tuvo que ver directamente con usted. Como responsable de publicaciones del Centro de Estudios Martianos tuve el placer de encauzar, aunque no me tocaba atenderla en sus detalles, la edición de su volumen *Martí, escritor revolucionario*, que incluyó el texto homónimo y otras valiosas contribuciones suyas al conocimiento de la obra martiana. Cuando el libro estuvo ya impreso, me recriminó, más con la insatisfacción de su mirada que con las pocas palabras con que lo hizo, que no se le hubiera puesto la dedicatoria que llevan todos los otros suyos que había publicado: “A Berta, compañera”.

Él no había indicado que se le pusiera también a esa colección de ensayos suyos, pero daba por sentado que nadie debía ignorar que esa dedicatoria no sería un acto de inercia, sino el testimonio de gratitud y amor a la muchacha que lo acompañó y le alegró lo mejor de su vida, y lo apoyó en los momentos de peligros y tristeza. Ahora intento paliar, en lo que me corresponde personalmente, la ausencia de la dedicatoria que de todas maneras lectores y lectoras habrán percibido como una magnitud latente

al inicio del volumen citado. Por eso me he permitido ponerla –como si fuera un título– a la cabeza de esta carta escrita por añadidura cuando nuestro pueblo, con el entusiasmo de sus hermanas y hermanos del mundo, celebra otro aniversario de los sucesos del 26 de Julio de 1953, de los cuales Portuondo y usted fueron testigos en Santiago de Cuba, y a cuyos fundamentos y orientación serían siempre fieles.

Suyo,

Luis Toledo Sande



José Antonio Portuondo: un testimonio

Eusebio Leal Spengler

Historiador de la Ciudad de La Habana

Debo a Emilio Roig de Leuchsenring, entre muchas cosas, la aproximación a algunos de los intelectuales más prominentes de nuestro tiempo. Luego de su deceso en agosto de 1964, la restitución de su Oficina pasó necesariamente por el trance de reunir, más allá del desaliento y de la tristeza motivadas por su partida, no sólo sus pertenencias personales, que en definitiva no eran otra cosa que el Museo de la Ciudad, su Archivo y Biblioteca.

A María Benítez, amiga y preceptora, agradeceré eternamente la amistad de José Antonio Portuondo y de Berta, que fuera después consagrada por una relación siempre generosa y fecunda.

Un día escuché a Raúl Roa llamarle “el cura”, evocando aquel tiempo de su vida en que permaneció en el Seminario San Basilio el Magno, de Santiago de Cuba, su ciudad natal. Y Pepe, siempre generoso y gentil para todos, me ofreció su amistad leal y sincera.

Su manera de hablar, su prestancia impecable, su nivea cabellera, su voz

suavemente modulada y sus acentos tan cubanos, hicieron de él maestro ideal de generaciones.

No pocas veces le visité en el Instituto de Literatura y Lingüística, en la Calzada de Carlos III y, sin proponérmelo, me hice deudor de su pinacoteca, lo cual me declaró por escrito en la bella dedicatoria de una de sus obras fundamentales: *El heroísmo intelectual*.

Una vez viví bajo su techo en la Ciudad Eterna; a lo que, por cierto, no estaban obligados los embajadores de Cuba ante la Santa Sede. Él y ella me acogieron ofreciéndome su paternal amparo.

Con ambos participé en las solemnes ceremonias de la Pascua en la Basílica de San Pedro, donde el más elegante de todos los embajadores era el de Cuba.

He tratado de ser fiel a su laureada memoria, una de las buenas motivaciones que heredé de Emilito para perseverar en mis inacabables batallas.

Doctor José Antonio Portuondo

Daisy Rivero Alvisa

*Vicepresidenta de la Academia de Ciencias
de Cuba*

Conocí personalmente al doctor José Antonio Portuondo cuando en 1982 se me pidió que accediera a la solicitud de pasar a la Academia de Ciencias de Cuba y dejara de ser, como hasta ese momento, profesora y cuadro de dirección de la Universidad de La Habana.

Como ya lo conocía por sus obras publicadas, debo decir que me preocupaba mucho el hecho de que siendo él entonces el director del Instituto de Literatura y Lingüística, y yo una simple iniciada en el campo de las humanidades, pasara a ser alguien que tuviera entre sus funciones “atender a ese Instituto”. ¿Cuál no sería mi asombro al ver que desde la primera entrevista (que yo consideré un verdadero honor), el doctor Portuondo, con la caballerosidad que lo caracterizaba, me hiciera sentir como si lo conociera desde hacía muchos años y, además, me ofreciera con absoluta sinceridad, su disposición a colaborar sin cortapisas en la tarea que me había sido encomendada?

Tal fue mi sorpresa y mi alegría que esa primera entrevista quedó grabada para siempre en mi memoria y hoy la

recuerdo como uno de los momentos más importantes de mi quehacer profesional y de dirección.

Al pasar los años, en los cuales conocí todas sus virtudes como ser humano, caballero intachable, intelectual comprometido, humanista de primer nivel, y tantas otras que ahora sería incapaz de expresar, aprendí a verlo en su verdadera talla intelectual, humana y revolucionaria. Aprendí, desde luego, a quererlo inmensamente, y a justipreciar en toda su grandeza, cuánto había hecho ya y estaba aún haciendo por el desarrollo de la literatura y la lingüística en Cuba, y en general por la cultura cubana.

A él le debo muchas cosas, pero sólo quiero referirme a las enseñanzas que me brindó como cuadro de dirección. Jamás lo vi dirigirse a sus subordinados con autoritarismo o con falta de sensibilidad ante los problemas que los aquejaban. Nunca faltó en sus análisis el aliento necesario para aquellos que mostraban en su trabajo más dificultades y, a la vez, como quien desconoce sus propias virtudes, nunca dejó siquiera mostrar el más mínimo asomo de la grandeza que realmente atesoraba como hombre de inmensa cultura.

Cuando con los años eché a un lado mis temores y nos tratábamos como él quería de igual a igual (cuestión que siempre siguió siendo para mí muy embarazosa, pues sabía que no era cierta desde ningún punto de vista), solía llamarme con alegría “mi jefa”. Esto no lo olvidaré jamás, pues el doctor Portuondo será por siempre mi ejemplo a seguir como dirigente y, sobre todo, como ser humano.

Un día me enseñó también que la alusión a personalidades de la cultura o la ciencia no debía hacerse expresando en su totalidad sus nombres y apellidos, sino tal y como su trayectoria intelectual los había caracterizado. Por eso hoy, al evocar a esta ilustre fi-

gura de la cultura cubana, sólo lo recuerdo como el doctor José Antonio Portuondo, sin más apellidos ni adjetivos.

Para él mi más sentido y cálido recuerdo, así como para Berta, su querida y siempre respetada compañera.



Poema “Las voces” de Luis Suardíaz
(1956-2006)

Suardíaz

Luis Marré

Poeta

Este año 2006, además del setenta aniversario del nacimiento del poeta Luis Suardíaz, celebramos los cincuenta años de su debut en las páginas de una revista literaria y los cuarenta de la aparición de su primer libro.

En su número de septiembre de 1956, la revista *Ciclón*, a continuación de un largo poema de Antón Arrufat y otro del que escribe esta nota, publicó “Las voces”, poema que no tiene otra importancia en la obra de Luis Suardíaz que la de haber aparecido en las páginas de una revista donde colaboraban Borges, Cortázar, Aleixandre, Paz, Piñera y otros importantes escritores de nuestra lengua, así como aparecían traducciones autorizadas por autores de otras literaturas. Sólo dos años más tarde, ya nuestro poeta escribía poemas tales como “Un instante que sostiene toda la luz”, con el cual inicia una brevísimas antología titulada *La simiente*, aparecida póstumamente. No puedo evitar la tentación de transcribir esos bellos versos:

*Alguna vez,
mañana,
levántame y dispérsame,
entrégame con el triángulo
fatal de tu inocencia
el continente oscuro y breve
de tu vida.*

*Y que la sangre
suba entonces,
mientras la carne deja
su existencia en el tiempo.
Sin un asombro, sin un grito,
circundando el vacío.*

Camagüey

13 de agosto de 1958

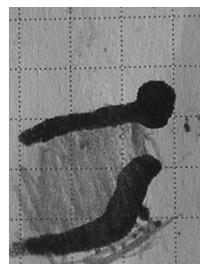
En octubre de 1966 apareció *Haber vivido*, que obtuvo mención en el Concurso Casa de las Américas, celebrado a principios de ese mismo año; encontramos en sus páginas una madurez nada frecuente en primeros libros

con poemas de sostenida calidad, algunos de imprescindible mención cuando se escribe de la poesía de la llamada Generación de los años cincuenta: entre esos poemas antológicos, yo citaré los titulados “El venado” y “La simiente”, además de los doce del ciclo titulado “Correspondencia acumulada”, que está entre lo más logrado de la tendencia coloquial y signa la mayor parte de la obra de los poetas de la generación. Algunos críticos, a partir de *Haber vivido*, señalaron cierto impulso whitmario en la obra de Suardíaz; cierto, nuestro poeta admiró la poesía del americano, pero hasta en los poemas más discursivos, como por ejemplo, los doce de “Correspondencia acumulada”, hay siempre un personal acento lírico que lo distingue, además de evitar la acumulación de enumeraciones, tan frecuentes en el discurso poético de Whitman.

Su obra poética cuenta con cerca de una decena de títulos, sin contar que algunos de sus libros comprenden varios cuadernos, como en el caso de *Como quien vuelve de un largo viaje*, con cinco ciclos de poemas.

Notable ensayista y crítico, prologó antologías o recopilaciones de la obra de autores tan diversos como Cernuda, Eliot o Whitman.

Nuestro poeta nos dejó una cuidadosa selección de su escritura en verso, *Biografía del tiempo*; a pesar de la descuidada edición (póstuma), el prólogo, por Virgilio López Lemus, nos entrega el estudio que se le debía a tan valiosa obra.



Las voces*

*Las voces que me llaman
hoy,
intraducibles.
Las voces, ni arrepentidas,
ni amargas, ni omnipotentes.
Sueltas como luces blancas.
Ignorando mundos de espacio
y movimiento. No me saben,
ni están para el incesante
caracol de mis oídos.
Soportando estaciones,
mármoles viciados, gusanos
de humedad, gritos desgajados.
Voces: moradas concurrencias,
vacía estancia, flancos
repentinos, delirantes.
¿Nos conocimos arrastrando
cáscaras sedientas?
En estos mismos cobres,
puntuales, desgastados,
cribáis anchos designios,
ignorados mandatos.
Millonésimas, insólitas;
vosotras también sois
moradoras del crepúsculo.*

II

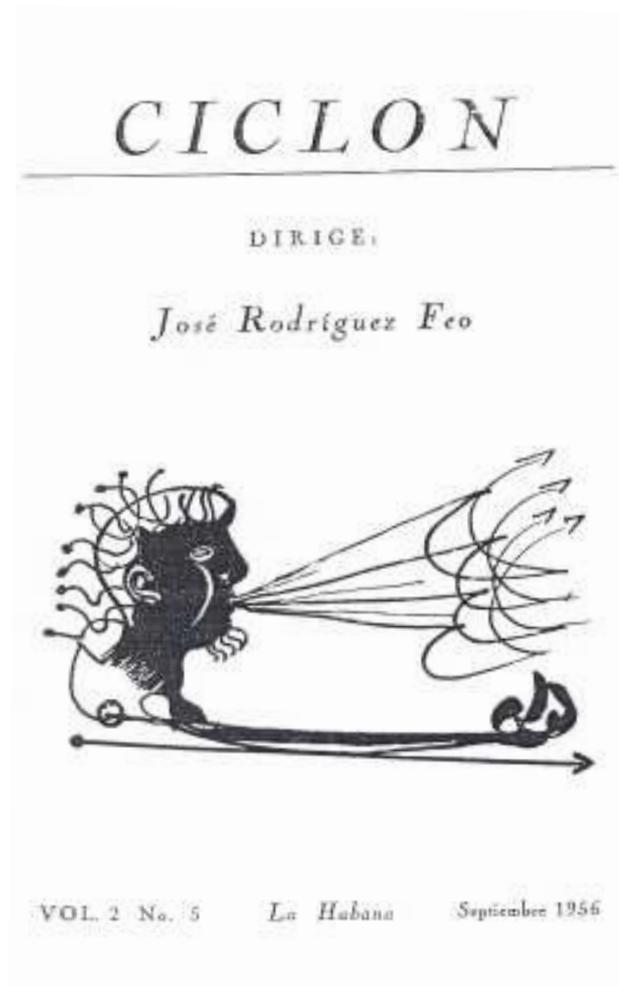
*Incoloras o inyectadas de
invisibles fenómenos;
huérfanas de color ante
nuestra ceguedad imponderable.
Las voces que me llaman
hoy,
que sacuden mi accidentado cuerpo,*

* Publicado en el número cinco de la revista *Ciclón* en septiembre de 1956.

*que inauguran intangibles ritos,
que amontonan la densidad del miedo.
¡Vosotras también burláis el olfato
de la muerte!*

LUIS SUARDÍAZ

Camagüey, 1956.



Desembarco del yate Granma (1956-2006)

El desembarco del *Granma* y la crisis institucional cubana

Jorge Renato Ibarra Guitart

Historiador

Adiós al Frente Único de los partidos tradicionales

Hacia marzo de 1956 en el Diálogo Cívico convocado por la Sociedad de Amigos de la República (SAR), los comisionados del gobierno y la oposición no pudieron encontrar una fórmula para una transacción política debido a la postura intransigente de los personeros de la dictadura, por tanto quedó demostrado que no había una salida pacífica a la crisis nacional. El conflicto político comenzó a polarizarse entre las fuerzas revolucionarias decididas a solucionar el dilema cubano empuñando las armas y la dictadura obstinada en mantenerse en el poder al precio de muchas vidas. De esa manera el terreno quedaría abonado para que prosperara la resistencia activa al régimen dictatorial del 10 de marzo.

El Frente Único burgués de los partidos tradicionales que se conformó a mediados de 1955 entró en crisis, formalmente querían aparecer unidos en torno a las demandas tradicionales de la Sociedad de Amigos de la República, pero en la práctica cada partido interpretaba estas demandas a su manera. La ausencia de Cosme de la

Torriente, presidente de la SAR, acentuaría aún más esta situación. El 8 de diciembre de 1956 murió Torriente, y en su testamento político –recogido por el notario Lincoln Rodón– expresó: “Unirse y reunirse es lo que deben hacer gobierno y oposición”. “Justicia y cumplimiento de la ley”. “Cuando se reúnan que se acuerden de mí y de mis prédicas”. “Olviden sus cosas particulares y piensen en Cuba”.¹

Hasta el último aliento Cosme de la Torriente sostuvo que la burguesía, como clase representada políticamente por la oposición y el gobierno, debía concertar un arreglo que asegurase la estabilidad de la república neocolonial. Se trataba de consolidar los pilares básicos sobre los que se asentaba el dominio neocolonial de Cuba, de ahí su llamado al cumplimiento de la ley republicana. Ocupó el cargo de Cosme de la Torriente, Rogelio Pina.

El alzamiento del 30 de noviembre en Santiago de Cuba dirigido por Frank País y el desembarco del *Granma* encabezado por Fidel Castro, generarían una conmoción en el ámbito político cubano. La SAR no fue ajena a ello y emitió otro manifiesto donde insistía en proclamar

que sólo bajo las bases que ella había sustentado, se podría solucionar la grave crisis cubana. No le faltaba al documento un marcado matiz pacifista.²

El Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) [PPC (O)] histórico respondió al manifiesto de la SAR exhortándolo a que rechazara hasta las últimas consecuencias el Plan Vento, el cual promovía las elecciones parciales apoyadas por los políticos de la dictadura. Así las cosas, las demandas ortodoxas conducirían a la SAR a una posición radical desde donde no podría unir a todos los demás partidos. La ortodoxia consignaba:

Entendemos, sin embargo, que no basta que los partidos y sectores de la oposición acepten la consigna de elecciones generales, sino que es indispensable que los mismos acuerden, para evitar una falsa, e inoperante unidad, que la consigna de elecciones generales conlleva al absoluto repudio a las proyectadas elecciones parciales o a cualquier otra fórmula unilateral de este tipo, así como los trámites electorales de inscripción y reorganización de partidos.³

En efecto, la unidad en torno a la SAR era inoperante y falsa, pero era una unidad al fin y al cabo. Si la SAR optaba por las demandas máximas de la ortodoxia histórica, la unidad no sería ni siquiera formal. La SAR esperaba por una circunstancia política que favoreciese su fórmula de elecciones generales inmediatas con las cuales podría unir de nuevo a toda la oposición. Pero esta circunstancia no acababa de presentarse. En esta situación, y con la ausencia de Cosme de la Torriente, el

papel de la SAR pasó de activo a pasivo. El momento histórico conspiraba contra ellos; había llegado la hora de la Revolución.

Luego se sucedieron diversas pugnas entre los partidos políticos de oposición burguesa.⁴ Unos a otros se acusaban de traicionar a la SAR y a su postulado de rechazo a las elecciones parciales; cada partido interpretaba los postulados de la SAR según su conveniencia. Y la SAR, en el medio, no hacía nada por poner en orden las cosas; sabía que eso era imposible y se limitaba a esperar. De hecho, la táctica de Torriente de inscribir a los partidos para forzar a Batista a un arreglo, había sido abandonada por completo ante la intransigencia de los ortodoxos históricos y del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) [PRC (A)] de Varona. Incluso se avivaron las querellas entre estos últimos cuando Tony Varona propuso invitar a una facción ortodoxa, la del PPC (O) inscripto, a participar en las deliberaciones de la SAR.

En medio de esta situación los líderes de la SAR buscaron una salida. Pensaron revivir los tiempos en que ante la presión de la lucha popular, Batista accedió a entrevistarse con Torriente. Se planeó un contacto directo con el gobierno. Antes se convocó a una reunión y en ella Rogelio Pina expuso:

Señores, si siguen apareciendo muertos esto desemboca en una situación de terrorismo perenne, que sólo terminará con la caída violenta del gobierno, al igual que en los tiempos de Machado. Los asesinatos de opositores no logran otra cosa que reforzar la inconformidad y la violencia. ¡Este

país está al borde de la anarquía! Si las autoridades tienen algún sentido de la responsabilidad están obligadas a brindar una solución. La nación no puede comenzar una zafra azucarera bajo el terror.⁵

El presidente de la SAR de manera directa señalaba que había que salvaguardar los intereses económicos y el orden burgués por encima de todo, y que para ello era necesario concertar una solución política.

Por eso, Rogelio Pina le envió una carta al primer ministro, Jorge García Montes, en la cual trascendía que se había efectuado un encuentro anterior entre los líderes de la SAR y el alto funcionario del régimen. Dicha reunión había tenido lugar el 11 de diciembre, motivada por los acontecimientos en torno al desembarco del *Granma*. Una comisión de miembros de la SAR, visitó a García Montes, según lo acordado en una sesión conjunta de la SAR con los presidentes y representantes de los partidos y sectores de la oposición. En ese momento ya se había anunciado que el desembarco había sido un fracaso para los revolucionarios. En su misiva, Rogelio Pina señalaba que ellos le habían indicado a García Montes que era “inaplazable detener la efusión de sangre” y además habían “replanteado con toda amplitud la solución definitiva de la crisis institucional de la República”. En ese encuentro se llegó a las siguientes conclusiones, según se confirma en la carta de Pina:

La visita que le hicimos nos hizo recibir esperanzas para Cuba. Manteniendo usted sus puntos de vista no dio por terminadas las conversaciones. Señaló la conveniencia

de reanudarlas porque dentro de las 48 horas siguientes dijo: “puede variar el curso de los acontecimientos”. Así lo hicimos saber a los partidos y sectores de la oposición: Pero al día siguiente aparecerían en la prensa diaria unas declaraciones de usted en que se insiste en el plan electoral del régimen [...].⁶

La maniobra del Primer Ministro de la dictadura se explica por el hecho de que el régimen aún no se sentía seguro de dominar el brote insurreccional provocado por el desembarco del *Granma*, y esperaban que en el plazo de unas cuarenta y ocho horas se confirmara si se había controlado la difícil situación. Si las fuerzas rebeldes fueran diezmadas, tenía previsto iniciar contactos con la oposición para desviar el parecer de la opinión pública y utilizar esos encuentros como una pantalla política que les permitiera arremeter con toda fuerza contra los expedicionarios. Pero no hizo falta, pues los partes militares de la dictadura pusieron optimistas a los máximos personeros del régimen. Con sus declaraciones del día siguiente, García Montes eliminó todas las esperanzas de los opositores y la SAR. En esas circunstancias la SAR fundamentaba la urgencia de un arreglo en las siguientes razones:

Los hombres y mujeres jóvenes no se están batiendo por subalternas posiciones electorales; no están reclamando posesión de cédulas, y les parece cosa confusa y lejana los mínimos problemas de inscripciones, de afiliaciones, de reorganizaciones. Se hace necesario calar más hondo para resolver los problemas de Cuba

y para ello es indispensable encarar en toda su realidad el momento político partiendo del principio de que la fuente de todo poder justo se halla en el consentimiento de los gobernados, libremente manifestado.⁷

Estaban en lo cierto cuando describían el estado de ánimo político de la juventud, e insistían en que para neutralizar la rebeldía juvenil era necesario llevar a vías de hecho la fórmula que propugnaban. “Calar más hondo” significaba restaurar la democracia burguesa para ellos, pero “calar más hondo” para los revolucionarios significaba ejecutar cambios estructurales que resolvieran los problemas del pueblo.

A esta carta de la SAR, donde se ponían al desnudo las maniobras políticas que la tiranía planeaba a raíz del desembarco del *Granma*, García Montes respondió:

Debo recordarle que la audiencia que usted solicitó, acudiendo cortésmente en persona a mi casa, tenía una sola única finalidad: gestionar seguridad para la vida del diezmado grupo sedicioso que aún se mantenía sobre las armas en la provincia de Oriente. Al pedir usted la entrevista, no fue mencionado en absoluto el propósito de tratar sobre soluciones políticas a los problemas de nuestro país.⁸

Aunque no disponemos de la documentación capaz de permitirnos la reconstrucción de lo ocurrido, lo cierto es que, de acuerdo con las posiciones anteriores del gobierno en similares circunstancias, cabe interpretar que García Montes desvirtuaba la realidad en su carta respuesta. La SAR pensa-

ba que la tiranía estaba en aprietos ante este nuevo brote insurreccional y, como en diciembre de 1955, se vería obligada a entablar conversaciones con la oposición, por tanto, seguramente se planteó persuadir a García Montes para que accediera a un arreglo político.

El gobierno, que antes usó el pretexto de la falsa neutralidad de la SAR para no acceder a un diálogo, esta vez usaría la justificación de que la oposición se encontraba dividida:

Ni la SAR ni sus dirigentes están autorizados para tratar sobre soluciones nacionales en nombre de los partidos opositoristas, por la sencilla razón de que estos partidos o grupos se encuentran profundamente divididos por discrepancias insalvables. ¿Qué mandato serio puede hacer valer la SAR, qué representación puede alegar, qué fórmula respaldada de veras por sus organizaciones afiliadas puede plantear y defender, si los grupos que le han dado apoyo aparente han tomado diversos caminos, y unos son partidarios de las elecciones parciales sujetas a condición, otros han reclamado su propósito de reorganizarse y de abstenerse luego en las elecciones, y otros, en fin, mantienen un absoluto repudio a la reorganización y a las elecciones y acusan de traidores a cuantos no acepten esta tesis radical?⁹

La postura del régimen de no acceder a las demandas de la SAR había llevado a la división de los partidos políticos burgueses, sólo bastaba con que aquel se mostrara dispuesto a acceder a unas elecciones generales inmediatas para lograr la unidad de todos. Los pretextos de García Montes eran falsos

por completo. A la dictadura le convenía perpetuarse en el poder manteniendo dividida a la oposición burguesa. Poco caso se hacía a la alerta emitida por los ideólogos de la SAR donde advertían el peligro que constituía el repudio de la juventud a las elecciones convocadas por Batista:

No puede sorprender a nadie que la SAR trate con desdén [...] los trámites y procedimientos necesarios para celebrar elecciones libres, a los que llama “minúsculos problemas”, ni que califique de “subalternas posiciones electorales” nada menos que a todas las alcaldías de la República, todos los cargos de concejales y la mitad de la Cámara de Representantes.¹⁰

Por último, García Montes le reprochó a la SAR que no había hecho esfuerzos suficientes para detener la insurrección armada.¹¹

La SAR reaccionó airada ante semejante ofensa, pues había tratado de evitar el colapso de las instituciones burguesas ante una revolución popular:

Desde el momento mismo en que por medios no consentidos por el ordenamiento jurídico se alteró el ritmo constitucional de la nación, la SAR no ha hecho otra cosa que tratar de impedir la contienda armada. Ha condenado la violencia en cualquiera de sus manifestaciones, como medio de arribar al poder y como forma de resolver la crisis.¹²

Después de estos intercambios con el Primer Ministro del régimen, la SAR entró en una etapa de decadencia política definitiva. Esa organización no constituía un vehículo idóneo para canalizar un entendimiento político por las

siguientes razones: en primer lugar, no existían posibilidades efectivas para llegar a una avenencia con el gobierno, que no había satisfecho sus demandas; en segundo lugar, la coyuntura histórica que se vivía conspiraba contra sus propósitos, pues el momento era de lucha armada, no de demandas políticas; en tercer lugar, la oposición burguesa se hallaba totalmente dividida y emprender un proceso unificador, como otrora lo hizo Cosme de la Torriente, resultaba harto difícil; y por último, la SAR, después de tantos fracasos, estaba invalidada de obtener apoyo del pueblo, el cual se daba cuenta de que sólo una revolución derrocaría la tiranía. Sus líderes intuyeron el fracaso de todas las gestiones y aunque la SAR siguió existiendo, el eje de las demandas de paz pasó a lo que se llamó “Tercera fuerza”.

El golpe de gracia a la SAR se lo dio el Partido Ortodoxo, que en una carta donde Pelayo Cuervo anunció que no se reintegraría a las tareas de los partidos adheridos a la SAR hasta tanto dicha institución definiera claramente que la aceptación de la demanda esencial de elecciones generales implicaba un *repudio absoluto* al Plan Vento (incluyendo la inscripción y la reorganización de los partidos).¹³

La crisis del paradigma reformista

Como la SAR era una suerte de cadáver político, emergieron nuevas fuerzas en el panorama nacional para mantener viva la alternativa reformista. Cuando Fidel Castro, el líder del Moncada, hizo realidad su promesa de reiniciar la lucha

armada en diciembre de 1956, intervinieron en el debate político las primeras instituciones cívicas ubicadas en la región oriental, alarmadas ante la posibilidad de una guerra civil. El 5 de diciembre la prensa nacional daba a la publicidad un manifiesto de quince representantes de instituciones cívicas de Santiago de Cuba en el que hacía “[...] un encarecido llamamiento de toda la ciudadanía en el noble empeño de lograr el definitivo restablecimiento de la concordia en la familia cubana, recabamos de todos ponderación, mesura y sensatez”.¹⁴

Muy pronto, el 16 de diciembre, la iniciativa de las instituciones santiagueras será retomada por otras sociedades, las cuales agrupaban a miembros de la burguesía y pequeña burguesía que, atentos al acontecer de violencia predominante en el país, llamaron a todas las instituciones cívicas a buscar una solución pacífica al conflicto cubano:

La paz es un ferviente anhelo de todo nuestro pueblo [...] Y para lograrla a cabalidad es necesaria y urgente hoy más que nunca, una solución que proporcione el respeto pleno a todos los derechos ciudadanos, porque de lo contrario, la amenaza continua de una guerra civil destruirá la familia y arruinará nuestra vida económica, social y política.¹⁵

En el fondo, sociedades como los Rotarios, los Leones y los Lyceums, que se encontraban entre los firmantes de este manifiesto, temían el desencadenamiento de una contienda civil que afectase sus propiedades. No tenían en sentido general el propósito de gestionar la paz a los fines de producir

importantes transformaciones sociales como las demandadas por las organizaciones revolucionarias. Su finalidad era el retorno a la normalidad política para en última instancia no afectar la estabilidad social necesaria para la prosperidad de sus negocios. El primer ministro, Jorge García Montes, para no dar crédito a los reclamos de las instituciones cívicas, declaró que estas eran utilizadas por algunos sectores políticos para satisfacer intereses propios.¹⁶

El 23 de diciembre, treinta y siete instituciones de Santiago de Cuba publicaban un manifiesto de adhesión a las gestiones de paz de los Rotarios, Leones y Lyceums.¹⁷

Pero los llamados a la conciliación y la cordura no encontraron eco en las filas gubernamentales. La ola de violencia continuó su curso; a los crímenes cometidos a los expedicionarios del *Granma* dispersos en la geografía oriental, se sumaron los ocurridos entre el 25 y el 26 de diciembre en el norte de la provincia de Oriente que arrojó un saldo de veinticinco muertos en lo que se conoce como las Pascuas Sangrientas, y el 30 de diciembre miembros de la policía batistiana dieron muerte en Santiago de Cuba a cinco jóvenes revolucionarios, entre ellos al adolescente de quince años, William Soler.

A raíz de estos hechos, el Bloque Cubano de Prensa, consciente de que la SAR reclamaba un sustituto en la búsqueda de un entendimiento con el gobierno, se ofreció para mediar en el conflicto cubano: “Somos periodistas y no políticos. Pero tal es nuestro empeño que sintetiza la aspiración de la inmensa mayoría de la población republicana de retornar a la normalidad y al imperio de la ley, que nos

ofrecemos como conciliadores en un plano de absoluta equidistancia”.¹⁸

Muy pronto las instituciones cívicas, los partidos tradicionales y el Bloque Cubano de Prensa pasarían a conformar un conglomerado unido de fuerzas en pro de una alternativa reformista. El manifiesto de esta última institución tuvo la adhesión de numerosas entidades cívicas y de diversos líderes de los partidos políticos.¹⁹

Pero esta vez sería Batista el encargado de darle el tiro de gracia a la propuesta del Bloque Cubano de Prensa: “Según tengo entendido, esas gestiones mediadoras se intentan realizar entre facciones opositoras y el gobierno [...] El gobierno ha anunciado su decisión de resolver los problemas políticos a través de las urnas, y al despedirnos de 1956 lo he reiterado personalmente”.²⁰

Quedaba claro que ni la oposición oficial ni las nuevas fuerzas sociales emergentes podían plantear una alternativa de solución pacífica distinta al camino de soluciones electorales de la dictadura. Había que ver hacia dónde se iban a inclinar los sectores reformistas si se sumaban a las fórmulas del gobierno; continuaban insistiendo en salidas negociadas basadas en la mediación o desde una posición aparentemente neutral apoyaban a las organizaciones revolucionarias. A partir de ese momento, los caminos estaban bien delimitados, cada institución, partido o persona debía hacer su propuesta. El gobierno, por su parte, no iba a producir cambios, los demás debían de atenerse a esa realidad. Aferrados a los métodos de represión violenta, personeros del régimen castrense advirtieron:

El Bloque Cubano de Prensa antes de proseguir en esas gestiones, debe definir en qué sentido realizaría la mediación y emplazar a los jefes opositoras, que han respondido tan solícitos, para que digan concretamente si tienen que ver algo con el plan terrorista y si ellos pueden comprometerse al cese de ese plan siniestro, si es que tienen autoridad con los que lo orientan.²¹

De esa manera, los sectores y partidos que alentaban una solución pacífica de tipo reformista eran empujados al terreno de los opositores activos a la dictadura, al terreno de la revolución, aunque temieran sus consecuencias y no compartieran los mismos principios ideológicos.

Un analista político de *Bohemia* precisaba: “Nada había de equívoco en la actitud de los grupos representativos de la sociedad cubana que suscribieron la primera apelación. No existían motivos para situarlos en el papel de instrumentos de los sectores opositoras”.²²

En un mensaje de las instituciones cívicas de Bayamo, el 27 de diciembre de 1956, precisaban que la solución de los problemas nacionales estaba más allá de las tácticas e intereses de los distintos sectores políticos, por lo que plantearon:

Aspiramos a un esfuerzo supremo por llevar a la conciencia de todos los cubanos, la obligación ineludible en que estamos de salir a la palestra pública y [...] terciar en los problemas que por largo tiempo vienen debatiéndose [...] entre las facciones políticas de nuestro país.

Hasta ahora el problema ha estado por entero en manos de los políticos de nuestro país, y las grandes masas populares con todas sus instituciones cívicas, sociales, religiosas y económicas se han mantenido al margen.²³

Lo cierto era que los partidos oficiales de oposición, aquejados de una profunda crisis, habían dejado de ser vehículos efectivos de defensa de los intereses clasistas de la burguesía y la pequeña burguesía integrada en diversas instituciones cívicas. Estas últimas pasaron a ser, por fuerza de las circunstancias, las entidades voceras de los intereses de la oposición oficial alarmados por el avance de una revolución impulsada por organizaciones revolucionarias emergentes clandestinas y que habían captado el favor de importantes sectores populares: la juventud, los trabajadores, campesinos y estudiantes. Era ese el verdadero pueblo que había convocado Fidel al combate frontal contra la dictadura en *La historia me absolverá* del que, por cierto, no había excluido a las clases medias. Estas últimas se enrumbaron por el camino de la revolución por distintas vías, incluso representantes de estas clases pasaron de las instituciones cívicas a apoyarla cuando quedaron completamente convencidos de que no había salida pacífica a la crisis nacional con Batista en el poder.

Las instituciones cívicas orientales en número de más de quinientas, encabezadas por el gobernador de los clubes Rotarios, Mario Manduley, convocaron a una Asamblea Provincial de Representativos de las Fuerzas Vivas de Oriente para el 3 de enero de 1957 en

Bayamo, que fue prohibida por el régimen, y en telegrama a Batista solicitaron el cese de la represión. La asamblea se convocó nuevamente para el 13 de enero. Según los organizadores entre los aspectos que se tratarían se encontraban:

El problema del presente y el futuro de la juventud; necesidad de orientar a los padres en su conducción.

Lo ineludible de ocupar un puesto en el ejercicio cívico [...] con el fin de lograr el restablecimiento de la legalidad y el cese de los brotes de violencia.

Considerar la necesidad de garantizar los derechos esenciales del hombre, sin los cuales ningún pueblo honrado puede vivir en paz.²⁴

Esta reunión fue impedida por la fuerza pública. La plataforma de estos señores de las instituciones cívicas estaba dirigida a evitar la radicalización del proceso revolucionario en marcha, a lograr que los jóvenes rebeldes fueran “mejor conducidos” por sus padres, y que la sociedad debía retomar la práctica de una legalidad inexistente desde que Batista dio su golpe de estado el 10 de marzo de 1952. ¿Cómo hacer eso posible? ¿Acaso los problemas sociales y políticos de fondo se resolverían apelando a medidas que tendían a reforzar el orden institucional de una república neocolonial? Sin embargo, el simple reclamo de los derechos esenciales del hombre condujo a Batista a prohibir la segunda reunión de las instituciones cívicas orientales. ¿Cómo no ver en el reclamo de estas un llamado a la conciliación de la burguesía como clase con representación en el gobier-

no y en la oposición oficial? Con independencia de que en el contexto de la época luchar por una solución pacífica y condenar la violación de los derechos humanos era una posición progresista, no puede escapar a nuestro análisis que las instituciones tenían tanto o más a la revolución que al batistato, si no ¿por qué no intervinieron públicamente a raíz del golpe de estado del 10 de marzo y en los otros cinco años sucesivos? Su preocupación, en buena medida, era la seguridad de sus negocios ante el desarrollo de una guerra civil con una participación popular activa. Condenaban los métodos represivos de la dictadura, porque ello conduciría al desarrollo de una espiral de violencia que podía atentar contra los cimientos de la república neocolonial nacida en 1902, aunque muchos lo hicieran por razones humanitarias.

Sin embargo, Batista, lejos de captar el favor de estas instituciones para reformar el orden neocolonial cubano como ya había hecho en 1940, se decidió a defender los intereses de la casta militar que había hecho de su permanencia en el poder el objetivo máximo de su administración. Si el régimen golpista accedía a un entendimiento con estos sectores de la sociedad civil, ello hubiera conducido necesariamente a algún tipo de transacción que lo afectaba en sus planes de permanecer en el cargo. Cuando el mantenimiento de las instituciones públicas se convierte en objetivo último de un régimen y se pierden de vista los reclamos de otros agentes sociales de los sectores hegemónicos que alertan sobre un colapso social, se está apostando a la crisis sin salida de un sistema político. El

asunto se vuelve más complejo porque la transición a otro régimen político de cualquier manera afecta al grupo que mantiene la administración del Estado, y de esta forma se cierran las alternativas de futuro para los sectores que pretenden reformar la sociedad desde adentro ateniéndose a sus orígenes y prácticas establecidas. Por ello, los grupos emergentes que apuestan a la ruptura con el pasado y no se encuentran orgánicamente vinculados a las instituciones y partidos propios de la república neocolonial, ganan el terreno cedido por las clases y sectores hegemónicos en crisis y se fortalecen ante las contradicciones interclasistas de estos permitiéndole dividirlos y captar adeptos. Debido a ello y como se dice popularmente: “a río revuelto, ganancia de pescadores”, Armando Hart, a nombre del Movimiento 26 de Julio (M-26-7), envió un comunicado a los delegados de las reuniones de las llamadas “clases vivas” de Oriente donde señaló:

El gobierno dictatorial impotente para contener la acción revolucionaria por las vías legales está recurriendo al procedimiento de los débiles: el crimen.

[.....]

Como sector organizado no revolucionario, las fuerzas vivas, las instituciones económicas, mercantiles, culturales y sociales son en realidad las únicas autoridades civiles que le quedan a nuestra desdichada República. Congreso, Poder Ejecutivo, Tribunal Supremo, Partidos políticos de todas clases [...] han quedado borrados del escenario público como verdaderas

autoridades [...] Muy por el suelo tiene que estar la autoridad de los supuestos representantes civiles cuando su incapacidad frente al crimen ha dado lugar a esta reunión [...] Un gobierno serio y responsable hubiera renunciado. Frente a todo ello está más justificada que nunca la Revolución como único medio civilizado de liquidar la opresión. [...]

En definitiva, las clases vivas y el 26 de Julio persiguen idéntico fin: el orden y la tranquilidad de la familia cubana. Ustedes demandando justicia y nosotros interponiendo la acción revolucionaria. Si ustedes y nosotros seguimos firmemente por ese camino habremos de encontrarnos en un punto: la libertad de Cuba.²⁵

El verdadero poder, el militar, de la dictadura, no tenía asidero suficiente en la sociedad civil y ello lo conducía a tener que combatir en muchos frentes. Las organizaciones revolucionarias se percataron de esta situación y diseñaron una estrategia política muy sabia de unidad amplia que condujera lo antes posible al derrocamiento de la tiranía de Batista y al triunfo de la revolución. A la larga, un gobierno revolucionario decidido a aplicar el programa del Moncada, echaría por tierra el régimen neocolonial bajo el cual señoreaban algunos de los miembros de las instituciones cívicas. La política represiva de la dictadura condujo a las instituciones cubanas y a las organizaciones revolucionarias, al menos de forma global, a una alianza coyuntural. Aunque debe puntualizarse que, si bien ambas se pronunciaban contra las medidas de fuerza de la dictadura, los

propósitos políticos eran completamente distintos, algunas personas decidieron pasarse a colaborar más activamente con la revolución en el Movimiento de Resistencia Cívica. También otros miembros de la sociedad civil neocolonial colaboraron, de forma oculta, con las organizaciones revolucionarias por diversas razones: terminar con la inestabilidad que generaba para sus negocios el estado de guerra civil, impedir que sus propiedades fuesen afectadas por los sabotajes revolucionarios, y apostar por una influencia en un futuro gobierno que surgido después de la posible caída de Batista.

En ese sentido, sostenemos un criterio diferente al de José M. Cuesta, quien le asigna a las instituciones cívicas un papel de movilización y beligerancia contra el régimen de Batista. En sentido general, sus posiciones eran más a favor de una mediación que de una lucha frontal contra la dictadura. Una cosa son las instituciones cívicas y otra el Movimiento de Resistencia Cívica, el cual adoptó una postura más activa en el combate contra el régimen del 10 de marzo. No obstante, debemos reconocer que ellas sirvieron de cantera para captar una buena parte de los miembros del Movimiento de Resistencia Cívica; estos últimos aspectos se encuentran muy bien demostrados en la obra de Cuesta.²⁶

El 14 de enero, en medio de la ola de violencias y persecuciones que estaba teniendo lugar, se suprimen las garantías constitucionales y se implanta la censura de prensa. Entre los meses de enero y febrero se articuló el Movimiento de Resistencia Cívica como organización clandestina y celular cuyo objetivo prin-

principal era colaborar con el Movimiento 26 de Julio ofreciéndole ayuda logística. Sus tareas serían: contribución en efectivo y en especie; facilitar contactos con determinadas personas; el apoyo y ayuda a los combatientes de la clandestinidad y la Sierra Maestra; propagar y cumplir las consignas de resistencia a la tiranía, y realizar pequeños sabotajes. Funcionó como organismo independiente hasta diciembre de 1958, cuando se funde con el Movimiento 26 de Julio.²⁷

El gobierno, con su renuencia a favorecer una solución negociada a la crisis cubana, había llevado a importantes sectores de la burguesía y la pequeña burguesía al terreno de la oposición y, en algunos casos, a contribuir con la insurrección que gestaban las organizaciones revolucionarias. Por ello podemos señalar que los continuos fracasos de la alternativa reformista favorecieron el fortalecimiento de la alternativa revolucionaria. Pero el hecho de que desde la base se estuviese produciendo el paso de miembros de las instituciones cívicas al Movimiento de Resistencia Cívica, torpedeó los intentos de proceder a una mediación política con el gobierno. Según establece Cuesta en su obra, la tiranía trató de localizar a la dirigencia del Movimiento de Resistencia Cívica entre los políticos y los dirigentes de las instituciones y otras personalidades de la capital de la república.²⁸ Eso contribuyó a que la dictadura se mostrase hostil contra el movimiento de instituciones cívicas: Batista no podía permitir la conspiración oculta entre las clases medias y la alta burguesía. La táctica de unidad amplia del Movimiento 26 de

Julio había socavado los propósitos mediacionistas de la alternativa reformista y había coadyuvado a que el dictador se mantuviera reticente a un entendimiento que nunca antes había favorecido.

El 26 de febrero finalizaba la censura de prensa, pues por esa fecha sesionaba la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) en Nueva York y el régimen temía pasar a la lista negra de los países donde se limitaba la libertad de pensamiento. Sin embargo, se mantuvieron suspendidas las garantías constitucionales, entre ellas la libertad de expresión. Por ello Jorge Luis Martí, periodista de *El Mundo*, señalaba: “Quien puede hablar, no puede, sin permiso, moverse ni reunirse, puede ser detenido indefinidamente, registrado su domicilio y revisada su correspondencia [...], la libertad implica la seguridad, o sea, la totalidad de un sistema jurídico que no está en vigor. No hay libertad de expresión en tanto no rijan los demás derechos individuales”.²⁹

Otros proyectos de alternativas a la crisis política se estudiaron por parte de sectores de la oposición y del gobierno. A principios de marzo dos congresistas auténticos, Arturo Hernández Tellaeche y Ricardo Miranda iniciaron una gestión para lograr un arreglo entre algunos partidos. Se dirigieron a Emilio Ochoa, al frente del PPC (O) inscripto, y a José Pardo Llada, del Partido Nacionalista Revolucionario (PNR), los que apoyaron la nueva fórmula consistente en:

Convocar elecciones para el año 1958.

Expedición de nuevos carnets.

Nuevo código electoral.

Amnistía de los presos políticos

Vigencia de las garantías constitucionales.³⁰

Las medidas contempladas en el posible arreglo eran una especie de punto intermedio entre las posiciones del gobierno y la oposición. Se satisfacía al régimen castrense en su proyecto de elecciones previsto, pero se le convocaba a favorecer libertades democráticas que en medio de la represión le era imposible hacer efectivas. Esta fórmula fue también aceptada por el Movimiento de Liberación Radical de Amalio Fiallo, quien dejaba a un lado sus posturas de condenas a las mediaciones. Ramón Grau no aceptó la propuesta porque rechazaba una expedición de nuevos carnets, pues esa medida podía afectarlo, ya que al tener inscripto su partido había acumulado suficientes carnets electorales.

Esta oferta desconocía al movimiento guerrillero de la Sierra Maestra, el cual con su actividad había modificado el panorama político cubano, era una fuerza beligerante que no se podía relegar a un segundo plano. El gobierno ignoró el plan, pero también otros sectores de la oposición lo repudiaron. Ramón Andreu del Partido Democrático (no inscripto) y Tony Varona por el PRC (A) abstencionista, rechazaron la invitación. Cuando se dirigieron a consultar la opinión del líder del PPC (O) histórico, Pelayo Cuervo, este se encontraba detenido en el Departamento de Investigaciones del Servicio de Inteligencia Militar (SIM). Unos días después, a raíz del asalto a Palacio el 13 de marzo, aparecería su cuerpo sin vida, víctima de un asesinato más de la soldadesca batistiana.³¹

Mientras esto ocurría, el secretario de Estado adjunto, Roy Rubottom, en

franco acto de intervención en los asuntos internos de Cuba, dio público apoyo a las elecciones unilaterales del 1º de junio convocadas por el gobierno de Batista.³²

El 12 de marzo el gobernador de los Rotarios, Mario Manduley, se entrevistó con Raúl de Velazco, presidente del Colegio Médico Nacional y llegaron al acuerdo de reunir a representantes de todas las instituciones cívicas del país. La reunión se planeó para el día 14 de marzo, pero no se pudo efectuar debido a los acontecimientos del día 13, cuando un grupo de valerosos jóvenes pertenecientes al Directorio Revolucionario asaltaron el Palacio Presidencial y la emisora Radio Reloj simultáneamente. José Antonio Echeverría, destacado líder estudiantil, caería peleando heroicamente.

Esta acción dejó atónitos y alarmados a los miembros de las instituciones cívicas que con mayor urgencia redoblaron sus esfuerzos y pasaron su reunión para el día 18 en el Colegio Médico Nacional de G y 21. A dicho encuentro asistieron José Miró Cardona por el Colegio Nacional de Abogados; David Mestre por el Club de Leones; Elena Moure por el Lyceum; Luis de Velazco por la Sociedad de Estomatólogos; Domínguez Mousset por los Farmacéuticos; Aníbal Díaz por los pedagogos; Mario Iglesias por los maestros privados; Antonio Díaz por la Confederación de Profesionales Universitarios; Edilberto Marbán por el Colegio Nacional de Doctores en Ciencia y Filosofía y Letras, y Jorge Quintana por el Colegio Provincial de Periodistas. Después de varias reuniones a las que se sumaron otros miembros de las ins-

tituciones cívicas, el 23 de marzo aprobaron un documento que partía básicamente de un proyecto redactado por José Miró Cardona, el cual estaba centrado en el propósito de la mediación y subrayaba el candente tema de la juventud cubana:

Cuba consternada ve marchar a la juventud a la inmolación y ve con horror la canalización de las fuerzas juveniles hacia la violencia y a su propia destrucción.

[.....]

Solicitamos la colaboración de todas las demás instituciones profesionales, culturales, económicas, cívicas y morales que no tengan matiz político ni partidista, para que, sin criterios preconcebidos, a favor de una u otra tendencia, vengan a unirse en frente común para lograr, con el favor de Dios, una solución que liquide definitivamente nuestra profunda crisis nacional.³³

Aunque el movimiento de las instituciones cívicas había comenzado por Oriente, como reacción a la sangrienta represión de la tiranía, realmente el cerebro de toda la concepción estratégica de estas agrupaciones fue José Miró Cardona. Este, desde la SAR, como lugarteniente de Cosme de la Torriente, ya había planeado emplear a las instituciones cívicas de la burguesía y pequeña burguesía para forzar al régimen a una transacción política. En aquel momento, año 1955, pocos sectores de la burguesía se manifestaron políticamente, estaban seguros sus negocios por el momento y muy pocos previeron una situación de peligro futuro. Pero ante el empuje de la

revolución y de los sectores populares, decidieron aparecer en la escena nacional para lograr un arreglo político que ofreciese protección a sus actividades sociales.

El gobierno, por su parte, no le prestó el más mínimo caso al documento. Al respecto, Santiago Rey, ministro de Gobernación, planteó:

He leído el texto del adolorido documento. [...] Todo propósito en sentido de la paz es loable, pero, a mi juicio, para que resulte eficaz debe ser enmarcado dentro de un enjuiciamiento público transparente, en que lo mismo se pronuncie la queja que el gobierno despierta, que se condenen con valor actos como el reciente ataque al Palacio Presidencial.³⁴

No le bastaba al señor Rey el propósito de las instituciones cubanas de lograr una solución a la crisis “sin criterios preconcebidos, a favor de una u otra tendencia”, pues quería que hablaran el mismo lenguaje de rencor y odio de los tanquistas del gobierno.

En definitiva, el curso de todas estas tribulaciones políticas conducía a demostrar que el país requería de una transformación revolucionaria. Cuando Fidel Castro se reencontró con su hermano Raúl en plena Sierra Maestra, en el lugar conocido como Cinco Palmas, con sólo unos pocos hombres y armas, confirmó su fe en la victoria. No era que estuviera fuera de sus cabales como algunos pensaron o se comportara como un fanático optimista de las posibilidades futuras de ese pequeño grupo de combatientes, sino que conocía a fondo la realidad cubana y sabía que el país, como único podía salir de la crisis

en la cual estaba atrapado, era mediante una verdadera revolución. En caso contrario el régimen castrense tendería a perpetuarse, por eso en una oportunidad señaló: “En cincuenta y cuatro años de República, los arreglos, las componendas y las mediaciones, al no curar de raíz los males, no han dado otro fruto que la miseria espantosa de nuestros campos y la pobreza industrial de nuestras ciudades”.³⁵

Notas

¹ *El Mundo* (La Habana) 7 dic. 1956:A-4, col. 2.

² *Ibidem*, p. 70.

Copia mimeográfica.

También se puede ver en *Diario Nacional* (La Habana) 19 dic. 1956.

³ *El Mundo* (La Habana) 20 dic. 1956:72.

⁴ *Ibidem*, p. 73.

⁵ *Ibidem*, p. 79.

Copia mimeográfica.

⁶ *El Mundo* (La Habana) 30 dic. 1956:77.

⁷ *Ibidem*.

⁸ *Excelsior* (La Habana) 4 en. 1957:80.

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ *Ibidem*.

¹² *El Mundo* (La Habana) 9 en. 1957:83.

¹³ *El Mundo* (La Habana) 10 en. 1957:85.

¹⁴ Cuesta Braniella, José M. *La resistencia cívica en la guerra de liberación de Cuba*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1997. p. 60.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 381-382.

¹⁶ *Ibidem*, p. 61.

¹⁷ *Ibidem*, p. 62.

¹⁸ *Bohemia* (La Habana) 49(1):61; 6 en. 1957. (En Cuba)

¹⁹ *Bohemia* (La Habana) 49(2); 13 en. 1957. (En Cuba)

²⁰ *Ibidem*, p. 62.

²¹ *Ídem*.

²² *Op. cit.* (18).

²³ *Ibidem*.

²⁴ Cuesta Braniella, J. M. *Op. cit.* (14). p. 70.

²⁵ *Ibidem*, pp. 71-72.

²⁶ *Ibidem*, p. 75.

Sin embargo, debemos señalar que en un artículo inédito del autor explica mejor los propósitos de las instituciones cívicas cuando las califica como “beligerantes por la paz”.

²⁷ *Ibidem*.

²⁸ *Ibidem*, p. 93.

²⁹ *Bohemia* (La Habana) 49:87; 10 mar. 1957. (En Cuba)

³⁰ *Ibidem*.

³¹ *Ibidem*.

³² Manifiesto del PSP llamando a la unidad. En: Archivo Nacional. Fondo Especial, Leg. 5, No. 92.

³³ Cuesta Braniella, J. M. *Op. cit.* (14). pp. 387-388.

³⁴ *Bohemia* (La Habana) 49:90; 31 mar. 1957. (En Cuba)

³⁵ Castro, Fidel. “El Movimiento 26 de Julio”. En: Academia de las FAR “General Máximo Gómez”: *La Revolución Cubana (1953-1980). Selección de Lecturas. Primera parte*. La Habana: Ed. Ministerio de Educación Superior, 1983. pp. 338-339.

Reajustes de la política militar norteamericana hacia la dictadura de Batista (1956-1958)

Servando Valdés Sánchez

Historiador

A partir de 1956, la permanencia del Anúcleo guerrillero en la Sierra Maestra,¹ el incremento de la política represiva de la tiranía de Fulgencio Batista –con el consiguiente aumento de la oposición popular y revolucionaria–, junto a las presiones de la opinión pública norteamericana, entre otros factores, influirían decisivamente en la dinámica de las relaciones militares entre Cuba y los Estados Unidos.

Una de las primeras decisiones tomadas por el régimen, después de los acontecimientos del 2 de diciembre de 1956, consistió en enviar hacia la provincia de Oriente una compañía ligera del batallón del Mutual Defense Assistance Program (MDAP).² Al mismo tiempo, en el mes de enero, el ministro de Gobernación Santiago Rey se reunió en Washington con el subsecretario de Estado Robert Murphy y le aseguró que Batista tenía aplacada la insurrección en Cuba. Rey adoptó también el compromiso de mejorar la cooperación entre el Buró de Represión de Actividades Comunistas (BRAC) y las agencias de inteligencia norteamericanas en la cruzada anticomunista.

En principio, los Estados Unidos se esforzaron por mantener una imagen aparentemente neutral ante la crisis cubana, sin dejar de prestarle apoyo a la dictadura. Con esa finalidad, fue nombrado el nuevo embajador, Earl Smith, quien al igual que su antecesor, Arthur Gardner, no era un diplomático de carrera, pero había realizado una importante contribución a la campaña electoral del presidente Eisenhower. Si bien Gardner mostró una posición de abierto apoyo a Batista, Smith vendría con la misión de mantener una supuesta actitud de no injerencia en los asuntos domésticos de la isla.

Todavía durante gran parte de 1957, el régimen continuó exhibiendo muestras públicas de sus “buenas relaciones militares” con el país vecino. Nuevos tanques “Sherman” tipo medianos, le fueron cedidos al amparo del Programa de Ayuda Mutua y, en reciprocidad, la tiranía condecoró con la Legión del Mérito al mayor general Truman H. Landon, jefe del Comando Aéreo del Caribe, y con la Orden del Mérito Militar al coronel Harold S. Isacson, jefe de la Misión del Ejército.

El segundo semestre del año comenzó con un paso importante en la planificación de la defensa hemisférica impulsada por los Estados Unidos. Después de casi seis años de la presentación del primer proyecto del Plan Militar General para la Defensa del Continente Americano, fue aprobada en la Sesión 215 del Consejo de Delegados de la Junta Interamericana de Defensa, del 18 de julio, la Resolución XXXII, mediante la cual se dispuso elevar a la consideración de los gobiernos latinoamericanos el nuevo Plan Militar Continental. Esto ocurría cuando en el plano político comenzaban a interactuar las presiones del Congreso y de la prensa estadounidenses para la retirada del apoyo a los regímenes dictatoriales de América Latina.

Tales factores determinaron el estancamiento de la gestión de otros tanques medianos M-4 realizada por Cuba, lo cual provocó que Batista cancelara las órdenes de compra de los mencionados equipos blindados y le comunicara al gobierno norteamericano su intención de buscar otras fuentes de suministro. Asimismo, las unidades del MDAP enviadas a la Sierra Maestra, fueron desmanteladas y distribuidas entre las diferentes tropas en operaciones. Con esa decisión, Batista trató de mostrar que, a pesar de sus compromisos con la estrategia norteamericana, no renunciaría a sus propósitos por elevar la capacidad militar del régimen, más aún cuando enfrentaba una lucha armada.

En septiembre de 1957, la repercusión de los hechos de Cienfuegos agudizó las críticas de la opinión pública de los Estados Unidos, opuesta al empleo, con fines represivos, de las armas entregadas por su gobierno a la

tiranía. Si la denominada estrategia de dominio hemisférico había previsto, además de los esfuerzos de carácter colectivo, el desarrollo de políticas nacionales que garantizaran la seguridad doméstica en los países latinoamericanos, apelando incluso a regímenes de corte dictatorial, desde esos instantes la aplicación de dichas políticas estaría limitada por las condicionantes internas de la sociedad norteamericana y, en consecuencia, el diseño de hegemonía imperialista tendría que establecer determinadas prioridades en el continente para salvaguardar sus intereses básicos.

La asistencia militar norteamericana a la dictadura había sido una de las mayores en todo el Caribe y Centroamérica. Sólo en 1956 el Programa de Asistencia Militar a Cuba costó aproximadamente seis millones de dólares, ocupando el segundo lugar en América Latina.³ Sin embargo, Batista y su Ejército resultaban ineficaces para lograr la estabilidad requerida.

Por esos motivos, a fines de ese año el Departamento de Estado elaboró los posibles derroteros para la solución de la crisis en Cuba, que en esencia conducían a tratar de lograr un clima favorable para la celebración de elecciones y la retirada de Batista de la escena política. En caso de que el régimen mostrara falta de voluntad para ello, se previó acelerar su caída con el anuncio público del cese de los embarques de armas a Cuba y la retirada de las misiones militares, tomándose como argumento el uso inapropiado que se hacía del equipamiento del Programa de Ayuda Militar.⁴

Entre tanto, Batista decidió desarrollar su propio juego contando con el apoyo del embajador Smith, quien con

una mentalidad conservadora se identificó plenamente con él. En dicho acercamiento también influyeron, quizás, las exenciones tributarias dictadas por el batistato en 1955, que beneficiaron a la Moa Bay Mining Company, subsidiaria de la Freeport Sulphur, a la cual estaba vinculada Smith por su amistad con John Hay Whitney, presidente de esta última.

El 11 de enero de 1958, Smith informó a sus superiores haber obtenido de Batista la definitiva seguridad de que restauraría las garantías constitucionales y presionó a Washington para el envío de veinte vehículos blindados solicitados por el gobierno cubano desde mediados de 1957.⁵

El día 25 Batista restableció las garantías constitucionales, pero era tal su desconfianza que, como había anunciado anteriormente, inició gestiones con el propósito de adquirir armamento en otros países. Una comisión de oficiales y alistados del Regimiento Mixto de Tanques “10 de Marzo” se trasladó, el 1º de febrero, a Nicaragua para negociar la compra de treinta carros blindados M-6, que suplieran la falta de los solicitados a los Estados Unidos.⁶ De esta forma, seguían aparentemente los derroteros del Departamento de Estado y continuaba fortaleciendo las fuerzas armadas.

Seis días después, Smith envió un nuevo telegrama al Departamento de Estado donde consideraba poco realista que el gobierno cubano u otro gobierno se abstuvieran de usar los equipamientos del MDAP contra una rebelión armada.⁷ A pesar de esos esfuerzos, el subsecretario asistente para Asuntos Interamericanos, William P. Snow, le entregó el 3 de marzo al em-

bajador Campa una nota relacionada con informes relativos a violaciones cometidas por el gobierno cubano de los términos del Convenio de Ayuda Mutua. Campa le preguntó si esa acción representaba un cambio de la política de su gobierno y Snow le aseguró que no.⁸

Esa actitud del Departamento de Estado fue asumida por Batista con diplomacia. Según los informes de Smith, el ministro de Estado Gonzalo Güell⁹ le había comunicado que Batista “comprendía la situación totalmente” y estaba preparado para comprar armas a entidades privadas en los Estados Unidos, lo cual era cierto, pues algunas firmas como la Remington Arms habían mostrado interés en negociar con el régimen.

Pero la dictadura, negada a hacer concesiones a la oposición reformista y revolucionaria, volvió a suspender las garantías constitucionales el 12 de marzo, y trasladó las falsas elecciones de junio para el mes de noviembre. El propósito fundamental de Batista era continuar contando con el suministro de armas, pues desde principios de año preparaba una gran ofensiva militar con la que esperaba aniquilar al Ejército Rebelde.

La suspensión de las garantías constitucionales volvió a retrasar los planes del Departamento de Estado. Por tanto, el 14 de marzo fue emitida una nota en la que se daba a conocer la paralización del embarque de 1 950 fusiles Garand comprados por el gobierno cubano. A su vez, Smith recibió instrucciones de comunicar a la tiranía el embargo de las armas, y se le aclaró que ello no significaba el reconocimiento del estado de beligerancia.

El 17 de marzo, la tiranía presentó una nota de protesta a la embajada

estadounidense en La Habana por la retención de los fusiles. Mientras, el embajador Campa se reunió con William P. Snow y William Wieland y trató de justificar la actuación de su gobierno, responsabilizando, en parte, al gobierno norteamericano de la situación existente.

De esa forma la diplomacia cubana, respaldada por Smith, emprendió una ofensiva contra el embargo. Este se apoyó en los criterios de la Misión Militar, la cual sostenía que la seguridad interna era parte de la defensa hemisférica, así como en el descontento predominante entre las jerarquías militares norteamericanas, debido a que la suspensión del envío de armas se había aprobado sin consultar a la Junta de Estado Mayor. También la dictadura trató de utilizar las influencias del coronel John E. Kieffer, uno de los más destacados geopolíticos del mundo occidental.¹⁰

Entre tanto, a fines de marzo una comisión, encabezada por el coronel René Scott, viajó de forma secreta a República Dominicana. Como resultado de esas gestiones, el día 30, la Dirección de Operaciones G-3 del Estado Mayor del Ejército impartió la orden siguiente: “Disponga avns necesarios para transportar 49875 libras de mercancías desde Rpbca Dominicana”.¹¹ A partir de esa fecha, la tiranía comenzó a recibir equipamiento militar desde ese país.

El 3 de abril, el gobierno de Batista ordenó la cancelación de los contratos con los Estados Unidos de un grupo de suministros¹² y se interesó por conocer si el embargo incluía las piezas de repuesto, imprescindibles para la reparación del armamento.¹³ Esto fue resuelto mediante la aprobación de lo

que se denominó, “non-combat equipment” (equipamientos no utilizables en combate), con lo que el Departamento de Estado dejó una ventana abierta para continuar la asistencia militar.

No obstante, la tiranía proseguía adquiriendo equipamientos en otros países. Ese mes, la fragata *Máximo Gómez* viajó secretamente a Nicaragua para trasladar TNT y bombas de manufactura norteamericana, mientras los vuelos de los aviones de la Fuerza Aérea del Ejército (FAEC) hacia República Dominicana proseguían.

A su vez, el gobierno cubano continuó cooperando con los planes de defensa hemisférica. El 23 de junio, el Ministerio de Defensa Nacional informaba al jefe del Estado Mayor Conjunto (EMC) que al delegado jefe de la Delegación de Cuba ante la Junta Interamericana de Defensa le interesaba se gestionara la pronta conformidad por el gobierno del proyecto de nuevo Plan Militar Continental, remitido desde el segundo semestre de 1957. En respuesta, el 17 de julio, Batista firmaba el documento que fijó la conformidad del régimen con dicho Plan.¹⁴

La situación se hizo más complicada cuando la prensa norteamericana publicó una noticia sobre la presencia de unidades del MDAP en los combates de la Sierra Maestra. El Departamento de Estado tuvo que instruir a Smith para la retirada de la unidad con todos sus equipamientos, pero Batista alegó que sus fuerzas se encontraban dispersas y habían sido absorbidas por otras unidades del Ejército.¹⁵

Un nuevo inconveniente se originó con la denominada Operación Antiaérea,

realizada por las fuerzas rebeldes del II Frente Oriental “Frank País”, que denunció públicamente la violación del embargo y los estragos causados sobre la población civil por las bombas de fabricación norteamericana lanzadas desde los aparatos de la FAEC. Varios ciudadanos estadounidenses fueron detenidos con la finalidad de utilizarlos como testigos, causando ello una repercusión internacional.

Smith intentó aprovechar esa coyuntura para comprometer a su gobierno en acciones militares conjuntas con el régimen de Batista, pero el Departamento de Estado se mostró contrario al empleo de la fuerza. Durante los días finales de junio y poco más de la primera quincena de julio, los jefes del Departamento de Estado y el Pentágono permanecieron constantemente reunidos. Fueron valoradas diferentes variantes, hasta la de intervención.

La crisis concluyó después de que el Gobierno norteamericano entrara en negociaciones con la parte rebelde, mediante sus representantes diplomáticos en Santiago de Cuba. A partir de la Operación Antiaérea, el Departamento de Estado reforzó su posición de mantener el embargo de armas, como elemento de presión, y esto, entre otras consecuencias, condujo a que la entrega de diez aviones de entrenamiento T-18, ya pagados por la dictadura, nunca se efectuara y otros lotes importantes de material bélico fueron acumulándose en los almacenes norteamericanos.

A medida que los ritmos de la guerra se aceleraban, los requerimientos de material bélico crecían, no sólo por las propias exigencias de las operaciones,

sino por las pérdidas que se producían cuando unidades enteras del Ejército eran derrotadas y todos sus equipamientos y armas caían en poder de los rebeldes, sobre todo durante y después de la Ofensiva de Verano de 1958, lo cual obligó a la dictadura a incrementar las gestiones que realizaba por diferentes vías desde principios de año.

Además de República Dominicana, su principal proveedor, la tiranía logró obtener suministros de la Cuban Development Company, en La Habana; Levy Auto Part Co. Ltd, en Canadá; Roberto Hernández, en Nueva York; Siefried Wallner, en Italia, e Irving Davidson. Este último utilizaba cheques a nombre del tesorero de los Estados Unidos y sus envíos procedían de Canadá, Nicaragua y Europa. En total, desde enero a octubre enviaron material de guerra por un valor de \$4 705 076. Otros importantes abastecedores eran: Hawker Aircraft, de Inglaterra; Bonifacio Echeverría, de España; Remington Arms, M. García, Rey Fraga y Co., E. Jonas, de los Estados Unidos, y Comercial Mercedes y Gustav Venschow de Alemania. También varias firmas italianas suscribieron contratos por un aproximado de dos millones de dólares.¹⁶

Esa diversidad de fuentes de suministros, al margen de que actuaba contra el monopolio estadounidense en la venta de material bélico, provocó una acumulación importante de armamentos de diferentes tipos y calibres y le creó un nuevo problema a la dictadura, la cual tendría que realizar un esfuerzo adicional para mantenerlos en funcionamiento. Otras dificultades se agregaron por la mala calidad técnica de algunas armas, como las carabinas

San Cristóbal y las granadas de mano y de mortero de procedencia dominicana. Batista trató de buscar una solución gestionando la compra en Japón de una fábrica de armamentos valorada en diez millones de dólares que produciría fusiles de acuerdo con los *standard* norteamericanos, pero dificultades financieras impidieron su adquisición.¹⁷

Sin embargo, existen otras evidencias documentales de la asistencia militar que, de manera clandestina, la dictadura recibió desde territorio norteamericano. Así, por ejemplo, el 8 de noviembre, un telefonema confidencial del mayor general Díaz Tamayo, director de Operaciones G-3 del Estado Mayor del Ejército (EME) al general de brigada Carlos M. Tabernilla, jefe de la FAEC, decía: “Para su conocimiento y cumplimiento, disponga que avns que vienen desde los EUA con armas para el Ejército y que no están debidamente legalizados, hagan su aterrizaje en horas de la noche en el Aeropuerto ‘General Batista’”.¹⁸

En el plano político, Batista apeló a las elecciones de noviembre como uno de sus últimos intentos para obtener el apoyo militar oficial de los Estados Unidos y prolongarse en el poder. Fracasadas, el 15 de noviembre ofreció una conferencia de prensa; en ella acudió nuevamente a los justificativos argumentados desde el inicio del embargo, al declarar que el país del norte estaba interviniendo en los asuntos internos de Cuba a favor de los rebeldes, porque no permitía al régimen adquirir armas, mientras ellos las adquirían con facilidad.

El 16 de diciembre un estimado especial de inteligencia reconocía el

rápido deterioro del régimen, pero erróneamente sólo admitía el triunfo rebelde como una posibilidad.¹⁹ Al día siguiente, Smith, cumpliendo instrucciones de sus superiores y en contra de su voluntad, comunicó a Batista la decisión final de su gobierno de no continuar apoyándolo y lo instó a no demorar su partida más allá del tiempo necesario para efectuar la transferencia de poderes.²⁰

Pese a esas disposiciones, la colaboración militar no se detuvo. En particular, la Misión Militar trabajó con la jefatura del Estado Mayor Conjunto en un análisis de la situación de las operaciones, cuya finalidad era tratar de contener la ofensiva del Ejército Rebelde. Ello constituyó un esfuerzo más por comprometer al gobierno norteamericano con el agonizante régimen.

La crítica situación en Cuba motivó las reuniones del Consejo de Seguridad Nacional los días 18 y 23 de diciembre. El 29 de ese mes el Departamento de Estado elaboró un memorándum donde retomaba la idea de emplear la OEA y la Organización de Naciones Unidas (ONU) para lograr una tregua y convocar a un plebiscito.²¹ Esa iniciativa injerencista ya no tenía posibilidades de éxito.²²

Por su parte, el día 30 los funcionarios del Pentágono recomendaron en otro memorándum dirigido al Secretario de Defensa, Mc Elroy, terminar el embargo, transferir el equipamiento militar y fortalecer las relaciones con la isla; esta acción quizás era más realista, aunque también tardía.²³

El 31 de diciembre, el Departamento de Estado, en una de sus últimas comunicaciones con su embajador antes de la caída del régimen, era concluyente:

En las actuales circunstancias cualquier acción de incremento material en cuanto a apoyo militar al GOC podría exponer al Gobierno de Estados Unidos a ser atacado dentro y fuera del hemisferio por la intervención en los asuntos internos de Cuba [...] amenazando a largo alcance la posición de Estados Unidos en Cuba [...] así como constituiría un error político que afectaría extremadamente las relaciones en el hemisferio que tienen importancia básica para Estados Unidos.²⁴

Las autoridades norteamericanas no pudieron comprender que más allá del dilema del régimen, se debatía un modelo neocolonial en profunda crisis estructural desde la década del treinta, a cuya debacle definitiva contribuyeron, entre otros factores, la política represiva de la dictadura, la ofensiva de las fuerzas revolucionarias encabezadas por el Ejército Rebelde, así como las limitaciones de la política exterior estadounidense sobre la que influían decisivamente condicionantes domésticas.

La dictadura había continuado los pasos iniciados por los gobiernos auténticos para la integración de Cuba a los planes de defensa hemisférica norteamericanos y logró, impulsada por la guerra, modernizar hasta donde pudo las fuerzas armadas. Entre 1952 y 1958 recibió equipamientos y armas valorados en una cifra superior a los dieciséis millones dólares y más de 500 oficiales cubanos fueron entrenados en bases militares de ese país.²⁵ Pero, a pesar de la integración, el triunfo revolucionario hizo inevitable la ruptura con los presupuestos injerencistas y hegemónicos.

Los acontecimientos en Cuba fueron una de las causas principales que condujeron a la revisión de la política norteamericana hacia América Latina. En ese contexto se dedicó especial atención al perfeccionamiento del Programa de Asistencia Militar que, en líneas generales, tenía como objetivo la intensificación de la ayuda económica y militar —a las élites militares en el poder—, el incremento de las bases militares, el desarrollo de fuerzas de inteligencia y de programas de “acción cívica” que consolidaran el apoyo público, y la creación de nuevos centros de entrenamientos dirigidos tanto al aprendizaje de tácticas antiguerrilleras como al adoctrinamiento de los militares, de acuerdo con los propósitos hegemónicos de la gran potencia.

Notas

¹ Los partes militares del régimen trataron de ocultar la existencia de los rebeldes, maniobra que fue desmentida por el periodista norteamericano Herbert Mathews, quien viajó a la Sierra Maestra para sostener una entrevista con Fidel, la cual publicó en febrero de 1957, en el periódico *The New York Times*.

² El batallón del Mutual Defense Assistance Program (MDAP) había sido creado como resultado de la aprobación, en junio de 1956, del nuevo Plan de los Gobiernos de Cuba y los Estados Unidos para su Defensa Común. La compañía perteneciente a ese batallón permaneció en Oriente hasta el mes de abril, cuando retornó a Columbia. El 24 de mayo de 1957, otras dos compañías equipadas por el MDAP fueron despachadas por aire. Una fue destinada al Regimiento 9, de Holguín, y la otra al Regimiento 1 de Santiago de Cuba.

³ Morley, Morris H. *Imperial State. The United States and Revolution and Cuba 1952-1958*. Cambridge: University Press, 1987. p. 58.

⁴ Véase Policy Recommendation for Restoration of Normalcy in Cuba, 19 December 1957, Unclassified. En: Archivo del Instituto de Historia de Cuba (IHC).

⁵ Department of States. Telegram from the Embassy in Cuba to the Department of State, January 11, 1958. En: *Foreign Relations of the United States, 1958-1960, V, VI, Cuba*. Washington: United States Government Printing Office, 1991. p. 7.

⁶ Fondo Ejército, Carpeta N° 1, Signatura 24/1.1/1.7/1.3, 1956-1958. En: Archivo del IHC.

⁷ Department of States. *Op. cit.* (5). pp. 19-20.

⁸ Ídem, p. 49.

⁹ Gonzalo Güel, doctor en Derecho Civil, ingresó en el servicio exterior en 1920. Entre 1933 y 1937 ocupó el cargo de Encargado de negocios de Cuba en Brasil, Colombia y Noruega sucesivamente. Representó al gobierno de Prío como embajador en la Organización de Estados Americanos (OEA) y en México. El 2 de mayo de 1956 fue designado Ministro de Estado.

¹⁰ Kieffer, director del War College de los Estados Unidos, le brindó servicios a la dictadura sobre psicología de guerra y propaganda.

¹¹ Fondo Ejército, Sección 3, Serie 3, Signatura 24/3.2/3.2.1/1-212, 27 enero-27 dic. 1958. En: Archivo del IHC.

¹² Los contratos cancelados incluían, además de los 1 950 fusiles Garand que los Estados Unidos había detenido, 25 000 cápsulas para cañón MK 4 y cincuenta fusiles ametralladoras calibre treinta. También se ordenó anular las gestiones que se hacían para adquirir veinticuatro morteros de 60 mm, mil granadas para estos y veinte ametralladoras calibre cincuenta.

¹³ Otra de las medidas adoptadas en la ofensiva del régimen contra el embargo, fue la designación de Nicolás Arroyo como nuevo embajador en Washington. Arroyo presentó sus cartas credenciales el 16 de abril y el día 21 se reunió con los funcionarios del Departamento de Estado.

¹⁴ Documentos de la Junta Interamericana de Defensa. En: Archivo del IHC.

¹⁵ A pesar de que continuaron las presiones del Departamento de Estado para la retirada del Batallón del MDAP, la unidad (contrario a lo afirmado por el profesor Thomas G. Paterson en su obra *Contesting Castro. The United States and the Triumph of the Cuban Revolution*), no llegó a trasladarse de la Sierra Maestra.

¹⁶ Fondo Ejército, Sección 3, Serie 1, Carpeta 3, Signatura 24/3.5/1.3/ 1-23, 1 oct.-4 nov. 1958. En: Archivo del IHC.

¹⁷ Esas dificultades con el material bélico no afectaron las operaciones militares de la dictadura, ni influyeron en el descalabro moral de sus tropas, que se venía manifestando como tendencia a partir del fracaso de la Ofensiva de Verano, como un resultado de la exitosa estrategia y táctica seguidas por el Ejército Rebelde. Por lo tanto, parece demasiado absoluto el argumento expuesto por Smith en su libro, acerca de que el embargo contribuyó a la derrota de la tiranía. Una investigación aún inédita de un equipo de investigadores del Instituto de Historia de Cuba demuestra lo contrario.

¹⁸ Fondo Ejército, Sección 3, Serie 3, Signatura 24/3.2/3.2.1/1-212, 27 enero-27 dic. 1958. En: Archivo del IHC.

¹⁹ Véase Department of States. *Op. cit.* (5). pp. 295-297.

²⁰ Smith, Earl. *The Fourth Floor*. New York: Random House, 1962. pp. 165-167.

²¹ Esa idea le fue transmitida a Smith, por sus superiores del Departamento de Estado, después del fracaso de la Huelga General del 9 de abril, cuando el clima político se presentaba favorable para la tiranía.

²² Véase Department of State. *Op. cit.* (5). pp. 317-318.

²³ *Ibidem*, p. 321.

²⁴ *Ibidem*, p. 330.

²⁵ Morley, M. H. *Op. cit.* (3). p. 58.

Rumbo a la guerra

Mayra Aladro Cardoso

Investigadora

La asonada militar batistiana interrumpió abruptamente el proceso político del país, en el cual se percibía claramente la victoria del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) que, con su crítica a la corrupción administrativa, al gangsterismo, los negocios sucios y la consigna de “Vergüenza contra dinero”, era apoyado por la mayoría de la población. En realidad, el madrugonazo, más que para derrocar al gobierno auténtico corrupto del presidente Carlos Prío, se realizó para impedir el triunfo en las elecciones de un movimiento político que había logrado una significativa movilización popular, lo cual inquietaba a la oligarquía y al gobierno de los Estados Unidos. Esta coyuntura fue captada por Batista y sus seguidores, para quienes el acto golpista representaba la ascensión al poder con sus privilegios y oportunidades de fortuna.

Sin embargo, la acción militarista, lejos de restablecer la estabilidad del modelo neocolonial y su sistema político, y amortiguar sus contradicciones, creó condiciones para su agudización creciente.

A la reafirmación y desarrollo de las características típicas del entorno neocolonial, se añadieron factores tales como el descrédito, relativamente rápido, de los partidos políticos tradicionales,

cuya oposición pacífica y gestiones conciliadoras quedaron defraudadas y descalificadas por las maniobras políticas engañosas del régimen y la represión que desató contra sus opositores, como fundamento del mantenimiento del poder.

Un rápido vistazo a la situación, después del 10 de marzo de 1952, permite verificar el crecimiento ininterrumpido del rechazo, la oposición y la lucha de sectores cada vez más amplios de la población. Fue una toma paulatina de conciencia de la necesidad de derrocar aquel gobierno y de que su ejecutoria sólo dejaba la alternativa de la vía armada para combatirlo. Este proceso se desarrolló antes de la Guerra de Liberación, durante ella y tuvo un momento trascendente el 1° de enero de 1959.

Preparación de la guerra de liberación nacional

En este contexto general se realizaron los preparativos del reinicio de la acción armada por los jóvenes de la generación del centenario.

Primeramente debe destacarse que la idea de continuidad de la lucha estuvo presente en Fidel Castro y los sobrevivientes de la acción del 26 de Julio, aun después de la derrota militar en los cuarteles “Moncada” y “Carlos Manuel de Céspedes”. Este espíritu de combate no sólo se puso de manifiesto en el intento de Fidel de replegarse hacia la Sierra Maestra con un pequeño grupo de asaltantes –variante prevista en la idea de las acciones en caso de fracasar el plan original–, sino también en la actitud asumida por todos en las sesiones del juicio a que fueron sometidos.

Los asaltantes asumieron la responsabilidad de los hechos con dignidad y honor y, lejos de expresar

arrepentimiento, defendieron la legitimidad de sus actos como un derecho ante aquel gobierno ilegal, impuesto por la fuerza, que hizo trizas el orden constitucional del país.

Fidel Castro, en el histórico alegato de autodefensa *La historia me absolverá*, destacó la firme actitud de sus compañeros. Asimismo, refutó los argumentos del fiscal, las falsedades y calumnias sobre los asaltantes divulgadas por el régimen y argumentó contundentemente las causas y objetivos de la acción. La clara exposición de los hechos, las conductas de los bandos beligerantes y la sólida fundamentación legal, política y moral de la posición de principios de los jóvenes del centenario produjo una variante en la tónica del juicio. Los acusados pasaron a ser los acusadores. Tal era la fuerza de sus verdades.

Incluso en las circunstancias más adversas, la orientación que logró enviar el máximo dirigente de los moncadistas a sus compañeros que se encontraban en la cárcel de Boniato, para que incluyeran en la marcha —posteriormente *Marcha del 26 de Julio*— los acontecimientos del día 26 en memoria de los caídos y como elemento de unión y perseverancia en los ideales y objetivos del Movimiento, fue otra muestra de la actitud combativa de estos jóvenes.

El revés militar devino en victoria política y acicate para continuar la lucha, cuya preparación se reinició desde el cautiverio en la prisión de Isla de Pinos. En diversos documentos elaborados por Fidel en el reclusorio se percibe su convicción de que el camino trazado era necesario y posible.

En correspondencia con este pensamiento, los moncadistas convirtieron el presidio en un período de preparación necesaria para continuar la lucha. Organizaron un sistema de vida determinado por el orden, una inflexible disciplina y el colectivismo en las actividades, las relaciones interpersonales y los decretos.

El accionar del grupo se centralizó en la superación político-ideológica y cultural. En función de este objetivo crearon la Academia “Abel Santamaría” y la Biblioteca “Raúl Gómez García”.

El progreso normal de estas actividades fue interrumpido como secuela de las represalias de la dirección del penal ante la meritoria y valiente actitud del 12 de febrero de 1954, cuando con motivo de una visita del dictador Batista al llamado Presidio Modelo, los moncadistas entonaron las estrofas de la *Marcha del 26 de Julio*.

No obstante, a pesar de estas adversas circunstancias, la preparación de los jóvenes en función de la lucha continuaba mientras Fidel se consagraba intensamente a los estudios más disímiles, así como a perfilar la estrategia que habrían de continuar.

La primera tarea diseñada por Fidel fue la de esclarecer los hechos del Moncada y, sobre todo, denunciar los crímenes de la dictadura. Perseverante en esta línea de acción, acometió la trascendental labor de reconstruir su alegato de autodefensa: *La historia me absolverá*, que devino en programa de la Revolución.

En junio de 1954, completado el escrito, Fidel hizo llegar instrucciones que formaban un plan y recogían dos aspectos: la distribución del discurso y su

significación, así como los lineamientos para la organización de las finanzas.

Para el guía revolucionario, en aquellos momentos, la tarea primordial era la propaganda, consistente en la divulgación de las razones en las cuales fundamentaron el asalto al Moncada, los ideales que imbuyeron esa acción y sus objetivos, así como la denuncia de los crímenes cometidos por la dictadura tanto el día de Santa Ana como en los siguientes, los cuales no habían sido suficientemente expuestos.

Según orientaba, las finanzas eran un punto donde se tenía que trabajar con más cuidado, orden y coordinación, priorizando los gastos para la impresión y distribución del histórico documento.

En octubre de 1954, un mes antes de la farsa electoral “montada” por la dictadura, comenzó la circulación en todo el país de la primera edición de *La historia me absolverá*, y con ello se dio un paso importantísimo en la divulgación del programa y las ideas de la revolución promovida por los moncadistas, al propio tiempo se exponía descarnadamente la masacre cometida por los asesinos uniformados del Ejército de la tiranía y se daba un mentís rotundo a las falsedades dichas por el gobierno y a las erróneas interpretaciones de los políticos, la mayoría de ellas mal intencionadas.

De esta forma, durante su estancia en la cárcel, Fidel, además de estudiar agudamente en función de completar la formación de su pensamiento, concibió su estrategia y comenzó la preparación de las condiciones para la creación oficial del Movimiento Revolucionario 26 de Julio (M-26-7), y el reinicio de la lucha armada. Dado que la componenda

electoral estaba fijada para noviembre de 1954, el régimen batistiano se propuso crear un clima artificial de libertad, que incluyó una restringida ley de amnistía, en junio de ese año, la cual exceptuaba a los moncadistas. La pretensión de la dictadura de ofrecer una sensación de normalidad política, benefició el desarrollo de la campaña en función de la libertad de los moncadistas encarcelados.

A continuación de las elecciones, y concluido el proceso de vuelta a la institucionalización tradicional, el dictador se sintió más fuerte y, ante la presión de la inmensa mayoría de la población, firmó la ley ampliada de amnistía que sí favoreció a los valerosos jóvenes del centenario.

Fidel y sus compañeros salieron de la prisión el 15 de mayo de 1955, lo cual significó una victoria del pueblo, particularmente de las fuerzas revolucionarias que lucharon activamente por ese desenlace.

El logro de la amnistía, al mismo tiempo de tener como consecuencia principal la libertad de Fidel y sus compañeros, creó y fortaleció condiciones decisivas para el futuro desarrollo de la revolución. Entre ellas:

- Atacó y debilitó a la tiranía dentro de un marco legal.

- Amplió las actividades políticas a otros sectores sociales y formó grupos legales de opinión.

- Atrajo la atención pública hacia el grupo de revolucionarios encarcelados, posibilitando dar a conocer su programa, ideales, conducta y actitudes.

A partir del logro de la amnistía, la situación política del país empezaba favorablemente a girar hacia la nueva

vanguardia revolucionaria nacida de las acciones del 26 de Julio de 1953.

Fidel se dio a la tarea de poner en práctica la estrategia concebida desde la prisión. Era necesario demostrar definitivamente que no había salida pacífica a la situación, que debían estructurar la organización y preparar el reinicio de la lucha armada.

Desde la propia Isla de Pinos, dio a conocer que permanecería en Cuba para combatir al gobierno de Batista. Además fustigó la maniobra electoralista del régimen y a los políticos que le hacían el juego desde una oposición pacifista. Invariable con la posición de principios que lo caracterizó desde los acontecimientos del 26 de Julio, trazó como única salida posible al conflicto político cubano, la celebración de elecciones generales, sin Batista, de forma inmediata.

Durante el trayecto de la Isla de Pinos hacia La Habana, Fidel, reunido con sus compañeros, explicó los planes para la reorganización del movimiento y la continuación de la lucha. Allí germinó la idea de dar a la organización el nombre de Movimiento 26 de Julio (M-26-7), en homenaje a las acciones llevadas a cabo en esa fecha y a los mártires que aportaron.

Una vez en La Habana, Fidel desplegó una intensa actividad encaminada a refutar la falsedad e hipocresía de los personeros de la dictadura; denunció los asesinatos cometidos el 26 de Julio de 1953, así como las torturas y crímenes de los esbirros, y puso en evidencia que Batista no cedería el poder pacíficamente.

Al mismo tiempo, se puso en contacto con la militancia más sana de la ortodoxia, del Movimiento Nacional

Revolucionario y de otros grupos y sectores que podían representar un apoyo potencial a los planes que se proponía llevar adelante.

Como contrapartida, la tiranía le fue vedando todo tipo de expresión pública, así como de organización de reuniones y actividades cívicas. Limitado en sus acciones, vigilado y perseguido continuamente, se vio impedido de realizar los trabajos indispensables para iniciar la guerra revolucionaria. Su situación personal se tornó tan difícil e insegura que le resultaba imposible permanecer en Cuba. Se impuso el exilio con el objetivo de buscar en otras tierras el escenario propicio para organizar la revolución y México resultó el lugar escogido.

Días antes de la partida hacia tierras aztecas, convocó a una reunión en la calle Factoría, donde se fijó oficialmente que la organización se denominaría Movimiento Revolucionario 26 de Julio y quedó establecida su dirección inicial.

Aunque Fidel desarrolló su ofensiva en el plano político, el gobierno cerró todas las puertas: impidió la celebración del acto convocado para el 20 de mayo en la Universidad de La Habana; no permitió que el joven líder compareciera en el programa televisivo *Ante la prensa*, ni en el espacio radial *La hora ortodoxa*. Además clausuró noticieros y otros programas radiales; asaltó y cerró el periódico *La Calle*; intensificó el terror ya característico; persiguió a los fidelistas, al punto de que peligraban las vidas de Fidel, Raúl y otros revolucionarios, por tanto la única opción para ellos era el exilio y desde allí organizar la expedición armada. En

poco tiempo se desmoronó la idea de una salida pacífica, el propio Batista y su sistema represivo se ocuparon de demostrar que sólo había un camino: el de la guerra.

El 7 de julio de 1955, Fidel partió hacia México, donde se reunió con Raúl y otros compañeros para comenzar la difícil tarea de organizar, preparar y desembarcar en Cuba una expedición armada que reiniciara la última y definitiva guerra de liberación nacional. Al Movimiento en el país le correspondía la misión de enviar a México grupos de combatientes, estructurar la organización en las provincias, trabajar en la recaudación de fondos, propaganda y agitación, así como preparar el apoyo y la recepción de la expedición.

Fidel elaboró el Manifiesto N° 1 del M-26-7 a sólo un mes de su salida de Cuba, donde además de exponerse los objetivos y estructura del naciente Movimiento 26 de Julio, se incitaba al pueblo a unirse a la lucha contra la tiranía en cualquiera de las formas posibles y sin distinción de edad ni sexo. Al propio tiempo se tomaba distancia de los sectores políticos tradicionales involucrados en las maniobras electoralistas del régimen.

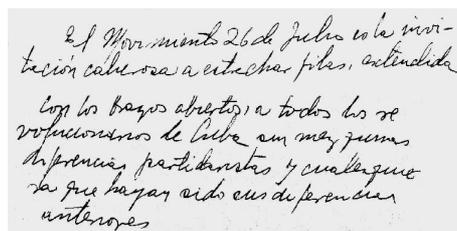
En el mes de agosto se efectuó en La Habana un Congreso de militantes ortodoxos, al cual asistieron exponentes de las distintas posiciones que se oponían a la dictadura.

Fidel no dejó pasar la oportunidad y envió un mensaje a esta reunión, el cual fue leído el día 15, donde de forma sintética y certera describió la situación nacional e indicó la salida que realmente apuntaba a una solución efectiva.

El cerrado aplauso de los delegados ortodoxos indicó la entusiasta acogida que recibió el texto, situación aprovechada por Faustino Pérez para proponer su aprobación como documento oficial del Congreso, moción acogida unánimemente.

Durante los meses subsiguientes se incorporaron al Movimiento dos personalidades trascendentes para las acciones futuras: Ernesto Che Guevara y Juan Manuel Márquez.

El primero había llegado a México en 1954 procedente de Guatemala, tras la caída del presidente de ese país, derrocado por fuerzas reaccionarias organizadas y apoyadas por el gobierno de los Estados Unidos.



El Movimiento 26 de Julio es la invitación callada a una lucha, extendida con los brazos abiertos a todos los revolucionarios de talla con mayúsculas de conciencia, partidarios y cualesquiera que sea que hayan sido sus dependientes anteriores.

Conocedor de lo sucedido el 26 de Julio de 1953 y de su líder, por medio de Níco López que se encontraba exiliado allí, el Che se encontró con Fidel y se estableció una profunda identificación de ideas, desarrollada aún más en el decursar de la lucha revolucionaria.

Por otra parte, Juan Manuel Márquez se convirtió en cuadro cardinal de la estructura organizativa del grupo expedicionario en formación. Perteneciente al Partido Ortodoxo y luchador contra la tiranía machadista, combatió activamente la corrupción administrativa de los gobiernos republicanos y rechazó desde el primer momento el cuartelazo del 10 de marzo de 1952. En junio

de 1955, por su posición consecuente frente a la tiranía, recibió una brutal golpeadura de esbirros de la policía que provocó su hospitalización.

En octubre de 1955, Fidel, junto a Juan Manuel Márquez, inició un recorrido por los Estados Unidos. Al igual que para Martí en la centuria anterior, el propósito era unir a la emigración cubana en ese país, vincular al Movimiento 26 de Julio a todo el que quisiera contribuir, fomentando una base de recaudación de fondos para financiar el equipamiento y la preparación del pequeño ejército revolucionario que desembarcaría en Cuba para reiniciar la lucha armada.

Para cumplir el fin propuesto se requería de la difusión de las ideas, los objetivos y los métodos del Movimiento entre la emigración, por lo que se dieron a la tarea de organizar encuentros donde Fidel haría uso de la palabra, y además fundarían clubes patrióticos, tarea desarrollada también por nuestro Héroe Nacional en el siglo XIX.

Al terminar el viaje, Fidel elaboró el Manifiesto N° 2 del Movimiento 26 de Julio, fechado el 10 de diciembre, en la isla Nassau. En dicho documento se expresaba claramente que al país, con los últimos hechos acontecidos, no le quedaba otro camino que el de la revolución.

Durante el año 1956 se incrementaron aceleradamente las actividades de formación y preparación del destacamento expedicionario. Con la llegada de los primeros fondos aportados por Cuba y las organizaciones del exilio, así como con la incorporación de combatientes, seleccionados y enviados desde Cuba, los Estados Unidos y otros países de

Centroamérica, comenzó la organización de grupos que se alojaron en casas alquiladas por el Movimiento en la Ciudad de México.

La vida en las casas se caracterizó por la severidad y un riguroso orden interior, y los grupos funcionaban sobre la base de la más estricta disciplina militar, a la vez realizaban la preparación física y militar indispensable para el desempeño de la futura misión. Estas actividades incluían largas caminatas por la ciudad, ejercicios de remos, escalamiento de montañas en los cerros cercanos a la ciudad, defensa personal y lucha. Además, los combatientes recibían clases teóricas sobre táctica guerrillera, lucha en la ciudad, vida en campaña y otros tópicos de carácter militar. Estas conferencias o charlas se efectuaban generalmente de noche en las casas que servían de campamento y eran impartidas por Alberto Bayo, ex coronel republicano español, veterano de la guerra civil en aquel país, a quien Fidel había conocido a fines de 1955 en la capital mexicana. Los conocimientos y experiencia combativa que aportó Bayo fueron de mucha utilidad para la preparación de los expedicionarios.

Parte sustancial del entrenamiento eran las prácticas de tiro real. Estas se realizaban en el campo de tiro “Los Gamitos”, situado en las afueras de la ciudad y se combinaban con entrenamientos de campaña en las montañas que rodeaban el lugar.

Otra tarea, no menos difícil, riesgosa y compleja fue la de adquirir los medios necesarios para equipar la expedición: armas, municiones, uniformes, calzado y avituallamiento en general, obtenidos mediante gestiones y coordinaciones di-

versas en México y ciudades de los Estados Unidos. Las armas y demás medios comprados en Los Ángeles, Chicago o Nueva York eran enviados al país azteca a través de personas de experiencia en estas operaciones, quienes tenían formas de hacerlas llegar con determinada seguridad. Los uniformes, las botas y algún que otro objeto se adquirieron en el propio territorio mexicano.

Debe tenerse en cuenta que todas estas actividades, a pesar del control, la máxima discreción y la compartimentación, se realizaron en condiciones adversas, pues el gobierno batistiano, desde el propio año 1955, probó por todas las vías entorpecer y hacer fracasar el proyecto del grupo de revolucionarios en el exilio. Así, logró infiltrar un elemento dentro de la organización, elaboró planes para la eliminación física de Fidel e introdujo considerables sumas de dinero en México con la finalidad de sobornar a las autoridades, de modo que actuaran en contra de los patriotas cubanos.

La gestión de soborno dio resultado y, en la noche del 20 de junio de 1956, Fidel y varios de sus acompañantes fueron apresados. Al día siguiente continuaron las detenciones hasta que el grupo de encarcelados ascendió a la suma de veintiocho. Las rápidas gestiones de Juan Manuel Márquez, Raúl Castro y otros cubanos, unidas a la cooperación y solidaridad de hermanos mexicanos, particularmente del general Lázaro Cárdenas, hicieron posible que el 24 de julio de ese año todos fueran puestos en libertad.

Estos hechos constituyeron un fuerte golpe para el Movimiento 26 de Julio.

La detención de Fidel y demás compañeros, así como la posibilidad de su deportación a Cuba, podían frustrar la materialización del reinicio de la lucha armada pronosticada para ese año. Añádase a esto el deterioro de la ya difícil situación económica, con la pérdida de armas y los gastos que implicaron los trámites para lograr la liberación de los detenidos.

Sin embargo, estos eventos no menguaron el espíritu de combate y acción del destacamento expedicionario ni de los combatientes clandestinos en Cuba. Los entrenamientos continuaron en las zonas y no fueron detectados por las autoridades; además prosiguió el envío hacia allí de compañeros seleccionados desde Cuba, los Estados Unidos y otros países centroamericanos. Durante este período se incorporaron alrededor de cuarenta combatientes más.

Del mismo modo, fueron redobladas las medidas de seguridad y discreción. Después de puesto en libertad el grupo, se alquilaron casas en Veracruz y Jalapa hacia donde fueron enviados algunos de ellos y otros de nueva incorporación.

Entretanto, en Cuba continuaban las acciones de oposición al régimen dictatorial por parte de organizaciones tales como el Directorio Revolucionario y el Partido Socialista Popular (PSP); la línea de este último consistía en la lucha de masas y centraba su atención en el movimiento obrero unitario en contra de la dirigencia sindical mujalista plegada al batistato.

Por su parte, el Movimiento 26 de Julio preparaba su estructura organizativa en la isla para llevar a cabo la tarea que le correspondería a la llegada del grupo

expedicionario a la patria. Con el objetivo de entrevistarse con Fidel y recibir instrucciones acerca de las misiones que cumplirían, en agosto viajó a México Frank País, quien había asumido la organización del Movimiento en Cuba. Las orientaciones que recibió residieron en prepararse al máximo para secundar la llegada de la expedición, tarea fundamental encomendada a los combatientes clandestinos dentro de Cuba.

Era necesario apoyar el desembarco con levantamientos y acciones armadas en todo el país, principalmente en la provincia de Oriente. Al mismo tiempo debían existir las condiciones para declarar la huelga general. De esta manera, el enemigo se vería distraído por la multiplicidad de acciones y no podría reforzar con rapidez la zona del desembarco, por lo que los expedicionarios tendrían facilitada la vía hacia su meta geográfica fundamental: la Sierra Maestra. La dispersión de las fuerzas enemigas era vital para el éxito del desembarco.

A fines de agosto se produjo otra importante entrevista: esta vez entre Fidel y el dirigente del Directorio Revolucionario, José Antonio Echeverría. De este encuentro surgió el documento conocido como la Carta de México, donde ambas organizaciones acordaron unir sus esfuerzos con el propósito de derrocar la tiranía y llevar a cabo la revolución cubana. Las firmas de Fidel Castro y José Antonio Echeverría señalaban el inicio del proceso de unidad de las fuerzas verdaderamente revolucionarias que lucharían hasta el triunfo del 1º de enero de 1959.

En octubre, Frank País regresó a México en busca de nuevas orientacio-

nes y con el objetivo de puntualizar detalles. En la entrevista con Fidel, explicó que la organización de los preparativos de apoyo era insuficiente, por lo cual consideraba que la expedición debía posponerse para principios de 1957. Sin embargo, Fidel lo persuadió de la significación del compromiso hecho con el pueblo para el año 1956, así como de los peligros que se corrían en México al dilatar la salida hacia Cuba.

Coincidiendo con Frank País, en octubre también regresó a México José A. Echeverría con el propósito de instrumentar el acuerdo en acciones concretas.

El joven dirigente comunista Flavio Bravo viajó también a tierras aztecas en noviembre con el objetivo de entrevistarse con Fidel. Aun cuando la dirección del Partido Socialista Popular sostenía la línea de la lucha de masas como estrategia fundamental, también abogaba por la unión de las fuerzas y asumía una actitud de mayor aproximación a Fidel y al M-26-7. En el intercambio con el líder, el dirigente partidista planteó la coordinación de acciones contra la dictadura y expuso que el PSP consideraba muy desfavorable la situación interna del país para llevar a cabo una acción militar victoriosa en ese año, por tanto su opinión era posponer la expedición para que coincidiera con una huelga azucarera, y esto sólo sería posible cuando comenzara la zafra en enero de 1957.

Por su parte, Fidel insistió en la fuerza del compromiso hecho con el pueblo cubano de que en 1956 serían libres o mártires y la peliaguda situación que tenían en México, podrían frustrar la expedición después de tantos esfuerzos.

No obstante las discrepancias de criterio, cuando se produjo el alzamiento del 30 de noviembre y el desembarco el 2 de diciembre, el PSP convocó a la huelga a la clase obrera y orientó a sus militantes, en particular a los de la zona oriental, que ayudaran a los combatientes del 26 de Julio.

El año 1956 dejó establecidas cuáles eran las fuerzas verdaderamente revolucionarias del momento: el M-26-7, el Directorio Revolucionario y el Partido Socialista Popular.

Un problema medular que debían enmendar para llevar a cabo la expedición era la obtención del medio para la travesía: una embarcación. Esta constituyó una preocupación que centró la atención de Fidel ya desde mediados de año. Justamente, en esos días se comenzaron las gestiones para comprar una lancha torpedera, tipo PT, con comerciantes de material de guerra sobrante en Delaware, Estados Unidos. Sin embargo, después de entregar un anticipo de 10 000 dólares y de firmar los contratos, la transacción se estropeó porque la Secretaría de Defensa del Gobierno, en Washington, objetó un permiso especial para trasladar la lancha fuera del territorio de ese país.

Posteriormente, en septiembre, durante un recorrido por la zona del río Tuxpan, Fidel se interesó por un yate blanco de recreo que se hallaba fondeado en el lugar. Al conocer que se encontraba en venta, de inmediato dispuso su compra. El dueño del yate, Robert B. Erickson, accedió a la venta de la embarcación, pero la condicionó a la compra de una casa en las márgenes del río, en el poblado de Santiago de las Peñas. El término fue aceptado,

pues la casa sería de utilidad para guardar armas, equipamiento y como punto de concentración en el momento de la partida.

El *Granma* era un yate de madera construido en 1943 y estaba bastante deteriorado a consecuencia de un naufragio que tuvo durante un ciclón, después de lo cual subsistió cierto tiempo bajo el agua.

De inmediato emprendieron las reparaciones hasta que la embarcación quedó en condiciones de navegar. No obstante, el extraordinario interés y dedicación con que se trabajó, así como el cambio de motores, planta eléctrica, sistema de alumbrado, tanques de agua y combustible y remozamiento de la cubierta, el tiempo disponible no permitió la ejecución de todas las restauraciones.

Paralelamente prosiguió la preparación de los combatientes, sobre todo, de los recién incorporados.

Ya en noviembre la inseguridad para el desarrollo de las actividades revolucionarias, dado el accionar de la Policía Federal, puso en peligro la realización del proyecto expedicionario. A esto se agregaron las dos deserciones del centro de entrenamiento ubicado en el rancho “María de los Ángeles”, en Abasolo.

En estas circunstancias, Fidel dio la orden a todos los grupos de concentrarse en el punto de partida. Desde la Ciudad de México, Veracruz, Ciudad Victoria y Jalapa se desplazaron, por diferentes medios y vías, hasta convergir el día 24 de ese mes en el poblado de Tuxpan. En la noche se dieron a la tarea de subir a bordo del *Granma* el armamento, las municiones, el combustible, el agua y los alimentos acopiados para la travesía.

A la 01:30 del 25 de noviembre de 1956, el yate, con los ochenta y dos expedicionarios, puso rumbo hacia la costa de forma sigilosa, con todas las luces apagadas y bajo una pertinaz llovizna debida a un mal tiempo, por lo cual había quedado prohibido todo tipo de navegación. En estas circunstancias, llegaron a la desembocadura del río Tuxpan y cruzaron entre el faro de la Marina y un puerto naval ubicados en la zona de la desembocadura.

Cuando estuvieron lo suficientemente alejados de las costas mexicanas encendieron las luces y, en medio de la oscuridad y de un mar encrespado por el fuerte aire, los combatientes entonaron las estrofas del *Himno Nacional* y la *Marcha del 26 de Julio*.

Al día siguiente continuaron las desfavorables condiciones meteorológicas y sus efectos negativos sobre parte de los expedicionarios que sufrieron mareos y vómitos. En la noche del 26, el capitán del yate pudo comprobar que la velocidad no era de diez nudos como se había calculado, sino de 7,2 nudos; fue entonces que divisaron el Faro Triángulo, situado en un cayo cercano a Yucatán, lo que facilitó inferir la magnitud de desplazamiento al correlacionar tiempo y distancia navegados.

Durante los días subsiguientes, el tiempo mejoró y también el estado de los hombres, lo cual normalizó el consumo de los pocos alimentos acopiados, pues era necesario su racionamiento. Es de significar que en el transcurso de la travesía, Fidel utilizó la banda de babor del yate como campo de tiro para ajustar las miras de los fusiles.

Continuaron navegando, los días 30 de noviembre y 1° de diciembre, por el

Mar Caribe al sur de Cuba y sobrepasaron la isla Caimán Grande y las isletas de Caimán Chico y Caimán Brac. Por la tarde del día 30 la radio del *Granma* captó informaciones sobre los acontecimientos de Santiago de Cuba, y ello lógicamente causó contrariedad y ansiedad debido al retraso que tenían.

En la tarde del 1° de diciembre, Fidel informó a los expedicionarios la organización y estructura de mando, explicó que el desembarco se produciría por un punto de la costa cercano a Niquero y se procedió a entregarles las armas. Esto se correspondía con los preparativos de recepción y apoyo coordinados con la organización clandestina del Movimiento y la idea de las acciones después del arribo al territorio oriental.

De acuerdo a los cálculos, si el *Granma* había salido el 25 de noviembre, el arribo se produciría el 30 de ese mes. Precisamente, ese día se puso en práctica el plan preparado por Frank País, cuya dirección principal era el levantamiento armado en Santiago de Cuba, pero además contemplaba acciones de apoyo en otros puntos del país: levantamientos en los centrales “Ermita” y “Guantánamo”; el asalto al polvorín “La Cadena”, en Chaparras; los sabotajes de las vías férreas en Guantánamo, Jobabo y Jovellanos; los incendios de servicentros en Cienfuegos y Camagüey; la ocupación de armas en Santa Clara, y la realización de sabotajes en otras zonas del territorio nacional.

En Santiago de Cuba se previó la toma de la Policía Marítima, la estación de policía y el aeropuerto, así como frenar la salida de refuerzos del cuartel Moncada y la liberación de algunos presos políticos de la cárcel de Boniato.

El 29 de noviembre por la noche, los diferentes comandos del M-26-7 se concentraron y prepararon en casas de la ciudad sin ser detectados por el constante patrullaje de las fuerzas represivas del régimen. Al día siguiente, los combatientes iniciaron las acciones, vestidos con el uniforme verde olivo y el brazalete rojo y negro del Movimiento, lo que sorprendió a los esbirros en sus cuarteles.

Las acciones del 30 de noviembre no posibilitaron el cumplimiento de los objetivos tácticos previstos y, al no coincidir con el arribo del *Granma*, confirmaron la inmediatez de su realización. Sin embargo, aquellos hechos tuvieron una significación trascendental desde el punto de vista político-moral, pues demostraron que el compromiso hecho por Fidel ante el pueblo se hacía realidad. Asimismo, evidenciaron la capacidad organizativa y la valentía de los combatientes del Movimiento 26 de Julio, quienes mantuvieron el control de las calles santiagueras durante varias horas, mientras los esbirros, desconcertados, se protegían en sus cuarteles atacados, de los que no salieron hasta la retirada de los revolucionarios.

El objetivo de Fidel en ese momento consistía en fijar al destacamento de combatientes en el terreno propicio para comenzar a desarrollar la guerra de guerrillas, hasta tal punto que llegase a adquirir características de un Ejército regular capaz de derrotar al enemigo.

Bibliografía

BARQUÍN, RAMÓN. *Las luchas guerrilleras en Cuba. De la colonia a la*

Sierra Maestra. Madrid: Editorial Playor, S. A., 1975.

BUZNEGO, ENRIQUE Y OTROS. *El ejército de la dictadura. Sostenedor de la dictadura militar y de los intereses de la oligarquía nacional y el imperialismo en Cuba. Conferencia científica histórico militar de las FAR*. La Habana: Imprenta de la Dirección Política de las FAR, 1983.

CASTRO RUZ, FIDEL. *Revolución no, zarpazo. Moncada. Antecedentes y preparativos*. La Habana: Editora Política, 1980.

_____. “Discurso en el acto central por el XX aniversario del asalto al Moncada”. En: *Discursos*. La Habana: Editora Política, 1978.

_____. Discurso del 26 de Julio de 1963. *Obra Revolucionaria*. (La Habana) (20); 27 jul. 1963. _____. “Discurso del 26 de julio de 1967”. En: *Política internacional de la Revolución Cubana. Documentos políticos*. La Habana: Editora Política, 1966. t. 2.

De Tuxpan a La Plata. La Habana: Editorial Orbe, 1977.

“El Comandante en Jefe Fidel Castro, fundador y guía de las FAR. Apuntes para el estudio de su pensamiento militar”. Ponencia que puede ser consultada en el Archivo del Instituto de Historia de Cuba (IHC).

FERRERA HERRERA, ALBERTO. *Granma. La aventura del siglo*. La Habana: Editorial Capitán San Luis, 1990.

GARCÍA OLIVERAS, JULIO A. *José Antonio Echeverría. La lucha estudiantil*

- contra Batista*. La Habana: Editora Política, 1979.
- IBARRA GUITART, JORGE. *La SAR . Dictadura, mediación y revolución. 1952, 1955*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1994.
- MENCÍA, MARIO. *La prisión fecunda*. La Habana: Editora Política, 1990.
- PORTUONDO LÓPEZ, YOLANDA. *30 de noviembre. El heroico alzamiento de la ciudad de Santiago de Cuba*. Santiago de Cuba: Editorial Oriente, 1986.
- Fuentes documentales*
Fondo Ejército de la Tiranía. En: Archivo del IHC
- Órdenes Generales, Circulares y Especiales del EMGE de los años 1952-1956. En: Archivo del IHC.
- Fuentes periódicas*
Bohemia (La Habana). Años 1952-1956.
- Bohemia* (La Habana) 68(49); 1976.
- Edición especial por el XX aniversario del desembarco del *Granma*.



Las Fuerzas Armadas de Cuba

ALERTAS en diciembre de 1956

Marilú Uralde Cancio

Investigadora



El presente trabajo intenta presentar una aproximación de la situación que presentaban las Fuerzas Armadas de Cuba en vísperas del desembarco del yate *Granma*, ocurrido el 2 de diciembre de 1956.

Podrán apreciarse las medidas tomadas por Fulgencio Batista Zaldívar con vistas a fortalecer la capacidad combativa y movilizativa de sus tropas en correspondencia con los pasos dados por los revolucionarios dentro del país y fuera de él, motivo por el cual al tratar el tema no nos hemos cir-

cunscrito a los meses finales de 1956, sino que tomamos como punto de partida la salida de Fidel Castro Ruz y el resto de los moncadistas del presidio en 1955.

La posibilidad real e inminente del desembarco de un grupo de revolucionarios pudiera en un punto del territorio nacional y del inicio de la lucha armada contra la tiranía batistiana, determinó que el régimen asumiera dos actitudes:

1) Iniciar una amplia campaña propagandística de carácter diversionista,

desinformativa y psicológica, con el objetivo de dar a la opinión pública nacional e internacional una sensación de normalidad en el país, y que caso de ser alterada esta, existían las fuerzas y los medios necesarios para neutralizar y reducir cualquier acción. También se trataba de desprestigiar a los revolucionarios cubanos, vinculándolos con elementos priístas y trujillistas. Por último, hay que destacar el grado de preparación y apertrechamiento del Ejército cubano, el cual era infinitamente superior en cantidad y calidad, con respecto a los que tanto en México como en Cuba se aprestaban a iniciar la lucha contra el gobierno.

2) Fortalecimiento de la preparación y disposición combativa de las Fuerzas Armadas e intensificar los servicios de exploración y patrullaje, tanto de la Fuerza Aérea del Ejército como de la Marina de Guerra.

Es importante señalar que ante estas dos actitudes desempeñó un papel trascendental la ayuda y colaboración prestada por el gobierno de los Estados Unidos y la Misión Militar Norteamericana en Cuba.

La conjugación de estos elementos determinó que las Fuerzas Armadas, desde noviembre de 1956, estuvieran ALERTAS, de ahí la constante y gran movilización de fuerzas y medios, así como la actualización de los planes de defensa y la toma de un conjunto de medidas dirigidas a rechazar, neutralizar o aniquilar cualquier expedición armada o brotes de lucha insurreccional en cualquier punto de la geografía nacional.

La posición asumida por el Ejército y las dificultades, al parecer invenci-

bles, no pudieron impedir el cumplimiento de las palabras empeñadas con el pueblo cubano por el grupo de revolucionarios que, dirigidos por Fidel Castro Ruz, participó en la heroica travesía del yate *Granma*; ello posibilitó la continuación de la lucha iniciada el 26 de julio de 1953 y dio al pueblo de Cuba la definitiva independencia.

Antecedentes

Próximo a las elecciones generales de 1952, Fulgencio Batista planificó y ejecutó un golpe de estado contra el gobierno constitucional de Carlos Prío Socarrás, utilizando como pretexto la situación interna en el país. En realidad, su entrada violenta en la vida política del país significó un agravamiento de la realidad cubana, pues a partir de entonces se desató la más brutal y sanguinaria ola de terror contra el pueblo.

Desde el 10 de marzo, Batista, teniendo en cuenta la posibilidad de enfrentar cualquier tipo de oposición, se dio a la tarea de realizar un grupo de cambios significativos con vistas a fortalecer la capacidad combativa de las Fuerzas Armadas, entre ellas podemos citar:

- Conversión del Cuerpo de Aviación en Fuerza Aérea del Ejército.
- Creación de la División de Infantería "Alejandro Rodríguez Velasco".
- Creación de nuevas plazas en los diferentes cuerpos y tipos de fuerzas.
- Adquisición de nuevos armamentos.
- Perfeccionamiento del sistema de instrucción.
- Elaboración y reestructuración de planes defensivos.

Al año de haberse producido el artero golpe, y estar las instituciones militares inmersas en un proceso de

cambios y transformaciones, se llevaron a cabo las acciones del 26 de Julio de 1953, las cuales tendrían como objetivo fundamental el ataque al cuartel “Moncada”, en Santiago de Cuba, segunda fortaleza del país, acción en la que no se logró el fin militar propuesto, pero constituyó el motor impulsor de la lucha revolucionaria e hizo posible que Fidel Castro Ruz se convirtiera en el líder indiscutible de la revolución y por tanto la lucha armada se asumiera como método fundamental para derrocar la tiranía.

La salida de prisión, el 15 de mayo de 1955, tras haber cumplido veintidós meses de encierro, no fue sinónimo de manumisión. La tiranía se encargó inmediatamente de limitar la libertad concebida a los revolucionarios y en especial a Fidel Castro, a quien se le prohibió todo tipo de expresión pública. Esta situación determinó la salida de Fidel para México, como exiliado político, el 7 de julio de 1955.

En el exilio desplegó una intensa actividad política. El 30 de octubre de 1955, en Nueva York, en el salón de reuniones del Hotel Palm Garden, Fidel enunció el histórico compromiso con el pueblo cubano al señalar: “Puedo informarles con toda responsabilidad que en el año 1956 seremos libres o seremos mártires. Esta lucha comenzó para nosotros el 10 de marzo, dura ya casi cuatro años y terminará con el último día de la dictadura o el último día nuestro”.

Desde que el grupo de revolucionarios se había radicado en tierras aztecas, la tiranía trató de frenar el desarrollo de sus actividades por diferentes vías: Campaña de descrédito (utilizando la prensa, voceros del

régimen y algunos representantes de la llamada oposición), de penetración en las filas del movimiento y hasta la eliminación física del líder.

En 1955, los servicios de inteligencia militar capturaron a Evaristo Venereo González, quien había sido policía en la Universidad de La Habana, para situarlo al servicio del agregado naval de la Embajada de Cuba en México, capitán de navío Nicolás Cartaza Gómez y, cumpliendo instrucciones de este, en agosto de ese año, se infiltró en el grupo revolucionario en el exilio.

Se realizaron varios planes para detener la actividad de los revolucionarios, pero con resultados muy desfavorables. Ante la imposibilidad de esto, se recurrió a la detención bajo la acusación de violar la ley de población y deportarlos a Cuba. Fueron detenidos alrededor de veintiocho revolucionarios involucrados en los preparativos de la acción armada e inmediatamente se inició la lucha legal para su liberación y evitar la deportación que los amenazaba.

Las detenciones afectaron los planes trazados en tiempo, en los gastos ocasionados y en la organización en general. A consecuencias de otros incidentes ocurridos con posterioridad y de la inseguridad general en que se estaban desarrollando las actividades revolucionarias, se determinó apresurar la salida para el 25 de noviembre de 1956.

Medidas para evitar el desembarco

Independientemente de las medidas tomadas para frenar la organización del grupo revolucionario que se preparaba en México, el mando militar comenzó

a trabajar en función de un plan de preparación y organización de las Fuerzas Armadas con vistas a un posible desembarco. Dedicó cuantiosos esfuerzos y recursos a diferentes actividades para frustrar ese intento.

El 12 de abril de 1956, se reactivó el Servicio Auxiliar Femenino, organismo creado con la misión de cooperar con el Ejército, excepto en operaciones de combate. Asimismo, el 23 de ese mes, y de acuerdo con lo dispuesto en el artículo 15 de la Ley Orgánica del Ejército, se crearon siete agrupaciones especiales de carácter temporal que se denominaron Pelotones de Servicio de Vigilancia de Carreteras. Ante la situación reinante en el país, contribuían al control de las carreteras, evitando el apoyo a cualquier acción revolucionaria o el traslado de hombres, armas u otros medios.

Entre abril y mayo de 1956, se realizaron cambios en las jefaturas de algunos regimientos, se suspenden las garantías constitucionales por cuarenta días y se decreta la censura de prensa. Ello estuvo en correspondencia con la frustrada Conspiración de los Puros, la huelga azucarera y el asalto al cuartel "Goicuría" en Matanzas.

Batista trataba de ubicar en cada mando a los hombres que consideraba más capaces de garantizar sus intereses. Por eso nombra al coronel Aquilino Guerra González como nuevo vicepresidente del Buró Represivo de Actividades Comunistas y al general de brigada Luis Robaina Piedra, inspector general del Ejército. El general de brigada Pedro A. Rodríguez Ávila ocupó la ayudantía general del Ejército; el general de brigada Martín Díaz Tamayo,

la jefatura del Regimiento 1 de la Guardia Rural; el coronel José Fernández Rey, la del Regimiento 3 de la Guardia Rural y el coronel Alberto del Río Chaviano, del Regimiento 10 del Servicio Militar de Emergencia. También fueron ratificados en sus puestos personajes como el coronel Pilar D. García por sus "excepcionales manifestaciones de arrojo, valentía y patriotismo" frente al grupo de asaltantes a los que esperó y masacró sin misericordia.

Después de las declaraciones de Fidel el 26 de junio de 1956 –en una entrevista hecha por Francis L. M. Carthy, gerente de la United Press, donde el confirmó: "Hemos dicho que en 1956 seremos libres o seremos mártires y cumpliremos nuestra palabra"–, el alto mando castrense, alertado nuevamente, continuó todo un programa de adiestramiento, preparado por el Estado Mayor del Ejército y supervisado por un grupo de asesores norteamericanos.

Se realizaron ejercicios militares con el objetivo de asegurar la localización y aniquilamiento de cualquier expedición revolucionaria. Fueron utilizados los campos de maniobras del Regimiento 7 de artillería "Máximo Gómez", del Regimiento Mixto de Tanques "10 de Marzo" y el polígono de la Escuela de Oficiales de Managua. En la base aérea "General Batista" de San Antonio de los Baños, se efectuaron entrenamientos en los que participaron fuerzas combinadas de la aviación, artillería, tanques e infantería, con cerca de 1 300 hombres, cinco aviones F- 43 y más de cien vehículos.

Llevar a la práctica los conocimientos teóricos, es de una significación vital

en la elevación de la capacidad combativa de un ejército. En el caso cubano, esto no cumplía esos objetivos por la falta de sistematicidad en su realización. Para esos momentos, era un plan emergente y no una preparación de la tropa para la guerra, de ahí que dichas maniobras o ejercicios incluyeran aspectos tan específicos como la preparación de contraataques contra un supuesto enemigo que había logrado desembarcar y establecer una cabeza de playa.

Hacia la primera quincena de noviembre de 1956, tanto Batista como los principales jefes del Ejército, la Policía Nacional, la Marina de Guerra, el Servicio de Inteligencia Naval, el Buró Represivo de Actividades Comunistas y el Buró de Investigaciones, tenían informaciones en su poder bastante exactas de aspectos como: nombres de algunos de los expedicionarios, el yate que sería empleado, probable fecha de desembarco y posibles lugares, así como los tipos de acción que se realizarían. En consecuencia, se tomaron las medidas que se consideraron oportunas y adecuadas. Las Fuerzas Armadas cubanas, en vísperas de las acciones que se avecinaban, estaban alertas.

Disposiciones para todos los mandos militares del país

En fecha tan temprana como noviembre de 1956, se da a conocer a los jefes de los distintos mandos militares la Directiva de Operaciones N° 5 “Muy Secreta”, donde se realiza una nueva apreciación de la situación y se ordena:

[...] este centro estima oportuno disponer lo siguiente, además de las

naturales medidas y contramedidas de seguridad adecuadas en relación con la seguridad de los puestos y campamentos, el mantenimiento del orden público y la vigilancia sobre los elementos subversivos o revolucionarios:

a) instruir bien al personal de este mando, que de producirse cualquier ataque de elementos contrarios al gobierno, lo cual esperamos se produzca, según confidencias, del 20 al 27 de este mes en curso, simultáneamente de repeler la agresión en el lugar donde se lleva a cabo debe comunicarse con esta jefatura y esta a su vez con el E.M.E. [Estado Mayor del Ejército].

b) deberá cerciorarse de que todo el personal a sus órdenes esté debidamente equipado en cuanto a armamento y parque.¹

No había transcurrido una semana desde que el coronel Carlos M. Tabernilla Palmero, jefe de la Fuerza Aérea del Ejército, recibiera la orden de reestructurar el servicio de patrullaje, cuando el mayor general Francisco Tabernilla Dolz, jefe del Estado Mayor del Ejército, le ordena aumentar diariamente el número de veces el recorrido asignado, y el día 24 de noviembre, le entrega tres aviones del tipo F-47 al escuadrón de Camagüey para garantizar el cumplimiento de las misiones encomendadas.

Los vuelos de reconocimiento y exploración se realizaban todos los días con dos patrullas, una por la mañana y otra por la tarde (entre las 06:00 y las 00:16 horas). Para ello se emplearon aviones C-47, B-25 y F-47. Esos vuelos de reconocimiento y exploración que se hacían sobre el nivel del mar a veinte

millas de la costa y sobre tierra comprendían las regiones de: Camagüey -Ciego - Santa Cruz; Banes-Preston - Camagüey - Santa Cruz del Sur; Manzanillo - Cabo-Cruz-Camagüey - Las Tunas; Las Tunas - Puerto Padre - Nuevitas - Morón - Camagüey. Es decir, por el norte y el sur de las provincias orientales.

Otras disposiciones adoptadas fueron: el reforzamiento del territorio perteneciente al Regimiento 7 “Calixto García” de la Guardia Rural, en Holguín, el cual recibió una batería de artillería de costa, perfectamente armada y entrenada con un total de cuatro oficiales, quince clases y setenta y tres alistados, todos ellos procedentes del Regimiento 7 de artillería, “Máximo Gómez”. Hacia Santiago de Cuba enviaron al coronel Pedro A. Barrera Pérez al frente de un batallón de infantería, mientras todos los regimientos de la Guardia Rural activaron sus planes de defensa.

El 25 de noviembre, el jefe del Estado Mayor del Ejército recibe una información confidencial, mediante la cual conoce que ese día había partido de México una expedición armada, y como posible lugar de desembarco se planteaba las costas de la provincia de Pinar del Río. Se ordena tomar medidas adicionales para interceptar, neutralizar o aniquilar esta fuerza, en caso de ser localizada.

Tres días más tarde, el ayudante general del Ejército, general Pedro Rodríguez Ávila, cumpliendo instrucciones de Batista, le informa a todos los jefes de regimientos de la Guardia Rural que aviones de la Fuerza Aérea del Ejército volarán diariamente sobre las costas pertenecientes a sus mandos,

mientras que el 29, el jefe del Estado Mayor del Ejército, imparte órdenes al jefe de las Fuerzas Aéreas del Ejército, para localizar el yate expedicionario con las siguientes características: yate de sesenta y cinco pies, pintado de blanco, sin nombre, bandera mexicana que cubre casi todo el barco.

Asimismo, en los tres distritos navales de la Marina de Guerra, la tiranía tenía organizado el sistema de patrullaje naval con ayuda de embarcaciones de los Estados Unidos.

Presencia de barcos norteamericanos en las costas cubanas

En efecto, durante esos días tres submarinos, seis destructores escoltas y cinco barreminas con una tripulación total de 1 392 oficiales y marinos, llegaron a puertos cubanos y también a las costas, específicamente en los puertos de La Habana y Santiago de Cuba se concentraron alrededor de 128 cañones de diversos calibres y un número desconocido de armamento submarino.

Entre los días 23 y 26 de noviembre, nuevas unidades de superficie arribaron a la isla, en esta ocasión por el puerto de Santiago de Cuba. Se trataba de un submarino, un destructor ligero y un destructor escolta con radar. Y el 30, el jefe del Estado Mayor del Ejército comunicaba al capitán de navío Mario Rubio Baró, jefe del Distrito Naval de Oriente, que a partir de ese día y hasta el 2 de diciembre, cuatro destructores norteamericanos arribarían a ese puerto.

Opino que esas unidades no fueron organizadas y dirigidas a Cuba con el objetivo de interceptar o enfrentar la expedición armada que había partido

de México, pues conocemos que los servicios de inteligencia yanquis, colaboradores de los agentes cubanos, sabían lo que intentaban los revolucionarios y, lo más importante, tenían experiencia, medios y métodos para haber podido abortarla y si no lo hicieron fue porque en realidad la creyeron irrealizable o estimaron que las Fuerzas Armadas de Cuba eran lo suficientemente capaces de enfrentarla y vencerla, es decir hubo una total y absoluta subestimación hacia los revolucionarios y la capacidad combativa del pueblo cubano.

Subestimación de los objetivos revolucionarios

Junto a las disposiciones antes mencionadas, se realizaron entrenamientos y ejercicios militares deliberadamente manipulados por la prensa. En periódicos como el *Diario de la Marina*, aparecieron rótulos sensacionalistas con declaraciones del jefe del Estado Mayor del Ejército y del Presidente de la República, donde hay una intención de subestimar, calumniar y desprestigiar a los revolucionarios:

“Existen evidentes deseos de invasión y ganas de perturbar el orden público; pero reza un viejo refrán castellano, del dicho al hecho hay un trecho”.

“El pueblo de Cuba puede estar seguro de que el gobierno vela por la tranquilidad; y que la familia cubana podrá gozar y disfrutar los progresos que vienen obteniendo por todo el camino constitucional del gobierno. La ciudadanía seguirá desarrollándose sin temor a ninguna clase de amenazas que provengan de la envidia, la irresponsabilidad, los sentimientos

revanchistas enfermizos y el matonismo gangsteril que intentan desacreditar a Cuba”.

“El Ejército está en condiciones de repeler cualquier agresión enemiga, guerra avisada no mata soldados [...] El pueblo debe estar tranquilo y depositar su confianza en el gobierno y en las fuerzas armadas, porque estas no habrán de defraudarlo”.

“Ni el orden público se alterará con motivo de esos intentos perturbadores, ni habrá realmente lo que han de llamar invasión ellos mismos. Desde luego que el propósito y las infortunadas actividades existen y es cierto que los complots conspirativos contra nuestro gobierno se vienen realizando desde hace tiempo; pero ni la organización que tienen, y conocemos, compuesta por elementos de notorios antecedentes, ni los planes ofensivos de carácter seudomilitar que proponen utilizar podrán ofrecer siquiera, ni la más ligera escaramuza”.²

Es evidente, en estas declaraciones, la intención de subestimar, calumniar y desprestigiar a los revolucionarios, además de desinformar al pueblo. Su prepotencia se manifiesta cuando afirman:

“Puede estar confiado el país de que ninguna de estas gestiones terroristas que califican de invasión afectarán la normalidad de la República”.

“Yo quiero decir enfáticamente que el gobierno cubano, las Fuerzas Armadas, incluyendo la policíaca de la investigación han tomado las medidas necesarias y han aplicado los métodos tácticos y estratégicos que se pondrán en práctica en el momento oportuno, sin necesidad de movilizar a la población,

pues bastan para parar en seco definitivamente, cualquiera de los intentos que se han enunciado”³.

Llama la atención el reconocimiento implícito del gobierno de que la guerra se puede iniciar, y a la vez reconoce todo lo que las Fuerzas Armadas realizan, aunque comete el error de creer en la posible ayuda del pueblo.

El 2 de diciembre de 1956 se produjo el desembarco; el *Granma* era capturado por la Marina de Guerra, pero los combatientes revolucionarios no fueron encontrados y avanzaron por tierra cubana hasta que son sorprendidos por fuerzas del Ejército el 5 de diciembre, en Alegría de Pío.

Las Fuerzas Armadas cubanas subestimaron a las fuerzas revolucionarias. La tiranía batistiana dispuso en todo momento de las informaciones necesarias para conocer las distintas actividades o movimientos de los revolucionarios, tanto en Cuba como en el exilio, al extremo de conocer el día y

la hora en que salieron los expedicionarios de México, pero hubo una gran cuota de responsabilidad en la ineptitud de muchos jefes, la incapacidad y negligencia de otros y el poco dominio del arte militar de quienes dirigían las operaciones militares. La insuficiencia en la instrucción y preparación combativa que no permitía superar su característica distintiva de actuar como policía, demostró que un Ejército, en el cual la inmensa mayoría de su cuerpo de oficiales está comprometido o corrompido con la politiquería, la adulación y la demagogia, muy poco puede hacer por defender su estatus.

Notas

¹ S/OPNS. Directiva N° 5. En: Archivo del Instituto de Historia de Cuba.

² *Diario de la Marina* (La Habana) 18 nov. 1956:6.

³ *Ibidem*, 19 nov. 1956:6.



“Moncada”, *Granma*, Sierra Maestra: surgimiento de un nuevo Ejército

José R. Herrera Medina

Investigador

Después del verano de 1958, cuando la más grande de las ofensivas de las Fuerzas Armadas batistianas se estrelló contra la resistencia del Ejército Rebelde en la Sierra Maestra, en las altas esferas del gobierno norteamericano se reafirmó la idea de buscar una salida que escamoteara el triunfo al movimiento revolucionario.

El propio presidente Eisenhower indicó buscar una tercera fuerza que no fuera ni batistiana ni fidelista, la cual en forma de Junta Cívico-Militar salvara lo que quedaba más o menos utilizable en las fuerzas políticas moderadas y, sobre todo, en él Ejército al borde de la desintegración total.¹

Sin embargo, el jefe de la revolución estaba consciente de la crisis irreversible en que se debatían las instituciones armadas de la dictadura. “Un ejército pierde la guerra –vaticinó refiriéndose a la victoria rebelde en Oriente– cuando sus mejores tropas de operaciones son derrotadas”.²

Para los tanques pensantes del Pentágono, el Departamento de Estado y la Agencia Central de Inteligencia (CIA), la tarea de salvar al régimen batistiano sin Batista llegó demasiado tarde, en primer lugar porque el movimiento revolucionario había creado, con increí-

bles sacrificios, un nuevo Ejército, artífice principal de la victoria y garantía de la toma del poder revolucionario. Desde los preparativos para el asalto al cuartel “Moncada”, Fidel, Abel Santamaría y los demás compañeros del incipiente movimiento de la juventud del centenario, se dispusieron a luchar contra el Ejército, sostén armado del régimen usurpador. Una teoría fatalista muy en boga en aquellos tiempos indicaba que se puede hacer una revolución con o sin el Ejército, pero nunca en contra de él.

El principio de luchar contra todo lo que representaba la dictadura, sin coqueteos ni exclusiones con los cuerpos armados, caracterizó desde los primeros momentos al movimiento liderado por Fidel.

Pero no bastaba con la definición de esta línea estratégica, pues este objetivo sólo puede lograrse con la gigantesca y compleja tarea de crear y desarrollar paulatinamente el nuevo Ejército llamado a derrotar al viejo, en escaramuzas, combates y batallas hasta desintegrarlo y sustituirlo al triunfo de la revolución.

“Moncada”, motor de la Revolución

El destacamento que atacó los cuarteles “Moncada” en Santiago de Cuba,

y “Carlos Manuel de Céspedes” en Bayamo, fue el embrión de aquel nuevo Ejército. En los hombres y mujeres que lo integraron latía el más alto sentido del patriotismo y la dignidad en la lucha por la libertad. Sus fusiles de calibre reducido, hasta entonces sólo utilizados para la caza menor, se convirtieron en eficaces armas de combate.

La estrategia trazada por el jefe de la revolución antes del ataque al “Moncada” se sintetiza en las siguientes palabras de Raúl Castro: “Estábamos de acuerdo y teníamos conciencia de que era necesario para destruir la tiranía, poner en marcha un movimiento de masas. [...] ¿Cómo lograrlo? Por aquellos días Fidel decía: Hace falta echar a andar un motor pequeño que ayude a arrancar el motor grande”.³

La actitud de aquel grupo de jóvenes conmovió la conciencia nacional. Muchos hombres y mujeres de nuestro país volvieron sus ojos hacia Oriente. El sacrificio de aquella avanzada de la generación del centenario, a simple vista, pudo parecer inútil, pero la sangre generosa de casi un centenar de cubanos señaló el camino de la revolución. En la fuerza de las ideas, el sacrificio de los caídos, en la firmeza y la dignidad de los que sobrevivieron y continuaron la lucha, quedó latente y prendida la chispa, que movilizaría en su momento a las masas populares. Esta estrategia de llevar al combate a todo el pueblo movilizándolo a través de la guerra revolucionaria, sin esperar a crear las condiciones subjetivas para ello, es otro de los grandes aportes de la revolución cubana a la teoría y práctica de la lucha popular revolucionaria en los países sojuzgados y oprimidos

por regímenes proimperialistas. “Lo importante para abrir el camino hacia el futuro en determinadas circunstancias —expresa el Informe Central al primer Congreso del Partido Comunista de Cuba (PCC)— es la voluntad inquebrantable de luchar y la propia acción revolucionaria. Sin el Moncada no habría existido el *Granma*; la lucha en la Sierra Maestra y la victoria extraordinaria del 1ro. de enero de 1959”.⁴

Desde la prisión los moncadistas continuaron la lucha. En especial, el líder, separado de los demás, desde su celda emitía las señales vitales para el incipiente movimiento que se desataba con pasos lentos, pero seguros en toda la isla. “La prisión es para nosotros academia de lucha —escribió Fidel a Níco López— y nada podrá detenernos cuando la hora llegue. Se perdió una batalla, pero se salvó el honor de Cuba”.⁵

La historia me absolverá se convirtió en un elemento aglutinador de cientos de revolucionarios que conocieron el histórico documento y tomaron posiciones al lado de los moncadistas. El movimiento por la amnistía fue la expresión de aquel despertar de lo mejor y más revolucionario de la sociedad cubana.

La presión popular obligó al régimen a incluir a los moncadistas en un proyecto de amnistía que necesitaba para mejorar su imagen pública, pero siempre y cuando los fidelistas se comprometieran a abandonar la lucha. De nuevo desde la penumbra de su celda, el condenado principal fustigó como un látigo a los verdugos que condicionaban la amnistía al abandono de la lucha:

Si ese compromiso se nos exige para concedernos la libertad decimos

rotundamente que no. [...] no queremos amnistía al precio de la deshonra. No pasaremos bajo las horcas caudinas de opresores innobles. Mil años de cárcel antes que la humillación. Mil años de cárcel antes que el sacrificio del decoro. Lo proclamamos serenamente, sin temor ni odio. Si lo que hace falta en esta hora son cubanos que se sacrifiquen para salvar el pudor cívico de nuestro pueblo, nosotros nos ofrecemos gustosos.⁶

El Movimiento 26 de Julio en cada rincón del territorio nacional

Con la amnistía sin condiciones, Fidel y sus compañeros salieron de la prisión el 15 de mayo de 1955 e inmediatamente comienza una etapa superior de organización. El 12 de junio se creó la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio (M-26-7), nombre acordado para el nuevo destacamento surgido en el año del centenario del Apóstol. Fidel, Níco López, Pedro Miret, Haydée Santamaría, Melba Hernández, Pedro Aguilera, José Suárez y Jesús Montané, todos moncadistas, integraron el órgano supremo del movimiento; además, Faustino Pérez, Armando Hart y Luis Bonito, provenientes de otras tendencias revolucionarias.⁷

Ya en esos momentos todos comprendieron que Fidel no podía permanecer en Cuba debido al peligro constante de ser asesinado por los cuerpos represivos, y se decidió su partida hacia México con el fin de organizar la expedición que reiniciaría en tierra cubana la lucha armada contra la tiranía. El 7 de julio partió hacia el exilio a cumplir con la misión asignada.

Las tareas de los miembros de la Dirección Nacional que quedaron en Cuba fueron, en primer lugar, organizar el movimiento en todas las provincias del país partiendo de las ciudades cabeceras para inmediatamente después estructurarlo en el resto de las ciudades, pueblos, bateyes y colonias del territorio nacional. La recogida de dinero, centavo a centavo, entre los trabajadores y la selección de los más destacados militantes, para enviarlos a México e integrarse a los preparativos de la expedición, fueron los objetivos priorizados del momento; así como la propaganda revolucionaria y la preparación de los grupos de acción en todo el país, tareas importantes destinadas a preparar las acciones de apoyo al futuro desembarco de la expedición.

En tierra azteca, el líder del M-26-7 comienza a trabajar incansablemente para organizar el destacamento armado. Pronto un centenar de cubanos, entre combatientes del “Moncada” y militantes del movimiento enviados por sus respectivas direcciones provinciales, se agrupa alrededor del jefe de la revolución. Sin más recursos que la voluntad y perseverancia inquebrantables para luchar, Fidel emprendió la organización de los hombres, su albergue, alimentación, entrenamiento militar, la adquisición de armas y equipos de campaña, también de la búsqueda de los medios de transportación que obligatoriamente se necesitarían para el traslado de los combatientes hasta las costas de la patria. Pero estas tareas, de por sí difíciles y complejas hasta rayar casi en lo imposible, no eran las únicas a las que se enfrentaba el jefe de los revolucionarios en tierras mexicanas.

Venciendo múltiples dificultades, Fidel logró establecer y desarrollar la dirección del Movimiento en Cuba, recibir desde allá los hombres y recaudaciones, y enviar la propaganda revolucionaria para toda la nación. Sus artículos y escritos que desde su celda del presidio en Isla de Pinos dieron a conocer su combatividad y principios revolucionarios, continuaron llegando e impactando positivamente en los cubanos. Los manifiestos números uno y dos del M-26-7, cartas, indicaciones, llegaron constantemente por vía clandestina a los compañeros que permanecieron en Cuba. Por otro lado, algunos partidos y organizaciones de la llamada oposición moderada optaron por hacer el juego electoral planificado por el dictador, y en ese otro combate invierte también la atención y las fuerzas necesarias. Contra viento y marea se va conformando el destacamento armado en México.

En Cuba, miles de hombres y mujeres inmersos en las tareas del movimiento clandestino, cumplían las recaudaciones, la propaganda y otras señaladas para la etapa. No obstante, la falta de armamentos incide negativamente en la preparación de los grupos de acción que deben levantarse en armas o emprender acciones de sabotajes importantes coincidiendo con el desembarco. Sobre esto le escribe Fidel a Faustino: “Sin embargo nada me desanima, como nada debe desanimarlos a ustedes. Por el contrario, cada día que pasa descubro un detalle nuevo, un modo de obviar barreras que parecen insalvables, de cumplir a todo trance nuestra palabra empeñada con Cuba, y voy comprobando cómo la realidad se puede ajustar a nuestros sueños, me lle-

no de fe en que por largo y arduo que sea el camino, el éxito más rotundo culminará nuestra lucha”.⁸

El M-26-7 ha logrado calar en las más disímiles capas de la sociedad cubana, principalmente en los trabajadores, estudiantes y jóvenes en general. Su discurso acusatorio directo contra las fuerzas opresoras y los grupos políticos tradicionales que le hacen el juego, irrumpe en el ámbito de la nación como algo nuevo y prometedor. La audacia de no ocultar sus fines revolucionarios le ganan la simpatía y el respeto de los hombres y mujeres del pueblo desencantados históricamente de tanta demagogia política.

Además, los sucesos del 26 de Julio de 1953 en Oriente, con su historia de heroísmo y sacrificio, influían cada vez más en la medida que el pueblo los iba conociendo, como el aval que calificaba al nuevo movimiento como el continuador de la revolución martiana frustrada en las postrimerías del siglo XIX por la intervención yanqui en la guerra de independencia de los cubanos contra la metrópoli española.

Las fuerzas opositoras fueron definiendo sus rumbos. Los que optaron por ir al diálogo con el dictador, no podían tan siquiera realizar un acto de masas para sus fines, pues de la muchedumbre surgía un coro de voces repitiendo: “Revolución, revolución”, tal como sucedió en el muelle de Luz durante el acto convocado por la Sociedad de Amigos de la República.⁹

Otro golpe demoledor sufrió la tendencia dialoguera, cuando se publicó el encuentro en México de Fidel con José A. Echeverría, máximo líder de la Federación Estudiantil Universitaria

(FEU), quienes suscribieron la Carta de México, histórico documento que proclama la lucha armada como única vía para derrotar a la dictadura y hacer la revolución en Cuba.¹⁰

Pero no sólo las fuerzas sanas recibieron los hechos revolucionarios generados por el M-26-7. Los cuerpos represivos de Batista comenzaron a preocuparse sobremedida con aquellos jóvenes que no jugaban a la revolución como otros grupos ya conocidos. El coronel Orlando Piedra, jefe del Buró de Investigaciones, decidió invertir los recursos necesarios para entorpecer la labor del Movimiento, para lo cual no se descartó el asesinato de Fidel en el país vecino. El soborno a determinadas autoridades de inmigración y de la Policía mexicana, creó una situación sumamente difícil para los revolucionarios: locales y campamentos fueron allanados; armamento ocupado y hombres presos, entre ellos el propio Fidel, fue el resultado inmediato de la conjura, aunque quedaba pendiente la eliminación física del líder.¹¹ Para cualquier otra agrupación política estos golpes hubieran sido aplastantes e irreversibles, pero para los fidelistas la lucha contra fuerzas superiores en recursos y frente a las dificultades aparentemente insuperables, significaba el medio propicio para crecerse, enfrentarse y vencer, como en los días iniciales del “Moncada”.

Para el gobierno norteamericano, tampoco pasó inadvertido el proceso revolucionario que se gestaba. La Agencia Central de Inteligencia envió a México a John Meckples Spirit, un experimentado agente, con el objetivo de espiar a Fidel e informar sobre sus planes y proyecciones políticas.¹²

La preparación del destacamento reveló nuevos combatientes con magníficas condiciones para la guerra popular que se avecinaba. Junto a Raúl, Juan Almeida, Níco López, Ramiro Valdés, Ciro Redondo, Julito Díaz y algunos veteranos del “Moncada”, aparecieron otros desconocidos hasta entonces y en los cuales el líder del Movimiento descubrió con su rigurosa evaluación, la fibra extraordinaria de futuros guerrilleros: Ernesto Che Guevara, Camilo Cienfuegos, Efigenio Ameijeiras y otros fueron descollando a lo largo de la contienda en el marco selectivo de la lucha misma.

El joven Frank País, recomendado a Fidel por muchos de los viejos revolucionarios, se desempeñó en los primeros tiempos como jefe de acción del Movimiento en Oriente. Viajó a México en agosto de 1956 e impresionó gratamente al jefe del M-26-7 por la profundidad de su pensamiento político, sus dotes de organizador y la comprensión del tipo de guerra popular que debía desencadenarse. Sobre este encuentro Fidel escribió a María Antonia Figueroa reconociendo las magníficas cualidades del joven santiaguero.¹³

De nuevo en el mes de octubre, Fidel indica a Frank viajar a México para ultimar los detalles del apoyo al desembarco. Este, muy preocupado, le expone al líder el problema fundamental de la carencia de armas. Sólo unas pocas se han conseguido en Santiago de Cuba provenientes de los hombres de la Triple A que las mantenían enterradas. En el resto del territorio nacional el M-26-7 no cuenta con armamento ni existen posibilidades de adquirirlo a corto plazo. Además, el dirigente santiaguero

opina que el movimiento aún no está preparado para secundar el desembarco con un levantamiento nacional, por lo tanto sugirió un aplazamiento de la expedición. Fidel, quien conocía los problemas planteados, respondió con argumentos convincentes sobre la necesidad de producir el estallido revolucionario antes de que finalizara el año 1956, pues no podían correr el riesgo de que todo se perdiera en la capital mexicana y el pueblo se desencantara. Era necesario salir, entrar y llegar hasta la Sierra Maestra y el movimiento clandestino debía responder de acuerdo a sus posibilidades.

Después de convencer a Frank de la imposibilidad de la posposición de los planes, el jefe decidió nombrarlo responsable nacional de acción del M-26-7 para concentrar los esfuerzos y los recursos en la provincia de Oriente, región por donde se produciría el desembarco. Las demás provincias, incluyendo la capital, actuarían apoyando el levantamiento armado en Oriente, de acuerdo a las posibilidades de cada cual.¹⁴ De nuevo la estrategia de comenzar la lucha sin esperar la creación ideal de todas las condiciones, constituyó la brújula que guiaría las acciones iniciales de una guerra donde poco a poco se forjarían los elementos de la victoria contra aquellas fuerzas aparentemente invencibles.

El 25 de noviembre zarpó el yate *Granma* sobrecargado con ochenta y dos combatientes y el equipamiento correspondiente. El atraso de la embarcación durante la travesía hizo que no convergieran las acciones del clandestinaje y el desembarco de la expedición. El 30 de noviembre se efectuó

la acción principal en Santiago de Cuba, otras de cierta importancia se realizaron en Guantánamo, y acciones y sabotajes de menor envergadura en el resto del territorio nacional. El 2 de diciembre, el yate *Granma* encalló frente a los manglares cenagosos de la costa sur, en las cercanías de Niquero, y comenzó para los expedicionarios una penosa cruzada por los pantanos sin contacto con la red de apoyo, hasta acampar el día 5 cansados y hambrientos en los cañaverales de Alegría de Pío, donde son sorprendidos, dispersados y perseguidos por las unidades del Ejército.

De nuevo la revolución recibía un golpe demoledor. El gobierno de Batista aprovechó para proclamar el aplastamiento total del brote insurreccional, aunque para respaldar tal afirmación no bastaban las decenas de cuerpos ensangrentados, pues faltaba un cadáver y a pesar de que anunciaron la muerte de Fidel, no aparecía el cuerpo del gigante, por lo que en los cubiles de las fuerzas represivas prevalecía el temor y en la mayoría de los hogares cubanos se mantenían las esperanzas.

Por encima de todos los reveses, el 30 de noviembre demostró que los destacamentos urbanos armados podían emprender acciones contra fuerzas superiores, derrotarlos, mantenerlos en jaque y retirarse organizadamente con un mínimo de bajas, salvando hombres y armamentos. En Santiago de Cuba se confirmó una vez más la disposición de la inmensa mayoría de los habitantes, para apoyar y ayudar a los combatientes revolucionarios. En el resto del territorio nacional, donde aún no se había alcanzado un nivel de concientización

y organización como en la ciudad de los Maceo, el cumplimiento de la palabra empeñada por Fidel, las acciones del 30 de noviembre y pocos días después la confirmación de que el líder del 26 de Julio estaba vivo y en pie de guerra en la Sierra Maestra, elevaron la moral combativa de los integrantes de las organizaciones clandestinas y ampliaron la militancia del M-26-7 a todos los niveles.

El Ejército Rebelde, alma de la Revolución

Por una parte, Fidel agrupaba a los sobrevivientes para comenzar la guerra de guerrillas en la Sierra Maestra. Por otra, Frank, comprendiendo que allí se gestaba el Ejército de la revolución, reagrupaba a los bravos orientales veteranos del 30 de noviembre para integrar brazos y fusiles al destacamento de vanguardia que se fogueaba por las faldas del Turquino.

Cuenta una heroica santiaguera que en ocasión de una conversación con Frank País sobre los militares que ensangrentaban al país, ella expresó su odio por el uniforme militar, y el jefe nacional de acción le contestó: “Porque tú ves al militar que está para reprimir, pero esa no es la función del militar. Tú verás algún día un Ejército producto del pueblo, producto del obrero, del estudiante, del intelectual. Un Ejército que esté al servicio de la nueva sociedad. Ese es el Ejército que yo sueño y el que yo con gusto sería capaz de dirigir”.¹⁵

Los cubanos históricamente se han enfrentado a enemigos inmensamente poderosos en medios y recursos materiales y financieros, cuyos ejércitos representaron en su momento las ma-

quinarias de guerra más terribles y destructoras en el campo de batalla. Sólo el patriotismo, la inteligencia y la perseverancia de los revolucionarios de la mayor de las Antillas pudieron enfrentar con éxito el tremendo poder de los ejércitos opresores.

Cuando Carlos Manuel de Céspedes dio el histórico grito de “Independencia o Muerte” aquel 10 de octubre de 1868, los jefes insurrectos estaban decididos a luchar hasta la muerte, aunque muy pocos vislumbraban las formas que debían desarrollar en aquella contienda tan desigual. Fueron el bregar diario, las escaramuzas, combates y batallas, los elementos que foguearon a nuestros mambises y les obligaron a buscar y perfeccionar las tácticas adecuadas para derrotar paulatinamente al Ejército colonialista español en su último enclave en tierras del nuevo mundo. El conocimiento y aprovechamiento del terreno, la conversión del machete de labranza en terrífica arma de guerra, la movilidad constante, el arte de supervivencia en lo más profundo de bosques y montañas, la sorpresa, el ataque fulminante y la retirada a tiempo, dotó al Ejército mambí de la táctica y estrategia correspondientes a una guerra irregular propia, donde la fuente principal de abastecimiento de armas y municiones estaba en los arsenales enemigos, a quienes se les arrebatara tales recursos en el fragor de las acciones combativas.

Durante la guerra grande que no acabó en el Zanjón, sino continuó en Baraguá, la Guerra Chiquita que le siguió, y la contienda desatada por Martí en 1895, surgió y se desarrolló el arte militar cubano como producto genuino

de un pueblo en armas dispuesto a conquistar la independencia a cualquier precio. La táctica y estrategia de los combatientes cubanos del siglo XIX, disimuladas por el paso de las intervenciones yanquis, de los gobiernos corruptos de la república mediatizada, irreconocible bajo la telaraña del tiempo y las manipulaciones, esperaban sin embargo, el momento de despojarse del lastre y salir a la luz como armas revolucionarias en manos de los nuevos combatientes.

Correspondió ese mérito histórico a Fidel Castro Ruz al frente de lo mejor de la juventud del centenario de José Martí.

Tras los primeros fracasos, Fidel proclamó la segura victoria cuando reunió el 18 de diciembre de 1956, en la finca "Cinco Palmas" en el Purial de Vicana, a ocho hombres y siete fusiles. En aquellos momentos parecía un pronunciamiento fuera de la realidad, pero el líder de la revolución no estaba precisamente haciendo la comparación cuantitativa de sus ocho hombres y siete fusiles con los aproximadamente cien mil efectivos armados del régimen de Batista. Fidel, como digno heredero de las tradiciones combativas del pueblo cubano, se basaba para su optimista afirmación en la táctica y estrategia como factores cualitativos que la revolución, partiendo de una aparentemente pequeña fuerza, adaptaría a las nuevas condiciones, para desgastar y derrotar a un poderoso Ejército equipado, no sólo con moderno armamento de infantería, sino con tanques, artillería, buques y aviones de guerra.

La guerrilla en la Sierra Maestra se desarrolló exitosamente sobre la base

del fogueo de sus hombres en las más duras condiciones de la vida en campaña, el conocimiento y aprovechamiento de las ventajas del terreno, la sorpresa, el combate a tropas en movimiento, el ataque a puestos aislados, pero, sobre todo, la dirección de la guerrilla trazó una línea rigurosa en la formación de un ejército popular como factor principal de lucha, el cual bajo su influencia movilizaría a todos los sectores de la sociedad y garantizaría la formación de los futuros cuadros político-militares de la Revolución.

De esa escuela surgieron los mejores alumnos para ocupar los cargos de mayor responsabilidad. Los soldados más destacados pasaban a comandar las escuadras y pelotones y dentro de ellos los más competentes fueron colocados como jefes de columnas y frentes de combate. Sobre estos últimos recaía una responsabilidad superior al tener que asumir las tareas y misiones de la comandancia general del Ejército Rebelde en otros territorios donde debían aplicar la táctica y estrategia de acuerdo a las condiciones específicas, respetando siempre los principios esenciales aprendidos en la Sierra Maestra. Este proceso, definido por el comandante Ernesto Che Guevara como el desprendimiento de la columna madre, significó una de las líneas estratégicas más importantes de la guerra de liberación. Al igual que los mambises, los rebeldes tuvieron como fuente principal de abastecimiento las armas arrebatadas al enemigo. Una actitud clara, justa y humana con los prisioneros y en general con los miembros del Ejército contrario y, sobre todo, lograr que el Ejército Rebelde

fuera el principal exponente de las reivindicaciones agrarias para así atraer la incorporación activa de las masas explotadas del campo fueron políticas básicas de las tropas insurrectas.

La guerra de guerrillas en Cuba triunfó por las dos razones fundamentales esbozadas por el Comandante en Jefe: “Una causa justa, nacional, de justicia social y la aplicación correcta de la táctica y la estrategia político-militar”.¹⁶

Según señalara el comandante Ernesto Che Guevara, la guerrilla revolucionaria en la Sierra Maestra fue el motor impulsor del movimiento generador de conciencia y entusiasmo combativo y creó las condiciones subjetivas para la victoria. En los combatientes de aquel nuevo Ejército se vislumbraba el hombre del futuro.¹⁷ Fueron los heroicos soldados de uniforme verde olivo la garantía real del poder revolucionario durante los primeros tiempos. Conformaron junto a Fidel el eje de la unidad de las fuerzas revolucionarias, y se constituyeron en la base del Ejército popular multitudinario que defendió la bandera en la Lucha Contra Bandidos, en Playa Girón y la Crisis de Octubre. El Informe Central al Primer Congreso del Partido enalteció dicho papel histórico con las palabras siguientes:

El Ejército Rebelde fue el alma de la Revolución. De sus armas victoriosas emergió libre, hermosa, pujante e invencible la patria nueva. Sus soldados reivindicaron la sangre generosa vertida en todas las contiendas por la independencia y con la suya propia cimentaron el presente socialista de Cuba. Las ar-

mas arrebatadas a los opresores en épica lucha las entregaron al pueblo y con el pueblo se fundieron, para ser desde entonces y para siempre el pueblo armado.¹⁸

Notas

¹ Extracto de los informes de la inteligencia norteamericana sobre Cuba. *Washington Post*. Oct. 1965.

² Castro, Fidel. Encuentro con Vanguardias FAR. *Verde Olivo* (La Habana) (Numero especial) 31 dic. 1978.

³ Castro Ruz, Raúl. Discurso en el VIII Aniversario del Moncada. *Hoy* (La Habana) 27 jul. 1961:8-9.

⁴ *Memorias. Primer Congreso del PCC*. La Habana: DOR, 1976.

⁵ Castro Ruz, Fidel. “Carta de Fidel a Níco López. Isla de Pinos, enero de 1955”. En: Mencía, Mario. *La prisión fecunda*. La Habana: Editora Política, 1980. pp. 193-198.

⁶ _____. Carta sobre la amnistía. Isla de Pinos, marzo de 1965. *Bohemia* (La Habana) 48:63,94; 27 mar. 1955.

⁷ Hart Dávalos, Armando. *Aldabonazo*. Canadá: Pathfinder, 2004. p. 95.

⁸ Álvarez, Marta Verónica y Sergio Ravelo. *El renacer de la esperanza*. La Habana: Editora Política, 2006. p. 10.

⁹ La Sociedad de Amigos de la República (SAR), dirigida por el veterano del Ejército Libertador don Cosme de la Torriente, trató infructuosamente de establecer el diálogo político entre la oposición y la tiranía, mientras esta última lo utilizaba con fines propagandísticos. El 19 de noviembre de 1955, la SAR convocó a un acto en el muelle de Luz donde discursarían los dirigentes proclives al diálogo con Batista. Desde la multitud se escuchó el grito a coro proclamando la línea revolucionaria. El acto fracasó cuando algunos testaferros del Partido Auténtico atacaron a los grupos del 26 que no dejaron de gritar: “Revolución, revolución”.

¹⁰ *De Tuxpan a La Plata*. La Habana: Centro de Estudios de Historia Militar de las FAR. Editora Política, 1985. pp. 74-76.

¹¹ *Ibidem*, pp. 49-51.

¹² Báez, Luis. Entrevista a John Meckples Spirit. En: *El mérito es vivir*. España: Editorial Buganville, 2002.

¹³ Portuondo, Yolanda. *La clandestinidad tuvo un nombre: David*. La Habana: Editora Política, 1988. p. 226.

¹⁴ Álvarez, M. V. y Ravelo, S. *Op. cit.* (8). p. 103.

¹⁵ Entrevista a María Antonia Figueroa. *Santiago* (Santiago de Cuba) (18-19):111; jun.-sept. 1975.

¹⁶ Castro, Fidel. *Sobre temas militares*. La Habana: Centro de Estudios de Historia Militar de las FAR, 1990. p. 122.

¹⁷ Guevara, Ernesto. "El socialismo y el hombre en Cuba". En: *Obras escogidas 1957-1967*. La Habana: Casa de las Américas, 1970. p. 368.

¹⁸ "Informe Central al Primer Congreso del PCC". *Op. cit.* (4). p. 114.

Otra bibliografía consultada

ALMEIDA BOSQUE, JUAN. *Presidio*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1987.

Diario de la Guerra. La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 1986.

GÁLVEZ, WILLIAN. *Frank, entre el sol y la montaña*. La Habana: Ediciones Unión, 1991.



La dialéctica, Heráclito, Luis Suardíaz y el río que fluye*

Virgilio López Lemus

Escritor, ensayista y crítico literario

Luis Suardíaz (1936-2005) fue un poeta de “Poesía o Muerte. Versaremos”, o sea, de profunda vocación y entrega a su razón expresiva fundamental. Puede decirse que fue un ensayista, un periodista-crítico literario, un “cronista de su tiempo”, y siempre la aseveración estará incompleta; sólo podrá ser comprendido de una manera más integral si al hombre revolucionario, militante convencido de la Revolución y a su servicio, agregamos su condición de poeta. Sabía que lo único eterno era el cambio. Apostó, como en su época lo hizo Arthur Rimbaud, por *cambiar la vida*, pero no adoptó el tono *maudit* del gran clásico francés, y ni siquiera el surrealismo de José A. Baragaño, quien en 1952 había ofrecido un libro de tal dirección y con ese mismo título-programa de lucha poética: *Cambiar la vida*. Para cambiarla de veras como transformación del mundo, Suardíaz se anotó en el carro del combate antibatistiano clandestino en los años cincuenta, llegó juvenil y vigoroso al triunfo de la Revolución de 1959 (tenía veintitrés años) y nunca descendió del barco en plena mar procelosa de transformaciones constantes, olas altas y mar de leva hacia el futuro, tan difícil de alcanzar como sueño social, ideal, utopía...

Sabía que la poesía es una “patria” universal de la especie humana, “patria” a manera de franca y bella utopía a la que era dable entregar la Vida y hasta la Muerte. Vencer versando. Convencer, con-versando. Suya era una “suave patria” o dama a la que debía servir como devoto caballero, por la cual vale la pena pelear con rumbos hacia el Bien, la Justicia y la Belleza. Podrían parecer términos abstractos, pero al leer la poesía escrita de Luis Suardíaz, nos damos cuenta de que ese era su faro, sus cimientos, columnas, pilares, fundamentos sobre los que erigió el edificio de su propia vida. Hombre de profunda eticidad, llevó al seno de la poesía escrita su mirada propia, personal y a la vez colectivista de la circunstancia.

*Prólogo a la antología poética *Biografía del tiempo* de Luis Suardíaz, preparada por él mismo, y fijada definitivamente tras su fallecimiento por su esposa Elisa Masiques. Fue publicada por la Editorial Letras Cubanas en el 2005.

Haber vivido (1966) es el primer momento cimero de tal trayectoria, el arribo a la madurez. Y la adopción definitiva del tono conversacional que le habría de acompañar hasta su muerte.

Cuando en 1987 publiqué mi libro *Palabras del trasfondo*, estudio de la poesía coloquialista cubana, mantuve un grupo de puntos de vistas sobre la obra de Suardíaz que me gustaría recordar, para ratificarlos. Decía allí que el poeta había alcanzado una densidad poética propia de su elevado sentido de ideologización del texto, por su empleo no contradictorio de la palabra densa y variada en su diversidad terminológica, pero a la vez con un sano sentido de la economía expresiva, a la hora de conformar un texto. Suardíaz lograba desde el principio de los años sesenta construir una obra poética de síntesis ideológica y brevedad (en cuanto a las dimensiones del texto), a la par que desbordaba su cornucopia lexical. Parecería contradictorio ser abundante en palabras y sintético en ideas, pero ese es el signo constructivo de la obra lírica de este autor, quien, a la vez, fue un hombre ampliamente vinculado con su medio, nunca un poeta en la *torre de marfil*, nunca un cogitante de gabinete; toda su obra se vinculó a la vida cultural cubana de su tiempo, de la que fue un protagonista informado, conocedor, participante pleno.

Su poesía de los años sesenta era sobre todo “crónica”, *cronística*, comentarista de la circunstancia, en la que el poeta se desempeñaba activamente, sobre todo en el plano de la transformación social. Por ello vemos en sus páginas la grave importancia del tiempo (cronologización de sucesos, incluso) y de la historia, muchas veces vista como transcurros microhistóricos humanos. Más que un *canto a la vida*, se trataba de escribir una poesía participativa, por lo que un fuerte valor cognitivo y un afán testimonial se asentaban en sus poemas, que no escapaban de la realidad hasta cuando la subjetividad del poeta se hacía más visible.

Dentro de la fugacidad del tiempo, él prefería ser un poeta del *hoy objetivo*, de la evidencia de lo momentáneo, del *decursar* en su etapa inmediata. Tanto es así, que se puede advertir la presencia verbal del *presente histórico* en poemas que se refieren a hechos pretéritos, a asuntos históricos o a la participación de individuos fallecidos en acontecimientos que repercutían en la actualidad (del momento de la escritura), porque eso importaba al poeta, la huella del ayer sobre el hoy. Su labor no es contar ni historiar y ni siquiera ofrecer una celebración, sino mantener viva la memoria, la memoria actuante, en su dimensión temporal presente, observando ese ayer que sirve al hoy, y aunque cada momento histórico tiene su valor *per se*, Suardíaz ve un *tractus*, un *decursar*, un movimiento *dialéctico*. Más adelante me detendré en ese sentido dialéctico primordial de su obra poética, por ser ello esencial en su conformación.

Antes de dedicarme al análisis de los posibles poemas antológicos de su obra, o a la disección cronológica de su escritura, me resulta interesante acercarme a los recursos formales de su trayectoria lírica, debido a la fijeza o fidelidad de las formas que ella denota. ¿Cómo construye Suardíaz sus textos? Primero, salta

a la vista una separación bastante radical, pero no por ello absoluta, de la métrica tradicional hispánica, y consiste en la elección de versos libres de muy variadas estructuras, desde la línea versal extensa, casi típica del versículo whitmaniano, usual en él para la “crónica” lírica, hasta la línea breve, clasificable muchas veces como “arte menor”, según los valores métricos tradicionales, pero que adquiere un libérrimo ritmo asentado en lo ideológico más que en lo acentual. Este tipo de verso breve suele usarlo en la reflexión, cogitación de raigambre filosófica o de ironía epigramática. Veamos dos ejemplos del uso versal típico y bastante constante en su obra:

*Dominios defendidos por Duque, escudero de fino instinto
que gusta de saltar sobre mi cabeza y entregarse a una danza primitiva
en la que juegan el papel principal sus patas traseras.
Sus ojos, húmedos y pardos como los míos, me estudian sin pestañear
y pasan las rabiches, los gorriones y las reinas brujas
que tanto desajustan nuestros mundos oníricos. Duque no malgasta sus
gruñidos
y, cuando su radar denuncia enemigos circunstanciales, se apresta al
combate.*

(“Una casa en la calle Rosario”)

*No tengo
hombros de jefe victorioso.
Pero con mis panfletos de otoño,
mis rasgadas canciones,
hago mi parte, pierdo y gano
discípulos, y mis manos,
a veces heridas, no desdeñan
ni temen la compañía del fuego.*

(“Confucio”)

El verso libre breve, de siete a diez sílabas, es empleado más comúnmente para la reflexión, en tanto que el verso amplio, por momentos versicular, aparece con mayor frecuencia en la poesía de crónica, recuento, evocación de situaciones pretéritas, asuntos que tienen que ver con la historia o el puro testimonio epocal. Pero debe advertirse que muchas veces Suardíaz acude al ritmo acentual, para darle agilidad al poema, y otras veces el ritmo se asienta en la reiteración de palabras, de versos o de frases en los comienzos versales. Aunque por momento uno advierte que el poema tiende al prosaísmo, este queda neutralizado por esos usos rítmicos, por el balance entre el valor connotativo (semántico) del texto o de las palabras que lo constituyen y el verso libre construido a partir de imágenes, en un visible movimiento versal y no de mera prosa recortada en renglones. El movimiento del poema es doble: significado y estructuras lexicales forman un movimiento semántico-rítmico que le ofrece su peculiaridad; véase esto en algunos versos sueltos y luego en un fragmento de poemas. Ritmo evidentemente

acentual: “La acompañé a un examen de francés, / a una reposición de Calígula, a un cine”; “Pronto romperán la cáscara los desvelados de patas frágiles”. Ritmo semántico o por imágenes:

*Casa de la calle Enrique Villuendas,
nombrada Rosario, como la cuenta de los misterios, la tierra dinamitera
de Miguel Hernández, cierta máquina hidráulica y como vuestra señora
y como aquella musa instantánea de José Martí.*

Quiero detenerme en el recurso del versolibrismo reiterativo para lograr ritmo interno en el poema. Consiste en repetir frases o palabras a comienzo de verso o de seudostrofas, y también en la serialización. La serie lexical a veces es lógica, semejante a la whitmaniana, y otras veces ajusta la influencia de Pablo Neruda, con un relativo desorden típico de la serie psicológica propia del surrealismo o de la poesía de las vanguardias en general. Estos recursos expresivos se manifiestan a todo lo largo de la obra de Suardíaz, veamos dos ejemplos:

Serie lógica

*El negociante de caballos sube a la guagua
con las botas informadas de fango. A toda hora,
él hablará de bestias: toros de furia minotáurica,
caballos que saltan sobre el agua crecida, vacas
enanas de cincuenta largos litros. El negociante
de sangre caliente, el tratante de bestias.*

(“Haber vivido”)

Serie psicológica

*Como no sabía leer, desconocía las estadísticas
y los ensayos de la pobreza, desconocía el origen
del capital, la alienación de que era víctima, el fenómeno
con tendencia a plaga de la enajenación contemporánea.
Usaba un calzón de sacos de harina, un cinto de yuraguana,
un sombrero que no sabía volar y en el que anidaban los aguaceros.*

(“Hipólito”)

Adviértase que incluso en las series psicológicas, Suardíaz no intenta una originalidad a ultranza, para reunir objetos demasiado distantes entre sus posibles relaciones. Si estos recursos formales dan cuerpo, copa, dimensión estructural a los textos, en el propio proceso de ordenación concurren otros elementos, como el sentido testimoniante (desde el ayer al hoy, inevitable “cuento” o recuento de circunstancias), la función epistolar (comunicativa), el valor intertextual (citas textuales o alusiones a textos de otras personas), y, por supuesto, el *tono conversacional* que es *conditio sine qua non* de su poesía. Todos estos elementos ya se han estudiado suficientemente, según me parece, en la obra de otros poetas coetáneos suyos y del propio Suardíaz, pero debe ratificarse que este poeta es de hecho un *coloquialista* militante, un poeta central de la corriente coloquialista de la poesía cubana, un “usuario” esencial del muy difundido tono conversacional

de la poesía de la segunda mitad del siglo xx en lengua española, puesto que Suardíaz es un poeta típico de esa mitad de siglo, a la que pertenece toda su obra formal y estilísticamente y por los propios contenidos expresivos. Poeta incluso prototípico del coloquialismo, bebió tan intensamente de su retórica de época que difícilmente pueda separarse, al leerlo, de los recursos, las expresiones y el contexto histórico de los años comprendidos entre 1955 y el 2000; si sumamos los pocos años del nuevo siglo y milenio que vivió, completó cincuenta años de ejercicio de la escritura, en los que se alejó de todo trascendentalismo, no ya sólo ideológico, sino incluso de la propia escritura, que no quiso sino brillar en el resplandor de su tiempo.

Pero quisiera llamar la atención un poco más sobre el sentido epistolar de su obra, asunto que fue usual entre algunos poetas del Romanticismo decimonónico dentro y fuera de la lengua española, como en Espronceda, y que en la poesía cubana se advierte en algunos poetas románticos, por ejemplo, en Luisa Pérez de Zambrana. El recurso es asimismo común a varios poetas coloquialistas, sobre todo puede verse en el sentido de “remitente” en que se sitúa el sujeto lírico en algunos textos de Roberto Fernández Retamar. Ya el poema “Conversación a mi padre” (1948), de Eugenio Florit, ofrecía ese aire comunicador que puede tener una carta, si bien pareciera un soliloquio, una conversación a distancia, una llamada telefónica de la que se “narra” sólo el punto de vista de una de las partes hablantes, pero también, inevitablemente, alcanza un valor epistolar. Ese conversar con difuntos del poema de Florit, se torna en Suardíaz una alocución dirigida a héroes, mártires, amigos difuntos, gentes que han tomado parte en la historia reciente, en la insurrección contra la dictadura batistiana y han muerto generosamente, ofreciendo sus vidas por aquella “libertad” (“de canción bajo la lluvia”) a la que cantó Fayad Jamís en “Por esta libertad”. Si bien el sentido o recurso epistolar no es privativo de la obra de Suardíaz, véase que en él adopta una carga estilística propia de la narración, pero de una narración que no quiere convertirse en cuento, tampoco en canto, de maneras tradicionales, sino en testimonio a través de la emotividad lírica, lo que en cierto modo comparte con poetas como César López, Rafael Alcides, *et al.* Es curioso observar que Suardíaz se despide al final de algunos de sus poemas: “abur”, “hasta la vista”, saluda, deja el adiós expreso, pareciera una despedida circunstancial, de esas de “hasta dentro de un rato”. Ese empleo singular de lo epistolar y de la despedida, se enlaza con su sentido de la continuidad dialéctica del tiempo, asunto que sigo ahora prometiendo para un poco más adelante en este mismo estudio. Se impone algún rápido ejemplo de ese valor epistolar y de saludo que hay en sus poemas:

Ernesto, esta carta te ha de llegar probablemente demasiado tarde.

No sé, en verdad, qué será de tus huesos, sepultados un día de enero de 1957.

Disculpa al fin mis desconcertadas palabras de despedida. Y también

el que me haya quedado fuera del automóvil ya muy repleto—aquella tarde

que todavía anda dentro de mí como una enorme piedra. Mientras escribo,

a tanta distancia, vuelvo a llorar por los tres: por Reyes que telefoné,

angustiado, temeroso de que le dejaran (lo cual tú proponías en broma) por Renato que estuvo plenamente en la vida hasta un momento antes del frenazo, la confusión, el golpe contra las piedras. Y por ti. Sobre todo por ti que eras el mejor de todos nosotros y el más humilde. Recuerdo el brillo de tus ojos el día que al fin se hundió en la muerte aquella bestia que respondía por Salas Cañizares y de cómo le expusiste al viejo militar todo lo que pensabas del régimen, sin alterarte, con el tabaco a medio fumar, serenamente.

(“Correspondencia acumulada”)

*Guillermo estuvo aquí.
Hablamos de cosas simples, deliberadamente:
mira que el tiempo pasa, qué tal los niños,
tu mujer, dile a la vieja que extraño
aquel café de las reuniones clandestinas.
Y abur.*

(“El visitante”)

El sentido conversacional (tono dominante) y el valor de testimonio que quiere dar a los poemas, obliga a cierto verbalismo, a veces muy intenso, que algunos críticos han querido ver como “defecto” expresivo en una obra poética de cualquier autor. Suardíaz acude a una conglomeración de verbos de acción que, antes que defecto, se tornan valores estilísticos fundamentales en su sentido de cuento, recuento, testimonio, situación entre el ayer y el hoy, sentido fuerte del presente determinado por el verbo conjugado y decisivo en el accionar constante. El verbo le ofrece al poema una salida al exceso de sustantivación ideológica, en que la carga del sustantivo resulta tan fuerte, que raya con su mismo valor dentro de la prosa. Asimismo, el uso frecuente de verbos de movimiento y acción, o la propia frecuencia de uso del verbo hablar, cooperan al interés dialéctico del poeta, del continuo cambio que él quisiera atrapar. Por eso en esta poesía el contrastante dialéctico del sustantivo se halla en el verbo, no en el adjetivo; lo que equilibra el peso del sustantivo fuerte y conceptual es el verbo de acción, más que propiamente el de pensamiento. Significo nuevamente que el verbo hablar es clave para quien quiere testimoniar líricamente sobre su circunstancia, mediante una poesía conversacional (véase ejemplo en el fragmento anterior de “El visitante”), en la que el poeta dialoga, conversa y monologa, en un ejercicio constante de la palabra oral.

A este sentido de lo verbal, se suma la frecuencia con que aparece el nombre propio de persona en el conjunto poético. Este asunto se manifiesta a todo lo largo de la poesía de Suardíaz, desde sus poemas publicados bajo la antología (más bien colectánea, compilación, presentación de autores) de Samuel Feijóo (*Colección de poetas de la ciudad de Camagüey*, 1958) hasta sus últimos libros, pero se vio acentuado en los textos de los años sesenta y setenta, cuando en el poeta se había arraigado la poética colectiva de la corriente coloquialista

cubana, en la cual tal recurso expresivo es frecuente en poetas como Luis Marré, Domingo Alfonso o Manuel Díaz Martínez. Metodológicamente hablando, el uso de nombres propios crea dos características esenciales en la expresión: 1) circunscribe, temporaliza, especifica, 2) ofrece cierta base “realista” dentro del poema, que propicia la verosimilitud del testimonio lírico. Si bien ambos aspectos pueden ser más propios de la poesía épica, no olvidemos que en la poética del coloquialismo el grado de epicidad es muy importante. Suardíaz sin dudas se refiere a un *epos*, a una circunstancia de matiz histórico en cuanto lucha social y triunfo de un movimiento político renovador, y los nombres propios funcionan aquí como una especificación que salta de la microhistoria para convertirse en parte activa de la historia reciente.

Hay diferencias entre los sentidos o recursos épicos de sus poemas, puesto que unas veces esa epicidad es militar o militante, de combate directo (véase en “Despedida”) y en otras ocasiones se ofrece como vida de héroes o fragmentos de vidas, o del propio accionar del protagonista que puede ser el mismo poeta, y en todos estos casos hay un abierto sentido de lo histórico, de la historia en curso a través de sus protagonistas, según se puede observar en poemas como “Los héroes”, “Correspondencia acumulada”, con diferencias visibles entre “Área de Tamerlán” y “A Santiago de Cuba vuelvo después de tanto y tanta geografía”, en los cuales la dimensión de lo histórico va en dos vertientes: el testimonio directo y la evocación testimonial, esta última propia del recuento.

El poema “Una casa en la calle Rosario” (uno de los más importantes de su obra poética) es muy elocuente en el uso de lo testimonial y el nivel histórico aplicado al texto. Hay cuento y recuento, el testimonio es vívido, aunque el testimoniante no sea quien lo haya vivido, sino que se convierta en voz de otro; el poeta asume una objetividad tal, que el grado de realismo se eleva por su valor épico; a veces la realidad (objetiva) resulta fotografiada, es como una instantánea, como un recuerdo visual, y entonces el sujeto lírico se transmuta en sujeto-épico, es el héroe o el mártir que cuenta un fragmento de su vida, si bien con una mirada bastante lírica de la circunstancia. La vida social y el huracán se asocian, el hombre vive inmerso en un entorno violento y su interés de cambio es de franco sentido progresivo: hacia la justicia y la armonía. Naturaleza y sociedad están en un solo vórtice de transformaciones, de cambios bruscos, en los que el individuo, desde el punto de vista de Suardíaz, ni contempla ni canta, sino que participa. El *homo faber* es una dimensión transformadora de su propia circunstancia, por lo que el poeta lo observa como protagonista de la historia y no como víctima u observador distante de ella.

Pero no se crea que es la epicidad lo que rige de manera absoluta la poesía de Luis Suardíaz. Hay en ella un constante sentido del lirismo, y, en definitiva, la “solución” (en su sentido literario) de los pasajes más abiertamente épicos, resulta ser lírica, pues detrás de la fotografía o instantánea, o frente a ella, se encuentra la mirada subjetiva del poeta, que convierte lo testimonial en poema. Ese sentido del lirismo se ve muy claramente en poemas como “Salto de precisión”, “Como quien

vuelve de un largo viaje”, “Corazón”, “Estos que serán helechos”, “Cambio de estación” o “Fílmicas”, ejemplos todos de aprehensión lírica directa, visible en este fragmento:

*No para interrumpir el sueño que es mi mujer:
Sacudo el grave polvo de la nieve, echo a un lado
los espejismos del invierno, para recogerme
cerca de ese perfume y aún soñar
junto a esa llamita que es mi mujer,
como quien vuelve de un largo viaje.*

(“Como quien vuelve de un largo viaje”)

Ya había dicho que hay un sentido dialéctico fundamental en su obra poética, y aunque este se ha ido desgranando en las explicaciones anteriores, es hora de que nos detengamos a examinarlo. Para ello tenemos que ver el interés filosófico del poeta, porque Luis Suardíaz abrazó el marxismo, lo estudió a fondo, incluso en su primera juventud, cuando aún su poesía se envolvía en una metafísica de la pregunta subjetiva (preguntar, raíz dialéctica); su sentido revolucionario y su adhesión a la Revolución Cubana, lo llevaron hacia el campo de las ideas de izquierda o socialistas, y de ellas al propio marxismo. Creo que donde ello se ve con más claridad es en la poesía de carácter reflexivo que escribió, por cierto mucho más breve, concentrada, como ya observamos párrafos antes, de versos por lo común de arte menor, pero dentro del versolibrismo y sin renuncia del tono conversacional; en su poema “Che”, la reflexión es abiertamente política: “y, como Lenin, conocía la Ley del Valor / y el valor de las haciendas”, con referencia mucho más directa en:

*A una tierna mujer,
andariega en su llameante
silla de ruedas, le confió:
“Tras lo que dijo Marx
siento la misma palpitación
que en Baudelaire.”*

*Y cómo sabía sostener
ese fusil de Engels en las barricadas.*

En el poema “Europa después de la caída” hay una evocación cristiana sobre la expulsión de los mercaderes del templo, pero en general es una diatriba contra la caída del “frágil socialismo” del este europeo. La dirección crítica continúa casi de manera epigramática, si no fuese por el alto contenido ideológico de un poema tan breve como “Deuda externa”:

*Nada se marchita
tan rápidamente
como el dinero fresco
en las fúnebres
bóvedas bancarias
de los países pobres.*

Hay una dirección mucho más próxima al epigrama, en poemas como “Cinco osos”, “Cuestión de método”, o la serie de “Gotas de lluvia sobre el sermón del fuego”: “Tanto vivir ayer / para olvidar mañana”; son poemas como cápsulas, concentración ideológica que no reviste el carácter de un discurso político, sino lírico, a veces próximo al hai-kai: “Todavía hoy me estremezco / ante la maravilla del agua desnuda”. Este último breve texto evoca a la naturaleza de la misma manera en que Suardíaz lo hace en otros poemas, breves o largos, como “Elogio” o como “Capricho y misterio de la reproducción”. En otras ocasiones la reflexión se enmarca en el campo de los pensadores griegos, y sobre ellos hallamos una serie de poemas en los que la ironía o la mirada lírica sobre el pensamiento clásico deja textos como “Impureza del agua”. Un grupo de poemas evoca a Tales de Mileto, Pitágoras, Zenón, entre otros, o también a los famosos pensadores chinos Lao Tse y Confucio, todos en *Nuevos cuadernos de clase* (1989), que es uno de los libros donde más abiertamente se observa el sentido filosófico dialéctico del trasfondo de su poesía. En “Graffiti para la vieja pared del arrabal” hasta incluye notas de humor: “Si la montaña / viene a ti / ¡huye!”, que lo acerca a cierto tono de *Cuerda menor*, de Samuel Feijóo.

Lo dialéctico en su obra poética va desde el movimiento continuado que quiere mostrar a través del verbalismo propio de muchos de sus poemas, hasta la reflexión directa, incluso cuando en la antigüedad griega clásica muestra preferencias por Heráclito y su famoso río. Pero más que un poeta de las aguas fluyentes heracliteanas, él es un poeta del fuego, del crepitar de las llamas que parecerían consumirlo todo, cuando en verdad están dejando detrás suyo una consumación del ayer, para un nuevo comienzo. Por cierto que es interesante advertir la presencia del fuego en tantos poemas suyos, como concepto, o como palabra decisiva en algunos casos, lo que puede verse cuando evoca a Heráclito, padre dialéctico entre los griegos:

*Este mundo,
que es el mismo para todos,
no lo ha creado
ninguno de los dioses
o de los hombres,
sino que siempre es y será
fuego eternamente vivo,
que se enciende con medida
y con medida se apaga.*

Ese “fuego vivo” aparece de diversas formas en poemas como “Identidad del invisible” (“y tengamos dispuesto su sitio junto al fuego”), “Hipólito”, donde evoca el suicidio o la muerte mediante fuego, “Área de Tamerlán”, entre otros donde se dan cita el fuego casi constante en la obra de Suardíaz, junto al culto al caballo como animal inteligente, pero muchas veces asociado a la violencia; asimismo el fuego del hogar se advierte en “Olla de presión”, y en la violencia de la naturaleza

visible en “Flamingos”, o en otros muchos poemas donde el fuego gana sobre las evocaciones de agua, tierra o aire, debido a que quizás Suardíaz es un poeta capaz de apreciar la violencia social o en la naturaleza como muy pocos poetas cubanos han podido hacerlo. “Cura de caballo”, uno de sus poemas mejores, aún a ese sentido violento que ofrecen el fuego, la herida, el dolor y la presencia animal, agrupados de una manera cruenta, pero a la vez con un trasfondo lírico que le da sentido a la aprehensión de carácter estético que protagoniza.

Esa aprehensión es fundamental en su obra, y en un grupo de sus poemas se acentúa mucho más, cuando el poeta se adhiere a cierto culturalismo, poesía escrita desde referentes cultos, librescos, del arte universal, como observamos en su importante “Cantar”, del que cito el fragmento inicial:

*Muchacha que llevas un ánfora
llena de espíritu,
ausente de las canciones protesta
de Lucrecio,
no puede ser obra de los dioses
tu figura tan virtuosa y perfecta.
Muchacha de ceñido túnico
que nada has de saber
del elevado numen de Tulsi Das.*

El Cantar de los Cantares, el Kama Sutra, los himnos griegos al amor y el eco erótico del gran latino Ovidio, crean una resonancia menos dada a la vida directa que a la reflexión sobre temas eróticos. Con la evocación de Bertold Brecht, ese culturalismo se hace también político, pero en poemas de *Nuevos cuadernos de clase* esa indagación lírica en la cultura ya vimos que se torna reflexión, comentario filosófico. Es lo que también ocurre, pero con dosis metafísica menos frecuente, en el poema “Brecht”, donde en verdad Suardíaz toma partido por una poesía no-metafísica, propia de su sentido dialéctico vital. Otras veces la evocación culta se refiere a pintores, a sus obras y a sus propias vidas creativas, la mayor parte de las veces refiriéndose a artistas cubanos como Víctor Manuel, Carlos Enríquez, Diago, Lam...

Es curioso asimismo que desde este “culturalismo dialéctico”, por llamarlo al modo en que lo utiliza este poeta en su obra, se advierte un afán universalista, pero partiendo del suelo cubano, desde donde hace referencias a la geografía universal, ya sea el Hudson o una ciudad europea (Madrid, París, Praga, Brujas, Marsella...), o algún accidente geográfico como el río Po, entre otros. No puede acusarse a la poesía de Suardíaz de provincialista o de deslumbramiento provinciano ante la realidad del mundo desarrollado (pero ¿quién dijo que Rimbaud también era un “provinciano”?), debido a que estos elementos se hallan integrados a una poética de lo inmediato, aunque no renuncia a alusiones cultas (como ya vimos) a personalidades de la cultura universal o sitios célebres por su desarrollo cultural, e incluso a poetas, como cuando en la parte VIII de “Correspondencia acumulada” evoca a bardos bastante lejanos de su personal estética, si bien los

trata con devoción de lector: “Porque, tantos / tratados en torno a Hölderlin o Baudelaire, tantas devastadoras / interpretaciones, hacen de la poesía un misterio...”. En esa órbita en que todas las aguas (o todos los fuegos), mueven su molino lírico, Suardíaz se da el lujo de hasta ofrecer un texto metapoético tan peculiar como “Artesanía poética”, desde una frase de Paul Verlaine (Il pleure dans mon coeur / comme il pleut sur la ville), hasta una referencia a José Martí, me gustaría citarlo completo, pero advierto al lector que puede hallarlo fácilmente entre los mejores que escribió; véase su fragmento final:

*La poesía gana todas las batallas,
menos la última batalla.*

Conquista todos los cielos/menos el cielo.

Sirve para todo/no sirve para nada.

La poesía nada sabe de la vida/pero te hace vivir.

¿Sabe todo de la vida/pero no sabe vivir?

¿Tiene corazón de leona/manos de pájaro en la flor?

¿Rima con la soledad/se acopla con el sueño?

¿Con tu soledad/o con tu sueño?

*Sirve para ver lo porvenir-catástrofe, montaña,
amor inolvidable, zarpazos de la historia.*

*¿o [sic] nada más que sirve para que vierta el corazón su pena,
nada más que para que esta noche de lluvia
no te mueras?*

Como *Todo lo que tiene fin es breve* (1983), según versión de Bécquer pasada por Luis Suardíaz, este estudio o presentación de una muestra esencial de la obra lírica del poeta camagüeyano, llega a su fin. La *Biografía del tiempo*, ha sido una biografía del poeta en su tiempo. La selección de sus poemas es una trascendencia de ese tiempo suyo por la letra lírica, un más acá, cada vez más acá en el tiempo fluyente, en el dialéctico tiempo que Suardíaz tentó atrapar siquiera fuese en unas letras dialécticas, o sea, cambiantes a la vez que fijan la ocasión, el temblor de la voz, el rápido testimonio o la fluyente reflexión. Aquel poeta que comenzó a fines de los años cincuenta del siglo xx por hacerse preguntas de tono casi metafísico y hasta un poco onírico, propias de una juventud frente a una *Nada* social acentuada por la dictadura que padecía el país, fue pasando del entorno familiar al social, de la vida observadora (que no abandona) a la praxis, de cierto tono existencial al advenimiento dialéctico, con un alejamiento más radical que gradual de la metafísica o el onirismo líricos. El amor y la Revolución se convirtieron a la larga en sus dos referencias más constantes, en el afán de cambiar (transformar, revolucionar) la vida, a lo que la poesía debería contribuir. Su concepto de la poesía se inscribió en una poética colectiva, la del coloquialismo, al que aportó su singular mirada de la historia, hecha de un *hoy* constante que requiere ser testimoniado desde el ayer inmediato. Ese tratamiento temporal de raíz dialéctica no es ocultista, no es trascendentalista, no busca respuestas sobre transvidas, está carente de religiosidad

o de espiritualismo idealista, no se alimenta de esoterismos, no quiere arrimar su braza (fuego por medio) al irracionalismo, puesto que advierte en la transformación social continuada el destino del hombre sobre la tierra y es en ello donde se impuso hallar la poesía. Esa fe en la praxis social hace de la poesía de Luis Suardíaz un momento paradigmático de la lírica cubana que tiende a ser ancilar de los cambios sociales, de estar a su servicio. ¿Poesía de servicio? ¿Una poética del compromiso y la militancia? ¿Un fiel deseo de formar parte de una causa? ¿Un afán colectivista antes que expresión del ego y la reflexión alejada de la vida? Sí. Pero como todo poeta de vocación, ese *sí* no es tan sencillo. Un gigantesco PERO deja abierta la hoja inquisitiva ante cada poema. El poeta va más allá, sabe del carácter de “misterio” que tiene la expresión poética, sabe que lo que dice tiene connotaciones que a él mismo se le escapan. Luis Suardíaz no gastó su obra en un encasillamiento temporal y la depositó en el devenir de la poesía cubana. Mañana se advertirán nuevas resonancias en sus versos. Su legado no se cierra con un presente cada vez más convertido en ayer. Y esa es la razón última de su sentido dialéctico esencial: el ayer de su hoy vibra para mañana. El río heracliteano que fluye no deja ver sus mismas aguas dos veces, el fuego tampoco brilla dos veces con la misma llama. Con Antonio Machado, a quien tanto admiró, puede decir: “Hoy es siempre todavía”.



Almendra, las identidades culturales y el “choque de civilizaciones”*

Eliades Acosta Matos

Historiador, escritor y ensayista

En el año 2004 un musulmán marroquí asesinó, a plena luz del día y ante numerosos testigos, al cineasta holandés Teo Van Gogh. Con extraña saña, el homicida utilizó para consumar su crimen una pistola y un cuchillo. Tras degollar a su víctima, le rajó el vientre y depositó en la herida una carta febril, enloquecida, y amenazante en la que podía leerse: “Estoy seguro, Europa, que perecerás [...] Todos vosotros los infieles moriréis”.¹

Aparentemente, Teo Van Gogh recibió en su persona el castigo que estaba destinado a la civilización occidental por sus vicios y blasfemias. Se afirma que fue escogido como víctima tras haber rodado, junto a la sudanesa Hayaan Hirsi Ali, diputada y sistemática crítica del islam, un film documental titulado *Submission, part 1*, donde, entre otros medios artísticos para protestar contra la opresión femenina, se utilizaban imágenes de mujeres desnudas con versos del Corán tatuados en sus cuerpos, como a fuerza de latigazos. La intención de los realizadores, según la propia

Hirsi Ali, fue la de brindar una terapia de choque a la cultura “opresiva” del mundo islámico con el objetivo de que, tras la autocrítica esperada, se “asimilase” a ese paraíso de libertades y derechos que son, en su opinión, los países pertenecientes a las culturas judeo-cristianas.

En su artículo “De la necesidad del Islam de reflexionar sobre sí mismo”, afirmó:

Esta crítica debe venir del interior de personas que vean las manchas originales que marchitan su cultura, gente que haya recibido una enseñanza, que haya estado en contacto con no musulmanes. Que haya aspirado a la felicidad individual y sepa lo difícil que es seguir su sed interior de libertad siendo buenos musulmanes. Que viva en un país libre y, por tanto, no deba temer por su vida cuando exprese públicamente su opinión [...] Estas personas serán consideradas traidores en su propia tierra, o lo que es peor aún, apóstatas.²

*Conferencia dictada en marzo de 2006 durante la Feria Internacional del Libro de La Habana.

Es imposible negar que la situación de la mujer en el mundo musulmán es deplorable, y no porque lo denuncie Hirsi Ali, mientras posa para las revistas y periódicos occidentales como una vampiresa negra ataviada con trajes “étnicos”, probablemente diseñados por Benetton y confeccionados en Hong Kong. Es sospechoso que oculte que no es mucho mejor en el Occidente “culto y democrático” que ella recomienda como futuro a construir y como modelo universal a adoptar: cada año, una de cada cuatro mujeres en el mundo sufre de maltratos domésticos. Cada doce segundos una mujer es maltratada por su esposo, novio o amante. En los Estados Unidos esa cifra es cada nueve segundos. El 64% de todas las mujeres será maltratado alguna vez en la vida. El 60% de las mujeres golpeadas están embarazadas. El 40% de las mujeres víctimas de intento de homicidio conocen a su atacante. Por causa de la violencia mueren cada año más de sesenta millones de mujeres y niñas, más que el total de víctimas de la Segunda Guerra Mundial.³

Dos elementos llaman poderosamente la atención en la prédica tan políticamente correcta de Hirsi Ali, tanto como en la extraña muerte mediática de Teo Van Gogh, o en el ataque suicida contra el World Trade Center, tras asegurarse los supuestos atacantes de que las imágenes de su inmolación quedarían grabadas por decenas de cámaras de televisión: en primer lugar, el esfuerzo por impactar y cautivar, con palabras clave y contraposiciones maniqueas, el imaginario colectivo de Occidente, que es, a fin de cuentas, el único imaginario colectivo que interesa;

en segundo lugar, la idealización, y la exaltación de esa misma cultura occidental y de su modo de vida, a los cuales se representa asediados y atacados por otras culturas bárbaras y, en consecuencia, inferiores. Al fijar ambos mensajes, reforzados por la constante repetición de las imágenes que los ilustran, la justicia de la autodefensa salta a la vista, tanto como la necesidad de barrer con las fuentes originales, o sea, culturales, de semejantes peligros.

Al llegar a este punto del análisis, comienzan a delinearse los contornos de esta jugada geopolítica, antes que geocultural. Se explica así que estos temas, antes “invisibles” para una cultura occidental egolátrica y necesitada de emociones cada vez fuertes para salvarse a sí misma del tedio de la opulencia, hayan acabado por acaparar la atención de todos los medios, de todos los pensadores, de todos los exegetas, de todos los hagiógrafos, de todos los apólogos y de todas las audiencias occidentales, tras el 11 de septiembre de 2001. Una vez más, como en los tiempos de las Cruzadas, la palabra, las imágenes y los sueños de un Occidente abúlico son utilizados para excomulgar, deshumanizar y maldecir a los enemigos de la cultura y la fe cristianas, las únicas que deben considerarse válidas, universales y verdaderas, espolcando a los indiferentes para que se alisten, sin perder un minuto, bajo las gloriosas banderas de los ejércitos reunidos de la Cristiandad, en su incontenible avance para liberar de infieles el Santo Sepulcro.

Pero hoy la meta no es llegar ante las murallas de Jerusalén, ni fundar San Juan de Accra, ni tomar Damasco,

sino algo mucho más terrenal: liquidar todos los límites políticos, militares, económicos, religiosos y culturales que se opongan, obstaculicen o demoren la definitiva victoria del capitalismo global postmoderno, del mundo unipolar y de pensamiento y cultura únicos promovido por el movimiento neoconservador norteamericano, el cual ha llevado a George W. Bush al poder mediante un golpe de estado palaciego. Para ello es necesario acabar, mediante los métodos culturales, glamorosos, casi simpáticos y aparentemente justificados que propone la bella Hirsi Ali, o por los despiadados y brutales bombardeos, masacres y torturas que ordena Donald Rumsfeld, todo vestigio de resistencias y rebeldías, todo reducto de culturas y religiones alternativas, toda huella de pensamiento crítico y verdadera libertad intelectual, toda fisura por donde pueda colarse el peligroso virus de una cultura general integral para los hombres y mujeres del planeta, o dé acceso real a la información que la fundamenta. La meta, en fin, estaría en la disolución incondicional de pueblos, soberanías y culturas, y no en la mutua complementación, ni la convivencia respetuosa; en la asimilación, y no en el reforzamiento de las identidades; en la anulación, y no en el enriquecimiento ni el desarrollo.

Cuando entre fines de octubre y hasta mediados de noviembre de 2005 ocurrió la llamada Rebelión de los Barrios francesa,⁴ las cadenas de televisión occidentales se regodearon con las imágenes de miles de vehículos, escuelas, guarderías y gimnasios ardiendo. El mensaje era claro, el mismo que enviase al calificar de “basura”

a los habitantes de los ghettos de emigrantes tercermundistas el cuasi fascista Nicolás Sarkozy, ministro del Interior: los emigrantes no son asimilables para la civilización occidental, ni siquiera los de tercera o cuarta generación nacidos en suelo europeo. No vale la pena gastar fondos públicos para atenderlos mientras no se extirpe la raíz del mal, que radica en esa manía que tienen de preservar sus raíces culturales autóctonas, en ese extravío que es la multiculturalidad o la convivencia plural de culturas en un mismo país, como suelen predicar los liberales e izquierdistas. Para reforzar la impostergable necesidad de quebrar estas disidencias culturales, esta estéril resistencia doméstica a modelos civilizatorios universales, se apeló entonces al ejemplo de lo sucedido en Londres, apenas cuatro meses antes.

El jueves 7 de julio de 2005, temprano en la mañana, cuatro explosiones terroristas sacudieron varias estaciones del metro londinense, destrozando los vagones cargados de personas y un autobús que recorría las calles. Los atentados causaron cincuenta y seis muertos y más de 700 heridos, y según Scotland Yard fueron cometidos por cuatro atacantes suicidas, de entre diecinueve y treinta años, todos islamistas paquistaníes nacidos en Gran Bretaña, y que actuaron bajo las órdenes de Mohamed Sidhique Khan. Una nota de los suicidas, ampliamente difundida por la prensa, expresaba: “Los héroes Muyahidines han efectuado un ataque bendito por Dios en Londres. Y he aquí que la Gran Bretaña se consume de miedo y terror [...]”.⁵ No es difícil imaginar que la acción terrorista,

las circunstancias en que fue realizada, y la fallida educación occidental de sus perpetradores, todos nacidos y criados lejos de su cultura y religión originales, sirvieron para reforzar la campaña a favor de la intolerancia y por la asimilación cultural obligatoria. No se limitó a la propaganda burda y machacona, sino que se lanzó a difundir teorías aparentemente científicas “explicativas” de la resistencia cultural, del fenómeno de la impermeabilidad de los militantes islamistas a la cultura occidental que los rodeaba. Y aquí, una vez más, se apelaba al enfoque que fundamentaría la obligatoriedad de la liquidación de toda cultura ajena a Occidente. Andrés Montero Gómez, presidente de la Sociedad Española de Psicología de la Violencia, en su “Ensayo sobre la mente de un terrorista” parece dirigirse hacia esta dirección, cuando afirma:

Una de las características distintivas de los modelos mentales que engranan la realidad paralela del terrorismo, haciendo muy complicada la modificación de la conducta que generan, es su resistencia al cambio [...] Una vez estructurados, el terrorista se expondrá únicamente a información confirmatoria, evitando a toda costa escenarios divergentes [...] La realidad exterior se desdibujará en la mente del perceptor por implantación de una realidad paralela que funcionará como imagen distorsionada de un entorno social manipulado e ignorado [...] No es incidental que la violencia del terrorismo se sustente en densos edificios dogmáticos, enquistados y alógicos, [...] [en

ideologías interiorizadas a modo de referente moral que guía la conducta del asesino politizado que es el terrorista [...].⁶

La publicación el 30 de septiembre en el diario *Jyllands Post*, de Dinamarca, y la posterior reedición en numerosos diarios occidentales, de doce viñetas caricaturizando al profeta Mahoma, volvió a ponerse sobre el tapete el problema de la “resistencia al cambio” con el que Occidente intenta descalificar a las culturas no occidentales. Aparentemente, se trataba de la toma de posición de Flemming Rose, el jefe de la página cultural, ante lo que denominó “[...] casos de autocensura en Europa, provocados por crecientes temores y la sensación de intimidación a la hora de abordar cuestiones relacionadas con el Islam”.⁷ Pero el análisis, a la luz de los antecedentes reseñados, señala que estamos ante la continuación de un bien pensado programa encaminado a contraponer a los países islámicos y no islámicos en el tema de la cultura y la libertad de expresión, pero bajo las reglas de antemano dictaminadas por Occidente. Y por si fuera poco, como claramente señalase el propio Flemming, “[...] esta es una cuestión que nosotros, los europeos, debemos afrontar, desafiando a los musulmanes moderados a que hablen claro”,⁸ o sea, que defiendan las posiciones occidentales en contraposición a las de los demás musulmanes.

La bella historia romántica contada por Flemming para justificar la provocación del *Jyllands-Posten* se agota en su propio texto. Resulta que ese diario, autoproclamado ejemplarmente tolerante, “[...] ha rechazado publicar

viñetas satíricas sobre Jesús [...]”,⁹ y que este conmovedor demócrata se siente ofendido cuando se publican “[...] transcripciones de los discursos de Osama Bin Laden”, o “fotos de Abu Ghraib”. Para terminar, de manera elocuente, Flemming resume: “[...] en palabras de Ayaan Hirsi Ali, la integración de los musulmanes en las sociedades europeas se ha acelerado 300 años debido a las viñetas”.¹⁰

Pero resulta que no estamos en presencia de ningún programa de dominación cultural original, de nada que ya no haya sido “fundamentado” por un pensador como Samuel P. Huntington en su obra *El choque de las civilizaciones y la reconstrucción del orden mundial*, originalmente publicada en 1996. En aquella obra, encargo, sin duda, del mismo movimiento neoconservador norteamericano que debutaría un año después con el manifiesto de contrarrevolución mundial que se conocería como Proyecto para el Nuevo Siglo Americano, Huntington proclamaba: “El concepto de civilización universal se debe, como producto distintivo, a la civilización occidental [...] A finales del siglo xx este concepto ayuda a justificar el dominio cultural de Occidente sobre las demás sociedades, y la necesidad de que estas últimas adopten las prácticas y las instituciones occidentales”.¹¹

Por supuesto que donde Huntington habla de civilización occidental quiere decir “capitalismo”, y no lo dice explícitamente, con toda alevosía. El ideal cultural al que todas las sociedades humanas deberán aspirar consta, en su opinión, de los siguientes rasgos:

- Compartir una herencia clásica.

- Hacer que predominen en ellos el catolicismo y el protestantismo.

- Compartir lenguas europeas.

- Separar los poderes temporales de los religiosos.

- Respetar la centralidad de la ley.

- Mantener un pluralismo social.

- Poseer cuerpos representativos.

- Dominio del individualismo.

Como cualquier vulgar viajante de comercio interesado en colocar su mercancía, Huntington escribió: “Occidente es la única civilización sustancialmente interesada en las demás civilizaciones y regiones del mundo, y que tiene la habilidad de influir sobre la economía, la política, y la seguridad de todas las otras civilizaciones y regiones. Las demás sociedades necesitan de Occidente para lograr sus objetivos y proteger sus intereses”.¹²

Para terminar con la apología del capitalismo occidental, y facilitar su expansión y dominio a costa de las demás civilizaciones, como buen neoconservador que es, Huntington no pudo eludir abordar, al final de su libro, el ajuste de cuentas con las concepciones multiculturales dentro de los propios Estados Unidos, un intento académico progresista por democratizar las relaciones culturales y sociales dentro del país: “Es imposible hacer de los Estados Unidos una sociedad multicultural, porque unos Estados Unidos no occidentales no serían los Estados Unidos [...] La preservación de los Estados Unidos y Occidente exige una renovación de la identidad [cultural] occidental. La seguridad del mundo exige la aceptación de una multiculturalidad global”.¹³

Llegamos de esta manera al concepto básico que los neoconservadores proponen como panacea universal, y

antídoto para que la humanidad eluda el peligro de las guerras y el ascenso de la barbarie que, como es de esperar, según esta concepción y práctica política, proviene siempre de las sociedades no occidentales y, en primer lugar, de las sociedades islámicas. La llamada “multiculturalidad global” es el caballo de Troya que esconde en su interior la imposición de la cultura occidental al resto de las sociedades del mundo, la negación de la diversidad cultural, la manera más barata, segura y cómoda de conquistar todas las regiones del planeta sin sufrir molestas bajas en soldados, ni causar peligrosos déficits al presupuesto del imperialismo postmoderno, conquistando para ello, primero, el alma, los sueños y la creación de los pueblos.

Con inmensa hipocresía, el 16 de marzo, George W. Bush proclamaba en la introducción a la “Estrategia de Seguridad Nacional de los Estados Unidos”, correspondiente al 2006: “Al igual que las políticas implementadas por Harry Truman y Ronald Reagan, nuestro enfoque [hacia los problemas del mundo] es idealista, en los objetivos a alcanzar, y realista, en cuanto a los medios para lograrlos”.¹⁴

Medios y fines imperiales se conjugan hoy para intentar quebrar la resistencia de las demás culturas ante la ola polar hegemónica que invade al mundo disfrazada de globalización neoliberal, diplomacia pública, transición, u occidentalización de las culturas humanas. En consecuencia, toda expresión artística o cultural, todo mestizaje multicultural, toda creación de la espiritualidad profunda de los pueblos, entre la que se incluye, por derecho propio,

sus formas de baile, constituyen expresiones de resistencia cultural, obstáculos para los planes de dominación del movimiento neoconservador norteamericano.

La anterior podría parecer una exageración, si se toma de manera aislada. Pero si se pone en perspectiva con respecto a los antecedentes abordados, se comprenderá su justeza. No tengo dudas: también el danzón, nuestro baile nacional, el mismo que cuenta hoy con 157 clubes y más de cincuenta mil miembros en todo el país, forma parte, a conciencia o no, de esta estrategia de resistencia cultural mundial, por la diversidad y el pluralismo que los pueblos, con su ancestral sabiduría, han sabido siempre oponer a los explotadores, los colonialistas y los invasores; la misma que bajo formas aparentemente festivas y despreocupadas reivindican la filosofía esencial de vivir y se oponen a las culturas dominantes.

No es casual que un excelente artículo sobre la supuesta muerte del danzón, aparecido en la revista *Música cubana*, número uno del 2005, debido a la pluma de Carlos Tamayo termine recordando el carril dos de la Ley Torricelli, como intento por lograr “la transculturación paulatina del pueblo cubano”, para concluir citando a Ambrosio Fornet: “En Cuba, desde Saco hasta nuestros días, toda reflexión sobre la identidad ha de entenderse en el marco más amplio de las relaciones con los Estados Unidos, pues ser cubano es, entre otras cosas, la forma más radical de no ser norteamericano que se halla por estas tierras”.¹⁵

Conozco la ejemplar tenacidad con que se conservan las tradiciones

danzoneras en Cuba, México y muchos otros países del mundo. He visto bailar a muchas parejas en Veracruz con la orquesta Rítmicos de Palma, y a la pareja cubana de Juli y Silvio Stevens con la orquesta de Aserina en el D.F., levantar aplausos admirados entre el público danzonero que colmaba el teatro “Blanquita”. No puedo dejar de constatar, en consecuencia, que también de estas maneras, aparentemente inconexas e intrascendentes, a través de estos movimientos lánguidos y sensuales, se manifiesta la resistencia humana contra los intentos de aplanar las culturas, de estandarizarlas y domesticarlas para “occidentalizarlas”.

La guerra de resistencia cultural de los pueblos será prolongada y ha escogido como campo de batalla el de las identidades. En ella no hay enemigo pequeño, ni escaramuza intrascendente, daño colateral, ni fuego amigo. Es tanto lo que está en juego que no hay espacio para la derrota ni las claudicaciones.

¿Por qué no reconocerlo? *Almendra* puede y debe ser uno de nuestros himnos victoriosos de combate. No hace falta que todos lo bailen, ni lo disfruten: basta con que no muera. O mejor dicho, que no lo dejemos morir, pues seríamos entonces menos cubanos, menos cultos, menos libres, más vulnerables.

Muchas gracias.

Notas

¹ ¿Por qué asesinaron a Teo Van Gogh? *Debats* (6):44; invierno de 2005.

² Ayaan Hirsi Ali. De la necesidad del Islam de reflexionar sobre él mismo. *Ibíd.*, p. 55.

³ Muñoz, Ana. La mujer en el mundo. *Granma* (La Habana) 7 mar. 2006.

Publicado originalmente en *Rebelión*.

⁴ Barrelli, Laurent. Estallido en los suburbios franceses. *Le Monde Diplomatique* (París) (41); dic. 2005.

⁵ Ver en: www.deugarte.com/london7-7

⁶ Montero Gómez, Andrés. Ensayo sobre la mente de un terrorista. *Op. cit.* (1). pp. 70-71.

⁷ Flemming Rose. La sociedad abierta y sus enemigos. ¿Por qué publiqué las viñetas de Mahoma? *Libertad Digital* 22 febr. 2006.

⁸ *Ídem.*

⁹ *Ídem.*

¹⁰ *Ídem.*

¹¹ Huntington, Samuel P. *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*. New York: Touchstone, 1997. p. 66.

¹² *Ibíd.*, p. 81.

¹³ *Ibíd.*, p. 318.

¹⁴ *The National Security Strategy of the United States of America*, marzo de 2006.

¹⁵ Tamayo Rodríguez, Carlos. Otra vez sobre ¿la muerte del danzón? *Música Cubana* (La Habana) (1):42; 2005.

Cristóbal Colón: su vida en el tiempo*

Julio Le Riverend

Historiador y ensayista

Cristóbal Colón no ha sido el único personaje de trascendencia histórica que haya suscitado ardorosas polémicas acerca de su vida, su pensamiento, sus rasgos síquicos; su obra total. Bastaría evocar las sombras espesas que rodean la figura de William Shakespeare para comprender lo dicho. Sin embargo, cada cual con su legado está ahí, prendido, envuelto por siempre en los fastos memorables de la humanidad. Hasta hoy, las investigaciones, las reflexiones y las hipótesis más en el caso del genio británico, han dado imágenes aceptadas sólo como insuficientes y, en muchos aspectos, rechazadas por no ser plausibles. Mucho han de pesar, tanto en las biografías como en las tesis e hipótesis, las fabulaciones o las perplejidades de sus coetáneos y de los que intentaron a lo largo de siglos, darlos a conocer.

Es indudable que hay una visión popular de Cristóbal Colón, palabra que no uso en sentido peyorativo, mas la comprensión científica de él, no exenta de íntimas relaciones con aquella, consti-

tuye un rompecabezas al parecer insoluble. Sería un buen objetivo de trabajo determinar cómo se forman esas versiones que vienen forjándose hace cinco siglos. No se me oculta que la empresa es ardua, aunque sólo fuera y no es poco, claro está porque cada época del desarrollo social, científico y cultural ideológico de la modernidad hayan aportado al fenómeno sus propias o peculiares luces, las mismas que hoy aparecen entremezcladas en una confundiente masa de errores, aciertos, dudas y parcialidades. Sería compleja, además, pues se requeriría penetrar en la naturaleza y el carácter social de los testimoniantes, desde el siglo xv a nuestros días. Hace dos o tres años en otras páginas sobre el tema glosé el hecho de que no se celebraron festejos ni honras a Colón y su hazaña desde 1592 a 1892. Hallé entonces que la explicación requería un esfuerzo



* El autor falleció en 1993 y el presente texto pertenece a una ponencia expuesta en el Taller Nacional V Centenario en el Instituto de Historia de Cuba, en octubre de 1989.

más allá de unas pocas lecturas, si se miden por el caudaloso fluir de juicios y reflexiones elaborados durante cinco centurias.

1) De inmediato se observan elementos de su biografía oscuros o de laboriosa dilucidación que se originan en él mismo, entre otras razones objetivas si nos atenemos a lo probado porque transita de su origen común a una notoriedad y promoción social e histórica excepcionales; otras provienen de las diferentes banderías de intereses en su tiempo y después de 1506; algunos reflejan las consecuencias de su proeza marinera sobre su biografía; no pocos reproducen con diferentes significados, juicios y prejuicios de larga duración o heredan sin inventario analítico lo afirmado en esos quinientos años.

La vida de Colón ha sido conformada sobre la existencia de “secretos” o de “misterios” que, al alejarlo del contexto histórico donde actuó, crecen lejos de disminuir. No nos hemos afanado en considerar el *valor real* de esos secretos, en cuanto reafirman o borran o son indiferentes a la plena legitimidad de su categoría histórica. Todos los personajes hiperpersonalizados, aunque se conozcan más y mejor, encierran numerosos secretos o vacíos, para el caso son la misma carencia que el transcurso de los años y la falta de documentos adecuados les dan una importancia que quizás no tengan, a pesar de que puedan ser útiles para el crecimiento de la capacidad imaginadora o intuitiva del historiador y de sus lectores. La ocasión de hablar ante colegas de experiencia y con ejercicio de la razón histórica, además de un cierto auto respeto, no me veda presentar un reparo.

Pregunto, ¿será cierto que los historiadores necesitamos un registro y comprobación total de testimonios acerca de las personalidades que estudiamos o de documentos sobre ellos? ¿Es que no pueden admitirse vacíos en nuestros relatos? Negarlo equivaldría a condenar a muerte nuestro quehacer. Existen esos espacios y tiempos sin aparente contenido en nuestra propia, real existencia. Pretender que por estas razones nos conformemos dejando lo desconocido tal cual o, por igual, que no ejerzamos el poder evocador para conocerlo, ni, menos aún, transformarlos en una especie de separación del hombre de su tiempo general o social, sería igualmente negativo.

Ya sabemos que los historiadores, sean biógrafos o de otra esfera, tienen encima la enorme carga de colmar vacíos; es su deber. Mas, si se trata de sus resultados analíticos sobre el suceder factual, concreto, tendrá que darse por descontado que no pueden ser, sin más, seguros o admisibles y, desde luego, serán precederos como conocimiento. Si las faltas de información son complementadas o referidas a la época correspondiente, a modo de reflexión y explicación y no de sustitución del dato ausente, entonces se pudieran esperar mejores frutos; en este supuesto daríamos valor instrumental a la visión comparativa y esquivaríamos la imagen hipotética de lo que pudo ser.

Todo esto viene aquí, porque se manifiesta con suma frecuencia cuando de Colón se trata. Hay vacíos, cierto es; sobre estos hay hipótesis en abundancia, así mismo escasean las referencias a su tiempo y, en ocasiones, sobre la imaginación acerca de secretos o vacíos

intrascendentes y desde tal punto de mira puede prescindirse de ellos. Estas observaciones se deducen de las diversas corrientes polémicas relativas a Colón, cuya biografía está de hecho anegada en secretos. Del otro lado, su vida no es sólo suya, personal, sino que está íntimamente sumida en un tiempo histórico y las vigorosas fuerzas coetáneas, hacedoras de historia, que tienen un sentido actual ineludible.

2) Lo que constituyó la razón de su permanencia histórica –el viaje transoceánico– pudo llevarlo a pasar por alto cuanto se refería a cuestiones ajenas al proyecto. Por otro lado, que falten documentos relativos a episodios e incidentes propios de una vida azarosa o insegura no es de extrañar, dadas las vicisitudes de los repositorios inorgánicamente acumulativas durante siglos y los movimientos propios de un comerciante o agente comercial marino, entre los cuales hubo pocos espacios de reposada existencia, si las hubo. Ni su origen en capas urbanas no superiores, ni el hábito o la necesidad de guardar papeles eran cosa general o muy frecuente en su época salvo entre eruditos y hombres de letras, pudieran explicarnos la ausencia de documentos. Aparte, vale comentarlo, que si esa fuese la explicación de sus secretos, ¿cómo se podría enjuiciar el éxito de sus aspiraciones? O los secretos no eran tales en su tiempo o no fueron considerados importantes o, finalmente, habría que mostrar las razones de su valimiento ante los Reyes Católicos. Quiere esto decir mucho y, en particular, que los secretos nacen de las perspectivas históricas. Uno solo parece salir de él: la fundamentación

convinciente de su tesis no la dejó taxativamente dicha o, a lo menos, sólo expresó argumentos generales, no tan desconocidos por los demás personajes y autoridades con los cuales tuvo necesidad de argumentar a favor de sus concepciones cosmográficas.

3) Nunca fue misterio su nacimiento y *nacionalidad*, por eso fueron los archivos genoveses los que revelaron documentos indubitables. Basar su origen en similitudes de un grupo de nombres de familia Colón, Coloma, Columbo, Coullon o, si se quiere Scolmus es un ingenioso juego formal. De ahí la caída vertical de todos los trabajos que parten de ese punto. Al parecer, hallado un nombre como el suyo, la tesis se construía, a menos que se falsificaran papeles o se leyeran documentos con prejuicio como el caso del Colón gallego o catalán. Todo ello –Colón corso, francés, portugués griego– se lanzó a las prensas a despecho de que él no negó su condición de genovés.

Sabemos que en ciertas ocasiones un indicio pueda dar comienzo a una tesis o una hipótesis eficaces, mas, por ejemplo, el cabello rojo y sus relaciones con gente de origen judío, proveedores de fondos asociados en negocios no son argumentos valederos. En la población de la ribera europea del Mediterráneo hubo desde cuantiosos siglos atrás una mezcla étnica muy difundida, pero esto sería un argumento genérico sin más apoyo que algunos elementos similares. ¿Tendría mucho valor para los Reyes Católicos y otras autoridades de España que él fuera judío converso? ¿No los había en todas las capas superiores y disfrutaban de altas jerarquías? Se les medía, si acaso,

por lo que podían aportar con su riqueza, su inteligencia o su sabiduría. Se dijo, a la sazón, de los Enríquez, una de las familias troncales de Isabel.

4) La fecha de su matrimonio con la Felipa Monis (o Muñiz) de Perestrelo, no se conoce; tampoco el lugar en que verificó el enlace. Este desconocimiento, como tal, puede preocupar a los más avezados y empeñosos eruditos, pero ¿tiene importancia comprobada para el éxito, fin mayor de su proyecto? Casándose, sea antes de 1478 o este año, o el siguiente, lo decisivo fue el hecho que llegado a Portugal en 1476 tuvo la fortuna o la habilidad de hallarse en el seno de una familia bien relacionada, de cierta categoría nobiliaria, con antepasados italianos. Eso es lo que pudiera tener importancia, pues debió abrirle puertas, “portuguesarlo” diríamos, quizás las del rey Juan II a quien presentó su plan en 1484. Ya veremos que si se le facilitaron relaciones, no fueron de más fuerza que la estrategia político mercantil trazada por el príncipe Enrique el Navegante y seguida por el rey mencionado, que desechó el intento.

5) ¿Debe ser considerado como secreto su peregrinación detrás de los Reyes Católicos durante siete años? Sería lo contrario. El punto a debatir habría de ser el porqué esos monarcas le dieron ciertas ayudas para subsistir, pues, no siendo de su séquito, si bien esas entregas le daban cierto carácter cortesano, sería porque no lo consideraban sólo como un impertinente o ambiguo solicitador. Seguramente, mientras los dineros llegaban, vivía de contraer deudas o de la protección de algún personaje. Que el fraile Juan de Marchena, desde el monasterio de La

Rábida lo recomendó ante la corona, bien está; explicaría mucho de esa situación, mientras los reyes finalizaban la Reconquista, o sea hasta 1492. ¿Sería que Colón los consideraba como los únicos en condiciones de aceptar sus ideas, a la luz de los tradicionales celos y recelos contra Portugal? Lo cierto es que su propuesta fue rechazada, se dice que por sus excesivas demandas de participación en los beneficios sociales y económicos de la empresa. Sus pretensiones fueron ciertas, pero la decisión no versaría sobre ellas. Una vez fracasado, volvió a La Rábida para recoger a su hijo Diego, que había confiado a los franciscanos, para luego emprender viaje a otros países. Otro fraile, Juan Pérez, otrora confesor de la reina Isabel, gestionó que se le escuchara de nuevo y esta vez todo anduvo en volandas. Poco después se preparaba su primer viaje trasatlántico.

Tanto aquellos siete años como el rechazo y la súbita aceptación integran un misterio. Según Taviani el único secreto verdadero de Colón fue el ocultamiento de las razones científicas y de otra índole acerca de sus pruebas que guardó celosamente. Se dice que Colón sí se las explicó en el secreto de la confesión a esos frailes, convencidos. Aquí surge otra duda. Quien fuera confesor de la reina, por su doble obediencia a la Iglesia y a la soberana, ¿se atrevería a ocultarle esa información? Quien, como confesor pudo penetrar hondo en la vida espiritual, moral y política de Isabel, ¿podría resistir a decir lo esencial, lo decisivo, confesado por Colón? La presteza en aprobarlo todo, hasta sus exigencias parece abundar en la respuesta afirmativa

a esta reconsideración de la propuesta de Colón. Como tampoco hubo afirmación o insinuación por parte de la reina, todo puede quedar en el secreto más impenetrable. Hay que resignarse a no especular demasiado acerca de ello.

6) ¿En qué consistiría el secreto de Colón? Se han propuesto salidas hipotéticas a la cuestión. Alonso Sánchez marino de Huelva, naufragó cerca de las costas de Portugal y a él y sus pocos compañeros los atendió —se dice—, Colón. Antes de morir, al igual que había ocurrido a los otros, Sánchez le informó a Colón de un viaje al occidente del Océano y de las tierras que habían hallado. La explicación es muy compleja y posee una pertinente y oportuna muerte de los testigos. Así comenzaron en el siglo XVI los predescubrimientos, uno de los cuales se atribuye al propio Colón y también es racional, pues se dio hasta la falta de testigos por la muerte de todos sus compañeros. Incluso se trae a colación una frase de Las Casas para quien el genovés hablaba del occidente atlántico como si allí hubiera estado, lo cual permitiría fundamentar también como noticia verídica un viaje propio o también una reafirmación de la imaginación entusiasta de Colón. O, incluso una aceptación de tradiciones y leyendas marineras reforzadas por lo que pudo oír en Islandia (la última Thule). Esto pudo ser y, de hecho, es muy posible que Colón lo aprovechara de algún modo. Después de hallada la América, no fueron pocos los viajes o intentos de cruzar el océano, anteriores a 1492. Y se dijo de los portugueses, de navegantes nórdicos, de ingleses (John Hay, 1480). Así fue-

ran ciertas, nada evidente quedó en la razón de todas esas afirmaciones.

7) Se ha debatido con insistencia acerca de la sapiencia o ignorancia científica de Colón. Este aspecto no podría ser calificado como secreto, aunque revela elementos importantes de su biografía, especialmente sobre la formación de su proyecto. Veamos algunas de las cuestiones que han sido objeto de principal atención:

a) Colón en tanto que genovés aprendió lo necesario para servir de agente comercial. A su nivel de niño o de joven así como a su inserción social, no pudo ir más allá. No realizó estudios en la Universidad de Pavía, afirma Taviani, frente a lo dicho por su hijo Hernando. No obstante, el tráfico marítimo de su patria y la atracción de las riquezas mercantiles influyeron en su formación y dedicación al mar y al comercio.

b) Desde su juventud viajó como dependiente de notorios comerciantes conociendo el Levante mediterráneo. Sirviera o no, practicará oficios marinos y esta etapa, que se extiende desde 1471 (?) hasta 1492, pudo haberle dado elementos indispensables para mejores emprendimientos.

c) Quizás de ahí parte su poder de observación de los vientos y su dirección y de los mares en calma o en borrasca. Esto es algo que se destaca en él, sobre todo después de su arribo a Portugal, donde pudo realizar travesías oceánicas (hacia las Madeiras y Azores) aunque al parecer no estuvo en las Canarias; sin embargo, aunque fuera en las aguas cercanas a ellas o en recaladas ocasionales, pudo haber conocido esa región marítima.

d) Viajó a Inglaterra y a Islandia, lo que requería grandes singladuras oceánicas, con conocimiento o aprendizaje de los vientos e intuición del movimiento direccional de las aguas (corrientes).

e) Antes de 1484, fecha de su propuesta al rey Juan II, trazó cartas de mareas destinadas a los pilotos, y con estas acrecentaría sus conocimientos prácticos.

f) Como hombre de mar y de comercio situado en Lisboa, tendría ocasión de oír opiniones y juicios acerca de las “tesis” cosmográficas de Toscanelli. Que tuviera relaciones de correspondencia con este es un detalle sujeto a mucha controversia. A la par, conoció, como otros muchos las tradiciones, fábulas y leyendas acerca del océano (mares de fuego, tierras inhabitables, islas del Atlántico y otras), muchas de las cuales caían en descrédito a medida que los navegantes portugueses demostraban su falsedad.

g) La redondez de la tierra era cosa difundida entre los sabios de la época, y en su codeo con gente de Portugal sabedora lo admitió Colón. De la esfericidad se deducía la existencia de antípodas, o sea, de tierras o mares del lado opuesto a Europa. Sólo partiendo de esa afirmación podía elaborarse un plan de navegación oceánica, así como era posible la circunnavegación terrestre.

h) Casi todos los biógrafos y otros historiadores de más crédito han observado que sus lecturas (anotadas al margen) fueron posteriores a su entrevista con Juan II, o sea, que su concepción primera del proyecto era en lo general *práctica* e, incluso, después,

ya que los libros y opiniones científicas de la época por él consultados eran pocos y, posiblemente, fueron leídos a la ligera, durante su peregrinación cortesana en España. Queda por descontado que la práctica puede generar un cierto grado de ciencia o de teorización.

A estas consideraciones podría reducirse todo lo relativo a la sabiduría de Colón. No es mucho, pero tampoco en su época había más. Lo que puede haber ocurrido es que él no sabía cómo argumentar al modo de la ciencia contemporánea por la carencia de conocimientos culturales más extensos. Queda como cosa adquirida hasta hoy que existía un cierto vacío entre su práctica y su ciencia.

8) También queda en la tembladera historiográfica su característica psicológica. Ahí se pasa, casi sin solución de continuidad, de los biógrafos que han querido canonizarlo (Roselly de Sorges) a quienes sólo subrayan su devoción, hasta los que lo consideran judío converso, en consecuencia de dubitable fe cristiana. Había que tener poder dinerario o político para que el cristiano nuevo no cayera en sospecha o en franca atribución de oportunismo (de cripto judío o de cripto musulmán). Empero no es por la vía de una apreciación lineal, como sus palabras devotas o su ambición y búsqueda de oro, que pueda juzgársele.

Otros le atribuyen un *carisma* –palabra de moda, aquí, en Cuba– que el cristianismo llenó de contenido providencial (la gracia de Dios). Es decir se refieren a su atracción personal, su simpatía, su poder de convencimiento, su obsesiva posesión de las ideas o imaginaciones propias, su capacidad

de maniobrar entre los demás y cuantas más dotes pueda poseer un hombre *excepcional*, uno que no ha de ser prototipo porque sea imposible que se reproduzca. Se sabe que fue enérgico o soberbio hasta la crueldad, sobre todo cuando ya estaba respaldado por los reyes y por la repercusión de su hazaña. No se observan esas cualidades como algo natural en la individualización del ser humano o en el medio que lo forma y orienta. Aparecen como virtudes o vicios “caídos del cielo”. Claro está que cuando un buen número de esos giros caracterológicos se aúnan en la vida de un personaje como Colón siempre se caen en la tentación de lo sobrenatural; quizás lo fuera, pero sólo se revela en la acción o la práctica que vendría a ser, a mi juicio, el carácter central. La capacidad o la decisión de actuar sería complementada instrumentalmente por lo demás.

Y ¿qué decir de sus referencias afirmativas de la riqueza de la isla Española en su primera carta? Todo es *maravilla* y, en medio de observaciones realistas objetivas sobre los indios, retorna siempre al oro, a las especierías orientales o asiáticas. Aquí se transforma en publicitario de su hallazgo, porque ha logrado el éxito ansiado *por sí y para sí* y los reyes. Es un hombre práctico que pone las bases de lo que él considera el fundamento o razón de su promoción económica y social, desde su primera carta a Luis de Santángel (febrero de 1493); era la única forma de difundir —ello se prueba por la difusión inmediata de la carta— las excelencias de las tierras “orientales”, en cuyos beneficios pensaba antes de partir. Y como los marineros —dice él que a pe-

sar de su prohibición— cambiaron pedazos de “vidrio rotos” por granos de oro, nadie se le opondría. Como se puede apreciar por estas observaciones, más de sentido común que de sabiduría y técnica psicológica, los análisis y reflexiones caracterológicos quedan reducidos a otras tantas hipótesis, después de comprobado su éxito.

Aceptemos, claro está, que mostró ser un buen observador, por ejemplo, ante los taínos antillanos o el movimiento de las nubes o los objetos que encontró en su camino. Pero hay que decir que no le faltaban los Pinzón y buenos pilotos como Juan de la Cosa y Peralonso Niño. ¿Quién se lanzaría a afirmar que todo el éxito de una empresa tal es resultado exclusivo de un personaje y sus cualidades? Sus compañeros de empresa no eran, por cierto, marineros bisoños.

9) Nos quedaría caracterizar su época, situándolo en ella. Aspecto que debe resumirse por razón de su riqueza de comentarios e incitaciones a reflexionar, pues se trata de una fase importante en la transición del feudalismo al capitalismo, o sea, de una sociedad que reduce al individuo (o trata de limitarlo) a una vida gregaria rebañega; dependiente de un manejo de relaciones sociales cristalizadas, a otra que pone en el primer plano de la acción histórica al individuo creador, sólo sometido progresivamente a la razón natural. Es la modernidad en cierne identificada por el Renacimiento, palabra plurivalente porque del rescate de la cultura “clásica” se deducen las culturas nuevas (nacionales) y la formación de caracteres que chocan con tradiciones bien enraizadas, pero sacudidas por necesidades no perceptibles en los siglos precedentes.

Esos elementos de época deben resumirse en unos pocos trazos agrupándolos de modo que sirvan de fundamentos a la reflexión sobre la biografía de Colón. Debo advertir que se hallan más o menos dispersos o mezclados con los episodios que la integran; sin embargo, hay que tratar de producir una cierta separación entre estos y los caracteres de la época, señalando sus nexos solamente en aquellos aspectos colombinos que puedan conceptuarse como esenciales para una aceptable concepción histórica del personaje:

I) Se trata de una transición social profunda. Del aislamiento y el particularismo feudales a la conexión y la interdependencia de los países europeos occidentales y, eventualmente, del este europeo y de Asia. La formación y crecimiento de mercados urbanos –exportadores e importadores– donde la producción artesanal y el comercio producen riquezas tangibles –monetarias– que necesitan la búsqueda de más mercados y productos. Aparecía con pujanza notoria, el capitalismo mercantil.

II) El transporte marítimo favorecido por las condiciones maríneas de las carabelas, puede sustituir con ventaja al terrestre, más riesgoso por la inseguridad y los múltiples gravámenes que le imponen las estructuras feudales. Cuando el Mediterráneo comienza a perder su primacía, pues crecen los mercados de la costa norte de Europa occidental, las expediciones más lejanas requieren adentrarse en el océano. Por eso desde mediados del siglo xv y aun más tarde hacia 1500-1510, los mares y las costas desde las islas británicas y la península ibérica hasta las costas oc-

cidentales de África y las islas atlánticas cercanas (Madeira, Azores y Canarias) registran la presencia de naves españolas, portuguesas, inglesas, francesas, genovesas, venecianas, alemanas, napolitanas.

III) Las rutas mercantiles se extienden al océano, que se transformaba en un atractivo principal para comerciantes, armadores, marinos. Se estaba creando un gran centro de exploración y apertura de mercados en Lisboa, desde el cual se plantea y realiza la navegación con África. Recordemos, al paso, que se construye una factoría en Mina (del Oro). Cuando Colón llega naufrago y desconocido a ese centro (1476), se inserta en proyectos de futuro y adquiere más habilidad comercial y náutica: era, para él y muchos más el torrente arrastrador. De ahí que hablemos de una práctica –sin teoría– decisiva para sus afanes.

IV) Este conjunto forma parte, o incluye, al Renacimiento del cual se derivan consecuencias profundas. El pensamiento europeo, si se quiere urbano, se manifiesta como natural e individual, crítico, que va poniendo en tela de juicio autoridades acatadas por ser ellas y no por lo que decían desde siglos atrás; no se salvó la propia Biblia, cuyos esquemas geográficos e históricos según sus comentaristas *oficiales*, digamos, sufrieron también las consecuencias de ese asalto generalizado a las tradiciones y como autoridad. Los progresivos descubrimientos costeros de África permitieron igualmente, no sin resistencia vencida por la enfática energía de Enrique el Navegante en 1443, variar la ruta costera, entrando en el Mar Tenebroso e hirviente

de las leyendas, para acercarse más al sur del cabo Bojador al África Ecuatorial habitada. No es difícil concebir que cuando Colón llegó a Lisboa, las fábulas impeditivas acerca del océano habían pasado por un descalabro en el pensamiento de los hombres de empresa comercial o de navegación. Más bien comenzaba a situarse en primer plano la búsqueda de un camino marítimo al Asia.

V) Al Asia, ¿por qué? Durante siglos hubo relaciones por rutas terrestres que progresivamente parecían más lentas, aunque los intermediarios árabes y turcos usasen las aguas del Océano Índico, y más costosas porque los países interpositos exigían más beneficios o, simplemente, demandaban metales preciosos, enrareciendo la circulación monetaria europea que por cierto al crecer exigía más. No es por azar que la letra de cambio fuese una creación europea cada vez más importante desde el siglo XIV. Suplía la moneda o el lingote metálico sujeto a los azares de un camino donde abundaban los bandidos feudales de toda clase. De mano en mano, la letra era un documento circulante o de compensación de deudas a larga distancia. Había “hambre de oro”: comerciantes, marineros, príncipes y señores feudales monetarizados reclamaban con violento afán el precioso metal.

Aquí hallamos dos cuestiones que atañen directamente a Colón. La primera es que la consigna generalizada progresivamente de llegar directamente a los mercados de Asia estaba estrechamente vinculada a la pervivencia del capitalismo naciente. Colón lo entendió. La segunda es que este pasó a formar parte de los buscadores de oro,

lo que algunos, quizás por exceso de personalización, atribuyen a su ambición o su avaricia. Solamente en cuanto el capitalismo mercantil *especializa* a los hombres —y no eran pocos en su época— se puede hablar de avidez personal descomulgada, segunda naturaleza, en todo caso. Excluyo de esta consideración los medios empleados, sin duda abusivos y horrendos, para lograr la riqueza por antonomasia.

Si Colón en su primera carta está obsesionado por el oro y en otro documento llegó a decir que la riqueza abría hasta la puerta del paraíso, un siglo antes que él ya Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, sabio y perspicaz decía en su famoso libro (1343) que un hombre “necio e rudo labrador” si tiene dinero, llega a ser “fidalgo e sabydor”, si no, “non es de sy señor”. Con razón Corominas diría que durante la Reconquista se preferían los bienes muebles (joyas, oro, plata, objetos valiosos), basándose en el *Cantar del Mio Cid* y otras crónicas rimadas contemporáneas. Como se ve en guerras y en comercio, acrecentar los signos de riqueza era cosa que se daba de suyo.

VI) Grandes empresarios como los Médicis laneros y banqueros, llegaron a ser príncipes. ¿Podía Colón dejar de ser hombre de empresa que, por otra parte, trajinaba sus negocios con dineros prestados? Todo capitalista desde entonces supo que la fortuna personal se adquiere partiendo, a mano a desmán, de la riqueza de los demás. No le hubieran dado alguna confianza los Di Negro, Centurione, Spindola, si careciera del carácter propio de la época.

VII) Finalmente, volvamos a un tema ya esbozado. Los celos y los recelos en-

tre Portugal y Castilla, además de su respectiva posición para una expansión “geopolítica” seguramente pesaron en el ánimo práctico de Colón. Sin embargo, ello pesaría más en los monarcas, para rechazar (Juan II) o para aprobar (Fernando e Isabel) su proyecto. No es de ahora la lucha, sorda o paladina, a la sazón, por el reparto del mundo, ni la razón de estado era una entelequia.

VIII) Sus otros caracteres, sean cuales se le atribuyen, se deducen de su posición y sus objetivos en la sociedad contemporánea. Claro está, no siempre fue así. Todo parece indicar que su obsesionante pasión por el éxito lo cegó hasta el punto de no ceder respecto al hallazgo de un continente ignorado. Sin embargo, él dijo a los reyes que les había dado “otro mundo” cuando ya había recalado en las costas de Venezuela y de América Central. En este punto mostró su corta visión, ¿creería que podía ser codueño o cobeneficiario de tan vastas tierras?

IX) Cuando se dio cuenta de que sus intereses eran desoídos, entonces escribió el *Libro de las profecías*. Que él fuera un creyente no hay razón para discutirlo. Hasta los más grandes transgresores de los principios cristianos en esos siglos eran creyentes. En su libro va más allá. No es un simple cristiano fervoroso y todo parece indicar que se consideraba un predestinado. Ideología de los monarcas absolutos; ideología de los empresarios felices; ideología de recuperación de sus intereses, sin que ello mengüe su fe, ni la dimensión extraordinaria de su realización transoceánica.

No fue ni más ni menos aventurero que sus contemporáneos, ni descolló

entre ellos por su sabiduría, ni era más creyente que interesado o, incluso, ambicioso, ni su vida pudo ser lineal, esto es, libre de contradicciones, de cambios. Pero casi no hay duda de que vio claro cómo España podía ser la protectora de su proyecto, por razones “geopolíticas”; que pudo vencer resistencias; que supo ganarse un apoyo en la esfera de las consideraciones políticas y económicas más que en las científicas y confesionales; que poseyó una especial y, por eso, eminente capacidad empresarial para su época. Un hombre con esas características no es pequeño, ni por ser coherente con su época puede ser expulsado de la historia o renegado por ella.

Ni pecador original, ni “pecado original”; solamente la necesidad histórica de un mundo que se ensanchaba desde el siglo XII es lo que hay en su biografía y en el encuentro de América y Europa. Quien encarnó ese más allá que las condiciones del momento propiciaban fue Cristóbal Colón y, como no fue sujeto pasivo de esa situación, su personalidad, independientemente de lo que era y de lo que desató su hazaña, perdurará en la historia de la humanidad. Todo ello, además de que explica la aparición de “secretos” y “misterios”, también ha de servir para reconocer la proeza encabezada por él.

Si Colón descubrió la América mucho después de sus indígenas, y antes de los africanos, forzados por el esclavismo colonialista, aquí en América, unos y otros vivieron y crearon una sociedad y una cultura diferentes de las de su origen, en Cuba no nos sorprende. A Humboldt, sus contemporáneos cubanos lo llamaron el “segundo descubridor de Cuba”;

al maestro Fernando Ortiz se le ha titulado “el tercer descubridor de Cuba”. Aquel porque reveló a nuestra gente la riqueza del país en las primeras décadas del siglo XIX, este porque con su magna obra de etnohistoria, nos dio a conocer la profundidad y la riqueza cultural de nuestro mestizaje africano.

Todavía hay descubridores de mandos nuevos humanos. Si ellos quedasen borrados del discurrir del tiempo, la historia quedaría con vacíos inexplicables. Si fuera el caso de Colón, a quien una buena parte de la crítica parece destinada a excluirlo del descubrimiento de América, se crearía un auténtico absurdo historiográfico. Sustituir la historia *como fue* por la que algunos crean que *debió ser* es vano intento. Es más, ni el azar ni los episodios coyunturales, ni la psicología individual pueden variar sustancialmente el suceder. ¿Es que el azar o lo episódico o la personalidad no son también historia cierta en tanto se dan, y sólo pueden darse, en determinado momentos de un proceso y por virtud de ese proceso?

Bibliografía

BALLESTEROS BERETTA, ANTONIO. *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*. Barcelona: Buenos Aires, 1945.

Trabajo bien encaminado a sobrepasar las polémicas tradicionales.

BERWICK, MARÍA DEL ROSARIO FALCÓ Y OSORIO, DUQUESA DE. *Autógrafos de Cristóbal Colón y papeles de América*. Madrid, 1892. v. 203 p., láms., facsims. (algs. plegs.)

_____. *Nuevos autógrafos de Cristóbal Colón y relaciones de Ultramar*. Madrid, 1902. 294 p.

El segundo contiene documentos colombinos y otros no relacionados con Colón.

COLÓN, FERNANDO. *Vida del Almirante Don Cristóbal Colón; escrita por su hijo Fernando Colón / ed., pról. y notas Ramón Iglesia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1947. 343 p. (Biblioteca Americana, ser. de cronistas de Indias)

Bibliografía en las páginas 334-336.

Uno de los semilleros de “secretos” y “misterios” del padre del autor.

FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, MARTÍN. *Colectión de los viajes y descubrimientos, que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV. Con varios documentos inéditos concernientes a la historia de la Marina Castellana y de los establecimientos españoles en Indias*. Madrid: Impr. Real, 1825-1837. 5 t.

Inicia una nueva etapa en la bibliografía colombina.

GÉNOVA. COMMISSIONE COLOMBIANA. *Christopher Columbus: Documents and Proofs of his Geonese Origin*. [Bergamo: Officine dell Istituto Italiano d'Arti Grafiche], 1932. XXIII, 288 p., ilus., facsims., láms., retratos

A la cabeza de la portada: City of Genoa. Inglés, alemán.

Recopilación que simplifica la Raccolta; contiene el documento Asseretto.

- HARRISE, HENRY. *Christophe Colomb devant l'histoire*. París: H. Walter, 1892. 124 p.
- Insistente crítico de la bibliografía española sobre Colón.
- _____. *Christophe Colomb; son origine, sa vie, ses voyages, sa famille & ses descendants, d'après des documents inédits tirés des archives de Génes de Savone, de Seville et de Madrid: études d'histoire critique*. París: E. Leroux, 1884. t. (Recueil de voyages et de documents pour servir à l'histoire de la géographie depuis le XIIIe jusqu'à la fin du XVIe siècle, 6.)
- ITALIA. COMMISSIONE COLOMBIANA. *Raccolta di documenti e studi pubblicati dalla R. Commissione Colombiana pel quarto centenario dalla scoperta dell'America*. Roma: Ministero della Pubblica Istruzione, 1892. t. ilus., fascíms., mapas.
- La Biblioteca Nacional posee los ts. 1 pt. 1-6; t. 2, pt. 1-5; t. 3. pt. 1, 2, 3; t.3, pt. 1: Suplemento.
- Recopilación fundamental de los documentos de y relativos a Colón.
- JANE, CECIL. *The voyages of Christopher Columbus*. London, 1930.
- Se puede inscribir en una corriente excesivamente reflexiva sobre los testimonios.
- MANZANO MANZANO, JUAN. *Colón descubrió América del Sur en 1494*. Caracas: Academia Nacional de Historia, 1972. xxiv, 493 p. (Biblioteca de la Academia Nacional de Historia, 110. Fuentes para la historia colonial de Venezuela)
- Uno de los más lúcidos biógrafos del siglo XX.
- _____. *Colón y su secreto*. Madrid: Eds. Cultura Hispánica, 1976. XV, 742, p. ilus., mapas (algs. color, pleg.)
- MORISON SAMUEL ELIOT. *El Almirante de la mar oceano; vida de Cristóbal Colón* / pról. Héctor H. Ratto, trad. Luis A. Arocena. Buenos Aires: Librería Hachette 1945. 855 p. ilus., láms., mapas, algunos plegs. (Nueva Colección Clío)
- Importante, especialmente para el estudio de Colón como navegante.
- NUNN, GEORGE EMRA. *The Geographical Conceptions of Columbus; a Critical Consideration of our Problems*. New York: American Geographical Society, 1924. 148 p. ilus., mapa (American Geographical Society, Research Series)
- Interesante para situar e informar la geografía de Colón en su tiempo.
- ROSELLY DE LORGUES, ANTONIO. *Francois Félix, conde de Satan contre Christophe Colomb; ou, La Prétendue chute du serviteur de Dieu*. París: Librairie Victor Palmé, 1876. 249 p.
- Incluye bibliografía.
- El título subraya la tesis excesiva sobre el misticismo de Colón.
- SVET, YAKOB. *Cristóbal Colón*. Moscú, 1972.

Lo más reciente editado en español, de la bibliografía soviética; tiene cierta tendencia a introducir rasgos “novelados” dentro de un cuadro general acertado.

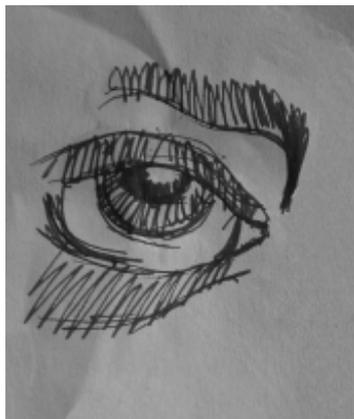
TAVIANI, PAOLO EMILIO. *Cristoforo Colombo; la genesi della grande scoperta*. Novara: Instituto Geográfico de Agostini, [1974]. 2 t., ilus. col.

Hay edición en español. Es el más completo estudio de la biografía de Colón sólo hasta 1492; esfuerzo inteligente por superar “secretos” y “misterios”.

VIGNAUD, HENRY. *Etudes critiques sur la vie de Colomb avant ses découvertes*. París: H. Welter, 1905. XVI, 543 p.

Agudo análisis que intenta “poner orden” en lo sabido hasta principios del siglo xx.

La Vrai Christophe Colomb et la légende. París: Auguste Picard, 1921. 230 p.



Los niveles, fases y etapas del fenómeno bibliográfico y la disciplina que lo estudia*

Emilio Setián Quesada
Tomás Fernández Robaina

Investigadores

Introducción

Como se ha expresado anteriormente,¹ uno de los hitos importantes en el desarrollo de la Teoría bibliológico-informativa fue el diseño de un modelo que hace evidentes los niveles por los cuales ha transitado el fenómeno bibliotecario en su evolución, partiendo del criterio de que ese tránsito es una manifestación más del movimiento de la realidad objetiva, que va de las formas más simples a las más complejas. En tanto los fenómenos bibliológico-informativos son fenómenos sociales, su movimiento de lo simple a lo complejo se produce en la medida en que participan en ellos distintas instancias y entidades de la estructura social, hecho común a otros fenómenos de esa índole. De acuerdo con esa concepción son niveles aquellos que representan los grados de complejidad social que van alcanzando esos fenómenos, surgidos en distintos momentos históricos, pero como niveles de complejidad no son excluyentes, sino que incorporan los niveles precedentes. Las fases expresan rasgos cualitativos que se presentan al interior de cada nivel, y pueden coincidir históricamente o sucederse en el tiempo. Las etapas muestran los avances parciales producidos en las fases y que corresponden a la evolución de una cualidad específica.

El modelo perfeccionado de los niveles del fenómeno bibliotecario quedó integrado de la forma siguiente:

Niveles		Se inicia en
Genético y de expansión	En las Bibliotecas	Civilizaciones fluviales
Institucionalización	En las instancias de Gobierno	Lejano Oriente. Siglo II a.n.e.
Profesionalización	En otras entidades	Civilizaciones clásicas o siglo XIV (Civilizaciones clásicas si se acepta como primera obra de la literatura bibliotecológica el <i>De bibliothecis</i> de Varron y sólo se

* Con recomendaciones de Araceli García Carranza.

conoce por las noticias que da Plinio de ella. Siglo XIV si lo que se acepta es el *Philobiblion* de Richard de Bury).

Durante los estudios para el perfeccionamiento de este modelo surgió la idea de incluir a la preservación como una nueva fase del fenómeno bibliotecario, común a las de otras manifestaciones del patrimonio de la humanidad, dado el carácter multidisciplinario y multisectorial que la caracteriza desde fines del siglo XX. Se consideró, no obstante, que una decisión definitiva al respecto requeriría un análisis más profundo y, quizá, una mayor perspectiva histórica, pero que debía quedar apuntada en aras del desarrollo ulterior de la Teoría.

El modelo del fenómeno bibliotecario, en detalle, contempla los niveles, fases y etapas que se presentan a continuación:

Niveles, fases y etapas	Se inicia en
<i>Genético y de expansión</i>	
Acumulación y registro	Civilizaciones fluviales
Sistematización y erudición	Siglo III a.n.e.
Acceso a público lector	Siglo XVII
Predominio y diversificación de los servicios	Siglo XIX
Cooperación	Siglo XX
Tecnológica	Siglo XX
Mecánica	Principios del XX
Reprográfica y audiovisual	1930-1940
Automatizada y electrónica	Fines 50 - principios 60
Telemática	Década del 80
Libre acceso	Siglo XX
<i>Institucionalización</i>	
Legislación depositaria	Siglo II a.n.e.
Expansión a otras bibliotecas	Siglo XIX
Diversificación	Siglo XX
<i>Profesionalización</i>	
Investigación y literatura	
Descriptiva	Siglo I a.n.e. o Siglo XIV
Normativa	Siglo XVII
Sistemática	Siglo XIX
Científica	Siglo XX
<i>Formación</i>	
En ejercicio de funciones	Inicios
Escolarizada	Siglo XIX (Ecole de Chartes)

<i>Asociativa</i>	
Fundacional	Siglo XIX
Expansión	Siglo XX
¿Preservación?	Siglo XX

A partir de esta experiencia se procedió a analizar lo que ha sucedido con el *fenómeno bibliográfico*.

El vocablo “bibliografía” se utiliza en la vida diaria por muchas personas para designar a una relación de obras consultadas, utilizadas o recomendadas y, cuando más, para calificar a un instrumento de recuperación de información. Como denominación de disciplina o rama del saber, su uso es menos generalizado y las definiciones que se ofrecen en buen número de diccionarios y manuales no suelen ir más allá de su significado como “[...] descripción física de documentos y como técnica o arte de describirlos y anotarlos”.² Tal limitación reduce a la Bibliografía a una dimensión puramente instrumental, desconociéndose la connotación que ha ido adquiriendo durante su historia, e influyendo, negativamente, en su valoración como ciencia.

El establecimiento de los niveles, fases y etapas del fenómeno bibliográfico puede contribuir a la justa valoración del carácter científico de la Bibliografía.

El fenómeno bibliográfico: niveles, fases y etapas

Los niveles del fenómeno bibliográfico, aunque presentan características comunes con las de otros fenómenos bibliológico-informativos, también presentan diferencias, dadas las características que le son propias, tales como las siguientes:

- No acumula documentos, sino que desde sus orígenes (IV-III milenio a.n.e.)³ los ha venido *describiendo* desde el punto de vista de forma, o de forma, contenido y relaciones entre ellos, para integrar *compilaciones* que informan sobre conjuntos de documentos en un contexto histórico cultural dado.

- Durante siglos no contó con *entidades autónomas específicas*, sino que se fue manifestando en aquellas encargadas de producir, acumular o difundir documentos, situación que sólo variaría de forma evidente a partir del siglo XIX.⁴

- En las compilaciones que lo caracterizan toman parte las entidades antes mencionadas, pero lo han hecho y lo hacen también, de forma independiente y con carácter estable u ocasional, *eruditos, investigadores y profesores*.

Esta última circunstancia ha tenido como consecuencia que múltiples aportes a la descripción de documentos, a la representación de sus contenidos y a las formas de relacionarlos, *no siempre se hayan considerado como desarrollos de la Bibliografía*.

En el fenómeno bibliográfico se observan los niveles siguientes:

Niveles	Se inicia en
Genético y de expansión	En entidades productoras, acumuladoras o difusoras de documentos y por bibliógrafos independientes
	Siglo IV-III a.n.e.

Institucionalización	En entidades de gobierno	Siglo I a.n.e.
Profesionalización	Primeros trabajos teóricos, escuelas de formación, asociaciones profesionales, institutos de investigación	Siglos XVII-XIX
Organización autónoma	En entidades bibliográficas independientes	Siglo XIX

Otras diferencias podrán apreciarse en el análisis que se ofrece a continuación sobre las fases y etapas que integran los niveles antes presentados.

Nivel genético y de expansión

FASE DE COMPILACIÓN DESCRIPTIVA

En su *Fundamentos de la informática*, Mijailov⁵ dice que los primeros ejemplos de descripciones de documentos se sitúan alrededor del año 2000 antes de Cristo, teniendo en cuenta la existencia de una *lista* de esa época, con referencia a sesenta de ellos, identificados por las primeras líneas de sus textos. Otros autores fijan la aparición de estos registros en el 3000 antes de nuestra era.⁶ Si se tiene en cuenta que los primeros documentos escritos conocidos datan también del cuarto o tercer milenio antes de Cristo, y se refieren a transacciones comerciales, dando fe de ellas o de otras acciones de los grupos humanos, entonces podemos aceptar como lo hacen Bernal,⁷ Shera⁸ y Escolar Sobrino⁹ que esos primeros documentos eran típicos de archivo, y por tanto las descripciones comentadas por Mijailov corresponden a descripciones de documentos de archivo.¹⁰ Se identifica así en el nivel genético y de expansión una primera fase que puede denominarse *descriptiva*, así como la primera etapa de esa fase aparecida entre el IV y el III a.n.e., correspondiente a *listas de documentos de archivos*.

En este caso debe señalarse, también, que los catálogos de biblioteca se remontan al III milenio a.n.e. Ejemplo de ello es uno conservado en la Universidad de Yale, de la tercera dinastía Ur, ca. 2000 a.n.e., donde los documentos se organizan según palabras clave tomadas de las dos primeras líneas del título.¹¹

Por su parte, Bálamo¹² da noticias sobre inventarios o *listas* que se empleaban durante el medioevo europeo para facilitar el *comercio* de los libros manuscritos. Esas listas incluían información sobre las obras existentes y sobre la disponibilidad de sus ejemplares. Este ejemplo le concede al trabajo de compilación un espacio en el mundo comercial, con lo cual se evidencia una nueva etapa de la fase descriptiva.

Con la introducción de la imprenta en el mundo occidental, durante el siglo XV, el comercio del libro tomó una nueva dimensión: surgieron nuevas formas de mercado y nuevos instrumentos de información sobre documentos como son los *catálogos comerciales* contenidos en folletos, octavillas o boletines. Estos catálogos daban noticia sobre obras publicadas o en prensa y fueron elaborados por impresores, libreros y editores,¹³ y ello define una cuarta etapa de la fase descriptiva.

Aunque existen ejemplos de compilaciones bibliográficas en bibliotecas anteriores al siglo XIX, sus características difieren por erudición y sistematización de las

que aparecen en estas instituciones a fines de ese siglo, con el surgimiento de los servicios de referencia, cuando comienzan a elaborarse *listas* de los documentos que se poseen en función de las necesidades de lectores o grupos de lectores específicos.¹⁴

En el siglo xx surgen publicaciones como el *Current Contents*, que dan noticias sobre las *tablas de contenido* de distintas publicaciones,¹⁵ y la denominada *información señal* que anuncia a los lectores los documentos de próxima disponibilidad. Así la fase descriptiva del nivel de compilación queda integrada de la forma siguiente:

Fase de compilación descriptiva

Listas de documentos de archivo	IV-III milenio a.n.e.
Catálogos bibliotecarios	III milenio a.n.e.
Listas comerciales de información	Edad Media Europea
Catálogos comerciales	Introducción de la imprenta en Europa
Listas de referencia	Siglo XIX
Tablas de contenido	Siglo XX
Información señal	Siglo XX

FASE DE INVESTIGACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Ya entre los siglos III y I a.n.e. las compilaciones bibliográficas comienzan a ser el resultado de investigaciones con carácter erudito y sistemático, en las cuales se aplican códigos de catalogación y clasificación de documentos, dando origen así a la *investigación bibliográfica*.

En la línea de las compilaciones de carácter erudito de escritos o libros es posible situar –aunque algunos autores, como Buonocore, discrepen– las *Pinakes* del poeta griego Calímaco (290-240 a.n.e.),¹⁶ quien compilara, en 120 volúmenes, un catálogo razonado de la literatura griega que poseía la Biblioteca de Alejandría. Luego la erudición y la sistematización aparecen como rasgos de las descripciones de documentos en épocas tan tempranas como el siglo III a.n.e. Por otra parte, se conoce de la existencia en el siglo I antes de Cristo de la primera compilación de libros chinos, uno de los antecedentes de lo que más tarde serían las bibliografías nacionales. Fue compilada por Liu Hsiang, a cuyo hijo, Liu Hsin, se debe el primer sistema de clasificación y descripción de documentos de China.¹⁷ Los aportes de Liu Hsin son ejemplos de creación de medios especiales para la sistematización de la información sobre la producción de libros, reagrupando las descripciones del conjunto de documentos estudiados según su temática y de acuerdo con el sistema diseñado, evidenciando así las relaciones de contenido existentes entre los libros incluidos en cada clase del sistema.

Un aporte importante al desarrollo de las investigaciones bibliográficas corresponde a la autobibliografía del médico griego Galeno compilada alrededor del siglo III de nuestra era bajo el título de *De libris propriis liber*. Sobre esta compilación Josefa Emilia Sabor escribió:

[...] se abre con una introducción en que el autor cita las obras que se le atribuyen falsamente. La bibliografía abarca 17 capítulos, en los que Galeno

distribuye por materias unos 500 trabajos, hoy casi todos perdidos. Con posterioridad, después de haber escrito nuevas obras científicas, compiló otra bibliografía más completa: *De ordine librorum suorum liber* que solo se conoce fragmentariamente. Al hacer Aldo Manucio la edición de las obras completas de Galeno (Venecia, 1525), incluyó la primera y fragmentos de la segunda.¹⁸

De los comentarios de Josefa Emilia Sabor se infiere:

- 1) La existencia de una obra personal considerable en el campo de la medicina.
- 2) La huella de una actividad compilatoria notable.
- 3) El primer antecedente de un repertorio bibliográfico *personal* como autobibliografía.
- 4) La primera muestra de una compilación *especializada*.
- 5) La ordenación de los documentos por materias.

Por lo tanto, el antecedente más lejano de las actuales bibliografías personales es a la vez un repertorio bibliográfico especializado, organizado por materias. Por esta razón se le incluye generalmente entre los repertorios bibliográficos especializados, pero esa clasificación no abarca completamente las peculiaridades alcanzadas por los repertorios bibliográficos personales en su evolución.

Estas circunstancias no sólo marcan el inicio de una nueva fase, la de investigación bibliográfica, sino que constituyen también nuevas etapas que serán denominadas como *sistemática antigua*, *bibliografía personal*, *bibliografía especializada*.

Según la mayoría de los autores,¹⁹ la bibliografía *sistemática* sólo se inicia en el Viejo Continente durante el siglo XVI con la obra del naturalista suizo Conrado Gesner (1516-1565), considerado por muchos como el padre de la Bibliografía debido a la extensión y al plan de su obra. Compiló la *Bibliotheca Universalis*, donde describe alrededor de 12 000 obras en latín, griego y hebreo.²⁰

La palabra *bibliografía* con el sentido actual fue empleada por primera vez en el siglo XVII. Antes de esa fecha los autores usaban para designar tales obras los términos de *catalogus*, *bibliotheca*, *index* o *repertorium*.²¹

Aparece una nueva etapa de la investigación bibliográfica que puede denominarse como *sistemática occidental*, caracterizada también por acuñar definitivamente la denominación de bibliografías al producto de esa investigación.

Desde el siglo XVIII, siglo de la Ilustración, se inicia una *diversificación tipológica* de las bibliografías basada en las distintas formas de agrupar los registros, o en las clases de índices complementarios que utilizan, o por su alcance temático y geográfico.²² Esta diversificación se acentúa con el crecimiento del trabajo bibliográfico que se produce a raíz de la Revolución Industrial y de la Revolución Francesa, debido al ritmo de desarrollo que van tomando las distintas ramas del saber, y esto fue haciendo cada vez más compleja la sistematización de las descripciones. Se produce, pues una diversificación tipológica de las investigaciones bibliográficas.

A fines del siglo XIX ya habían aparecido *múltiples portadores* de información distintos a los libros entre los cuales se encuentran los *artículos de revistas cien-*

tíficas (siglo xvii) que llevan a la aparición de la descripción *analítica*, y las publicaciones de *resúmenes* surgidas en 1830, aunque con antecedentes en el siglo xviii, las que imprimen un nuevo nivel de profundidad a la información sobre documentos y sus contenidos, mediante la *extractación*.²³ Hasta entonces, la representación de los contenidos de los documentos se había limitado a su clasificación temática y a notas sobre sus partes integrantes incluidas en los asientos bibliográficos. Se insertan así nuevos elementos cualitativos en la trayectoria de las investigaciones bibliográficas.

Por esta época se reafirman las ideas sobre el *control bibliográfico universal* que tienen sus antecedentes en el siglo xvii.²⁴ Se produce una crisis conceptual en el campo de la Bibliografía, cuya solución sigue dos direcciones. La primera se produce con la aparición del concepto de *documentación* que, según Malclés,²⁵ tiene una connotación distinta a la de la Bibliografía. Para ella, es el conocimiento de todos los textos impresos o multigrafiados fundado en la investigación, identificación, descripción y clasificación de dichos documentos con el propósito de organizar servicios o construir instrumentos destinados a facilitar el trabajo intelectual. Señala, pues, como campo específico del trabajo del bibliógrafo, el tratamiento solo y exclusivo de los textos impresos o reproducidos por algún procedimiento mecánico similar, y refleja únicamente el nivel aplicado de la disciplina. Según ella, el tratamiento de los textos manuscritos pertenece al dominio de la archivística y el de los documentos iconográficos, plásticos y fónicos corresponde a la Documentografía como ciencia teórica que estudia esos tipos de materiales. Este enfoque de Malclés sobre la Documentografía o Documentación ha sido ampliado por otros estudiosos del tema como los españoles José López Lledes²⁶ y Emilia Currás,²⁷ por ejemplo, quienes le conceden a la Documentación la connotación de ciencia general de los documentos de todo tipo, que abarca todo lo referente a los fenómenos archivístico y bibliotecario. No obstante otros autores consideran la compilación de cualquier tipo de documentos como desarrollos de la Bibliografía, el estudio de los portadores de información como propios de la Bibliología y le reconocen objetos propios de estudio específicos a la Archivología y la Bibliotecología, lo que constituye la segunda dirección antes señalada. Sea cual fuere la dirección adoptada, es evidente que se está ante una nueva etapa de la investigación bibliográfica, marcada por la *ampliación de los portadores* de información que esta aborda y porque las compilaciones obtenidas, a más del carácter erudito que habían venido manifestando desde siglos anteriores, adquieren una nueva proyección hacia los servicios que pueden ofrecerse con ellas. La investigación bibliográfica llega así a una nueva etapa, la de ampliación de portadores a estudiar y de *orientación hacia los servicios*.

A fines del siglo xix y principios del xx aparece la *estadística bibliográfica* como parte de los medios especiales utilizados para estudiar el fenómeno dado por un conjunto de documentos y ya en los años treinta del siglo xx aparece la Ley de dispersión bibliográfica o Ley de Bradford,²⁸ la cual constituye más que una ley en el sentido científico del término, un método matemático que permite

agrupar las revistas científicas según su productividad, expresada por la cantidad de artículos publicados en ellas sobre un tema, lo que constituye un instrumento útil –pero ni único ni infalible– para los procesos de selección y adquisición.

El aporte de Bradford es un instrumento más de sistematización de la información bibliográfica, ahora de carácter cuantitativo, el que unido a la estadística bibliográfica practicada desde fines del siglo XIX, está en los fundamentos de la Bibliometría²⁹ como disciplina instrumental de la Bibliografía y, combinada con la sistematización de carácter cualitativo, iniciada siglos atrás, enriquece el método de la Bibliografía como disciplina científica. Se está, pues, ante una nueva etapa de la investigación bibliográfica denominada de “matematización”, como se le conoce también en otros campos de la ciencia.

Con la aparición del *Science Citation Index* en el siglo XX³⁰ surge una nueva forma de compilación bibliográfica destinada a conocer el uso que se hace de los documentos. Permite, además, identificar el comportamiento de las citas como forma de dar crédito a los autores, no sólo por el volumen de las citas que se hace de ellos y la calidad de las fuentes que los citan, sino para identificar precedencias en el desarrollo de las ciencias, así como otras peculiaridades organizativas, útiles para investigaciones sobre la naturaleza de ese desarrollo y para el establecimiento de políticas científicas. Evidentemente, el estudio de citas constituye un grado más de profundidad en el análisis bibliográfico, es una nueva arista de la sistematización como método de la ciencia bibliográfica en su nivel de ciencia aplicada. A Garfield y sus colaboradores se debe también la creación de una fórmula para medir el factor de impacto de la literatura científica, útil para conocer la frecuencia con la cual la información contenida en las publicaciones periódicas es utilizada por los investigadores para introducirla en la actividad científica y transformarla en nuevos conocimientos. Es evidente una nueva etapa de la investigación bibliográfica que puede denominarse como *análisis de citas*.

Entonces, la fase de investigación bibliográfica del nivel genético y de expansión queda integrada por las etapas que se muestran a continuación:

Fase de investigación bibliográfica

Sistemática antigua	Siglos III-I a.n.e.
Bibliografía personal	Siglo III
Bibliografía especializada	Siglo III
Sistemática occidental	Siglos XVI-XVII
Diversificación tipológica	Siglo XVIII
Analítica	Siglos XVII-XVIII
Extractación	Siglos XVIII-XIX
Ampliación de portadores y orientación a los servicios	Siglo XIX
Matematización	Siglo XX
Análisis de citas	Siglo XX

FASE TECNOLÓGICA

Los avances tecnológicos del siglo xx, especialmente los del campo de la *automatización*, inciden también en el trabajo bibliográfico. Surgen las bases de datos bibliográficas y redes automatizadas de información bibliográfica de distintos niveles.

Entre las primeras formas que se utilizan para almacenar y recuperar información por medios no tradicionales aparecen las tarjetas perforadas que fueron empleadas en la conformación de catálogos.³¹

La microfilmación, por su parte, ha desempeñado un papel importante en el campo de las compilaciones bibliográficas con vistas a su almacenamiento, recuperación y difusión.³²

Pero es innegable que la aplicación tecnológica que más ha revolucionado el mundo de las bibliografías es la computación y su combinación actual con las telecomunicaciones, pues no sólo ha contribuido a la mayor eficiencia del trabajo de compilación, búsqueda, recuperación y difusión, sino que ha favorecido también los estudios bibliométricos propios de la investigación bibliográfica y la transmisión a distancia de las bibliografías.

En síntesis, en la fase tecnológica se reconocen las etapas siguientes:

*Fase tecnológica*³³

Mecánica	Desde principios del siglo xx
Reprográfica y audiovisual	Desde los años 30 y 40 del siglo xx
Automatizada y electrónica	Fines de los 50 y principios de los 60
Telemática	Desde los 80

Nivel de institucionalización

El segundo nivel del fenómeno bibliográfico se produce porque ya no sólo participan en él los distintos factores bibliológicos definidos anteriormente (editores, impresores, archivistas, bibliotecarios, bibliógrafos), sino que intervienen también las instancias de gobierno encargadas de la legislación. Se produce en épocas tan tempranas como el siglo I a.n.e., cuando por decreto del emperador Shen de la dinastía Hang en China se dispone la compilación de la bibliografía de libros de esa región, la cual se encuentra entre los antecedentes de las bibliografías nacionales actuales, y se designa para esa tarea a Liu Hsiang,³⁴ quien puede ser considerado como el primer bibliógrafo chino.

Nivel de profesionalización

El nivel de profesionalización, como nuevo nivel de complejidad del fenómeno bibliográfico, se produce por cuatro razones fundamentales:

- La aparición de literatura con enfoques teóricos sobre las compilaciones bibliográficas y el fenómeno bibliográfico, así como las investigaciones sobre este último.
- La atención que recibe la preparación del bibliógrafo por parte de escuelas de formación.
- El movimiento asociativo de los bibliógrafos.

FASE DE LITERATURA E INVESTIGACIÓN

Las primeras *reflexiones teóricas* sobre la Bibliografía de las que se tienen noticias aparecen en el siglo xvii y se refieren a su definición como producto informativo.³⁵ Se le consideraba entonces como relaciones de títulos de libros, meramente descriptivas, elaboradas por eruditos y libreros sin sometimiento a normas de ninguna especie. Sin embargo, esta definición no abarca las características de la obra de Gesner, compilada en el siglo xvi, que contaba con un plan temático para la organización de sus contenidos, presentaba uniformidad en los datos y anotaciones incluidos en cada asiento y contaba con un índice complementario de autores.³⁶

Durante el siglo xviii los conocimientos bibliográficos aparecen unas veces como propios de la Paleografía (conocimiento de manuscritos antiguos) o como de la Bibliología (ciencia del libro).³⁷

Sólo a principios del siglo xix, Gabriel Peignot³⁸ establece que la Bibliología era el término que se debía usar para designar a la ciencia del libro y que la Bibliografía era una rama de la Bibliología que estudiaba los repertorios bibliográficos. Ya a fines de este siglo la *Grande Encyclopedie* define a la Bibliografía como “ciencia de los libros, desde el punto de vista de su descripción y clasificación”.

En la obra de O. P. Korchunov, titulada *Curso general de bibliografía*, publicada en 1981,³⁹ este autor argumenta el carácter de ciencia social de la Bibliografía en tanto estudia las tendencias, regularidades y leyes de la producción y circulación social de las compilaciones bibliográficas y los procesos bibliográficos. La denomina como Bibliografología porque el uso del término “bibliografía” resulta polisémico, como no escapa a la comprensión del lector (bibliografía = producto del trabajo bibliográfico; bibliografía = disciplina científica; bibliografía = fuentes que se consultan para un estudio o investigación) y la polisemia no es propia del lenguaje científico.

Luego se puede afirmar que en el nivel de profesionalización se observa una fase dada por los enfoques teóricos de los cuales ha sido objeto la Bibliografía y donde se pueden reconocer cuatro etapas relacionadas con los estudios o investigación sobre el tema y su literatura: *primeras manifestaciones, solapamiento con otras disciplinas, ciencia de las compilaciones, ciencia integral del fenómeno bibliográfico* (investigaciones bibliografológicas).

Nivel de profesionalización

Fase de literatura e investigación

Primeras manifestaciones	Siglo xvii
Solapamiento con otras disciplinas	Siglo xviii
Diferenciación como ciencia de las compilaciones	Siglos xix-xx
Ciencia integral del fenómeno bibliográfico	Siglo xx

FASE DE FORMACIÓN PROFESIONAL

Desde los inicios del trabajo bibliográfico, y aún hoy en día, la formación del bibliógrafo se ha logrado mediante el ejercicio de las funciones como tales, lo que puede considerarse como primera etapa de la fase de formación profesional. Durante el siglo XIX esa formación toma carácter de actividad escolarizada en l'Ecole de Chartes, Francia, junto a la de paleógrafos y bibliotecarios.⁴⁰

Formación profesional

En el ejercicio de funciones	Desde los inicios
Escolarizada	Siglo XIX

FASE ASOCIATIVA

La primera acción colectiva de bibliógrafos que se conoce ocurre en 1895 cuando se efectúa la Conferencia Internacional de Bibliografía organizada por Paul Otlet y Henri La Fontaine. Esta conferencia propuso la creación de un repertorio bibliográfico universal clasificado a partir de un nuevo sistema basado en la clasificación decimal de Melvil Dewey y da lugar a la creación del Instituto Internacional de Bibliografía, más tarde Instituto Internacional de Documentación convertido finalmente en la Federación Internacional de Documentación.⁴¹ Ya en el siglo XX aparecen distintas asociaciones de bibliógrafos tanto nacionales como de carácter internacional. Esta nueva fase de la profesionalización del bibliógrafo se ha denominado asociativa.

Fase asociativa

Fundación	Fines del siglo XIX
Expansión	Siglo XX

Luego el nivel de profesionalización queda integrado por tres fases, cada una de las cuales presenta, a su vez, distintas etapas:

Fase de literatura e investigación

Primeras manifestaciones	Siglo XVII
Solapamiento con otras disciplinas	Siglo XVIII
Diferenciación como ciencia de las compilaciones	Siglos XIX-XX
Ciencia integral del fenómeno bibliográfico	Siglo XX

Fase de formación profesional

En el ejercicio de funciones	Desde los inicios
Escolarizada	Siglo XIX

Fase asociativa

Fundación	Fines del siglo XIX
Expansión	Siglo XX

Nivel de organización autónoma

Como fue expresado anteriormente, durante siglos el fenómeno bibliográfico no contó con *entidades autónomas específicas*, sino que se fue manifestando en aquellas encargadas de producir, acumular o difundir documentos, o en la obra

de bibliógrafos independientes, situación que sólo variaría de forma evidente a partir del siglo XIX, sin embargo, hay antecedentes en el siglo XVIII. Durante el XIX aparecen instituciones dedicadas a la elaboración y publicación de resúmenes, que aunque no se identifican como entidades bibliográficas, sí lo son y logran su posición propia junto a los archivos y las bibliotecas en el ámbito profesional. Surgen en Alemania, Francia, Inglaterra y Rusia.⁴² Después de la aparición del Instituto Internacional de Bibliografía en 1895 estas entidades proliferan en el siglo XX. Entre ellas se encuentran los centros de referencia identificados por Weisman⁴³ y el Instituto de Información Científica, creado por Garfield, que edita el *Current Contents* y el *Science Citation Index*,⁴⁴ publicaciones que representan nuevas formas de compilación y sistematización de la información sobre documentos.

Así quedan conformados los niveles, fases y etapas del fenómeno bibliográfico, los cuales evidencian cómo en su composición intervienen elementos que van más allá de las compilaciones e investigaciones bibliográficas, pues comprenden también la legislación, las entidades bibliográficas independientes, los desarrollos teóricos, incluidas las investigaciones sobre las tendencias, regularidades y leyes de la producción y circulación social de las compilaciones bibliográficas y sus procesos, la literatura profesional, la formación del bibliógrafo y sus asociaciones. Los elementos de sistematización, análisis y síntesis, presentes en las investigaciones bibliográficas desde épocas tempranas, así como el proceso de matematización de esas investigaciones y la identificación de tendencias, leyes y regularidades evidencia el carácter científico de la Bibliografía o Bibliografología como disciplina.

Es interesante señalar el paralelismo cronológico aproximado que existe entre la aparición de los niveles genético y de expansión y de institucionalización del fenómeno bibliográfico. Ambos se manifiestan antes de nuestra era y luego, cada uno tiene su propio desarrollo a través de las fases y etapas que los integran, como se pudo apreciar en páginas anteriores y se plasman en la síntesis del modelo de desarrollo del fenómeno que aparece a continuación. Un paralelismo similar se produce en los niveles de profesionalización y organización autónoma, cuyos inicios se producen después de los tiempos modernos.

Síntesis del modelo de desarrollo del fenómeno bibliográfico

Nivel genético y de expansión	Se inicia en
<i>Fase de compilación descriptiva</i>	
Listas de documentos de archivo	Siglos IV-III a.n.e.
Catálogos bibliotecarios	Siglo III a.n.e.
Listas comerciales de información	Edad Media europea
Catálogos comerciales	Introducción de la imprenta en Europa
Listas de servicios de referencia	Siglo XIX
Tablas de contenido	Siglo XX
Información señal	Siglo XX

Fase de investigación bibliográfica

Sistemática antigua	Siglos III-I a.n.e.
Bibliografía personal	Siglo III
Bibliografía especializada	Siglo III
Sistemática occidental	Siglos XVI-XVII
Diversificación tipológica	Siglo XVIII
Analítica	Siglos XVII-XVIII
Extractación	Siglos XVIII-XIX
Ampliación de portadores y orientación a los servicios	Siglo XIX
Matematización	Siglo XX
Análisis de citas	Siglo XX

Fase tecnológica

Mecánica	Desde principios del siglo XX
Reprográfica y audiovisual	Desde los años 30 y 40 del siglo XX
Automatizada y electrónica	Desde fines de los 50 y principios de los 60
Telemática	Desde los 80

Nivel de institucionalización

Siglo I a.n.e.

Nivel de profesionalización

Fase de literatura e investigación

Primeras manifestaciones	Siglo XVII
Solapamiento con otras disciplinas	Siglo XVIII
Diferenciación como ciencia de las compilaciones	Siglos XIX-XX
Ciencia integral del fenómeno bibliográfico	Siglo XX

Fase de formación profesional

En el ejercicio de funciones	Desde los inicios
Escolarizada	Siglo XIX

Fase asociativa

Fundación	Fines del siglo XIX
Expansión	Siglo XX

Nivel de organización autónoma

Orígenes	Siglo XVIII
Consolidación	Siglo XX

La Bibliografía o Bibliografología como disciplina: su estructura

La Teoría bibliológica-informativa ha venido reconociendo para la Bibliografía o Bibliografología la estructura siguiente:

- Teoría e investigación
 - Teoría bibliografológica
 - Historia bibliográfica
 - Investigación bibliografológica y bibliográfica
- Procesos y productos bibliográficos
 - Compilación
 - Descripción de forma y contenido
 - Estructura bibliográfica
 - Crítica
 - Bibliografías generales
 - Bibliografías especializadas
 - Bibliografías personales
 - Compilaciones comerciales
- Servicios bibliográficos
 - Búsqueda retrospectiva
 - Información señal
 - DSI
- Pedagogía bibliografológica
 - Educación de usuarios
 - Formación de bibliógrafos
- Sociopsicología bibliográfica
 - Uso de las bibliografías
 - Tipología de los usuarios
 - Tipología de los bibliógrafos
- Gerencia y tecnología bibliográfica
 - Administración de servicios bibliográficos
 - Planeamiento de servicios bibliográficos
 - Bibliometría
 - Tecnología bibliográfica
 - Sistemas bibliográficos automatizados

Si se compara esta estructura con los niveles, fases y etapas del fenómeno bibliográfico se observa lo siguiente:

Niveles, fases y etapas	Aparecen en la estructura en	Elementos de la estructura	Aparecen en niveles, fases y etapas
1 Genético y de expansión	1,1	1 Teoría e investigación	
1.1 Compilación descriptiva	2,1	1.1 Historia bibliográfica	1

1.1.1 de documentos de archivo		1.2 Investigación bibliográfica y bibliografológica	1,2 4,1	
1.1.2 de documentos de biblioteca				
1.1.3 listas comerciales	2,7	2 Procesos y productos		
1.1.4 catálogos comerciales	2,7	2.1 Descripción de forma y contenido	2,1	
1.1.5 listas de serv. Referencia		2.2 Estructura bibliográfica	1,1 y 1,2	
1.1.6 Tablas de contenido		2.3 Crítica bibliográfica		
1.1.7 Información señal	3,2	2.4 Bibliografías generales		
1.2 Investigación bibliográfica	1,2	2.5 Bibliografías especializadas	1,2,3	<i>continúa</i>
1.2.1 Sistemática antigua incluido antecedentes de bibliografías nacionales		2.6 Bibliografías personales		135
		2.7 Compilaciones comerciales	1,1, 3	1,1,4
1.2.2 Bibliografía personal	2,6			
1.2.3 Bibliografía especializada	2,5	3 Servicios	1,2,7	

1.2.8 Matemización	6,3	4.2 Formación de bibliógrafos	3,2
1.2.9 Análisis de citas		5 Sociopsicología bibliográfica	
1.3 Aplicaciones tecnológicas	6,4	5.1 Uso de las bibliografías	
1.3.1 Mecánicas		5.2 Tipología de sus usuarios	
1.3.2 Reprográficas		5.3 Tipología de los bibliógrafos	
1.3.4 Automatizada y electrónica	6,5	6 Gerencia bibliográfica	4
1.3.5 Telemática		6.1 Administración	
2 Institucionalización			
3 Profesionalización		6.2 Planeamiento automatizados	1,3,3
3.1 Investigación y literatura	1,2		
3.1.1 Primeras manifestaciones			
3.1.2 Solapamiento de disciplinas			
3.1.3 Ciencia de la compilación			
3.1.4 Ciencia del fenómeno bibliográfico			
3.2 Formación profesional	3,2		
3.2.1 En ejercicio funciones			
3.2.2 Escolarizada			
3.3 Asociativa			

3.3.1	Fundación		
3.3.2	Expansión		
4	Organización autónoma	6	6.3 Bibliometría 1,2,8
4.1	Orígenes		6.4 Tecnología bibliográfica 1,3
4.2	Consolidación		6.5 Sistemas bibliográficos

La comparación hace evidentes las situaciones siguientes:

En la estructura no están todos los tipos de compilación descriptiva; la historia del fenómeno no está periodizada; no están todos los tipos de investigación bibliográfica; faltan las bibliografías nacionales (que deberían distinguirse); no están todas las etapas de la fase tecnológica; falta la legislación bibliográfica; la investigación bibliográfica aparece a nivel general, pero falta la literatura relacionada con ella; no aparecen las asociaciones de bibliógrafos.

En el modelo de niveles, fases y etapas no se hacen evidentes: la estructura bibliográfica, la búsqueda retrospectiva (que pudieran incluirse o no en la nueva estructura que se propone para la Bibliografía o Bibliografología). Tampoco se hacen evidentes la crítica bibliográfica, la educación de usuarios, la sociopsicología bibliográfica y el detalle de la gerencia bibliográfica. Sin embargo, todas ellas deberían incluirse en la nueva propuesta.

Consecuentemente, la estructura de la Bibliografía o Bibliografología como disciplina científica se propone ahora de la forma siguiente:

- 1 Historia bibliográfica
 - 1.1 Tránsito de la comuna primitiva al esclavismo
 - 1.2 Civilizaciones fluviales
 - 1.3 Clasicismo y Lejano Oriente
 - 1.4 Edad Media europea
 - 1.5 Siglos XVI-XVII
 - 1.6 Siglo XVIII
 - 1.7 Siglo XIX
 - 1.8 Siglo XX
- 2 Procesos y productos
 - 2.1 Compilación descriptiva
 - 2.1.1 De documentos de archivo
 - 2.1.2 De documentos de biblioteca
 - 2.1.3 Catálogos comerciales
 - 2.1.4 Tablas de contenido
 - 2.1.5 Información señal

- 3 Investigación bibliográfica
 - 3.1 Sistemática
 - 3.2 Analítica
 - 3.3 Extractada
 - 3.4 Análisis de citas
 - 3.5 Bibliometría
- 4 Tipos de bibliografías
 - 4.1 Generales
 - 4.1.1 Nacionales
 - 4.2 Especializadas
 - 4.3 Personales
- 5 Servicios bibliográficos
- 6 Crítica bibliográfica
- 7 Tecnología bibliográfica
 - 7.1 Mecánica
 - 7.2 Reprográfica
 - 7.3 Automatizada y electrónica
 - 7.4 Telemática
- 8 Legislación bibliográfica
- 9 Pedagogía bibliográfica
 - 9.1 Educación de usuarios
 - 9.2 Formación del bibliógrafo
- 10 Sociopsicología bibliográfica
 - 10.1 Usos de las bibliografías
 - 10.2 Tipología de sus usuarios
 - 10.3 Tipología de los bibliógrafos
 - 10.4 Asociaciones de bibliógrafos
- 11 Investigación y literatura bibliografológica
 - 11.1 Primeras manifestaciones
 - 11.2 Solapamiento de disciplinas
 - 11.3 Ciencia de la compilación
 - 11.4 Ciencia del fenómeno bibliográfico
- 12 Organización de entidades bibliográficas autónomas
 - 12.1 Administración
 - 12.2 Planeamiento

El modelo de desarrollo del fenómeno bibliográfico presentado en estas páginas evidencia:

- Las relaciones instrumentales de la Bibliografía con los demás fenómenos bibliológico-documentarios: producción y difusión de documentos (imprentas, librerías) y su acumulación (archivos, bibliotecas).

- Los dos niveles que se pueden reconocer a la Bibliografía como disciplina: el fundamental que estudia las propiedades, tendencias, regularidades y leyes del

fenómeno bibliográfico; el aplicado que se ocupa del estudio de las propiedades, tendencias y regularidades de los conjuntos de documentos compilados.

- El empleo de la sistematización y el empleo de instrumentos especiales, propios de la investigación científica, a partir de dos momentos: el inicio de las investigaciones aplicadas durante la etapa *sistemática antigua* (siglos III-I a.n.e.) y de las *investigaciones integrales sobre el fenómeno bibliográfico* (siglo XX).

A manera de conclusión: contenido y alcance de la Bibliografía o Bibliografología

Entonces el trabajo bibliográfico no puede ser considerado simplemente como la “descripción física de documentos y como técnica o arte de describirlos y anotarlos” tal como le reconocen las definiciones dadas por algunos diccionarios y manuales en tanto el modelo permite afirmar, además, que la Bibliografía es una ciencia que se ocupa, en síntesis, del estudio de los procesos bibliográficos y de identificar las tendencias y regularidades de su propio desarrollo y las de los objetos bibliografiados. De los procesos bibliográficos derivan productos y conocimientos socialmente necesarios por su utilidad para la búsqueda y recuperación de información, para la formación de colecciones y para la caracterización del desarrollo científico, histórico y cultural, al develar los significados profundos que subyacen en contenidos manifiestos. La compilación bibliográfica es practicada por grupos específicos de personas denominadas bibliógrafos, quienes con un nivel adecuado de escolaridad y erudición se preparan para esa tarea de forma escolarizada, tutorial o autodidacta, y aplican en sus estudios instrumentos especiales creados al efecto como son normas, sistemas de clasificación y otros medios lingüísticos, matemáticos y computacionales, y que actúan en virtud de la ley general del fenómeno bibliográfico y de su principio fundamental.

Finalmente, el modelo presentado en estas páginas ha contribuido a perfeccionar la estructura que hasta el presente le ha venido reconociendo la Teoría bibliológico-informativa a la Bibliografía o Bibliografología como disciplina científica perteneciente a la esfera de las Ciencias Sociales.

Notas

¹ Setién Quesada Emilio. “Nueva propuesta para la estructura de la Bibliotecología en el contexto de la Teoría bibliológico-informativa”.

En prensa.

² Bálamo, Luigi. *La bibliografía: historia de una tradición*. España: Ediciones TREA, 1998.

³ Mijailov, A. I., A. I. Chiornii y R. S. Guiliarevskii. *Fundamentos de la Informática*. La Habana: Academia de Ciencias de Cuba, 1973.

⁴ Currás, Emilia. *Las ciencias de la documentación. Bibliotecología, Archivología, Documentación e Información*. Barcelona: Mitre, 1982.

⁵ Mijailov, A. I., A. I. Chiornii y R. S. Guiliarevskii. *Op. cit.* (3).

- ⁶ *ALA World Encyclopedia of Library and Information Services* / 2ª ed. Chicago: American Library Association, 1986.
- ⁷ Bernal, J. D. *Science in History*. New York: Cameron Associates, [1954].
- ⁸ Shera, Jesse H. *Los fundamentos de la educación bibliotecológica* / tr. Surya Peniche de Sánchez Macgregor con la colaboración de Francisco González. México: UNAM, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, 1990.
- ⁹ Escolar Sobrino, Hipólito. *Historia de las bibliotecas* / 3ª ed. Salamanca, Madrid: Pirámide, 1990.
- ¹⁰ Para los primeros documentos de archivo, los números resultaban fundamentales y la escritura se aplicaba todavía en forma rudimentaria. Los de biblioteca sólo aparecieron cuando el desarrollo de la escritura permitió plasmar el conocimiento acumulado, así como obras de pensamiento y creación.
- ¹¹ Dalby, A. Sumerian catalogs. *Journal of Library History* 21(3):475; 1986.
- ¹² Bálsamo, L. *Op. cit.* (2).
- ¹³ *Ibidem*.
- ¹⁴ *ALA World Encyclopedia of Library... Op. cit.* (6).
- ¹⁵ *Ibidem*.
- ¹⁶ Escudero González, Santiago. El concepto aristotélico de *bibliothēkhē* y la actualización del término según Plutarco. *Revista de Filosofía* 28(2); 2003. En: <http://filos.ucm.es/publicaciones/revista/vol28n2/gescudero.pdf> (consultada 7.03.2004)
- Riaño Alonso, Juan José. Los pínakes de Calímaco y los anacronismos en la historia de las bibliotecas. *AABADOM* (España) :3-16; jul.-dic. 1998.
- ¹⁷ *ALA World Encyclopedia of Library... Op. cit.* (6).
- ¹⁸ Sabor, Josefa Emilia. "La bibliografía, su historia". En su: *Manual de fuentes de información*. Buenos Aires: Editorial Kapelusz, 1957.
- ¹⁹ Torres Vargas, Georgina Araceli. Los servicios bibliotecarios y de información en el contexto de la bibliotecología tradicional. *Investigaciones Bibliotecológicas* (México) 15(31):112-124; jul.-dic. 2001.
- ²⁰ *ALA World Encyclopedia of Library... Op. cit.* (6).
- ²¹ Bálsamo, L. *Op. cit.* (2).
- ²² *Ibidem*.
- ²³ Currás, E. *Op. cit.* (4).
- ²⁴ Fernández Robaina, Tomás. "La bibliografía personal en Cuba: pasado, presente y futuro". Informe de investigación. La Habana 2004. (Manuscrito)
- ²⁵ Malclés, Noelle Louise. *La bibliografía*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1960.
- ²⁶ López Llepès, José. *La documentación como disciplina. Teoría e historia*. Pamplona: Universidad de Navarra, 1995.
- ²⁷ Currás, E. *Op. cit.* (4).
- ²⁸ Gorbea Portal, Salvador. Modelación matemática de la actividad bibliotecaria: una revisión. *Investigaciones Bibliotecológicas* (México) 12(24):51-58; en.-jun. 1998.

²⁹ *Ibídem.*

³⁰ *ALA World Encyclopedia of Library... Op. cit. (6).*

³¹ *Ibídem.*

³² *Ibídem.*

³³ Nótese la similitud de esta fase y sus etapas con las del fenómeno bibliotecario presentadas en páginas anteriores.

³⁴ *Ibídem.*

³⁵ Fernández Robaina, T. *Op. cit. (24).*

³⁶ *ALA World Encyclopedia of Library... Op. cit. (6).*

³⁷ Fernández Robaina, T. *Op. cit. (24).*

³⁸ *Ibídem.*

³⁹ Korchunov, O. P. *Bibliografiya: Obschii kurs.* Moskva: Kniga, 1981.

⁴⁰ Malclés, N. L. *Op. cit. (25).*

⁴¹ *ALA World Encyclopedia of Library... Op. cit. (6).*

⁴² Currás, E. *Op. cit. (4).*

⁴³ Weisman, Herman W. *Information Systems, Services and Centers.* New York: Willey-Baker-Hayes, 1972.

⁴⁴ *ALA World Encyclopedia of Library... Op. cit. (6).*



Aproximación a la verdadera historia de Cayo Confites*

Elena Alavez

Historiadora y periodista

Al norte de Camagüey se encuentra un islote sembrado en la memoria. Nadie conoce la fecha de su origen, ni el porqué de su denominación, pero sí que durante las semanas del sofocante verano de 1947, Cayo Confites acogió a cerca de mil personas de todas las tendencias políticas de Cuba, así como de otras nacionalidades: dominicanos, venezolanos, españoles, nicaragüenses, hondureños (como el jefe de los morteros), en un *sui generis* ejército en formación.

La indignación del pueblo dominicano o de cualquier persona con decoro del continente americano iba *in crescendo* ante el terror desatado desde 1930 por la dictadura de Rafael Leónidas Trujillo¹ en República Dominicana, el cual durante tres décadas (fue ejecutado en 1961) mantuvo el poder a través de una sangrienta represión, la llamada paz de los cementerios. Su régimen se caracterizó no sólo por la militarización de la sociedad, sino también por el peculado, el nepotismo y la megalomanía. Contra esa situación, ya insostenible, combatió por muchos años el pueblo dominicano, y el

derrocamiento de la dictadura trujillista constituyó el objetivo real de la fuerza armada que se agruparía en el Cayo.

Cuba no estuvo ausente en esa lucha. Sin embargo, dada la heterogeneidad del grupo que acude a la cita liberadora, se impone el apunte de la diversidad de propósitos existentes.

Ya en 1944, tras la asunción a la presidencia de la república del doctor Ramón Grau San Martín, máxima figura del autenticismo y con su aureola de demócrata empedernido, el ambiente era propicio para la expedición que se gestaba. En el plano internacional les ayuda la cercana y culminada Segunda Guerra Mundial y el profundo resentimiento contra el fascismo y los regímenes dictatoriales que esta despertó. No obstante, no caben dudas de que otros elementos fueron imprescindibles para el logro de la expedición. De manera decisiva influyó en su ejecución el rico hacendado y general dominicano Juan Rodríguez García, a quien, a pesar de no ser un hombre de ideas avanzadas, le era imposible vivir en un país atropellado por un dictador. Su aporte a la causa insurreccional fue de alrededor de un millón de pesos. Tampoco se puede obviar la digna actitud de lo mejor de los pueblos dominicano y cubano que con audacia y profundo desinterés apoyaron el proyecto del Cayo.

Es indiscutible que la formación del Ejército de Liberación dominicano estuvo sujeta a un largo y arduo proceso. Desde finales de la década del treinta comienzan a gestarse comités de lucha contra el trujillismo, sobre todo dentro de las filas del estudiantado cubano. Pero no es hasta 1939 que se funda

el Partido Revolucionario Dominicano, en El Cano, Arroyo Arenas, provincia de La Habana, en una pequeña finca que tenía arrendada el dominicano Virgilio Mainardi Reina. En esa reunión estuvieron presentes Juan Bosh,² Jiménez-Grullón,³ así como el propietario y Rafael Mainardi Reina.

A partir del acontecimiento fundacional, los revolucionarios dominicanos se dan a la tarea de comprometer en la lucha por la liberación de la República Dominicana a distintas personas de esa nación a lo largo de todo el país, incluidas las provincias orientales (Santiago de Cuba, Guantánamo) y allende sus fronteras, pues el éxodo antitrujillista llega hasta otros lugares de América: Venezuela, Puerto Rico, México (donde existía un grupo numeroso), algunos países de Centroamérica y los Estados Unidos (Nueva York) y otros núcleos poblacionales.

En 1943, en la Universidad de La Habana, cuando ejercía la Secretaría General de dicha institución Ramón Miyar Millán, poco después Secretario de Relaciones Exteriores del grupo dirigente del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos), tuvo lugar el Primer Congreso del Partido Revolucionario Dominicano (PRD) con delegados de las distintas secciones que lo componían, siendo el núcleo o sección central la de La Habana. Sus acuerdos fueron, en esencia, insurreccionales, es decir, cómo llevar a efecto la liberación dominicana a través de la lucha armada. Numerosos cubanos dieron también su apoyo irrestricto a esa causa sin tomar en consideración ideologías políticas, entre ellos Juan Marinello, del Partido Socialista Popular, y Eduardo Chibás,⁴

por entonces destacado dirigente del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico).

En la Universidad de La Habana y otras instituciones de nivel secundario se fueron creando, en el transcurso de los meses, comités de ayuda al pueblo dominicano. No resulta ocioso mencionar que al crearse el Comité Pro Independencia de Santo Domingo en el alto centro de estudios, la primera firma que se estampó en el documento fue la de Fidel Castro, alumno de la Facultad de Derecho, quien ya pertenecía al Comité Pro Independencia de Puerto Rico, y que no tardaría en incorporarse a otras actividades en la primera línea de combate.

Cierto es que en la república cubana las contradicciones políticas y clasistas se agudizaban y parecía estar sentada sobre un volcán. El gangsterismo (baste recordar los sucesos del Reparto Orfila, en Marianao) rivalizaba en audacia con los negocios turbios y las malversaciones al erario. La Habana se convertía en un garito. El juego caía sobre la isla desde el norte como una gran tempestad. No sólo en los grandes casinos donde se jugaba cualquier cosa, sino también el pueblo percibía su azote en diversas formas, desde la bolita y la charada hasta la improbable especulación de poder encontrar la fortuna de una casa o automóvil en la forma de una balita “mágica” dentro de un jabón de lavar. Asimismo, la droga y la prostitución exclusiva mantenían su vigencia protegida.

El afamado gángster norteamericano Lucky Luciano había conocido a Francisco (Paco) Prío, hermano del primer

ministro y futuro presidente de la república, Carlos Prío. El intermediario fue Meyer Lansky, quien le afirmó que Paco era uno de sus mejores amigos. No sin razón se asevera que cada vez se enlazan con mayor fuerza los intereses de la oligarquía con los de la organizada mafia estadounidense, a cuyos intereses unirán los de los elementos de los servicios de inteligencia de los Estados Unidos (la Agencia Central de Inteligencia, CIA, fue creada en 1947), para a través de ellos ejercer el control encubierto de la sociedad cubana.

La inestabilidad republicana llevó a numerosos cubanos a gestar un nuevo partido político. El 7 de septiembre de 1947, en el capitalino Parque Central, junto a la estatua de José Martí, se proclama la fundación del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos), cuyo lema “¡Vergüenza contra Dinero!” caló hondo en el sentir popular. Su máximo dirigente, Eduardo Chibás, simboliza la posibilidad de enrumbar la nación sobre cauces éticos de verdadera honestidad, acendrando a su vez los perfiles de la nacionalidad. Chibás presidía en el Senado la Comisión de Apoyo a la República Dominicana.

Desde un principio y por diversos motivos, desde el Palacio Presidencial se le había dado luz verde a los preparativos expedicionarios.

Es importante destacar que el estado mayor dominicano estaba compuesto por el general Juan Rodríguez, jefe militar de la expedición; como líder político, el escritor Juan Bosh; el ex embajador de dominicana en Washington, el licenciado Ángel Morales, así como los doctores Leovigildo Cuello y Juan Isidro Jimenéz-Grullón.

Los revolucionarios hacían sus reuniones para discutir los planes logísticos, estratégicos y tácticos en distintas casas, entre ellas, la de la cubana Elisa C. Suárez, casada con Lucas J. Pichardo, adonde acudían dominicanos asilados y colaboradores del Movimiento de Liberación Dominicana. En esta era presencia frecuente el escritor y político Juan Bosh, máximo gestor de la causa, quien delegó en Santiago Agüero Triana su representación en el Cayo. También se reunían en la vivienda de Teodoro Schmid, miembro de la llamada Unión Patriótica Dominicana.

El núcleo gestor dominicano contemplaba la posibilidad de aceptar donaciones, dinero o armas de cualquier gobierno de matiz republicano, aunque no compartiera sus ideales. Todo estaba subordinado al objetivo de liberar a la República Dominicana de la férrea dictadura.

Por la parte cubana, Grau dio la encomienda de apoyo absoluto a José Manuel Alemán, entonces Ministro de Educación y politiquero sin escrúpulos, que se involucró en dicha acción por diversas razones personales, y quien no pudo engañar a los representantes de la prensa más reaccionaria de la época, que lo veía situado entre un nebuloso golpe de estado y un aparatoso acto propagandístico de reivindicación, de desagravio, pues lo consideraban como uno de los mayores malversadores de aquella república. Como aspirante a la presidencia del país, según se rumoraba, el apuntalar la hermosa causa de la liberación dominicana, que gozaba de tanta simpatía en el mundo y especialmente en América Latina, le ayudaría en su doble rejuego. Otros

personeros del grausato participaron en la preparación del acontecimiento: Manolo Castro, muy vinculado al Ministro de Educación y jefe de la Dirección de Deportes y Educación Física adjunta a dicho Ministerio, así como representantes de diversos grupúsculos, entre los que descuellan el gángster Rolando Masferrer y los hermanos Salabarría, sin olvidar a un fiel subordinado, Eufemio Fernández, fusilado en 1959 por traidor a la causa revolucionaria cubana.

Desde un inicio, sin prisa, con paso firme, sin espacio para el desaliento y la apatía, el Comité Central Dominicano para la insurrección comienza a buscar las armas para la expedición del Cayo. La búsqueda es difícil, pero no infructuosa. Adquieren equipos de guerra a través de enviados especiales a Guatemala y a la Argentina del presidente Juan Domingo Perón. Sin embargo, para la compra de los aviones, bombas y ametralladoras tuvieron que dirigirse a otros países como Cuba y Venezuela; por medio de esos gobiernos se efectúa en los Estados Unidos la adquisición de armamentos.

Poco a poco se perfilaron criterios para la acción armada. El 15 de julio comenzó el reclutamiento. Las oficinas se hallaban en el Hotel San Luis de la capital cubana, con subsedes. En el San Luis radicaba el Estado Mayor del Comité Revolucionario de la organización y residía el titulado General en Jefe de la expedición, el señor Juan Rodríguez García.

La expedición tuvo un inicio poco transparente al agrupar elementos desarraigados de la sociedad, pues no existían criterios excluyentes en el re-

clutamiento. Por ello, más adelante, se produjeron conflictos en el Cayo: robos, insultos y demás, aunque esto no empaña el hecho irrefutable de que numerosos cubanos y dominicanos honestos participaron con el propósito de derrocar a la dictadura e instaurar el republicanismo en aquel país.

Dentro de la vorágine nacional nada obstaculiza el reclutamiento. Testimoniantes indican que salieron para el Cayo desde cuatro puntos: el Hotel San Luis en la calle Belascoaín, el Parque Martí, el Balneario Universitario y otros lugares de Santiago de Cuba. Los obstáculos se obviaban en cualquier lugar. Era como si aquel movimiento de hombres no existiera para las autoridades gubernamentales.

Con el transcurso de los días, los futuros expedicionarios fueron trasladados en camiones del Ministerio de Educación o por tren con boletos oficiales. El destino: las escuelas politécnicas de Matanzas y Holguín, donde se realizarían los entrenamientos. Ello se explica porque todas las escuelas del país dependían de Alemán y de su Inciso K, cuyo dinero, destinado supuestamente al desayuno y material escolar, nunca llegaba a su destino, aunque ahora en parte era desviado para el mantenimiento y traslado de la tropa para la liberación dominicana. La razón es obvia si repensamos que el Ministro de Educación pretendía mejorar su imagen con vistas a un propósito de mayor envergadura.

Cerca del momento de la partida hacia el Cayo, el llamado destacamento insurreccional se reúne en Holguín. Hasta allí, con la anuencia oficial, llegaron dos camiones al garaje del politécnico

holguinero “Calixto García”.⁵ Tumultuosamente son dadas las instrucciones finales. Hacia la finca “La Chiva”, en Antilla, cerca de la bahía de Nipe, en la zona oriental, fue enviado el grupo punitivo para ser embarcado en el *Berta*, barco pequeño en bastante mal estado, comprado por los dominicanos, y el *Aurora*, los que en la práctica demostraron no tener la suficiente capacidad para asimilar a todo el personal expedicionario, por lo cual se contrató también la goleta *La Victoria*. Se afirma que la expedición fue escoltada por el cañonero *Emilio Diéguez*. Después, ya en el Cayo, se esperaba el arribo de otro navío que llegaría de Nueva York con armas, pero que como no aparecía recibió el apelativo de “El Fantasma”.

En la playa “La Chiva” se presenta por voluntad propia el estudiante de Derecho Fidel Castro Ruz, que no tenía nada que ver con las artimañas gubernamentales, pero se sentía comprometido con la causa dominicana. El hoy Comandante en Jefe declaró: “Yo afirmaré que me enrolé tranquilamente, no tuve la menor vacilación... Nunca había hecho nada con más entusiasmo. Lo que sí me fastidió mucho fue permanecer en un cayote sin entrar en acción... Ya yo estaba pensando un poco en la guerra de guerrillas cuando llegara a Santo Domingo”.⁶

¿Cómo se conjurarían tan disímiles caracteres y objetivos con la materialización de aquel empeño? En el Cayo los días no transcurrirían apacibles. La incertidumbre asoma en cada momento.

En el islote se organizan cuatro batallones: el “Máximo Gómez”, con Feliciano Nodarse como jefe, en el que

se encontraba Fidel Castro, quien según Manuel Becerra Campos⁷ “[...] comienza a tener mucha simpatía entre los batallones y que siendo enemigo de Masferrer se encontraba allí sin temor alguno”; el “Sandino”, dirigido por Rolando Masferrer; el “Guiteras”, por Eufemio Fernández, y el “Luperón”, bajo las órdenes del costarricense Rivas. Pero, ¿sería posible la expedición? ¿Por dónde saltaría la liebre?

Uno de los participantes⁸ en la expedición reunida en el Cayo ha corroborado que existía mal ambiente, mucha desmoralización, guapería, tiros, robos y a veces se producían conflictos entre los batallones, como el “Guiteras” y el “Sandino”, pues este hacía las prácticas de tiro por las noches y al pasar por donde estaba el primero, sus integrantes pronunciaban palabrotas e iniciaban escándalos para molestar.

Las dificultades existentes no constituyeron obstáculos para que prosiguiera un entrenamiento a discreción. A pesar del apoyo oficial, era frecuente la falta de alimentos y agua, aunque el barco *Berta* iba y venía de Nuevitas al Cayo con agua y víveres. Según cuentan los expedicionarios el agua sabía a petróleo, pues venía en envases que contenían ese producto, aunque poco a poco, por el continuo llenar y vaciar de los recipientes, el gusto ácido fue desapareciendo.

Durante algunas semanas se mantuvo esa situación y la esperanza de la pronta salida hacia República Dominicana. Sin embargo, la partida se dilataba. Los cubanos designados por el gobierno para estar al frente del grupo exponían que la demora era por la falta

de los recursos de la aviación, y por tanto debían esperar.

En realidad, los acontecimientos se precipitarían.

El desenlace

En la noche, tras los sucesos del Reparto Orfila, en el Cayo un mensaje introduce matices alarmantes. Narra uno de los protagonistas⁹ que cuando estaban desconectando la planta que se comunicaba con el Hotel Sevilla, donde se encontraba Julio Salabarría, esta comenzó a llamar con insistencia al Cayo solicitando comunicación con Masferrer. El expedicionario al frente del aparato transmisor afirma que era Salabarría para transmitirle a Masferrer la noticia del registro de la finca “América”, de Alemán, donde se encontraban los aviones, y también del propio Hotel Sevilla.

¿Traición? Algunos participantes se habían retirado del lugar al no resistir o desistir ante las adversas condiciones halladas en el islote. Ya el jefe del Ejército, Genovevo Pérez Dámera, renegaba en esos instantes de la operación de liberación de República Dominicana y el presidente Ramón Grau se tornaba dubitativo. ¿Qué estaba sucediendo?

El lunes 22 de septiembre llegó a La Habana el general dominicano Juan Rodríguez para esclarecer los acontecimientos. Al entrevistarse con José M. Alemán y Genovevo Pérez Dámera, este último no habló, sino impartió órdenes: era preciso abandonar el Cayo en veinticuatro horas, mientras se les aseguraría alimentos y agua a los allí reunidos. Con el decursar de las horas ni aviones ni alimentos aparecían. A partir de entonces, todo indicaba que la expedición estaba condenada al fracaso.

A pesar del giro que tomaban los acontecimientos, el general Juan Rodríguez insiste en averiguar sobre los nuevos hechos. Solicita una entrevista al inquilino de Refugio N° 1. Esta es acordada para pocos días después, el 26 de septiembre, a la una de la mañana. Están presentes, además de Grau, los jefes del Ejército y la Marina; el Ministro de Educación aguardaba en el Salón de los Ayudantes.

Sin dudas, la situación se volvía cada vez más tensa. Según describe un comentarista de la época, en la sección “En Cuba” de la revista *Bohemia*, se tomaron estrictas medidas de seguridad: Casi todas las luces del Palacio Presidencial fueron apagadas y se prohibió la entrada y salida de toda persona que no estuviera autorizada.

La reunión fue un fracaso. Genovevo indujo a creer que existía un movimiento en contra del gobierno en esa expedición. Grau, siempre dubitativo, piensa que tal vez lo mejor fuera acabar con todo aquello, más cuando habían comenzado las presiones del gobierno de Washington¹⁰ para liquidarla —el señor Trujillo se había quejado de que Cuba preparaba, infringiendo todas las reglas del derecho internacional, un ataque contra la nación que regenteaba. Desde Miami, los voceros de Trujillo le dieron publicidad a la noticia de la expedición, provocando el consiguiente escándalo internacional.

Entonces el presidente cubano optó por lo más sencillo: dismantelar el Cayo. El viernes 26 partía de Palacio el ultimátum de terminar con la expedición. No hubo conformidad en los expedicionarios al tomar conciencia de la traición del grausato ante la delación trujillista. ¿Qué hacer con los hombres del Cayo?

Ya la expedición no era posible. Genovevo se había entrevistado en Washington con el embajador de Trujillo y sin duda hubo el acuerdo de frenar la tropa. En Miami comenzó una furiosa propaganda contra la Operación Santo Domingo.

Las órdenes se impartieron de inmediato en el Cayo. Los revolucionarios fueron reunidos en distintos grupos en las mismas embarcaciones que los habían llevado hacia el islote, pero en este caso con destino incierto. ¿Hacia dónde? La confusión engendró desaliento, inconformidad. Cerca de la posesión inglesa de Cayo Winch, 337 hombres pidieron quedarse. Dos fragatas de la Marina de Guerra de Cuba, la *Maceo* y la *Martí*, les cerraban el paso y mediante altavoces pedían que se detuvieran. El lunes 29, la casi totalidad de los expedicionarios fue capturada en los barcos *Aurora* y “El Fantasma”.

Todos fueron conducidos a Columbia. Ya sí se pudo constatar que el rumor sobre Pérez Dámera era cierto: recibiría un millón de pesos por desbaratar la expedición. Por ello los involucrados gritaban, al ser trasladados presos hacia el cuartel: “Genovevo, traidor, te vendiste por un millón”.

Otros acontecimientos se acondicionaron antes, durante y después de los hechos narrados. Según parece, Genovevo Pérez Dámera no fue el único en traicionar el intento antitrujillista. Los testimoniantes también se refieren a Masferrer, y el dominicano Bosh opina sobre la dudosa postura de Policarpo Soler (muerto años después por orden de Trujillo), a quien considera que trabajaba para el dictador Trujillo.

No obstante, a pesar de la presión de las fragatas, al llegar a los cayos de Santa María, el buque “El Fantasma” se dirigió a Cayo Quincho. En esa nave se encontraba Fidel Castro. Se produce un motín a bordo, pues querían que los revolucionarios entregaran las armas. “Yo –afirmaría Fidel– tuve que insubordinarme, junto a otros expedicionarios; no era posible y dije que no”.¹¹

La situación, difícil, no careció de una rápida y oportuna decisión. Resultaba evidente que el Ejército estaba apresando a los complotados en el muelle de Cayo Saitía. Había que salir de aquella compleja realidad. La solución, nada simple, pero sí única, la avizoran algunos cerca de la bahía de Nipe. Fidel, junto a Miguel Luján, Evaristo Jiménez y José M. Cabrera, se lanza armado al agua. “Primero –afirma– nos montamos en la lancha del práctico, pero él estaba muy preocupado porque si nos veían, nos iban a matar. Y yo dije: si nos descubren nos tiramos al agua. Entonces empezaron con reflectores para allá y en una de esas nos apuntaron y cumplí mi palabra y nos tiramos”.¹²

La bahía de Nipe es cerrada. Grande e infestada de tiburones (cornudas). No obstante, aquellos expedicionarios se jugaron el todo por el todo. ¿Y las armas? Con ellos. Fidel llevaba dos ametralladoras, pero tuvo que soltar una, pues se hundía. Llegaron a tierra y de allí a la casa de la familia Castro Ruz.

En Cayo Confites existía el desinterés y la valentía de los dominicanos y de muchos cubanos presentes. Rememorando aquellos hechos, Fidel acotaría que le habían servido de experiencia para continuar la lucha y le brindaron ánimo en la búsqueda de un futuro diferente.

Notas

¹ Rafael Leónidas Trujillo Molina. Su aparición y ascenso se vincula a distintos factores, entre ellos: la ocupación norteamericana; el Ejército y cuerpo policiaco formados durante dicha ocupación; el favoritismo que creó Horacio Vázquez, el cual permitió su ascenso militar, y el acaudillamiento que consiguió en las filas del Ejército nacional.

² Juan Bosh, connotado político y escritor dominicano.

³ Juan Isidro Jiménez-Grullón, escritor dominicano-cubano, publica artículos de corte filosófico, fundamentalmente en la revista *Isla*, de la Universidad de Las Villas.

⁴ Alavez, Elena. *La ortodoxia en el ideario americano*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2002.

⁵ Julio Cruz Pérez fue empleado del Taller de Servicios y Mantenimiento y afirma que a las

dos de la mañana parquearon dos camiones tapados con lonas de color verde, en el garaje. Pudo observar que estaban cargados de ametralladoras, pistolas calibre cuarenta y cinco y muchas cajas de balas. Además, en la mañana habían llegado dos más con ropa, botas y más armas. El personal estaba autorizado por el Ministro de Educación.

⁶ Castro Ruz, Fidel. Testimonio. Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.

⁷ Conocido como el Alcalde del Cayo.

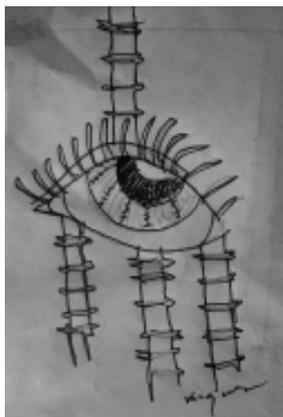
⁸ Camargo, Justo. Testimonio. Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.

⁹ Becerra Campa, Manuel. Testimonio. Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.

¹⁰ El embajador de Cuba en Washington era Guillermo Belt.

¹¹ Castro, F. *Op. cit.* (6).

¹² *Ibidem*.



Alejo Carpentier, el musicólogo

Raúl Martínez Rodríguez

Investigador

Este escritor y musicólogo nació el 26 de diciembre de 1904 en la calle Maloja en la ciudad de La Habana. A los siete años trataba de tocar en el piano algunos preludios de Chopin y hacer juegos de pedales con obras de Debussy. Su afición por la música viene de su abuela que fue una magnífica pianista y había sido discípula de Cesar Frank, y de su padre, quien tocaba el violonchelo y había estudiado con Pablo Casal, además era acompañado por su madre en el piano. Según el propio Carpentier pensó en dedicarse a este instrumento, pero no tenía la suficiente imaginación creadora necesaria para ser un buen compositor o intérprete. Muy joven todavía estudió solfeo y teoría de la música, aunque confesaría más tarde que también tomó lecciones de armonía y orquestación.

Años más tarde, en 1923, Alejo, desde el periódico *La Discusión*, escribe sobre la soprano Rita Montaner calificándola de incomparable cantante cubana.

Desde 1926, junto al compositor y director de orquesta Amadeo Roldán, organiza los conciertos de música nueva donde por primera vez en Cuba se ejecutan obras de compositores muy

contemporáneos como el ruso Igor Stravinsky y los franceses Maurice Ravel y Erick Satie. Un año después continúa su trabajo junto a Roldán escribiendo la acción coreográfica en un acto y tres episodios de *La hija del ogro*. También colabora con el notable compositor Alejandro García Caturla, otro contemporáneo cubano del siglo XX, con sus poemas afrocubanos *Marisabel* y *Juego santo*, para voz y piano, los cuales fueron editados por Maurice Senart, en París.

Alejo Carpentier siempre fue un incondicional admirador de todo lo moderno dentro de la literatura, la danza, la pintura y de manera muy especial de la música de concierto, en particular la que venía de Europa y los Estados Unidos. De la América portuguesa admiraba extraordinariamente al compositor brasileño Héitor Villalobo, así como al estadounidense (de origen francés) Edgar Varése y a los mexicanos Carlos Chávez, Silvestre Revueltas y Blas Galindo; de nuestro país a Amadeo Roldán y Alejandro García Caturla.

Sobre música popular escribía positivamente en sus crónicas desde Francia enviadas a la revista *Carteles*, de los triunfos de los compositores cubanos Moisés Simons, Julio Cuevas, el cantante Antonio Machín y la rumbera Alicia Parla. A su vez, es amigo íntimo de artistas famosos dentro de este género como el cantante y *chansonier* francés Maurice Chevalier y la cantante *vedette* norteamericana Josephine Baker.

Su crítica musical más significativa de esta época reflejaba en especial los éxitos de nuestros artistas y músicos

en el extranjero, la cual sirvió para divulgar la música cubana en lugares diferentes de Europa y América; todos estos trabajos aparecieron en las revistas cubanas *Carteles* y *Social*.

La relación amistosa y profesional entre Alejo Carpentier y el notable compositor francés Marius Francais Gaillard comienza en 1928 con el estreno en el Théâtre Beriza de París de la tragedia burlesca *Yamba-O*, con una coreografía basada en una leyenda de los negros de las Antillas. También con este autor publica en París nueve canciones denominadas *Poèmes des Antillas* con un notable éxito de venta, y en 1932 la cantata *La pasión negra*. En 1938 se une por última vez con Gaillard con la obra *Invocaciones* para voces masculina. Ambas creaciones tuvieron gran aceptación en Francia.

Según el propio Carpentier, a la hora de utilizar un texto o escribirlo lo primero que hay que tener es un pleno dominio del tono del compositor, el ritmo literario y musical de toda la partitura y una aguda sensibilidad de la obra.

En 1928, sobre un libreto de Alejo Carpentier, se estrena en La Habana por la Orquesta Filarmónica, bajo la dirección de Pedro Sanjuán, y posteriormente en París, la página sinfónica *La rebambaramba*. Un año después, *El milagro de Anaquillé*, con música de Amadeo Roldán. Ambos ballets evocan escenas típicas de un ingenio cubano; según el libreto, en ellos aparecen los cuadros folclóricos “Juego de la culebra” y “Cabildo lucumí”. El estreno como danza de *El milagro...* en Cuba tuvo que esperar hasta el año 1961, cuando se representó en el Tea-

tro Amadeo Roldán bajo la dirección del notable coreógrafo Ramiro Guerra y su grupo de Danza Moderna encabezado por los que serían prestigiosos bailarines Nieves Fresneda, Santiago Alfonso, Luz María Collazo, Gerardo Lastra, Perlita Rodríguez, Eduardo Rivero, entre otros. También actuó en la puesta un excelente grupo de canto y percusión bajo la dirección del eminente percusionista folclórico Jesús Pérez y la Orquesta Sinfónica Nacional, dirigida por el maestro Roberto Sánchez Ferrer; las notas al programa de estreno fueron confeccionadas por el propio Alejo Carpentier.

En 1930, con música de Alejandro García Caturla, escribe el libreto de la ópera bufa *Manita en el suelo*, la cual hace unos años tuvo su estreno con acierto en el teatro, pero no la grabación, quizás por no estar la partitura inteligentemente bien revisada.

Impartió en 1941 doce conferencias magistrales de Historia de la Música en el importante Conservatorio Nacional Hubert de Blanck. El 26 de enero de 1943 adquiere los títulos de profesor de Historia y Estética de la Música en ese prestigioso centro de estudio.

Posteriormente, comienza a escribir sus artículos para la revista *Conservatorio*. Durante sus largos años en Venezuela inicia en 1951 en el periódico *El Nacional* de Caracas la sección “Letra y Solfa” en la cual publicó cientos de artículos con los temas de música y literatura. También ese mismo año imparte veinte charlas de Apreciación de la música moderna en el Centro Venezolano Americano.

La música siempre estaría presente en sus novelas, quizás el ejemplo

más significativo es su exitosa novela *El acoso*, de 1954, que tiene la forma de sonata clásica, y fue muy elogiada en Francia.

En 1973, el Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos le filmó cuatro charlas magistrales, entre ellas la nombrada *Habla Carpentier... sobre la música popular en Cuba*, bajo la dirección de Héctor Veitía, donde Alejo se muestra carismático y, por supuesto, sabio con relación al tema.

Publica su libro más significativo sobre esa temática en 1946, *La música en Cuba*, editado por el Fondo de Cultura Económica, de México. Entre otros aspectos importantes descubre y trabaja la obra desconocida del compositor cubano de música religiosa del siglo XVIII Esteban Salas en los archivos de la Catedral de Santiago de Cuba. Según la notable musicóloga Yarelis Domínguez Benejan, “Este libro carpenteriano cubrió la necesidad de un libro donde se resumiera todas las etapas de la música cubana desde sus orígenes hasta el momento en que se escribió”.

En él se une lo perfecto en la literatura y el conocimiento histórico exacto de la investigación musical. Alejo Carpentier nos enseñó a escribir claro sobre este arte. *La música en Cuba*, editado en infinidad de ocasiones en varios idiomas aún desempeña un papel importante dentro de nuestra historiografía musical, pues en él se recogen los criterios y las valoraciones de una personalidad como la de Carpentier sobre épocas anteriores de la música cubana partiendo de su propia y valiosa visión y de la amplia etapa que le tocó vivir.

Alejo Carpentier falleció el 24 de abril de 1980 en París.

Bibliografía consultada

DOMÍNGUEZ BENEJAM, YARELIS. *Camino de la musicología cubana*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2000.

GARCÍA CARRANZA, ARACELI. *Vida y obra de Alejo Carpentier*. La Habana: Editorial Letras Cubana, 2004.

Fernando Ortiz. Una metodología que funda y arrasa*

Judith Salermo Izquierdo

Investigadora

“[...] los estudios se llevan a cabo en la biblioteca y en la calle, con el libro y con el informante, en la historia de ayer y en la vida de ahora [...]”.

CALIXTA GUITERAS

Una vez escuché a alguien insinuar que Fernando Ortiz, el genial y enciclopédico investigador, había observado su entorno siempre desde la cima de su favorable posición social y económica; que se había mantenido protegido en su torre de cristal, soberbio, distante, aristocrático... Lamentablemente existen los que, ante la grandeza intelectual y ética del maestro cubano, buscan pretextos infundados para restar méritos a su imperecedera obra, a su inestimable talento; ¡hay quienes se consumen ante tanta luz!

Pero Ortiz era mucho más que un hombre de libros e ideas científicas; era también un hombre de acciones, apegado a la vida misma en movimiento: iba en busca de la gente, salía de su medio, y era capaz de penetrar en los más diversos lugares y encontrar las más novedosas vías para divulgar y perfeccionar su mensaje útil, aplicable, honesto. No era el suyo un conocimien-

to de vidrieras, frío, basado sólo en el saber y divorciado de sentir y comprender; era la combinación de las cualidades necesarias para llegar a la gente, trabajar y descubrir por ellas.

Si quien estudia su obra llega a preguntarse no sólo qué hizo, sino también cómo lo hizo; y si indaga, además, acerca de qué otras labores en pos de la cultura supo realizar e impulsar durante su larga existencia, además de lo mucho que nos legó con su obra escrita, puede llegar a encontrarse con una actividad práctica enorme y variada, capaz de mantenerse vigente aún en la actualidad, y digna de compararse con no pocos de los mejores aportes hallados en su obra escrita.

Es esta la ocasión oportuna entonces para comentar unas pocas ideas en torno a los métodos y técnicas utilizados por Ortiz para acercarse más verdadera y profundamente a su entorno social, a la gente humilde, a las clases y estratos más desfavorecidos.

* Este texto forma parte de un trabajo mayor dedicado al rescate de las contribuciones de Fernando Ortiz a las Ciencias Sociales cubanas, y en especial a la Sociología titulado “Fernando Ortiz: apuntes para un rescate de su imaginación sociológica”.

De hecho, es este uno de los indicadores del pensar y la acción científicos de Ortiz que fue evolucionando, a través del tiempo. Si se indaga un poco en este punto, puede considerarse que, con motivo de su permanente autosuperación, y de sus contactos, cada vez más frecuentes y profundos, con la práctica social cubana y los sujetos concretos..., Ortiz fue perfeccionando y complejizando su aparato metodológico.

Algunos aspectos acerca de la metodología utilizada por Fernando Ortiz fueron expuestos en un artículo de Calixta Guiteras Holmes, publicado en la *Gaceta de Cuba* (1965), bajo el sugerente título de “Fernando Ortiz: palparlo todo, olerlo todo, saborearlo todo”.¹ Según lo planteado por la autora en ese interesante trabajo y por la información que he podido reunir, a través de mis lecturas, me dispongo a emitir algunos criterios en torno al asunto.

Es bueno destacar que en la siguiente argumentación se utilizarán nombres con los cuales en la actualidad son reconocidas dichas técnicas.² Esto no quiere decir que Fernando Ortiz las utilizara y conociera por esas denominaciones, pues muchas de ellas eran totalmente novedosas, y no contaban aún con una nomenclatura estrictamente definida. Sin embargo, lo que realmente interesa es el contenido y tipo de prácticas asumidas por el pensador, y no el nombre con que este las identificara.

Por otra parte, no pretendo agotar en este momento la cuestión metodológica dentro del quehacer ortiziano. Estos son únicamente algunos apuntes para ilustrar cuánto de nuevo y útil aportó Fernando Ortiz a las Ciencias Sociales

cubanas, en este sentido. Siento el deseo, también, de que ello constituya un estímulo para la provocación de posteriores análisis en torno a un tema tan poco investigado como este, dentro de toda producción de estudios dedicados al maestro.

Puede afirmarse que desde un principio, Ortiz utilizaba lo que hoy se denomina *análisis documental* el cual se convertiría, además, en *análisis de contenido*. Estas técnicas fueron unas de las primeras que el pensador aplicara, tras su regreso a la isla, cuando comenzó a indagar sobre las manifestaciones delictivas de los grupos negros de nuestra población, a través de fuentes penales como expedientes e informes policiales, periódicos, entre otros.³ También, por medio de ellas, Ortiz obtenía y analizaba los *datos estadísticos* que utilizaría, como todo buen positivista, en muchas de sus investigaciones como fundamento y comprobación para la búsqueda de un conocimiento “confiable, preciso y objetivo”.

El análisis de contenido permanecería presente durante toda su trayectoria intelectual por el hecho de que aun convertido en un científico ya maduro y consagrado, Ortiz no abandonaría la lectura y el análisis crítico-comprensivo de fuentes orales o escritas sobre los fenómenos a los que prestaba atención. Por eso, a través de esta técnica interpretaría también datos y hechos aprendidos por medio de sus lecturas sobre Historia de Cuba, África y otras muchas regiones, y procesos de su interés.

El empleo de fuentes estadísticas secundarias es otro de los medios que

Ortiz comienza a aplicar como resultado de sus conocimientos positivistas. Sin embargo, esta será una práctica permanente, para complementar las informaciones encontradas a través de otras vías de acceso a la realidad social.

Al prestar atención a los usos que el maestro hiciera de estas fuentes, se puede encontrar que constituyen un indicador de la evolución producida en su pensamiento a lo largo de toda su carrera intelectual. Al principio, percibimos una aplicación un tanto esquemática, a partir de la cual los datos y cifras son utilizados sobrevaloradamente, para describir un fenómeno prescindiendo de otros juicios racionales que posibiliten la explicación comprensiva de la realidad.

Los artículos “Del suicidio”, publicado en 1906, y “Contra el alcoholismo” (1908), son una fiel muestra de lo planteado. En ellos Ortiz realiza un análisis muy simple de tan controvertidos fenómenos sociales, y llega a conclusiones que distorsionan la verdad, por la principal razón de haberse apoyado sólo en una fría fuente de datos estadísticos. Así, los elementos que se mencionan como causantes de aquellos comportamientos, están marcados por estereotipos y medianas verdades, asimismo no llega a encontrarse la esencia y el fundamento socio-histórico de tales conflictos.⁴

Con el paso de los años, puede verse que los datos estadísticos son utilizados como complemento a otras técnicas de investigación, y que, además, se acompañan de serios y juiciosos criterios racionales, a los cuales arriba el autor por medio de la inducción, la deducción, la generalización... En muchos de sus textos,

aparecen las citas que comprueban lo planteado. Incluso, en la bibliografía de sus cursos en la Escuela de Verano (en la década del cuarenta y principio de los años cincuenta), continúa orientando a sus discípulos la consulta de censos y otras fuentes de datos semejantes.⁵

Desde su formación positivista en Europa, Fernando Ortiz había conocido en teoría, y sobre todo, en la práctica todo lo necesario para aplicar la “observación” directa sobre los fenómenos sociales. Así, con aquellas herramientas se dispuso a indagar en la compleja fronda que constituía el panorama sociocultural cubano de las primeras décadas del siglo xx.

Poco a poco fue aumentando su insistencia en el acercamiento físico a los grupos de individuos que pretendía investigar. Su curiosidad no tenía límites, y ya no le bastaba la simple, y a veces, distante observación, concebida en el sentido más positivista del término. Por ello comenzó a experimentar otras vías de acercamiento a sus unidades de estudio, métodos eficaces y adecuados para la búsqueda de elementos reales, auténticos, vivos, provenientes de los mismos protagonistas de los fenómenos que le resultaban interesantes.

Debe subrayarse que el medio donde Ortiz trabajaba era muy complicado, y resultaba un obstáculo en sí mismo para el verdadero acercamiento a su esencia científica y humana. Su interés muchas veces se dirigía a expresiones y comportamientos religiosos que, además de poseer elementos “sagrados”, como es natural en una agrupación de este tipo, se desarrollaban en una sociedad en la cual les era imposible

realizar sus prácticas abierta y libremente.

Los prejuicios y la falta de tolerancia provocaban que los grupos pertenecientes a una organización religiosa de origen africano estuvieran en constante peligro de ser atropellados, y reprimidos brutalmente por la policía o por el resto de los miembros de la sociedad. A esto debe sumarse que Ortiz era un blanco, profesional y adinerado, y esas cualidades lo ponían mucho más lejos de las humildes masas populares —compuestas en su mayoría por grupos negros.

De lo anterior debe entenderse que llegar a aquellos sujetos, ser aceptado y, además, ganarse su respeto y confianza, fue una tarea harto difícil dentro de esas circunstancias. Si Fernando Ortiz pudo lograrlo, fue a causa de su paciencia inigualable, su excelencia como hombre y como científico, su tacto y, definitivamente, además, por la manera tan peculiar y adecuada como supo ir modificando y alternando sus métodos para el acercamiento a la realidad social.

Cuando Ortiz comenzó a visitar los lugares donde se efectuaban, a escondidas, las actividades religiosas y culturales en general de origen africano, prácticamente no conocía a ninguno de los presentes. No sería extraño entonces que le tuvieran miedo y lo rechazaran. Para ganarse su confianza aprendió a respetar sus costumbres y secretos; los ayudaba económicamente, los protegía ante las autoridades, les daba consejos; los trataba como a iguales, los recibía en su casa, los escuchaba (cosa rara en aquellos tiempos de tantas pugnas y discriminaciones raciales).⁶

En cada visita y cada nuevo conocido Ortiz lograba enterarse de otras personas y lugares donde continuar investigando.⁷ Fue sin dudas esta forma, sumamente novedosa para la época y el contexto, lo que podría denominarse, en términos actuales, la técnica de muestreo utilizada por el pensador.

Realmente, no había otra vía de selección muestral, pues al ser totalmente ilegales aquellas agrupaciones, y por sus características culturales específicas, no existían fuentes escritas sobre su organización y funcionamiento, o sus integrantes y figuras directivas... No estaba escrito en ningún lugar la planificación de sus actividades, la cualidad de sus manifestaciones, en fin, no había casi nada al respecto.

Ortiz sólo contaba con sus propias gestiones y con lo que pudieran facilitarle sus informantes. Por eso para continuar indagando en la realidad concreta de nuestro país, una de las pocas vías posibles era la de buscar nuevas fuentes vivas de información, a través de las personas ya conocidas.

Si fuéramos a utilizar un nombre reconocido en la actualidad para definir esta práctica, sin dudas utilizaríamos el de *snow ball* o *bola de nieve*. Es cierto que utilizar una terminología como esta puede parecer una fuerza por atribuirle al pensador, formas de hacer inexistentes en su época. Sin embargo, también es cierto que antes de que esta y otras técnicas de la investigación social alcanzaran el estatus científico y los nombres con los cuales hoy son reconocidas, tuvieron que surgir primero como resultado de la labor práctica de investigación de muchos científicos

sociales, revolucionarios pioneros en cada uno de sus campos de estudio.

Fernando Ortiz fue uno de los primeros que en nuestro país se dedicara al fomento y desarrollo de las ciencias humanísticas. Su acercamiento a ellas se produjo incluso antes de que estas integraran los currículums de muchas de las más prestigiosas universidades del mundo.

La actualidad que caracterizaba su pensamiento teórico se extendía también hacia su labor práctica. Por eso desde el punto de vista metodológico pueden hallarse en él, a la par de su profunda intuición e inteligencia naturales, las influencias de diversas escuelas científicas. Entre ellas pueden mencionarse las más reconocidas de Antropología social y cultural –sin perder de vista los hallazgos metodológicos realizados especialmente por Bronislaw Malinowski–, y la Escuela de Chicago, que tuvo una gran importancia en este sentido por las variadas y novedosas técnicas utilizadas para abordar y solucionar lo social en sus manifestaciones más concretas.

Mientras iban transcurriendo los años de ardua e incansable búsqueda investigativa, las relaciones de Ortiz con los grupos sociorreligiosos de origen africano se fueron haciendo más abiertas e informales. A través del contacto directo y frecuente con los sujetos, fue perdiendo, poco a poco, su imagen de intruso o extraño, y estableció con muchos de ellos profundos lazos de amistad. Al calor de tales relaciones interpersonales tuvo la posibilidad de hacer que algunos de ellos contribuyeran a su trabajo asumiendo el papel de “informantes”.⁸

A partir de lo expresado en el artículo de Calixta Guiteras, y de los argumentos arrojados por algunas de las personas que le facilitaban información permanentemente,⁹ me atrevo a plantear que Fernando Ortiz realizó prácticas muy cercanas a la “observación participante no encubierta”.

Al tiempo que nuestro investigador lograba desvanecer el recelo con el cual era mirado, no se contentaba con mantenerse observando a distancia. Por ello quiso tomar parte en las actividades, realizar las labores, acudir a las celebraciones, aprender las formas de hacer, no sólo en teoría, sino sobre todo, en la práctica. Así “[...] entendía como buen científico que solamente estimulando este contacto vivo con sus informantes, con el pueblo, podía llegar a las costumbres de la verdad sociológica”.¹⁰

La idea era establecer un ambiente amistoso, de confianza; era lograr, además, que se comprendiera el valor de su trabajo, y este fuera compartido por los sujetos investigados. Como estamos en presencia no sólo de un científico, sino también de un humanista, sobra decir que las relaciones que pudieron establecerse entre este y los grupos de hombres y mujeres a quienes se acercaba, estaban basadas en fuertes principios éticos de lealtad y respeto mutuo.

Porque quería aprender cómo y qué comían, bebían, bailaban, hablaban, cantaban..., y quiso aprender también cómo poder hacerlo él mismo para entender y aprehender bien cada elemento, decimos que su observación muchas veces fue participativa. Dicen que llegó a bailar al ritmo de los tambores, que

intentaba aprender a tocar los instrumentos musicales, que se sentaba descalzo en las esteras, saludaba los santos, y repetía con igual naturalidad muchas de las cosas típicas de aquellos grupos a los cuales tanto se apegó.¹¹

Ortiz quería siempre sentirse en ambiente: “palparlo todo, olerlo todo, saborearlo todo”. Protestó cada vez que se le quiso atender en mesa aparte, y rechazó las servilletas, los cuchillos y los tenedores: “[...] es que quería beber en jícara, comer con cuchara y, más que todo, estar con ellos y oírlos”.¹²

Su objetivo era participar activamente en la cultura de sus observados, apropiarse de ella, entenderla no como algo ajeno, sino aceptándola como si fuera la suya. Sin embargo, nunca perdería de vista sus cualidades particulares, ni olvidaría internamente que él era distinto; de ser así mucho habría que dudar de la objetividad y valor de sus investigaciones. Con rigor científico, intentaría mantener siempre el distanciamiento imprescindible que debe existir entre un observador y sus observados.

La “entrevista oral” fue otra de las técnicas que Ortiz utilizara. Claro está que la información no podía adquirirla sólo por medio de la observación. Así, eran entrevistados muchos de los participantes en cada evento, ya fueran grandes celebraciones ocasionales, o expresiones más cotidianas de la vida de aquellos grupos. También por medio de esta técnica, Ortiz interrogaba a sus informantes, quienes lo acompañaban siempre, observaban junto a él y, posteriormente, le explicaban cada uno de los detalles presenciados, con sus significados sociorreligiosos, o lingüísticos.¹³

La entrevista oral era, por supuesto, la más adecuada forma de interrogar, y prácticamente, la única posible, en el medio donde Ortiz investigaba. Recuérdese que sus unidades de estudio procedían generalmente de los estratos más bajos de la población, entre los cuales era común el analfabetismo, o la falta de los más elementales conocimientos requeridos por un ser humano para la comprensión de un documento, y para poder expresar su respuesta de manera escrita.

Las cualidades personales de Ortiz, su facilidad para establecer relaciones amistosas, su profundo tacto para tratar con cualquier tipo de individuos, y su facilidad para ganarse la confianza de las personas, dieron a la aplicación de esta técnica un resultado muy positivo. Sin dudas, a través de la conversación y el diálogo espontáneo, desprejuiciado y abierto, el gran maestro pudo llegar a conocer cuestiones de suma importancia, y hasta secretos y detalles sagrados, muchos de los cuales estaban prohibidos revelar por los propios practicantes de la religión.

Por último, me arriesgaré a plantear que la entrevista aplicada por Ortiz trascendió muchas veces sus cursos más frecuentes para llegar a convertirse en una “entrevista en profundidad”, que informara sobre las “historias de vida” de algunos de los componentes de aquellos grupos de origen africano.

Quizás sea precipitado este planteamiento, porque desafortunadamente sólo cuento con unas pocas palabras emitidas por algunos de sus informantes, y no he podido encontrar otras fuentes que se refieran, al menos sucintamente, al aspecto metodológico

en la obra de este intelectual. Sin embargo, lo poco que he podido revisar al respecto, informa que Ortiz tenía un profundo interés por indagar en la vida pasada de aquellos grupos, en sus tradiciones, en sus costumbres más antiguas...

Si se sigue la lógica de su pensamiento, puede notarse que, efectivamente, su objetivo era conocer cada uno de los componentes culturales que integrándose e interrelacionándose daban lugar a la cubanidad. Por eso, desde sus primeros acercamientos al interesante mundo de las múltiples expresiones de origen africano que convivían en nuestro país, y por lo poco que se sabía al respecto, su curiosidad y su compromiso como investigador sólo le permitieron ahondar en ello y no conocer o comprender todo lo que fuera posible de aquellas instituciones y fenómenos socioculturales. La tarea fue ardua, y lamentablemente una vida larga y fecunda, resultó ser corta para tanto y tan vasto campo de estudio.

El enfoque metodológico utilizado por Ortiz, como ha sido certeramente sintetizado en el texto *Transculturación en Fernando Ortiz* (1989), de Diana Iznaga,¹⁴ partía de un estudio pormenorizado en torno a la evolución que en el contexto cubano habían tenido los distintos elementos culturales que aquí habían confluído. Su idea era poder comparar las expresiones originales de cada cultura matriz con sus comportamientos posteriores en el nuevo contexto, para saber en qué medida habían influido en el producto final: la cultura cubana.

En ese afán por hallar las supervivencias culturales de cada una de las

fuentes originarias de “lo cubano” encontramos un indicio clave para comprobar que, ciertamente, Ortiz sintió la necesidad de reconstruir algunas historias de vida. Con este método, apoyado siempre en serias fuentes documentales sobre Historia de África y otras materias, el investigador podría ir encontrando rasgos coincidentes en uno u otro contexto, y podría descubrir, por ejemplo, qué nos trajeron los africanos, qué dejaron por sus tierras, qué perdieron en nuestra isla, qué huellas dejaron “definitivamente” en nuestra identidad cultural.

Uno de sus informantes ya había dicho al ser entrevistado: “[...] a él le gustaba saber de mi abuela que era musundi de nación, de mi bisabuela, de mi tatarabuela y de ahí, todo lo demás”.¹⁵ Estas “abuelas” simbolizaban lo que el sabio cubano andaba buscando; era el pasado, y su continuidad en el presente; era la relación entre ambos.

Uno de los valores fundamentales del desempeño de Fernando Ortiz como investigador social es, precisamente, haber podido llegar a la gente, a sus expresiones concretas, a su realidad. El contacto estrecho con las fuentes vivas y los procesos en funcionamiento¹⁶ permitieron que este pensador se negara a sí mismo, se criticara, y llegara luego a una autosuperación profunda de muchos de los principios y concepciones de los cuales había partido en su juventud.

Es así como entiendo la evolución de su pensamiento, y dentro de ella, en mi opinión, juegan un papel muy destacado los métodos y técnicas de acceso a la realidad social. Tanto más, porque

aquellas fueron las vías, a través de las cuales, fue posible el acercamiento a la práctica social misma, en sus expresiones más genuinas.

El haber podido combinar de forma adecuada y eficiente una serie de técnicas de recogida de información a partir de la correcta selección y complementación, en el momento necesario y con la intensidad requerida, otorgan sin dudas, una gran porción de la riqueza que encierran muchos de sus textos fundamentales. Es aquello que le posibilita salirse de los esquemas y prejuicios de las teorías más relevantes de la época, y lo acerca a la esencia misma del fenómeno sociocultural cubano.

Evidentemente, en este aspecto encontramos una profunda huella sociológica y antropológica que invade el quehacer ortiziano. Si bien no puede afirmarse que estas prácticas hayan sido exclusivamente elaboradas al calor del surgimiento y evolución del pensamiento social universal, sí resulta claro que en su mayoría conforman una parte destacada de lo que podemos llamar hoy las herramientas metodológicas utilizadas por dichas ciencias. Estas técnicas fueron legitimándose como resultado del desarrollo metodológico alcanzado durante la primera mitad del siglo xx por las ciencias antropológicas y sociológicas del mundo en general.

Algo más es justo destacar acerca de las concepciones metodológicas del maestro cubano: históricamente, dentro de la Sociología y otras disciplinas sociales ha existido un enfrentamiento entre quienes defienden una perspectiva humanística y cualitativa, que pone especial atención en el lenguaje, la interpretación y el papel que desempeña

el actor, por un lado; y por otro, entre quienes plantean un enfoque cientificista y cuantitativo. Estos últimos enfatizan en la explicación de los hechos, la medición objetiva de los fenómenos y su contrastación empírica.¹⁷

Es característico del primer grupo la utilización de la observación participante, las entrevistas y las historias de vida; mientras que los cuantitativistas suelen emplear más la encuesta, la experimentación y las fuentes de datos estadísticos.¹⁸

Las posiciones más modernas y razonables, en este sentido, proponen la ruptura de tal enfrentamiento, a partir de la aceptación del pluralismo metodológico que caracteriza a las Ciencias Sociales. Este punto de vista parte de la idea de que en estos campos de estudio no existe un método único, sino un conjunto de ellos, los cuales deben usarse de manera alternativa y complementaria, partiendo siempre, en última instancia, de la dimensión y particularidades del objeto de estudio.¹⁹

Sin lugar a dudas, en este punto el polígrafo cubano se encuentra a la vanguardia dentro del campo de las ciencias sociales en general, de nuestro país, y de la Sociología en particular. Ello fue así no sólo por la aplicación y difusión de prácticas investigativas novedosas y eficaces, muchas de las cuales no habían sido utilizadas nunca antes en nuestro medio, o por los resultados científicos alcanzados por el pensador en cada una de las esferas de su vasta obra.

Mucho más trascendental es que, desde épocas tan tempranas, comienza a producirse en la estrategia metodológica de Ortiz una combinación

clara de técnicas y enfoques cuantitativos y cualitativos para el acercamiento a la realidad social. A partir de esta perspectiva no se privilegian unos u otros métodos, sino que se aplican siempre según los requerimientos y especificidades del objeto de estudio y las circunstancias concretas.

Considero que este constituye un aporte vital de Fernando Ortiz a las Ciencias Sociales cubanas. Con ello se evidencia que ya en una época tan temprana, este pensador tuvo la iniciativa de combinar distintos enfoques en pos de un resultado común, lo cual constituye un momento de superación, permite romper esquemas lineales, y otorga una visión más completa de los fenómenos e instituciones de la sociedad.

Su valor se duplica al recordar que aún hoy, en tiempos de franco desarrollo de las Ciencias Sociales, existen prestigiosas escuelas y científicos que continúan enfrascados en el polémico enfrentamiento entre cualitativistas y cuantitativistas, que tan poco útil resulta para las cuestiones esenciales del conocimiento y las prácticas sociológicas, y científicas en general.²⁰

Notas

¹ Guiteras, Calixta. Fernando Ortiz: palparlo todo, olerlo todo, saborearlo todo. *Gaceta de Cuba* (La Habana) en-febr. 1965, p. 4.

² *Métodos de investigación en las relaciones sociales*. Madrid: Ediciones Rialp, S. A., 1971.

El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación. Madrid: Alianza Editorial, S.A., 1998.

³ Ortiz, Fernando. "Bibliografía". En: *Los negros brujos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1996. pp. 233-238.

⁴ _____. Del suicidio. *Cuba y América* 22(2):40; 1906.

_____. Contra el alcoholismo. *Ibidem*, 26(21):3-4; 1908.

⁵ "Bibliografía principal". En: *Universidad de La Habana. Escuela de Verano. Programa del cursillo de 1943 sobre "Factores etnográficos de Cuba"*. Prof. Dr. Fernando Ortiz. La Habana: Archivo Histórico de la Universidad de La Habana, 1943.

⁶ Guiteras, C. *Op. cit.* (1). p. 8.

"Poco a poco esta actitud fue vencida y muchos se convencieron de que Ortiz los protegía, y recurrían a él cuando tenían dificultades con la policía, o iban espontáneamente a proporcionarle datos que sabían habían de interesarle, y otros buscaban a Raúl o a Trinidad para que les sirvieran de intermediarios [...]"

⁷ *Ibidem*, p. 5.

"Don Fernando, entre otras cosas, le expresó a Pepa [Josefa Herrera, santera, en cuya casa Ortiz presencié muchos ritos y actividades religiosas] la necesidad que tenía de una persona que supiera del tambor y de la lengua yoruba, y le fue presentado Trinidad. Pronto se sumó a ellos, presentado por el mismo Trinidad, el joven Raúl Díaz, como excelente informante de los grupos congo y abakuá o ñañigo".

⁸ *Ibidem*, p. 5.

"Entre muchos conocidos [...] se destacan dos [...] a los cuales Ortiz menciona cordialmente en el umbral de su gran obra *Los instrumentos de la música afrocubana*, [...] los señores Raúl Díaz y Trinidad Torregrossa, muy eruditos, expertos y consagrados tamboreros o alañas de los ritos afroides; Don Fernando los conocerá ya profundamente empeñado en sus estudios afrocubanos y la relación entre maestro e informantes será duradera".

⁹ Entrevistas a algunos de sus informantes. *Gaceta de Cuba* (La Habana) en.-febr. 1965.

¹⁰ Barnet, Miguel. Fernando Ortiz. Los negros esclavos. *Granma* (La Habana) 17 jul. 1981:4.

¹¹ Entrevista a Trinidad Torregrosa. *Gaceta de Cuba* (La Habana) en.-febr. 1965.

¹² Guiteras, C. *Op. cit.* (1). p. 8.

¹³ *Ibidem*.

“Nunca tomó notas durante una ceremonia por larga que fuese ‘porque tenía mucha retentiva’. Al día siguiente, en entrevista con sus dos informantes se reconstruía lo que se había presenciado y estos explicaban el significado de cada objeto, de cada palabra, de cada gesto y el por qué del orden observado”.

¹⁴ Iznaga, Diana. *Transculturación en Fernando Ortiz*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1989. p. 65.

¹⁵ Entrevista a Emilio O’ Farril. Palero y santero. *Gaceta de Cuba* (La Habana) en.-febr. 1965.

¹⁶ Sin olvidar sus permanentes sesiones de lecturas y estudios sobre todo lo nuevo y provechoso surgido en el ámbito intelectual, de las ciencias todas, del hombre y la naturaleza, con su consiguiente superación en el plano teórico.

¹⁷ García Ferrando, Manuel y Ricardo Sanmartín. “La observación científica y la obtención de datos sociológicos”. En: *Op. cit.* (2). p. 117.

¹⁸ *Ibidem*.

¹⁹ Beltrán, Miguel. “Cinco vías de acceso a la realidad social”. *Ibidem*, pp. 21, 46.

Wright Mills, Charles. “La promesa”. En: *La imaginación sociológica*. *Ibidem*, pp. 135-136.

²⁰ Beltrán, Miguel. “Cinco vías de acceso a la realidad social”. *Ibidem*, p. 33.

Otra bibliografía consultada

BARNET, MIGUEL. Don Fernando Ortiz. *Revolución* (La Habana) 3 febr. 1965:3.

_____. Fernando Ortiz en Cuba. *Bohemia* (La Habana) 56(3):8-9; 17 en. 1964. (Arte y Literatura)

BOTTOMORE, TOM y ROBERTO NISBET, comp. *Historia del análisis socio-*

lógico. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1988.

Diccionario ilustrado de cultura esencial. México: Reader’s Digest, 1999.

Historia de Cuba. La neocolonia. Organización y crisis (1899-1940). La Habana: Editora Política, 1998. t. 3.

GARCÍA CARRANZA, ARACELI, NORMA SUÁREZ SUÁREZ y ALBERTO QUESADA MORALES. *Cronología: Fernando Ortiz*. La Habana: Fundación Fernando Ortiz, 1996.

GUADARRAMA, PABLO. Algunas particularidades del positivismo en Cuba. *Islas* (Santa Clara, Villa Clara) (76):103-124.

_____ y MIGUEL ROJAS GÓMEZ. *El pensamiento filosófico en Cuba en el siglo XX: 1900-1960*. La Habana: Editorial Félix Varela, 1998.

LE RIVEREND, JULIO. “Prólogo”. En: *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. La Habana : Editorial de Ciencias Sociales, 1983.

_____. “Prólogo”. En: Ortiz, Fernando. *Órbita. Fernando Ortiz*. La Habana: Instituto Cubano del Libro, UNEAC, 1973.

_____. Tres observaciones acerca de la obra de Fernando Ortiz. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (La Habana) 72(3):37-44; sept.-dic. 1981.

Miscelánea de estudios dedicados a Fernando Ortiz. La Habana: Impresores Úcar García, S. A, 1955, 1956. t. 1 y 2.

MUÑOZ, TERESA. *Conferencias de Teoría sociológica. Las especifici-*

- dades epistemológicas de nuestra disciplina*. La Habana: Departamento de Sociología, Universidad de La Habana. (Inédito)
- NÚÑEZ, DIEGO. *La mentalidad positiva en España*. Madrid: Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 1987.
- ORTIZ, FERNANDO. *Cómo pensaba yo hace 30 años*. *Ultra* (La Habana) 1(2):167-172; ag. 1936.
- _____. Urgencias de la cultura en Cuba. *Ibidem*, 15(94):340-345; abr. 1944.
- _____. La música sagrada de los negros yoruba de Cuba. *Ibidem*, 3(13); jul. 1937.
- _____. Impartida en mayo de 1937.
- _____. Por la integración cubana de blancos y negros. *Ibidem*, 13(77):69-76; en. 1943.
- _____. *Entre cubanos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1986.
- _____. *Estudios etnosociológicos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1991.
- _____. *Etnia y sociedad*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1993.
- _____. *Órbita. Fernando Ortiz*. La Habana: Instituto Cubano del Libro, UNEAC, 1973.
- _____. *Los negros brujos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1996.
- PORTUONDO, GLADYS. "El principio antropológico y la superación del positivismo en Fernando Ortiz". En: *Antología de historia de la filosofía cubana y latinoamericana. Humanismo e historia en Fernando Ortiz*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1990.
- La religión en la cultura*. La Habana: Departamento de Estudios Sociorreligiosos, CIPS, Editorial Academia, 1990.
- RODRÍGUEZ IBÁÑEZ, JOSÉ E. *La perspectiva sociológica. Historia, teoría y método*. Madrid: Taurus Humanidades, Alfaguara, 1989.
- SALERMO, JUDITH. La sociología en el pensamiento orticiano. Algunos conceptos fundamentales tratados en su obra. *Catauro. Revista Cubana de Antropología* (La Habana) 3(5):91-108; 2002.
- UÑA JUÁREZ, OCTAVIO. "Perfiles de la Sociología: Objeto, campo, temática". En: *Praxis sociológica / 2ª ed.* Toledo: Universidad de Castilla-La Mancha, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Área de Sociología, Editorial Azacanes, 1996. pp. 11-50.
- _____. Cuestiones epistemológicas específicas de las Ciencias Sociales. *Barataria. Revista Castellano-Manchega de Ciencias Sociales* (1):11-64; en. 1998.
- WRIGHT MILLS, CHARLES. *La imaginación sociológica*. La Habana: Edición Revolucionaria, 1966.

Otras fuentes

- Contratos de la Escuela de Verano, 1941-1955. Archivo Histórico de la Universidad de La Habana. (Sin clasificar)

Expediente administrativo # 9 675. Fernando Ortiz. Archivo Histórico de la Universidad de La Habana.

Universidad de La Habana. Escuela de Verano. Programa del cursillo de 1943 sobre "Factores etnográficos de Cuba. Prof. Dr. Fernando Ortiz". Archivo Histórico de la Universidad de La Habana.



El camino de las definiciones. Los intelectuales y la política en Cuba (1959-1961)

Julio César Guanche

Investigador, historiador y etnólogo

Las raíces del consenso

El 30 de junio de 1961, al tiempo que Fidel Castro concluía sus reuniones en la Biblioteca Nacional con una nutrida representación de intelectuales cubanos, salía de la ciudad, por la puerta de servicio, la idea de la cultura como “alta cultura”. Esta idea, que había gozado de tradición letrada en la república burguesa, ahora se veía obligada a tomar el camino hacia Varennes. Aunque casi ninguno recorrió la isla entre Santiago de Cuba y La Habana en la caravana de la libertad, los intelectuales cubanos habían festejado mayoritariamente el triunfo revolucionario y habían visto cambiar a un ritmo vertiginoso el contenido de lo que se entendería por cultura en Cuba.

Con la Revolución, los marcos del modelo de la institucionalidad democrática burguesa y de la idea prevaleciente sobre la democracia, del papel del intelectual como elite letrada y de la propia concepción de la cultura, fueron desbordados por los nuevos habitantes de la ciudad política. Desde el inicio de la Revolución en 1959, y durante su proceso, la creación de la nueva socialidad pasó en la práctica por la refutación del pasado, hecho que devino

en una categoría central de la nueva cultura política. La pérdida del respeto hacia ciertos valores del pasado propició, sobre todo, la rebelión cultural contra la propiedad privada y la caída de toda la fuerza simbólica que podía denotar aún aquella democracia representativa. La ruptura de las jerarquías sociales, la igualdad como valor –que ya era un ingrediente de la cultura política cubana–, el reconocimiento del derecho a la propiedad sobre la tierra y la vivienda a grandes segmentos poblacionales, la apropiación de la ciudad como espacio público real, la salida de los y las adolescentes del claustro familiar y su entrada masiva al ruedo de lo social, la universalización de la enseñanza, la relativa nivelación de los ingresos, la socialización de la economía, la abolición (más tardía) de la propiedad privada y su reducción a la escala de la propiedad personal, el involucramiento activo en la política, la fuente popular del poder, la nueva escala de ascenso social que se instauraba, junto a la bancarrota de las clases políticas y económicas hasta ese momento dominantes, irían creando una nueva cultura en Cuba.

La Revolución heredó una escisión entre política y cultura, o más bien entre

los intelectuales y la política oficial, que se reflejaba en la incontaminación de la mayoría de los intelectuales con el régimen anterior. Si lo ungido por la política era convertido al barro de la corrupción, era preciso buscar en la cultura los “cotos de mayor realeza”. El repliegue de algunos intelectuales hacia el territorio exclusivo de la cultura constituía en aquella hora una definición: el nihilismo ante la política hacía las veces de resistencia cultural.

Durante la década del veinte, se había conseguido la reunión de la política y la cultura, al punto en que una no hubiese podido avanzar sin la otra. De este cambio fueron epítomes la creación de los movimientos estudiantil, obrero, comunista, femenino, así como la consolidación de la idea del *antimperialismo* sobre la del *antingerencismo*. De no existir este cambio político esencial, la cultura no se habría encontrado con la vanguardia y hubiera seguido en los predios estéticos del siglo XIX. A diferencia de otros movimientos culturales de la primera mitad del novecientos, la renovación de los años veinte en Cuba no fue anunciada por un manifiesto, sino por una protesta cívica. El movimiento intelectual cubano moderno nació así *in medias res publicas*. La fractura entre cultura y política, entre el intelectual y el poder oficial, sobrevendría después de los años cuarenta con la caída de una esperanza popular: la revolución “Auténtica”.

La revolución de 1930 se había constituido en el capital simbólico de los cubanos, el evento al que se referiría la mayor parte de los programas partidistas, la instancia de prestigio histórico

de los políticos y la herencia de donde provino el mayor mito político de la Cuba republicana burguesa: la Constitución de 1940.

En la década del cuarenta, el “autenticismo” fue la corriente política que se identificó como principal legataria de los postulados de 1930. Prometió justicia social y prosperidad económica, a pesar de lo cual debió esperar hasta 1944 para triunfar en las elecciones. Después de conseguirlo, se fue al despeñadero de la corrupción. Su hija pródiga, la ortodoxia, intentó capitalizar la frustración alimentada en el “relajo”, según expresión de Raúl Roa, en el que se había convertido la vida nacional.

El cisma entre los intelectuales y el poder avanzaría en los años cincuenta con la política cultural formulada por Fulgencio Batista, a través del Instituto Nacional de Cultura, que no pudo, por más que lo intentó, contar con lo más valioso de la creación cubana. Desde Alicia Alonso y Wifredo Lam, hasta José Lezama Lima y Alejo Carpentier, unos en Cuba y otros en el extranjero, todos se mantuvieron distantes del Palacio Presidencial. El espectáculo mostrado por la política oficial en aquel lapso no podía ofrecer a un espíritu elevado otro alivio que el consuelo de las almas tristes, las cuales encontraron su ruta hacia Damasco, su mejor definición, en la oposición más o menos indirecta a Batista, o en la clásica torre de marfil.

Aunque la hegemonía burguesa se complejizó en gran medida después de 1930, no llegó a estructurarse un bloque histórico con suficiente consenso como para que su clase política dispusiera

de estabilidad. “La historia social enseña que no hay política social sin un movimiento social capaz de imponerlo”, la idea de Bourdieu, se verificó en la isla *ad pidem litterae* y puede extenderse al campo de la cultura. Si la acción de masas obligó a la política a que las tuviera en cuenta, en las décadas del cuarenta y el cincuenta la actividad de los intelectuales formuló distintas refutaciones de la política y la cultura oficiales de la república burguesa, y sostuvo espacios de apertura en medio de grandes dificultades. Ciudades letradas como Nuestro Tiempo, Orígenes y *Ciclón*, la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación bajo el mandato de Raúl Roa y las posiciones en el campo de estudios de la Historia de Raúl Cepero Bonilla, Carlos Rafael Rodríguez o Rafael Soto Paz, son ejemplos de ello.

Aunque había adelantado mucho en la denuncia de los males de la república burguesa, el discurso intelectual sobre la frustración nacional, localizable desde la segunda década del siglo xx en buena parte de la producción cultural cubana, no pudo diagnosticar en los años cincuenta la crisis mayor de la hegemonía republicana. Sin embargo, la implicación de los intelectuales en el entramado institucional de la cultura, fuera en las cátedras universitarias, la Universidad del Aire o la Sociedad Cultural Nuestro Tiempo, expresó un estado de descontento y frustración que a la larga condujo a la mayoría de los intelectuales cubanos, desde Jorge Mañach a Virgilio Piñera, a adscribirse al triunfo del primero de enero. Pero la creación del campo cultural que haría confluir a la izquierda con el

marxismo después de 1959, sería un asunto mucho más complejo.

Radicalización y rupturas

Los intelectuales cubanos no se hallaron en 1959 ante una Revolución triunfante que les impusiera una toma de posición ideológica. En aquella fecha, no existían tradiciones ideológicas identificables con partidos políticos, sino más bien afinidades político-electorales. La ideología que ostentaba el mayor peso simbólico era el nacionalismo, específicamente en su variante reformista –aunque en el plano de la cultura política las ideologías del liberalismo y el socialismo también jugasen un papel importante. De esa manera, era lógico que una revolución nacionalista como la de 1959 concitara el apoyo de la mayor parte del arco ideológico nacional y arrastrara consigo a la mayoría de los intelectuales que llevaban buena parte de sus vidas denunciando la existencia de una patria sin nación.

La polémica de la hora sobre el perfil, la naturaleza, de la ideología revolucionaria no era exclusivamente una cuestión teórica: buscaba interpretar el margen de lo aceptable ideológicamente dentro de esa Revolución. Lo que en 1959 era para Che Guevara “un nacionalismo de izquierda”, para Jean Paul Sartre “una Revolución sin ideología” y para Fidel Castro “una Revolución verde como las palmas”, dejaba abiertas las posibilidades para que la mayor parte de los sectores del país se sintieran incluidos en el hecho revolucionario. Los intelectuales cubanos, los cubanos en general, tenían ante sí un nuevo mundo que debían, al unísono, imaginar y construir. La fundación

de la Imprenta Nacional, la creación del Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC) y de la Casa de las Américas, la Campaña de alfabetización, el plan de becas, la nacionalización de los medios masivos de comunicación –tras marcharse del país los propietarios de la mayor parte de ellos–, el apoyo otorgado por el Gobierno Revolucionario al Ballet de Cuba, a la Orquesta Sinfónica y a la Biblioteca Nacional, la proyección de construir la Academia de Artes, entre otros muchos eventos, hacía suponer que todo era posible en Cuba menos la oposición de los intelectuales a la Revolución.

Pero la historia, como le había dicho Alexander Blok a los intelectuales rusos a propósito de la Revolución, había puesto una auténtica bomba sobre la mesa. Los que habían tomado el poder en Cuba no constituían una familia ideológica homogénea ni provenían de un único partido organizado para la Revolución, ni habían transitado el camino de la subversión con óptimas relaciones entre sí, ni los manifiestos que habían rubricado de conjunto eran tan precisos como para comprometerlos en algo tan esencial como las formas, las vías, de construir una revolución en Cuba.

El triunfo cubano no fue la excepción a la regla de que la victoria no tiene jamás un rostro hermoso. La obertura al combate entre la Montaña y la Gironda cubanas se produjo con las escisiones del Movimiento 26 de Julio (M-26-7), el arresto del comandante Huber Matos, la traición del jefe de la Fuerza Aérea Rebelde, Pedro Luis Díaz Lanz, y la sustitución de varios ministros del Gobierno revolucionario,

incluidos algunos pertenecientes al ala anticomunista del Movimiento 26 de Julio. Pero quizás el combate final, donde se harían ya completamente explícitos ganadores y perdedores en esta nueva etapa, comenzó a librarse en las reuniones celebradas los días 16, 23 y 30 de junio de 1961 en la Biblioteca Nacional, devenidas en teatro de operaciones de una batalla por el control de la cultura, pero también, y sobre todo, por el control del rumbo revolucionario.

El año 1961 es a la Revolución Cubana lo que 1793 a la francesa. En este año la Montaña se salió de la moderación impuesta por el equilibrio de poderes y el vacío ideológico, y se radicalizó a un ritmo violento de cambios, acabó con la estructura económica del *Ancien Regime*, suprimió sin indemnización los restos de derechos feudales, confiscó las posesiones de los emigrados, ejecutó a María Antonieta y a los girondinos, triunfó sobre los insurrectos de la Véndee, y llevó adelante el movimiento de descristianización.¹ En 1961, por su parte, se estrelló la “indefinición ideológica” de la Revolución Cubana: los Estados Unidos rompieron relaciones diplomáticas con Cuba, se promulgó la ley de nacionalización de la enseñanza, se expulsó al clero falangista, se desarrolló la Campaña nacional de alfabetización, se venció en las arenas de Playa Girón a un ejército de exiliados organizado y financiado por los Estados Unidos, se proclamó el carácter socialista de la Revolución y comenzó el intercambio comercial y económico con la Unión Soviética imprescindible para la sobrevivencia de la Revolución.

La dirigencia revolucionaria cubana no estaba dispuesta a reeditar el error

común a los jacobinos, a los decembristas rusos, a los *levellers* ingleses, e incluso a los bolcheviques de la primera hora: pretender hacer una revolución social desde una vanguardia revolucionaria, sin una clase revolucionaria que la apoyase. A tal fin, había ya nacionalizado, antes de abril de 1961 y en respuesta a la escalada agresiva de los Estados Unidos hacia la Revolución, los grandes sectores de la economía: la tierra, la refinación de petróleo, el azúcar, la electricidad, los teléfonos, la vivienda, el cemento, la banca, el comercio exterior. Si ello se había producido antes de proclamarse socialista la Revolución, las aprehensiones hacia esta encontraban la misma justificación con la que se criticaba desde el inicio el talante socialista de la Revolución de Octubre.

Con todo, el socialismo no era una doctrina desconocida en Cuba. La revolución de 1930 había provocado que se abrieran paso diversas ideas del socialismo, pues “lo social” pasó a formar parte desde entonces de casi todos los programas políticos. De la especie de socialdemocracia del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) –cuyo lema era “Nacionalismo, democracia y socialismo”– al socialismo marxista-leninista del Partido Comunista-Partido Socialista Popular, pasando por las formulaciones socialistas de Joven Cuba, de la Juventud Ortodoxa y del Directorio Revolucionario (DR) de 1956, la diversidad de modos de entender el socialismo poseía en la isla un vasto territorio. Pero, al mismo tiempo, el anticomunismo también jugaba con eficacia el papel a él asignado durante la Guerra Fría. De modo que la variante

socialista-comunista era rechazada entre las preferencias ciudadanas. El temor a que los ideales democráticos y humanistas de la Revolución fuesen “traicionados” y fuese arrojada al regazo del comunismo internacional –otra vez las imágenes del Gran Miedo y el Terror blandidos ahora por los jacobinos del trópico, utilizadas también por los formuladores norteamericanos de política exterior–, comprendía tanto a socialistas antiestalinistas como a revolucionarios antisocialistas.

Las reuniones con los intelectuales en la Biblioteca Nacional expresarían estas tensiones de modo ejemplar. Convocadas en principio por la negativa del ICAIC a distribuir el documental *PM*, de los realizadores Sabá Cabrera Infante y Orlando Jiménez, después de ser exhibida en el espacio “Lunes en Televisión”, y discutida en una reunión en Casa de las Américas convocada por el Consejo Nacional de Cultura, la modesta obra sobre los bajos fondos habaneros se constituyó en piedra de escándalo, aunque de ningún modo en la causa más profunda del evento. En la superficie, ese móvil parecía ser el fantasma del estalinismo, que recorría Europa como había hecho cien años atrás el comunismo. Para algunos, la censura a una obra de arte marcaba el inicio de la conquista del espacio político cubano por la ideología y la práctica del estalinismo, preocupación expresada en una pregunta crucial representada gráficamente en el miedo que manifestó sentir Virgilio Piñera en su intervención: ¿cuáles serían los límites de la creación intelectual en la Revolución?

Sin embargo, la causa esencial de las discusiones ventiladas durante el Yenán

cubano deben buscarse en otro plano: en la relación entre:

a) la necesidad de la Revolución de sobrevivir;

b) el derecho a (y el poder de) definir qué significaba la Revolución;

c) a quién correspondería la libertad de opinar sobre (y juzgar a) la Revolución.

La dilucidación de estas cuestiones no puede dejar de tomar en cuenta el marco político, las circunstancias que encaraban la continuidad y fortalecimiento de la Revolución, para poder entender el argumento práctico de esos aspectos en las condiciones específicas de un país como Cuba en un momento de conflicto esencial con la principal potencia imperialista mundial.

Al decir en el discurso de clausura de aquellas reuniones –archiconocido como *Palabras a los intelectuales*– “nuestra preocupación fundamental ha de ser la Revolución”, Fidel Castro no establecía una jerarquía ni una prioridad en la atención a los problemas planteados, sino que consideraba en peligro a la Revolución misma, y convocaba a defenderla desde ese presupuesto: “Cuál debe ser hoy la primera preocupación de todo ciudadano? ¿La preocupación de que la Revolución vaya a desbordar sus medidas, de que la Revolución vaya a asfixiar el arte, de que la Revolución vaya a asfixiar el genio creador de nuestros ciudadanos, o la preocupación de todos no ha de ser la Revolución misma?”.²

En general, el entramado geopolítico que contextualizaba la Revolución Cubana abría escasas alternativas para un régimen político de vocación independiente. Sobre Cuba presionaban

factores estratégicos de importancia trascendental. Por una parte, estaba la política de coexistencia pacífica de la URSS, reformulación de la doctrina del “socialismo en un solo país”, que en los hechos implicaba no atacar para no ser atacado, y conllevaba la renuncia a la condición internacional, y por ende internacionalista, del socialismo, hecho que llevó a la URSS a no reconocer que una Revolución socialista se verificaba en Cuba hasta 1962. Por otra parte, se hallaban las crisis de Laos y el Congo que ocupaban, junto con Cuba, el centro de atención de la administración norteamericana hacia el Tercer Mundo, y significaban, en el caso de triunfar el Pathet Lao, la pérdida de todo el sureste asiático para el “mundo libre”, según la expresión de Eisenhower, y en el caso de una victoria para la causa del Congo belga el triunfo de una posibilidad revolucionaria “en el eslabón más débil de la cadena imperialista”, según expresión del Che Guevara –posibilidad que él personalmente intentó adelantar con la experiencia guerrillera que organizó en ese país. Las reacciones a estos escenarios fijaban un marco en extremo peligroso para la Revolución triunfante en la mayor de las Antillas, como se verificaría en su más alto grado con la Crisis de Octubre de 1962.

Las agresiones armadas a Cuba, la puesta en marcha del bloqueo económico, financiero, diplomático, comercial; los atentados y sabotajes contra la economía y la población civil, la organización de guerrillas contrarrevolucionarias, hechos que generaron con toda razón una conciencia de plaza sitiada entre los cubanos, e hicieron de la defensa

de la Revolución una obligación de todos los revolucionarios, están hartos documentados como para ensayar aquí un inventario. Por esta razón, de los tres corolarios que señalo como resultantes de la discusión que produce *Palabras a los intelectuales*, sólo desarrollo en lo adelante, en epígrafes independientes, los dos últimos señalados: lo que llamo “el derecho y el poder de definir lo revolucionario” y “la libertad de opinar sobre (y juzgar a) la Revolución”.

El derecho y el poder de definir lo revolucionario

La definición de qué iría entendiéndose por *lo revolucionario*, el segundo de los corolarios que he extraído de *Palabras a los intelectuales*, marchó a la par de la nueva socialización revolucionaria y del acomodo político de las diversas organizaciones que llevaron –con su aporte desigual– al triunfo de enero. Con excepción de Manuel Urrutia Lleó, el único funcionario nombrado con anterioridad a 1959 en un cargo de la Revolución, al ser anunciado desde la Sierra Maestra como presidente del futuro Gobierno Provisional, nadie sabía qué le depararía. Todos tenían, o creían tener, el mismo derecho a participar del poder que ella había conquistado con el apoyo de todos. Las relaciones de fuerza dentro de la Revolución se establecerían a partir de las nuevas circunstancias creadas, y el poder de las organizaciones se amplió, se redujo o quedó destruido en un proceso en el cual el expediente de la lucha insurreccional no fue tomado en cuenta con exclusividad al ocupar los nuevos espacios.

El Movimiento 26 de Julio, que llevó el peso fundamental de la lucha y aportó la estrategia de la victoria, constituía una masa irregular desde el punto de vista ideológico, capaz de contener el anticomunismo de Huber Matos y el comunismo sin partido de Ernesto Che Guevara, pasando por el nacionalismo revolucionario de Faustino Pérez o Armando Hart y las ideologías del Movimiento de Resistencia Cívica, el Frente Obrero Nacional, Mujeres Opositoras Unidas, entre otras organizaciones que guardaban relación con el M-26-7. El Directorio Revolucionario, representante de la herencia de los estudiantes cubanos, contaba con sus ideales avanzados y sus acciones en la clandestinidad, el asalto al Palacio Presidencial en 1957 y la lucha guerrillera en el Escambray en 1958. Esta organización viviría su ocaso progresivo a partir del 8 de enero de 1959, cuando fue cuestionado públicamente por ocupar el Palacio Presidencial, la Universidad de La Habana y el cuartel de San Antonio, entre otros enclaves, hasta su disolución íntegra en las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI), una vez creadas en 1962.³ El Partido Socialista Popular (PSP), de filiación soviética como la mayoría de los partidos comunistas de entonces, había desarrollado una intensa labor entre las masas trabajadoras del país, y con ello había contribuido a crear la tradición revolucionaria de justicia social y de necesidad de cambios sin la cual una insurgencia armada no hubiese podido triunfar en Cuba en sólo dos años. Esta tradición contaba con la historia de los soviets creados en los centrales azucareros en los años treinta y con las figuras

cimeras de Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena y Jesús Menéndez.⁴ La idea de que un “grupo de revolucionarios pequeñoburgueses fuera lo suficientemente firme como para mantener una revolución antimperialista y transformarla después en la Revolución socialista”,⁵ que aparece en las Tesis de Enero de 1959 del Partido Socialista Popular, les parecía a los comunistas cubanos inviable y errada. Los comunistas cubanos no se embarcaron en una lucha que pasara por el terreno de las armas –amén de iniciativas seguidas a partir de la segunda mitad del año 1958 como la de enviar a Carlos Rafael Rodríguez a la Sierra Maestra y el hecho de aceptar el alzamiento de Félix Torres en Las Villas. En los meses finales de ese año, la línea general del PSP consistió en colaborar con la principal organización que estaba ganando la guerra, pero no integrarse plenamente a la lucha insurreccional. Antes, y al modo de los socialdemócratas rusos, los comunistas cubanos habían denunciado el “terrorismo”, por obstaculizar la ampliación del movimiento de masas, y condenaron como putshistas las acciones tanto del M-26-7 como del Directorio Revolucionario. Ya entrado el año 1959, una autocrítica de Blas Roca reconocería los errores cometidos por su partido y este se integró plenamente a las tareas revolucionarias.

Destruídas las organizaciones antibatistianas que se opusieron rápidamente a la Revolución, con el Directorio Revolucionario sin mayor peso político y el PSP sólo con su base social tradicional en algunos sectores obreros, el M-26-7 era el llamado a representar y definir la Revolución. Si

bien en su respuesta a la Junta de Miami, Fidel Castro había establecido que su Movimiento ostentaba legítimamente la representación de la Revolución, también había afirmado que este no participaría en el Gobierno Provisional revolucionario.⁶ En cumplimiento de ese enunciado, con el triunfo no se confirió el poder ni al M-26-7 ni a organización política alguna, como vía para mantener el consenso y evitar los conflictos que sin duda se generarían, o en su caso agravarían, entre las distintas organizaciones y se conservaron las garantías de poder necesarias a través del Ejército Rebelde. Asimismo, después del triunfo revolucionario, la propia heterogeneidad del M-26-7 se ajustaría progresivamente al pensamiento político recreado en la Sierra Maestra, que heredaría en lo adelante todas las tradiciones revolucionarias, nacionalistas y populistas cubanas, desde la ortodoxia de Eduardo Chibás y el Movimiento Nacionalista Revolucionario, de Rafael García Bárcenas, hasta las ideologías diversas del DR y de los comunistas.

De este modo, el énfasis puesto en el contenido humanista de la Revolución triunfante en 1959, constituía una declaración de contenido abierto que buscaba una base de apoyo y no exigía tomas de posición que alienasen del triunfo a fuerzas significativas.

Sin embargo, la escalada de radicalizaciones de la Revolución frente a la política de agresiones de los Estados Unidos y el contexto político internacional habían puesto a Cuba, sin desearlo de inicio ninguna de las dos naciones, en el camino de la Unión Soviética. Esta sola circunstancia otorgó *motu proprio* un nuevo papel al PSP.

La representación de la Revolución, ejercida a nombre del Gobierno revolucionario, contó cada vez más con los comunistas, que supieron cómo fortalecer su posición al interior del país haciendo uso de toda su experiencia política y de sus relaciones para cimentar el camino hacia la URSS, como garantía de la sobrevivencia de la Revolución.

Esta cuestión estaba en el fondo de las discusiones sostenidas en la Biblioteca Nacional en junio de 1961. En el Consejo Nacional de Cultura poseía una gran influencia la Comisión Cultural del PSP. Por su parte, el M-26-7 no podía ocultar la presencia entre su membresía de una ideología *antipesequista* en un caso, pero asimismo *anticomunista* en otros, renuente a cada nuevo avance de las figuras del PSP hacia la toma de decisiones. El Gobierno revolucionario encontraría de este modo su Rubicón en la Biblioteca Nacional: había que decidir a quiénes dejaba en el camino y con quiénes continuaba adelante.

La discusión suscitada alrededor de *PM* en la Biblioteca Nacional concluyó con el cuestionamiento íntegro a la constelación ideológica del filme, la misma del semanario *Lunes de Revolución*, del periódico *Revolución*, y, en su conjunto, de toda un ala del M-26-7. Como parte de ese proceso, esa zona, liderada por Carlos Franqui, protagonizaba a su vez una batalla por el control de la cultura, de la cual eran *PM* y *Lunes...*, instrumentos indirectos en la vía de ganar el poder político que contribuyera a ganar el rumbo de la Revolución.

La respuesta a la existencia de esa conflagración la dio Fidel Castro en el discurso de clausura de esas reuniones

en un doble plano: político e ideológico. Desde el punto de vista político proclamó que no se podía “armar a unos contra otros”, refiriéndose a los ataques de *Lunes de Revolución* contra miembros del grupo Orígenes, pero en los hechos debió desarmar precisamente a unos contra otros al privar de sus medios de expresión a esa ala que decía presentar batalla “a los comunistas” y traía la “desunión” en el medio intelectual. En el plano ideológico, pudo afirmar el carácter abierto de la Revolución y presentar esa exclusión como una necesidad de la Revolución en beneficio de todos.

La polémica con *Lunes...* expresó a su vez también un doble plano: estético y político. Desde el punto de vista estético, el semanario simbolizó la lucha entre tradiciones culturales diversas: por una parte, los seguidores de la cultura de la vanguardia norteamericana en su reacción contra la caducidad del espíritu burgués, influenciados por la vertiente *beatnik*, del “contra todo y contra todos”, o por la de los *young angry men* ingleses, según les imputara José Antonio Portuondo; y, por la otra, los seguidores de la cultura europea o específicamente panhispana. Esto es, en *Lunes...* se verificaba también una disputa estética entre los críticos del barroco como suerte de medioevo estético, idea que arrastraba con todo el pasado poético nacional para “poner en su lugar” la poesía, *versus* los que encontraban en esta posición no más que una nueva formulación de la antiquísima tradición del parricidio de las influencias y las herencias mayores.

Al mismo tiempo, desde el punto de vista político, *Lunes...* expresaba

un grupo de poder independiente. El reconocimiento de la legitimidad para operar desde esa independencia habría puesto en solfa el modelo de formación de opinión pública que se venía gestando en Cuba en el contexto de las necesidades de la sobrevivencia de la Revolución, basado en la centralización de la orientación ideológica. Uno de sus impugnadores, de antiguo militante del PSP, el crítico y ensayista José Antonio Portuondo, le criticaba a la publicación seguir “la onda de afuera”, en una especie de neocolonialismo cultural, pero lo cierto es que fue el órgano oficial de la indefinición propia de la Revolución hasta 1961.

La reunión de la Biblioteca Nacional no haría las veces del Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata ruso de 1903 del que emergió la división entre bolcheviques y mencheviques. Como resultado de la operación ideológica realizada en la Biblioteca Nacional alrededor de *Lunes...*, eran todos y no una parte quienes podrían definir el contenido de lo revolucionario. Esa connotación de *todos*, idea-fuerza de cualquier revolución de proyección social, que en Cuba tiene sus raíces en José Martí, traería diversas consecuencias. ¿Quiénes eran *todos*? ¿Los presentes en la reunión, los intelectuales en general, los intelectuales revolucionarios? La definición de Fidel no se dirigía sólo al campo intelectual, sino al conjunto de la política: *todos* eran los revolucionarios. En otras palabras, la cuestión cubana no se dirimiría entre *diggers* contra *levellers*, o entre bolcheviques contra mencheviques, aunque tampoco entre Zinoviev contra Bujarin o entre Trotsky

contra Stalin. Se prohibía por los revolucionarios cualquier tipo de oposición a sí mismos. El *todo* devenía en un patrimonio político de los revolucionarios. Ofrecía la mayor libertad para actuar y también permitía legitimar la prohibición de las conductas impropias, colocaba en el plano del arbitrio político el ejercicio de ciertos derechos, y aseguraba algo fundamental: la Revolución era capaz de integrar a todos los que no renunciaran “incorregiblemente” a ella. La ideología de la Revolución aseguraba no estar reñida ni con el cristianismo, ni con el arte abstracto, ni con el cine polaco, ni con los recolectores de bayas en tiempos de revoluciones, sólo con la contrarrevolución. Esa línea divisoria no mostró entonces todo el filo de su determinación, gracias al consenso entre intelectuales y Revolución, pero traería diversas consecuencias en el futuro por el filo no menor de su *discrecionalidad*.

“Dentro de la Revolución todo, contra la Revolución nada”, la frase emblemática de Fidel que ha funcionado como resumen de la política cultural revolucionaria, no respondía únicamente a la pregunta que en tal sentido formulara durante la reunión el escritor Mario Parajón, sino que era una declaración de la *posibilidad* y de su *límite*: la *posibilidad* de entender la creación artística, y con ella la Revolución y el socialismo, desde posiciones diversas —con la afirmación consiguiente de un derecho al desacuerdo entre los revolucionarios—, y el *límite* de considerar el control político de qué era entendible por *lo revolucionario* como un elemento integrante de la *raison de état* cubana.

Con las reuniones de *Palabras a los intelectuales*, la intelectualidad cubana

ganó una definición democrática. No habría estéticas oficiales, ni corrientes teóricas podrían ser tomadas de modo excluyente respecto a otras visiones del mundo, salvo aquellas que atentaran contra las bases de la Revolución, lo que de hecho permitía una gran libertad creativa y la apertura del clima que pudiera garantizarla. Al mismo tiempo, el Gobierno revolucionario ganó el derecho de controlar legítimamente el consumo de la producción cultural desde “el prisma revolucionario”. Ambas ganancias se complementaban: entre la intelectualidad revolucionaria y el poder revolucionario había más que objetivos comunes, ambos no se veían como *distintos*.

Los intelectuales y el Gobierno firmaron a conciencia un pacto que podría tener a Gramsci y a Sartre como mentores intelectuales: la esfera de la cultura es también un asunto político y los intelectuales deben estar comprometidos. Si “el arte de la prosa es solidario con el único régimen donde la prosa tiene un sentido: la democracia”, como afirmó Sartre en *¿Por qué se escribe?*,⁷ la labor del intelectual cubano encontraba su Hosanna en la Revolución –al modo en que bien lo argumenta Ambrosio Fornet en *El intelectual y la Revolución*.

Pero no fueron los intelectuales en general y el Gobierno revolucionario los únicos que obtuvieron réditos de esas reuniones. Triunfó también la tradición cultural y organizativa del PSP. Como no era posible conceder “armas a unos contra otros” se hacía necesario dotar a la intelectualidad de una estructura representativa que los agrupase a todos, a través de la cual pudiesen reclamar derechos y obstaculizar amenazas.

El apoyo ofrecido al Consejo Nacional de Cultura en la Biblioteca Nacional hizo posible recurrir a la antigua experiencia del PSP en el campo cultural, que poseía como patrimonio los éxitos logrados en el trabajo que, desde 1938, venía desarrollando hacia los escritores y artistas, sobre todo a través de la Sociedad Cultural Nuestro Tiempo, fundada en 1951. La creación de la base institucional de la cultura, reclamada por el discurso de Fidel, se fundamentó en la experiencia práctica y organizativa de esta Sociedad, así como la organización de escritores y artistas que se crearía estaba prefigurada ya desde 1938. Entonces los comunistas se propusieron crear la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), que anunció la creación de una revista llamada *Unión*, título que tomaría precisamente la publicación a raíz de *Palabras a los intelectuales*, junto a la aparición de *La Gaceta de Cuba*, nombre que recibió esta en homenaje a la *Gaceta del Caribe*, revista también de inspiración comunista.

La colocación de esta tradición en planos centrales de la política cultural revolucionaria explicará algunos de los eventos ocurridos en el futuro inmediato a esas reuniones en los ámbitos de la política práctica y de la ideología, como sería la reedición de la política soviética seguida durante los años veinte de colocar a algunas figuras controvertidas en embajadas en el extranjero, y mantenerlas así alejadas de la política, como hizo en Cuba el Consejo Nacional de Cultura presidido por Edith García Buchaca; y el entendimiento de la cultura y el arte como “armas en el combate revolucionario y en la educación de las jóvenes generaciones”.

La libertad de opinar sobre (y juzgar a) la Revolución

La Revolución necesitó construir el ciudadano que podía officiar en la nueva democracia que instauraba, de lo cual formaría parte la extensión de la educación superior, la naciente promoción social del campo hacia la ciudad, la Campaña de alfabetización, entre otros muchos eventos. Pero la categoría de ciudadano, en un medio que ponía fin aceleradamente a todas las ideas de democracia hasta entonces conocidas en Cuba, no podía gozar de la abstracción jurídica que le caracteriza. La concesión de derechos políticos no se otorgaría entonces según la condición legal del *ciudadano* sino a través del estatus político del *revolucionario*.

En 1961 el derecho a opinar sobre —esto es, juzgar, criticar, enjuiciar a— la Revolución correspondería inequívocamente a los revolucionarios. Pero la Revolución recreaba constantemente la cantidad de sectores y de personas revolucionarias. Los “viejos” sujetos revolucionarios ya no estarían solos en la escena política, y pasaron a compartirla rápidamente con otros —no precisamente “revolucionarios del 2 de enero” como calificó el pueblo a los arribistas— y a participar de la complejidad de nuevos escenarios. Órganos como *Revolución*, *Hoy* y *Combate* estarían junto a Casa de las Américas, el ICAIC, y una hornada de muy jóvenes intelectuales comenzaría a expresarse a través del propio *Lunes de Revolución* y de Ediciones Revolucionarias, entre otras muchas instituciones y espacios que iría creando la Revolución, como lo serían en lo adelante *El Caimán Barbudo* y los premios UNEAC.

Estos jóvenes intelectuales no habían participado, como tampoco los antiguos, en la insurrección armada, lo que planteaba en los hechos el problema de si existía o no un derecho a opinar y juzgar a la Revolución sin haber formado parte de esa épica. Al mismo tiempo, no existía ya el problema de si le correspondía o no el derecho de expresarse a la burguesía. Este había sido zanjado con la destrucción de la prensa burguesa, tanto la plegada a Batista como la que había prestado importantes servicios a la Revolución, y todavía más con la propia destrucción de la burguesía como clase social. De este modo, sólo quedaba en pie el problema planteado por Jean Paul Sartre en su reunión con los intelectuales cubanos de 1960: la libertad de los revolucionarios para expresarse.

En el gran convite revolucionario cohabitaban aún con igual carta de ciudadanía Hébert y Clootz, Robespierre, Danton y Mirabeau. Haría falta un evento límite para que se colocaran unos y otros a cada lado de la raya inevitable trazada por la turbulencia revolucionaria. Las *Palabras a los intelectuales* se encargaron de sentar las reglas del juego al dar la razón al Consejo Nacional de Cultura y a Alfredo Guevara y quitársela a Carlos Franqui.

Después de 1961, aunque no hay referencias expresas al *socialismo* en *Palabras a los intelectuales*, comenzaría a operar una fusión semántico-ideológica entre Revolución y Socialismo, la cual iría haciendo posible que los antisocialistas ya no pudiesen proclamarse revolucionarios, y que la expresión *con* la Revolución en la

práctica connotara *con* el Socialismo. Esta ecuación, precedida a su vez por la fusión de Patria y Revolución, al agregársele el Socialismo, manifestaba a las claras su intención de concentrar cuanto pudiera de la ideología revolucionaria, dejando fuera sólo lo “incorregiblemente contrario”, y ganar así la confluencia del nacionalismo revolucionario con el socialismo marxista.

En el fondo de la batalla por *PM* y *Lunes...* lo que está en cuestión es el rumbo de la Revolución y la calidad del socialismo que habría de construirse en la isla. Tras las reuniones de 1961 y *Palabras a los intelectuales*, se haría visible la existencia de dos líneas gruesas que se convertirían a lo largo de la década en hegemónicas y devendrían en los marcos legítimos de la discusión entre los revolucionarios: el socialismo “marxista-leninista” de inspiración soviética, y el socialismo marxista de inspiración nacional y latinoamericana. La definición de que cualquier variante debía tener como presupuesto el marxismo para ser legítima, ya excluía por sí misma un espectro no desdeñable de quienes hasta ese momento apoyaban la Revolución.

Ya en posesión de la hegemonía de lo revolucionario, esas dos líneas gruesas protagonizarían en lo adelante el combate por definir el rumbo mismo de la Revolución según sus respectivas *imago mundi*. Las polémicas que sobre el arte, la estética, la filosofía, la política, las ideologías, la política cultural, la economía, entre otros temas, se ventilaron a lo largo de la década del sesenta, se enmarcaron así en el arco definido por tales líneas. El camino de la Revolución, ¿estaba en Moscú y en

la experiencia recorrida por el socialismo hasta entonces, o, por el contrario, estaba en La Habana, en la indagación de un camino propio hacia la liberación que no transitara por un Estado vertical ni una dominación burocrática? Este proceso se extendió durante una década hasta ser clausurado oficialmente en 1971, y su análisis, en rigor, está aún pendiente.

Notas

¹ *La Revolución francesa en sus textos / estudio preliminar*, trad. y notas de Ana Martínez Arancón. Madrid: Tecnos, 1989. pp. XXIV, XXVI.

² Castro, Fidel. “Palabras a los intelectuales”. En: *Revolución, letras, arte*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1980. p. 10.

³ El DR supo dejar atrás la diferencia expresada en enero de 1959 y sus dirigentes fundamentales acordaron en un principio pasar a las filas del Ejército Rebelde; en su mayoría no ocuparon cargos de primera línea en el Gobierno y se mantuvieron leales a la Revolución desde posiciones secundarias.

⁴ Tuttino, Saverio. *Breve historia de la Revolución Cubana / trad. Ana María Palos*. Roma: Editori Riuniti, 1966. pp. 150, 151.

⁵ Rodríguez, Carlos Rafael. “Sobre el nuevo Comité Central y el ‘fraccionalismo’ de los ‘viejos comunistas’”. En: *Letra con filo*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1983. t. 2., p. 441.

⁶ “Porque en definitiva: ha sido sólo el Movimiento 26 de Julio quien ha estado y está realizando acciones en todo el país; han sido sólo los militantes del 26 de Julio quienes trasladaron la rebeldía de las agrestes montañas de Oriente a las provincias occidentales del país; son únicamente los militantes del 26 de Julio quienes llevan a cabo el sabotaje, ajusticiamiento de esbirros, quemas de caña y demás acciones revolucionarias [...].

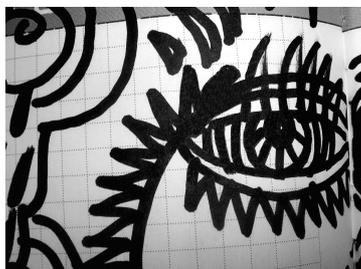
“Decir todo esto, habrá quien lo entienda una arrogancia; pero es que además ha sido sólo

el Movimiento 26 de Julio quien ha declarado que no quiere participación en el Gobierno Provisional y que pone toda su fuerza moral y material a disposición del ciudadano idóneo para presidir la provisionalidad necesaria.”

Castro, Fidel. “Carta de 14 de diciembre de 1957”. En: *Selección de lecturas de Historia del*

pensamiento político cubano. La Habana: Universidad de La Habana, Facultad de Filosofía e Historia, 1989. pp. 210, 211.

⁷ Sartre, Jean Paul. “¿Por qué se escribe?”. En: *¿Qué es la literatura?* La Habana: Editora del Consejo Nacional de Cultura/Editorial Nacional de Cuba, 1966. p. 119. (Colección Cocuyo)



¿Martí suicida?

Jesús Dueñas Becerra

Periodista y doctor en Ciencias Médicas

*“La vida es inspiración [...] fraternidad
[...] estímulo [...] virtud”.*
JOSÉ MARTÍ

Con apoyo en sólidos argumentos aportados por la ciencia psicológica y en mi (todavía insuficiente) conocimiento de la vida y la obra de José Martí, refutaré los planteamientos sobre el supuesto suicidio del Apóstol que aparecen en el libro *Los seis grandes errores de Martí*,¹ del doctor Daniel Román, psicólogo clínico, sociólogo, teólogo, periodista e historiador cubano-americano, cuya motivación fundamental para escribir esa obra fue el hecho “categórico” de que “[...] Martí [...] se suicidó el 19 de mayo de 1895 al ofrecer deliberadamente su pecho a las balas españolas [...]”.²

Si bien el profesor Paul Estrade,³ eminente catedrático de la Universidad de París VIII, en un artículo publicado en las páginas de la emblemática *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, impugnó con pruebas irrefutables las endeble afirmaciones hechas por el doctor Román, como profesional de la salud mental y de la prensa estoy en la obligación ética de participar en esa polémica, porque, al decir de Martí, vivimos “[...] en tiempos de diálogo [civilizado]”.⁴

Ante todo, habría que precisar qué es el suicidio y cuáles son los móviles que mueven a una persona a privarse de la vida, definida por el Maestro como “[...] sutil, complicada y ordenada, aunque parezca brusca, simple y desordenada [...]”.⁵ Para el fundador del periódico *Patria*, “[...] la vida es una agrupación lenta y un encadenamiento maravilloso [...], un extraordinario producto artístico”.⁶

La literatura científico-médica define el suicidio, autoquiria u “[...] homicidio por sí mismo [como] un acto paradójico, una monstruosidad biológica, un crimen contra natura, ya que es la negación del instinto de conservación, [lo que] permite prever, por lo tanto, su carácter mórbido”.⁷ Con apoyo en esa definición, la mayoría de los psiquiatras y psicólogos clínicos estiman que “[...] el suicidio es un síntoma de alienación [o trastorno] mental”.⁸

Por supuesto, descartaré ese punto de vista... por razones obvias: el Héroe Nacional cubano NO padecía afección mental alguna..., sólo cultivó el amor y el perdón, y si como Hombre (con mayúscula) tenía virtudes, defectos, inconsistencias, debilidades y necesidades, el componente espiritual de su inconsciente era un jardín donde crecían hermosas flores, cuyo cálido perfume acariciaba el intelecto y el alma del eterno poeta de la patria grande latinoamericana, así como de amigos sinceros y enemigos dignos; “banquete espiritual” vedado, no obstante, a los roedores de la inteligencia y el talento ajenos.

Para los psicólogos con orientación humanista,⁹⁻¹⁰ la conducta suicida está íntimamente vinculada con la pérdida

de la fe en nosotros mismos y en los demás, con la desesperanza y la falta de amor a sí mismo y al *otro*.

La persona sana es aquella que se estima, se apoya a sí misma, se reconoce y se realiza;¹¹ si no puede hacerlo, es que algo está herido en ella, lo que podría constituir, y de hecho lo es, el embrión de la angustia, la depresión, la auto-agresión y las ideas suicidas. He ahí, en el *yo* herido y en la incapacidad para amar al *otro*, las motivaciones profundas de la conducta autodes-tractiva.

De acuerdo con esa línea de pensamiento psicológico, nuestro desarrollo personal sufre de crisis ante las cuales podemos adoptar diferentes actitudes; ahora bien, el suicida sólo elige un camino, percibe una única opción: se hunde en la desesperación, en el vacío, en la amargura; por consiguiente, su vida pierde sentido desde la óptica existencial.

La *persona madura*, con un *yo* intransferible, nutrido, aceptado, realizado, construido,¹² además de elevarse por encima de sus dificultades, darle sentido a su vida, crecer y superarse, ha interiorizado el principio de que “[...] es posible crear la luz, el sonido y el orden interno dentro de nosotros, sin importar qué calamidad pueda sobrevenirnos en el mundo exterior”.¹³

Por último, el suicida, con un *yo* catastrófico, disminuido, anulado, es sin duda alguna, un individuo que cree haber perdido los valores humanos y espirituales que lo caracterizan como persona; en consecuencia, se siente acorralado y desesperado y la única salida a su “cataclismo” existencial es privarse de la vida, el don más preciado del ser humano.

Para ningún estudioso de la vida y la obra de Martí es un secreto que el Apóstol fue, según Jorge Mañach,¹⁴ un hombre signado por la *incomprensión*: don Mariano Martí y doña Leonor Pérez NO entendieron (ulteriormente sí), por qué su primogénito, desde la más tierna adolescencia, se había entregado en cuerpo, mente y espíritu a la causa independentista; Carmen Zayas-Bazán NO comprendió que la libertad de Cuba era la misión más importante que su amantísimo esposo debía cumplir en la tierra; algunos generales del Ejército Libertador NO compartieron sus criterios sobre cómo llevar a cabo la Guerra Necesaria.

Si los genes del Maestro hubiesen tenido predisposición al suicidio, cualesquiera de esas incomprensiones (y muchas más..., imposibles de reseñar aquí), hubieran desempeñado la función de *factor detonante* para lanzarlo a los brazos de la muerte..., que es “[...] seguir viaje [...]”¹⁵ y “novia amable”¹⁶ a la que “[...] se la ha de esperar con un beso”.¹⁷

Ahora bien, ¿qué armas psicológicas y espirituales empuñó Martí para seguir viviendo... hasta echar a andar la obra cumbre a la cual dedicara su infatigable energía y su más tierno afecto?

En mi modesta opinión, los vocablos *resiliencia* y *espiritualidad* responden con creces esa interrogante..., pero no es posible, en modo alguno, establecer la relación entre ambos sin antes explicar su definición conceptual. La resiliencia es la capacidad de afrontar positivamente las adversidades y seguir adelante, mientras que la espiritualidad es el “[...] conjunto de acciones que el hombre realiza y que le dan pleno sentido a su vida”.¹⁸

La resiliencia es una cualidad del carácter que toda persona necesita desarrollar, porque ningún ser humano puede evitar los traspies que la vida le pone delante, pero sí poseer la entereza mínima indispensable para levantarse de nuevo... cada vez que resbala y cae.

El poder “mágico” de la resiliencia reside, fundamentalmente, en el hecho de que es expresión de voluntad, de firmeza de carácter y de decisión propia, porque la persona con ese atributo se estima, se apoya a sí misma, se reconoce y se realiza.¹⁹

La resiliencia sólo puede ser efectiva cuando se nutre de la espiritualidad, pues esta la alimenta y ambas integran una unidad indisoluble.

La persona con esa cualidad caracterológica supera todos los momentos difíciles y da a los problemas el valor intrínseco que tienen, para sobreponerse y salir adelante, ya que luchar contra las dificultades y conquistarlas es la forma más sublime de la felicidad humana. Por otra parte, despliega la suficiente energía física, psíquica y espiritual para vencer cualquier adversidad, porque está consciente de que el éxito sólo depende de cómo se afronten los acontecimientos, no de la naturaleza de los acontecimientos en sí.

La resiliencia enseña a la persona a no dejarse “esclavizar” por las riquezas materiales y prestar mucha más atención a los valores éticos, humanos y espirituales; con otras palabras, a descubrir la luz que brilla en su mundo interior y en el *yo* del *otro*.

La mejor caracterización del término resiliencia se debe al genio martiano: “El hombre es un magnífico combatiente, lanzado a la tierra, arma-

do de todas armas, a la conquista de sí mismo”.²⁰

Si fuera necesario calzar esas cualidades con alguna otra NO vacilaría en acudir a la fe, concebida por Martí como la necesidad espiritual de creer “[...] en la existencia superior [...], en el inmenso poder [divino] [...] que consuela, en [el] amor, que salva y une, en la vida que empieza con la muerte”.²¹

Para el poeta y ensayista Cintio Vitier²² afirmar que el Apóstol se suicidó en Dos Ríos es un “[...] gran disparate, que entraña un desconocimiento proverbial de las más profundas convicciones [tanto éticas como patrióticas], que llevaron a José Martí a morir de cara al sol por la libertad de Cuba [...]”, para evitar a tiempo que la voracidad imperial cayera sobre los países de Nuestra América y los despojara de sus riquezas naturales y culturales... como históricamente ha venido haciéndolo.

Si el autor de *Los seis grandes errores de Martí* albergara alguna duda al respecto, lo invito a leer, con los ojos del alma (los que saben ver), el libro *Martí y la ciencia del espíritu*,²³ obra de obligada consulta para quienes amamos la Psicología como disciplina científica por excelencia y la ejercemos como noble profesión, fuente inagotable de ética, humanismo y espiritualidad.

Aquí concluye mi discrepancia con el doctor Daniel Román, a quien me agradecería recordarle que “[...] la discusión científica no es un conflicto subjetivo entre personas, sino una confrontación de hechos objetivos”.²⁴

Notas

¹ Román, Daniel. *Los seis grandes errores de Martí*. Miami: Ediciones Universal, 1993.

- ² Estrade, Paul. De la discrepancia en la investigación martiana (a propósito de un libro de Daniel Román). *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (La Habana) 95(1-2):57; en-jun. 2004.
- ³ *Ibidem*, pp. 54-67.
- ⁴ Martí, José. “Los clubs”. En: *Obras completas*. La Habana: Editora Nacional de Cuba, 1963-1973. t. 2, p. 16.
- ⁵ _____. Citado por Jorge Sergio Battle. En: *José Martí: aforismos*. La Habana: Centro de Estudios Martianos, 2004. p. 391.
- ⁶ *Ídem*.
- ⁷ Simonin, Camilo. Citado por Jesús Dueñas Becerra. En: “¿Por qué se suicidan los seres humanos?”. *Palabra Nueva* (La Habana) 3(29):11-12; 1994.
- ⁸ *Ídem*.
- ⁹ García, Marciano. *Para tener vida*. Santo Domingo, R.D.: Editorial de Espiritualidad del Caribe, 1995.
- ¹⁰ _____. *Psicología de la experiencia religiosa*. Santo Domingo, R.D.: Editorial de Espiritualidad del Caribe, 1999.
- ¹¹ _____. *Op. cit.* (9).
- ¹² *Ídem*.
- ¹³ Buscaglia, Leo. *Vivir, amar, aprender*. México, D.F.: Editorial Diana, 1991. p. 55.
- ¹⁴ Mañach, Jorge. *Martí, el Apóstol*. 4ta. ed. Buenos Aires: Editorial Espasa-Calpe Argentina, S.A., 1952.
- ¹⁵ Valdés Galarraga, Ramiro. En: *Diccionario del pensamiento martiano*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2002. p. 448.
- ¹⁶ Martí, J. *Op. cit.* (5). p. 252.
- ¹⁷ *Ibidem*, p. 253.
- ¹⁸ García, Marciano. Introducción a la espiritualidad cubana. *Vivarium* (La Habana) 14:5; 1996.
- ¹⁹ _____. *Op. cit.* (9).
- ²⁰ Martí, J. *Op. cit.* (5). p. 183.
- ²¹ Valdés Galarraga, R. *Op. cit.* (15). p. 205.
- ²² Vitier, Cintio. “Entrevista”. En: Haciendo Radio. *Radio Rebelde* (La Habana), edición del 19 de mayo de 2006.
Entrevistado por Carlos Figueroa.
- ²³ González Serra, Diego. *Martí y la ciencia del espíritu*. La Habana: Editorial Si-Mar, 1999.
- ²⁴ Citado por Jesús Dueñas Becerra. En: Breve reseña histórica de la ciencia psicológica cubana. *Revista Cubana de Psicología* (La Habana) 22(1):59; 2005.

Cátedra María Villar Buceta: homenaje a una bibliotecaria excepcional

Vilma Ponce Suárez

Investigadora

María Villar Buceta es parte de la historia de la Bibliotecología cubana. Su modestia, sencillez, carácter noble y abnegado, unido a su talento revelado en la poesía, el periodismo, la enseñanza y el trabajo bibliotecario, la sitúan entre las personas más recordadas por las generaciones actuales vinculadas a esta última profesión. Fue también un ejemplo de mujer e intelectual comprometida con la patria, y no dudó en exponer su vida al enfrentarse al gobierno machadista luchando por los derechos de los más humildes. Amiga de Rubén Martínez Villena, se identificó con él por sus ideales políticos y formaron parte del Grupo Minorista así como del Partido Comunista.

En 1924 ejerció su primer trabajo como bibliotecaria en la Biblioteca Nacional, donde participó en la catalogación, clasificación y atención a los usuarios. A partir de ese momento fundó bibliotecas, compiló bibliografías, organizó importantes colecciones, y se distinguió, además, por ser la primera profesora que impartió un curso de iniciación biblioteconómica en Cuba. Al triunfo de la Revolución dirigió la biblioteca del Ministerio de Relaciones Exteriores;

mientras ocupaba esta responsabilidad, dictó conferencias, realizó traducciones, publicó varios artículos y elaboró comentarios de libros y notas críticas. Su fecunda vida se apagó el 29 de julio de 1977 a los setenta y ocho años. Fue sin dudas, una dolorosa pérdida para la



intelectualidad cubana y, en especial, para la comunidad bibliotecaria.

Poco tiempo después de su deceso, en los meses de septiembre a diciembre de 1978, se publicó en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*

la “Bio-Bibliografía de María Villar Buceta”, elaborada por la doctora Araceli García Carranza y se inauguró en la institución una exposición en su honor donde muchas personas que la conocieron destacaron sus cualidades intelectuales y revolucionarias. Al año siguiente, por iniciativa del doctor Julio Le Riverend Brusone, entonces director de la Biblioteca, se creó una cátedra con su nombre, dirigida por el Departamento de Investigaciones Histórico-Culturales, cuyo jefe era el investigador Ramón de Armas Delamarter-Scott y más tarde, el también investigador Luis Ángel Argüelles.¹

En el discurso de inauguración de la Cátedra, publicado en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, Lucía Sardiñas, funcionaria del Comité Central, hizo referencia a la convocatoria para la formación de esta aula, donde se precisaron los propósitos que inspiraron su constitución: “[...] se aspira con ello a contribuir no sólo a la profundización en materias de interés para el personal vinculado al trabajo bibliotecológico, sino, también, a viabilizar la reflexión y el intercambio de experiencias y conocimientos entre los responsables de cada conferencia o cursillo y las personas interesadas en la correspondiente temática”.²

En este llamado se aprecia el interés de los organizadores en que la Cátedra fuera un espacio apropiado de superación, actualización y debate de los contenidos relacionados con la especialidad bibliotecológica. Por esta razón, en la primera década se establecieron dos ciclos de conferencias que versaron sobre temas relacionados con la historia de la Bibliografía y su evo-

lución en Cuba; los sistemas de información documentaria; los sistemas automatizados de dirección; el Sistema Internacional de Información Científica y Tecnológica; las redes de información y comunicación; el sistema de información para la agricultura en Cuba; la clasificación de documentos y la Paleografía en el Archivo Nacional; el procesamiento técnico de libros en la Biblioteca Nacional; el Sistema Internacional de Información Científica Técnica de los países del CAME; estado actual y perspectivas de la actividad científico informativa en Cuba; la normalización internacional para la descripción bibliográfica general; la catalogación descriptiva de monografías; la bibliografía de los países socialistas; los tesauros monolingües y plurilingües; los principios de estructuración del Sistema Nacional de Información Científico Técnico (SNICT), su aparato de referencia e índice alfabético de materias; la bibliografología; las particularidades de las bibliotecas en Cuba, así como la actualización de los sistemas de información y las modificaciones introducidas en la Bibliografía cubana. Esta relación sólo constituye una mínima parte de las temáticas abordadas en ese período.³

Algunos de estos temas surgieron como consecuencia del intenso intercambio de experiencias que se generó durante la década del ochenta entre los especialistas cubanos y los bibliotecarios de los países socialistas, en especial de la URSS.

En dicha etapa expusieron sus conocimientos prestigiosos expertos de la Bibliotecología y de especialidades

afines, entre los que estuvieron: Carmen Fernández Ballester, Primitiva Rodríguez, Rosa Giráldez, Dulcila Cañizares, Ambrosio Fornet, Olga Vega, Araceli García Carranza, María Elena Dorta Duque, Carlos Newton Díaz, Yolanda Arencibia, Gloria Ponjuán, Luis Alpízar, Gilberto Sotolongo, Antonio Ruano, Carmen Seara, Emilio García Capote, Margarita León, América Santos, Carmen Cazares, Dolores Vizcaya, Teresita Rodríguez, Nilda Fernández, Graciela Maldonado y Viera Pravdova.

En 1989 el Departamento de Investigaciones Histórico-Culturales se fusionó con el de Investigaciones Bibliotecológicas y Metodológicas y se creó el Departamento de Investigaciones Histórico-Culturales y Bibliotecológicas, bajo la dirección del investigador Emilio Setién Quesada, quien asumió también la responsabilidad principal de la organización de la Cátedra hasta su jubilación, en 1999. A partir de este momento se le asignó la tarea de coordinar esta actividad a la investigadora Sara Escobar, función que cumplió hasta el año 2001.

La década del noventa resultó muy difícil para el país desde el punto de vista económico y social. El Período Especial repercutió negativamente en todos los ámbitos de la sociedad. En las bibliotecas se redujo la jornada de servicios al público, suprimiéndose el horario de la noche; los frecuentes apagones impedían en la Biblioteca Nacional la entrega de los libros solicitados a los usuarios; también decreció el canje internacional ante el descenso de nuestras propias producciones, entre otras muchas afectaciones.

Esta situación influyó en la disminución de los encuentros de la Cátedra,

lo que fue paulatinamente superado a finales de esa década. Así, su reanimación fue un hecho, con la participación de profesionales de diferentes instituciones: Margarita León (jefa del Departamento de Investigaciones Histórico-Culturales y Bibliotecológicas a partir del año 1999), Valentina Mijailova, Dolores Vizcaya, Jacoba García y María del Carmen Villar de Franco. Estas especialistas abordaron temáticas relacionadas con los requisitos funcionales del registro bibliográfico, el sector de los contenidos y servicios en la industria de la información y el procesamiento en la literatura profesional. También se organizó un ciclo de conferencias sobre los aspectos novedosos del trabajo de la Biblioteca Nacional. En este espacio se trataron cuestiones relacionadas con las funciones del Grupo de Patrimonio Nacional y la Ley del Depósito Legal; la automatización de los procesos y servicios de la institución; la comercialización de productos y servicios bibliotecarios, y los proyectos de investigación de la Biblioteca Nacional. Del mismo modo, se prepararon diferentes paneles que debatieron sobre las tendencias de los servicios de información en el mundo contemporáneo; los indicadores de ciencia y tecnología y su repercusión en la actividad; las publicaciones de ciencia y técnica; la explotación de los recursos de la Internet en los servicios informativos, y la enseñanza de la Bibliotecología en Cuba.

Es de significar que el interés por profundizar en el estudio sobre la aplicación de la automatización en la labor bibliotecaria estuvo motivado por los cambios favorables a este proceso que se produjeron en la Biblioteca Nacional

al incorporarse un mayor número de computadoras para el trabajo en las diferentes áreas. Esto coincidía con la leve reanimación económica que se producía en el país a fines de los noventa y con el reconocimiento social y político de la necesidad de incorporar los avances tecnológicos a la vida cotidiana como requerimiento indispensable para dejar atrás el retraso causado por el Período Especial.

El año 1999 fue sin dudas muy importante para la Cátedra, pues se cumplían dos décadas de su fundación y el 21 de abril se celebraba el centenario del natalicio de María Villar Buceta. Por este motivo, en colaboración con la Cátedra “Gertrudis Gómez de Avellaneda”, del Instituto de Literatura y Lingüística y la Cátedra “Pablo de la Torriente Brau”, de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de La Habana, se organizó un coloquio en la Biblioteca Nacional, donde especialistas como la doctora Araceli García Carranza, el poeta, crítico y ensayista Luis Suardíaz y los licenciados Ricardo Luis Hernández y Gerardo Díaz Pérez, se refirieron a la Bio-Bibliografía de María Villar Buceta, su labor en la promoción literaria y a su obra poética. En este ámbito se presentó también una exposición en su honor.

Durante los años 2000 y 2001 las direcciones principales de la Cátedra se encaminaron a mostrar los resultados obtenidos por el Departamento de Investigaciones y la disertación por especialistas de la institución y de fuera de ella de las experiencias adquiridas en el cumplimiento de diferentes misiones en el extranjero. En esta función participaron Araceli García Carranza,

Julio Domínguez, Marcia Medina, Tomás Fernández Robaina, Miguel Viciado y Lidia Abreu.

Desde el 2002 se amplió el universo de temáticas, pues se impartieron conferencias sobre temas propios de la actividad bibliotecológica y también se abordaron otros de carácter cultural. Esta nueva línea de superación tuvo su fundamento en reconocer la influencia de todo lo que contribuya a enriquecer el acervo cultural y a la mejor preparación de los técnicos y especialistas del sector, en ofrecer un mejor servicio a los usuarios. Además, el país inició en este período una intensa batalla de ideas que reclamaba una mayor contribución de los bibliotecarios a la extensión de los conocimientos artísticos y literarios en el pueblo. Así, desde el 2002 hasta abril del 2005, han estado presentes el doctor Armando Hart Dávalos, presidente de la Sociedad Cultural José Martí; la doctora Araceli García Carranza, jefa del Departamento de Bibliografía Cubana de la Biblioteca Nacional; el doctor Rafael Acosta de Arriba, presidente del Consejo Nacional de las Artes Plásticas en ese entonces; Norberto Codina, director de la revista *La Gaceta de Cuba*; Leonardo Padura, relevante novelista y periodista; José Matos, investigador de la Fundación Fernando Ortiz; José Antonio Molina, investigador de la Biblioteca Nacional; Luis Suardíaz, poeta y periodista, así como la doctora Ana Cairo y Zoia Rivera, profesoras de la Universidad de La Habana. Los disertantes se refirieron a la historia, vigencia y perspectivas de la Revolución Cubana; la obra de Alejo Carpentier a partir de los estudios bibliográficos;

el arte de los noventa a partir de la creación; las publicaciones culturales cubanas; la vida y obra de José María Heredia; la polémica entre Fernando Ortiz y Ramiro Guerra; las investigaciones sobre la herencia indígena en la cultura cubana; momentos de la vida y obra de Dulce María Loynaz y su relación con María Villar Buceta; el Grupo Minorista, y el papel del Lyceum Lawn Club en la cultura cubana.

Los temas bibliotecológicos han versado sobre las dimensiones cognitivas y científicas de la Bibliografía cubana; el carácter de ciencia de la Bibliografía; las peculiaridades de la última edición de la Norma Cubana de Catalogación de Libros; las direcciones de la teoría bibliotecológica en el siglo XXI; los facsímiles de la Biblioteca Nacional José Martí; las ventajas de la reingeniería en las bibliotecas; Haití en la Bibliografía cubana; los gustos y preferencias de los usuarios del Sistema de Bibliotecas Públicas; la literatura bibliológico-informativa en Cuba en el siglo XX; la recepción de Cuba en el entorno bibliográfico alemán; adquisición y bibliografía cubana; la Biblioteca Nacional de Francia; la utilidad de la colección de la revista *Bibliotecas* para los profesionales de la información; las técnicas bibliométricas aplicadas al estudio de la revista *El Caimán Barbudo*; los nuevos productos digitales creados en la Biblioteca Nacional; las características del fondo de la biblioteca de la UNESCO; la influencia de la temperatura y la humedad en el deterioro de los fondos de la Biblioteca Nacional, por sólo citar algunos de los asuntos abordados en los encuentros mensuales de la Cátedra

“María Villar Buceta”. Estas temáticas estuvieron a cargo de los siguientes investigadores: doctor Emilio Setién, doctora Blanca Patallo, Tomás Fernández Robaina, Olga Vega, Margarita León, Miguel Vicedo, Grettel Lobelle, Nuria Pérez, Sonia Núñez, Alicia Flores y Vilma Ponce. También participaron otros trabajadores de la Biblioteca: Josefina González, Fernando Martínez, Yahumila Hidalgo, Osdiel Ramírez y Daniel Motola. En este período se contó además, con la presencia del especialista mexicano Felipe Meneses.

Otra de las líneas ha sido la presentación de los resultados del trabajo de diferentes departamentos de la Biblioteca Nacional. Estas actividades han tributado a la integración y al conocimiento mutuo de las diferentes áreas de esta institución. Así, durante el 2003 al 2005 han informado los Departamentos de Bibliografía Cubana,⁴ Naciones Unidas,⁵ Desarrollo de Colecciones⁶ y Conservación y Restauración.⁷

Es de significar que a partir del mes de marzo de 2004 asumió la dirección del Departamento de Investigaciones Histórico-Culturales y Bibliotecológicas la doctora Araceli García Carranza y se produjo además, la fusión con el Departamento de Investigaciones Bibliográficas, área que ha mantenido la responsabilidad de la Cátedra.

Una de las actividades más emotivas realizadas en el contexto de la Cátedra “María Villar Buceta” fue el homenaje que se organizó en el mes de abril del 2005 a la profesora Adelina López Llerandi, quien fuera en la década del sesenta asesora de la Biblioteca Nacional y durante veinte años directora

de la Escuela Nacional de Técnicos de Bibliotecas. La profesora se refirió a sus inicios en el mundo de las bibliotecas y a la labor que desempeñó en esa escuela. Su relato fue, sin lugar a dudas, una clase de historia, pues ella participó en innumerables acontecimientos que marcaron el desarrollo de los estudios bibliotecológicos en Cuba. Al finalizar la actividad, la Biblioteca Nacional, la filial de Ciudad de La Habana de la Asociación Cubana de Bibliotecarios (ASCUBI) y la dirección nacional de esta organización le entregaron diferentes obsequios y la condición de Miembro de Honor.

Por último, debe señalarse que el público asistente a las actividades de la Cátedra procede fundamentalmente de la Biblioteca Nacional, destacándose el Departamento de Investigaciones Bibliográficas por su presencia regular durante todos estos años. Participan también otros afiliados de la ASCUBI de La Habana y Ciudad de La Habana, pues dicha organización tiene entre sus objetivos estimular y facilitar la superación de sus miembros. Eventualmente se invitan a alumnos de la Escuela de Técnicos de Bibliotecas y de la Facultad de Comunicación de la Universidad de La Habana, aunque es necesario subrayar que todas las personas interesadas en los temas que se discuten tienen la posibilidad de asistir a sus sesiones.

En este breve recorrido por la historia de la Cátedra María Villar Buceta se constata que durante todos estos años han estado presente en ella el ejemplo y el espíritu de la mujer que inspiró su creación, lo cual se aprecia en la motivación por el conocimiento

más actualizado, el interés por contribuir al enriquecimiento profesional y cultural de los bibliotecarios y por estar a tono con los requerimientos de la sociedad en cada momento histórico.

Notas

¹ En el intento de realizar una reseña histórica de la Cátedra existe como dificultad principal la ausencia de documentos de archivo y de otros materiales que permitan conocer al detalle cómo fue su desarrollo en las dos primeras décadas. Los únicos documentos que posibilitan reconstruir parcialmente su historia son algunas notas en la sección "Miscelánea" y dos artículos que hicieron referencia a actividades realizadas en la Cátedra, publicados en la *Revista Biblioteca Nacional José Martí*; algunos recortes atesorados por las investigadoras Olga Vega y Araceli García Carranza, y varias listas de asistencia a conferencias encontradas en el archivo del Departamento de Investigaciones. Por esta razón este trabajo es sólo una aproximación a la historia de la Cátedra y por tanto deben existir omisiones involuntarias.

² Sardiñas, Lucía. Cátedra María Villar Buceta. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (La Habana) 71(1):194; en.-abr. 1980.

³ Información tomada de:

-*Cátedra María Villar Buceta*. Ciclo de Conferencias por especialistas invitados. febr.-abr. 1980. La Habana: Impreso en el Dpto. de Ediciones y Conservación de la BNJM, 1980.

- *Cátedra María Villar Buceta*. Ciclo de Conferencias por especialistas invitados. mar.-abr. 1981. La Habana: Impreso en el Dpto. de Ediciones y Conservación de la BNJM, 1981.

- *Cátedra María Villar Buceta*. Ciclo de Conferencias por especialistas invitados. mar.-abr. 1982. La Habana: Impreso en el Dpto. de Ediciones y Conservación de la BNJM, 1982.

-Martínez, Miriam. Balance crítico general de la aplicación de la nueva estructura en la Biblioteca Nacional. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (La Habana) 72(2):22; mayo-ag. 1981.

-Nuevo ciclo de conferencias en la Biblioteca Nacional José Martí. *Trabajadores* (La Habana) 5 nov. 1985: 2.

⁴ Participaron en el panel del Departamento de Bibliografía Cubana: Ileana Ortega, Miriam Jorge, Lourdes Castillo, Noris Somano y Antonieta Fernández.

⁵ Participó Lilián Gómez por el Departamento de Naciones Unidas.

⁶ Formaron parte del panel del Departamento de Desarrollo de Colecciones: Odalys Caballero, Bárbara López, Eneida González, Gloria López, Zaida Macías, Lucila Reinoso y Bárbaro Ravelo.

⁷ En representación del Departamento de Conservación y Restauración expusieron Idarmis Gómez y Alicia Milián.

Otros textos consultados

[Actividades de la Biblioteca Nacional].
Revista de la Biblioteca Nacional

José Martí (La Habana) 70(4):199; oct.-dic. 1979. (Miscelánea)

[Actividades de la Biblioteca Nacional].
Ibídem, 71(2):197-206; mayo-ag. 1980. (Miscelánea)

[Actividades de la Biblioteca Nacional en el período sept.-dic. 1978]. Ibídem, 70(1):189-196; en.-abr. 1979. (Miscelánea)

ECHEVARRÍA, ISRAEL y SIOMARA SÁNCHEZ.
Cronología histórica de la Biblioteca Nacional. Ibídem, 72(2):77; mayo-ag. 1981.

GARCÍA CARRANZA, ARACELI. Bio-Bibliografía de María Villar Buceta. Ibídem, 69(3):149-180; sept.-dic. 1978.



Identidad de dos pueblos: Cuba y Venezuela

Roberto Valdés

Especialista en Relaciones Internacionales

La historia de Cuba muestra, desde el nacimiento y en el desarrollo de la nación, cómo los hechos económicos, sociales y políticos e incluso militares que tuvieron lugar a lo largo de más dos siglos, se entrelazan con la cultura política y filosófica de la modernidad, asumida desde los intereses de los pobres. Ella nos enseña, a su vez, el carácter de las relaciones de Cuba con el mundo.¹

Y en ese resumen de siglos, de batallar de ideas, de forjar conciencias y de formar hombres, en el crisol de los sacrificios, surgió el Apóstol de nuestra independencia.

José Martí se bautiza en la fe de la libertad, cuando su genial fervor adolescente abrasa las páginas del periódico juvenil *Patria Libre*. El cautiverio que le hacen padecer en las canteras grava para toda su vida su vocación, y arma su amor que lo identifica con los humildes, además llena su mente ágil del pensamiento para captar los problemas que le rodean, descubrir y destacar las grandezas y virtudes de los hombres y aquilatar los valores de ese mundo diverso, humillan-

te y opresor que le tocó vivir, en particular, en los Estados Unidos, pero siempre orientado en pro de la independencia de su amada Cuba.

Martí en su concepción de pueblos, habla de la América entera, la nuestra de tronco indio e injerto latino y la del norte, compendio de pueblos y razas. Él no busca lo que separa y divide, sino lo que acerca y hermana en ese bregar constante y fluido que une voluntades y suma ideas. Critica lo que hay que enderezar con justa necesidad y acertada justicia. Mira y valora a los Estados Unidos y siempre destaca lo que debe verse con recelo y justo a tiempo. Advierte los peligros del dominio imperialista para los pueblos de América. Ya más cerca de su muerte, cuando daba todas sus energías a la guerra necesaria, sentenciaba: “[...] preferible es subir o caer sin ayuda, que contraer deudas de gratitud con un vecino tan poderoso”.²

De la América nuestra interpreta y expone su más elevada concepción como tierra fértil para sembrar simientes de virtud, honradez, trabajo, sobriedad, valentía, decoro y fraternidad entre los hombres. Así ha de resaltar los valores y virtudes del célebre poeta norteamericano Walt Whitman por su oración para Abraham Lincoln, el leñador de ojos piadosos; o cuando elogia pasajes de la vida de George Washington en su tiempo.

Pero esta visión martiana se hace más alta para elevar espíritus y prender fe enérgica cuando se vuelve hacia la América bolivariana y dice: “¡De Bolívar se puede hablar con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y rayos, o con un manojito de pueblos

en el puño, y la tiranía descabezada a los pies!”.³

Por todo el continente resuena el clamor de la libertad. Con Bolívar surge una pléyade de próceres y pensadores y con ellos van las huestes de indios venezolanos y mexicanos, rolos de Chile, cholos de Perú, negros y gauchos, penuhenches y araucos. Sólo un héroe puede sentir el ardor de los héroes y expresarlo con pasión sublime. Él es el fiel intérprete de los dolores y las glorias de América.

José Martí usa su verbo para sembrar fuerzas gigantescas que mueven a un continente. No habla como un iluminado de profesión, sino como un iluminado de convicción y voluntad: es un maestro labrador que hace la siembra, lucha contra los poderes destructores y cuida la cosecha del porvenir.

Ve la solución para América, llena de dolor y esperanza, en la libertad de toda opresión y en la creación de una cultura sobre la base de los elementos nativos cuando expresa: “El pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con levadura de su sudor. Entiende que se imita demasiado y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino de plátano, y si sale agrario, es nuestro vino”.⁴

Qué actualidad tiene este pensamiento martiano en el proceso de alternativa bolivariana que hoy vive nuestro continente, encabezado por Venezuela, ejemplo de unidad e integración de nuestros pueblos.

El americanismo de Martí es una tesis de fe en la acción de cada hombre

para construir una democracia para todos con el esfuerzo de todos. La dignidad que se quiere en cada hijo de Cuba y en cada hombre de su América identifica al hombre con su prójimo en cualquier parte de la tierra.

La patria de Martí está donde los hombres padecen y sienten. Esa es la vocación humanista y solidaria que ha practicado siempre la Revolución Cubana como una verdad incontestable y real, como ha dicho nuestro querido Comandante en Jefe, Fidel Castro, y que nuestros enemigos jamás han podido negar. Sobre la raíz sembrada en Cuba se yergue hoy un árbol de justicia y humanidad con ramas tan crecidas y perennes que cobija a los americanos, y a todos los que luchan por el decoro, la justicia, la libertad y la paz frente a los que matan a los pueblos por hambre, los que explotan y sumen en la miseria a millones de seres humanos y practican la guerra y el terrorismo, como predica el Gobierno de los Estados Unidos.

Y volvía Martí a hablar sobre Bolívar en ocasión de la velada organizada por la Sociedad Literaria Hispanoamericana el 28 de octubre de 1893 en Nueva York al expresar que el Libertador muere “[...] del trastorno y el horror de ver hecho pedazo su astro, su obra que creyó inmortal, en su error de confundir la gloria de ser útil”,⁵ y de esa experiencia Martí señala que en las conductas ambiciosas de los gobernantes y las ansias de poder de sus sucesores está el peligro que deriva para sus pueblos. Pero rubrica sus palabras para el porvenir cuando dice: “¡Pero así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado

aún en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas a los pies: así está él, calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy: porque Bolívar tiene que hacer en América todavía!”⁶

Ese era el José Martí que visitó a Venezuela y manifestó: “Dime Venezuela en qué servirla; ella tiene en mí un hijo”⁷

O cuando enterado de la muerte de su amigo, el insigne venezolano Cecilio Acosta, escribió en la *Revista Venezolana*:

Para él el Universo fue casa; su Patria, aposento; la Historia, madre; y los hombres hermanos, y sus dolores, cosas de familia que le piden llanto.

[.....]

Pudo pasearse, como quien pasea con lo propia, con túnica de apóstol.⁸

La simiente que unió para siempre a los pueblos de Cuba y Venezuela, y nuestro caso no es una excepción, también fue entretejida por esos hilos invisibles que unen a los pueblos, expresados en hechos e ideas con causas diversas, en épocas y circunstancias distintas y por eso son recordados y perduran de generación en generación como símbolo de la fraternidad y solidaridad entre los pueblos.

Qué aleccionador es para todos los cubanos conocer que Simón Bolívar, El Libertador, cuando estaba en pleno empeño por dar la libertad a los países de América en el siglo XIX tuviera presente las islas de Cuba y Puerto Rico, cuando quiso echar a España de nuestras tierras, lo cual fue impedido por los

Estados Unidos.⁹ Y en otro momento, cuando Bolívar escribe su histórica *Carta de Jamaica* en 1815, donde valoraba la situación de la lucha de los pueblos de este continente, nuevamente hace mención a las dos islas, en particular al decir que en Cuba “había una aparente tranquilidad”¹⁰

Fue esa una etapa coyuntural de la vida de nuestro pueblo, pues la metrópoli aplicaba en todas sus colonias el llamado despotismo ilustrado que instauró el regente Carlos III para acallar y contener la rebeldía criolla, mientras ya venían gestándose los elementos de nuestra nacionalidad desde 1790.

Pero siete años después, en 1822, fue descubierta la Conspiración de los Soles y Rayos de Bolívar, ramificada en distintas provincias del país y encabezada por el conde O’Reilly, coronel del Ejército colombiano. Entre los participantes se encontraba el venezolano Juan Jorge Peoli, quien logró evadir a sus captores y escapar a los Estados Unidos.

Qué decisión y convicción revolucionaria hicieron que el venezolano Salomé Hernández, trabajador del ingenio Fusté, de la ciudad de Remedios, en la actual provincia de Villa Clara,¹¹ respondiendo a las órdenes de alzamiento de nuestra primera gesta independentista, se incorporara el 14 de febrero de 1869, junto al polaco Carlos Roloff, gloria del Ejército mambí, y estuviera entre los primeros en levantarse en armas en esa provincia, a sólo unos meses del Grito de Yara, al frente del cual estaba Carlos Manuel de Céspedes, el Padre de la Patria, el 10 de Octubre de 1868.

Muchos son los testimonios y hechos escenificados por hombres y mujeres

de nuestros pueblos que han hecho valde, a través del tiempo, la base ancha donde se han asentado las relaciones de amistad entrañable y solidaria entre Venezuela y Cuba.

Venezuela y su querido presidente, Hugo Chávez Frías, fiel defensor y convencido intérprete del legado de Simón Bolívar, han sido el eslabón generador fundamental de las aspiraciones tanto de su pueblo como de toda la América nuestra al proyectar con el concurso de todos, los pasos futuros de la integridad y unidad latinoamericana y caribeña expresada en la Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA). Una prueba fehaciente y rotunda es la reunión de países caribeños para constituir la empresa PETROCARIBE, auténtica entidad de ayuda para todos nuestros países que tienen diferentes grados de desarrollo y de dependencia del comercio capitalista internacional, la cual nos permite obtener, de forma estable y a un precio razonable, esos recursos vitales para el desarrollo económico, político, cultural y social de la región.

Cuba apoya y se identifica plenamente con esa integración a través de la fuerza de su ejemplo y la voluntad de todos los cubanos, expresando su solidaridad y ayuda a Venezuela en la educación, la salud, el deporte y otras ramas, pero igualmente contribuye a la formación del personal profesional necesario para los grandes planes de ese país hermano, y así en diferentes proporciones y posibilidades contribuye a la unidad de los países del Caribe y del continente.

En esa reunión de PETROCARIBE, el presidente Chávez dijo en sus conclusiones: “Ahora a los pueblos nos

toca continuar descifrando los códigos del pasado para seguir trabajando en el presente y proyectar el futuro”. Esta es una muestra de la validez de la tarea de seguir profundizando en todo lo que nos une y a la vez para conocer todo lo que tenemos que andar para ser más útiles en la gran tarea de integración y unidad de NUESTRA AMÉRICA.

Notas

¹ *José Martí y el equilibrio del mundo*. La Habana: Centro de Estudios Martianos, Editorial Ciencias Sociales, 2002.

² Castro Fidel. Discurso en La Demajagua por el centenario del inicio de nuestra Guerra por la Independencia. *Granma* (La Habana) 11 oct. 1968:3-6.

³ Martí, José. En: *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 8, p. 241.

⁴ *Ibidem*, t. 6, p. 20

⁵ _____. Discurso en la Sociedad Literaria Hispanoamericana, 28 de octubre de 1893 en Nueva York.

⁶ *Ibidem*, t. 8, p. 243.

⁷ “Carta a Fausto Teodoro de Aldrey, Caracas, 27 de julio de 1881”. *Ibidem*, t. 1, p. 212.

⁸ “Cecilio Acosta”. En: Martí, José. *Nuestra América* / comp. y pról. Roberto Fernández Retamar. La Habana: Casa de las Américas, 1974. pp. 121-131.

⁹ _____. *Op. cit.* (3). “Patria, Nueva York, Abril 1º. de 1893”. t. 28, p. 310.

¹⁰ Bolívar, Simón. “Carta de Jamaica, año 1815”. En: Casa de las Américas. *Tres documentos de nuestra América. Carta de Jamaica, Nuestra América, La historia me absolverá*. La Habana: Casa de las Américas, 1979. (Colección Pensamiento de Nuestra América)

¹¹ Farto Muñiz, Rafael J. Historiador de Remedios, Villa Clara, junio, 2005.

La maestría de Cintio Vitier

Mercedes Santos Moray

Poetisa, novelista, periodista y escritora



No estuve entre sus alumnas en las aulas habaneras de la Escuela Normal cuya instalación se encuentra a sólo unos pasos de mi hogar. Ni tampoco fui compañera suya mientras estudiaba leyes, quizás para abogar por la justicia poética, y no para someterse al código. Nuestros tiempos no convergieron entonces. Pero sí me declaro discípula suya, desde el amor compartido y la utopía, cuando en mi adolescencia lo conocí, precisamente, en la Biblioteca Nacional José Martí.

La maestría de Cintio Vitier no reside, para mí, ni siquiera en los numerosos lauros que ha merecido a lo largo de su ancha existencia, esa que lo llevó a celebrar, rodeado de cuantos le aman, que somos muchos, el 25 de septiembre de 2006, sus ochenta y cinco años de vida.

Tampoco se limita a los espacios académicos, ni a los Premios Nacional de Literatura y Juan Rulfo que ha obtenido como reconocimiento a su obra y a su propia existencia, ni se encuentra en los recursos de las teorías literarias que pueden calificar su producción con mayor o menor certeza.

Verdad es que hablamos de un poeta, de uno de los más lúcidos ensayistas cubanos del siglo xx y de estos primeros lustros de nuestra actual centuria que, por espíritu y conflictos, sólo parece una prolongación, a escala geométrica, en relación al siglo anterior.

También lo conocemos como novelista, dentro de un perfil narrativo libre de esquemas y de fórmulas, más cercano al orbe lírico de su escritura porque en todo su discurso prima el sujeto, incluso cuando la reflexión se desborda y la axiología se rinde ante el sentido ontológico de su pensamiento filosófico, cuajado siempre por la eticidad.

Cintio es maestro desde el alma, por la fe que es auténtica tanto en su cristiano alimento como en su amor a Cuba, otra expresión también de su condición de hombre espiritual, como también esta condición se nos muestra desde el asidero más íntimo de su conciencia, es decir, desde José Martí.

Y es por esa vía, entre los versos y las prosas que dedicó al Apóstol, por su

civismo lírico, que Cintio ejerce su magisterio, en lecciones de aliento socrático, las que disfrutamos muchos de aquellos adolescentes que, a fines de los sesenta y principios de los setenta nos acercábamos a él, a Fina y a Eliseo, en esta institución que fue también nuestro hogar, la Biblioteca Nacional José Martí, para intercambiar ideas, soñar despiertos, compartir amores y calores, mientras descubríamos que era verdad lo que siempre habíamos deseado encontrar: que un buen escritor podía ser además un hombre bueno.

Se cita, en el portal de *Cubaliteraria* dedicado a Cintio, en su condición de Premio Nacional de la Literatura, unas palabras de su amigo y compañero de

Orígenes, el también maestro y poeta José Lezama Lima que, para mí, resultan lapidarias: “Incluso sus bravuras estuvieron siempre untadas del rocío vespertino de quien no guarda rencor ni para las alimañas”.

Ciertamente, a lo largo de esos ochenta y cinco años suyos, la experiencia debió someter a prueba ese principio ético, la sustancia profundamente martiana de su espíritu y de su obra, ante dogmas y prejuicios, y sobre todo frente a la ignorancia y a la envidia. Pero bien sé que Cintio es de los que miran más allá, como lo hizo José María Heredia, el propio Martí y Julián del Casal, hacia el sol que despunta sobre el horizonte y se muestra cálido entre las palmas.



Recordando a Panchito Pérez Guzmán*

Zoila Lapique

Investigadora, historiadora y escritora

A mediados de la década del sesenta del pasado siglo xx me encontraba en la Sala de Lectura de la Colección Cubana de la Biblioteca Nacional José Martí cuando observé a un joven delgado y de pequeña estatura, vestido con uniforme verde olivo, quien hurgaba afanosamente en los ficheros del Departamento. Con antelación, una vieja usuaria me había hablado de ese joven y le había sugerido que me viera en la Biblioteca. Así que solícita me dirigí a él y le pregunté si podía ayudarlo en su búsqueda. La respuesta no se hizo esperar: quería acopiar información sobre su pueblo, Güira de Melena, para escribir su historia. Como referencista especializada me había enfrentado en diversas ocasiones con tales demandas, pero esta vez, lo confieso ahora, me agradó la resolución y firmeza que oí en su voz y vi en sus ojillos vivarachos y pequeños. Se inició así una larga y profunda amistad entre Francisco (Panchito) Pérez Guzmán y yo.

Y digo amistad para calificarla de algún modo, porque en realidad desde un inicio derivó en algo más profundo y



entrañable: los vínculos naturales que existen entre una madre y un hijo. Pero como yo me llevo muy bien con Angelita, que es la madre de sangre de Panchito y una excelente mujer, debo decir que este esforzado creador es mi hijo intelectual. Como también pudiera decirlo de estar vivo el doctor Luis Felipe Le Roy, excelente profesor de Química, hombre cultísimo e historiador de la bicentennial Universidad de La Habana y maceísta reconocido.

Casi a diario acudía Panchito a nuestra Sala y allí escribía o pulía lo escrito el día anterior. Ambos, el doctor Le Roy

* Panchito falleció el 21 de mayo de 2006.

y yo, leíamos con gran trabajo y paciencia sus papeles, pues la grafía de Panchito nos inspiraba pavor. Yo me sentaba a su lado y él me leía sus escritos, así discutimos hechos, ideas, vocablos, expresiones, lo que quería decir en sus líneas... Le Roy también hacía lo mismo. Los dos nos sentíamos a veces un poco desanimados, pero al final llegábamos a una misma conclusión: estábamos ante un sensible y verdadero historiador a pesar de sus limitaciones por su poca formación escolar. Por ello decidimos ayudarlo en todos los sentidos. Y en esta tarea de adentrarlo en lecturas y conocimientos recibimos ayuda de otros amigos y compañeros: la experiencia de mi hermana Rosa como profesora, de Elena e Hilda Giráldez, de la anciana maestra de Español Graciélita Sánchez, entusiasmada por ampliar el vocabulario de Panchito y sus expresiones. De esa forma, palabras, frases nuevas aprendidas, enseguida las incorporaba a su vocabulario y a sus escritos dando tal prodigioso salto de calidad que era el comentario y la admiración de las personalidades que se aglutinaban a diario en la Sala Cubana. Recordamos a Manuel Moreno Fraguas, Jorge Ibarra, Carlos del Toro, Ana Cairo, Olga Cabrera, Cintio Vitier, Fina García Marruz, Roberto Friol, profesores de la stirpe

de una Hortensia Pichardo y sus alumnos convertidos a su vez en profesores.

Panchito era incansable y siempre quería saber más. Así se preparó para ingresar en la Universidad de La Habana. Recibimos ayuda y estímulo de profesoras como María del Carmen Barcia, Bertha Álvarez y otras. De esta etapa Panchito salió airoso con su título de oro en el curso para trabajadores y yo fui como su madrina a su graduación en una noche inolvidable para ambos. Debo decir que me siento muy orgullosa con ese hijo que ha superado a su madre con tantos libros escritos sobre historia patria y sobre Iberoamérica. Mis amigos y compañeros de las aulas universitarias Rodolfo Sarracino, Héctor Danilo, Rafael Polanco y Abelardo Padrón también sentían profunda admiración por este muchacho tan sencillo e inteligente empeñado en escribir historia. Y para no agobiarlos más: yo, como Premio Nacional de Ciencias Sociales en el 2002, tuve el orgullo de nominarlo a partir del 2004 para igual galardón que recibirá en breve. Fui la primera en enterarme por el propio Panchito y por Miguel Barnet, quien tuvo la gentileza de llamarme para comunicarme su justo y merecido premio. Y doy gracias a Dios por haberme concedido la dicha de tener tal hijo.

¿Por qué así?

Marta B. Armenteros

Editora

Desde que se inició este año 2006, la señora muerte ha estado presente entre nosotros, la Biblioteca Nacional José Martí, y siempre me pregunto, ¿por qué fallecen personas buenas y trabajadoras cuando están en las mejores etapas de su vida?

Desgraciadamente, nunca hallo la respuesta adecuada.

El 16 de enero, la bibliógrafa Josefina García Carranza, paciente y bondadosa, quien siempre estaba dispuesta a ayudarnos o a dar la información adecuada a cualquier usuario, nos dejó. El año anterior había recibido, en conjunto con su hermana Araceli, el Premio Anual de Investigación 2005 por la *Biobibliografía de Eusebio Leal*, aunque mereció muchos más por su labor incansable y constante.

Posteriormente, nos enteramos de la repentina enfermedad y posterior fallecimiento, el 21 de mayo, del investigador Francisco Pérez Guzmán (Panchito), el cual, aunque no trabajaba en la institución, inició su vida intelectual aquí y era considerado como un integrante más de nuestro colectivo laboral. Fue merecedor del Premio Nacional de Ciencias Sociales 2004. Panchito expresó en un trabajo para homenajear el centenario de la Biblioteca:

En Colección Cubana se gestó mi investigación histórica sobre la guerra de la independencia en La Habana y la muerte de Antonio

Maceo en el combate de San Pedro el 7 de diciembre de 1896. Libro que recibió la solidaridad de Elena Giraldez, Luis Felipe Le Roy y Zoila Lapique al financiar los gastos mecanográficos.

[.....]

Al cumplir cien años la Biblioteca Nacional José Martí con profundos cambios, preserva su función tradicional de contribuir a la vieja formación y desarrollo de la intelectualidad cubana.

El 31 de mayo muere, también de forma rápida, Violeta Pérez Leal, bibliotecaria que trabajaba en el Departamento de Bibliografía Cubana con impecable experiencia. Fue jefa del Departamento de Naciones Unidas, de Publicaciones Seriadas y de Procesos Técnicos, pero últimamente laboraba en la sección del Índice de Publicaciones Seriadas, importante material de referencia de la Institución, y se estaba preparando para comenzar la maestría en Información Científico-Técnica y Bibliotecología.

Después nos llegó la noticia, en julio, de que Josefina González, conocida como Chepina o Chepi por todos, desaparecía físicamente. Ella laboró durante años en el Departamento de Procesos Técnicos y era especialista en la catalogación de materiales especiales y esos conocimientos los volcó en la creación de las normas de procesamiento de dichos documentos. Era una persona amable, siempre dispuesta a dar su experiencia a todos.

Todos llevaban años presentes en la Biblioteca con sus trabajos silenciosos y útiles; Panchito con su sonrisa y su modestia infinita.

Y vuelvo a preguntarme, ¿por qué ellos, por qué? Y sigo sin respuesta en este vacío en el cual nos han dejado, y confío en que dondequiera que estén, nos seguirán guiando y ayudando, y contribuirán a que la Biblioteca continúe siendo una institución insignia de la cultura de Cuba.



Tobón Mejía en Cuba

Nydia Sarabia

Historiadora y periodista

Poco se ha escrito en Cuba acerca de la vida y obra del escultor colombiano Marco Tobón Mejía, gran artista que nació en Santa Rosa de Osos, Antioquía, el 24 de octubre de 1876 y falleció en París. Es una figura poco tratada por los estudiosos del arte en Cuba y también en América Latina.

Tobón Mejía fue alumno en París de J. E. Laurens. Esculpió grandes monumentos en Colombia, como pionero de lo que luego haría su compatriota Fernando Botero; esto sin hacer comparaciones. Además realizó placas y medallas.

Entre esas obras monumentales que figuran en el catálogo de sus creaciones, se encuentra la estatua que realizó del patriota cubano, el ingeniero Francisco Javier Cisneros y Correa, nacido en Santiago de Cuba y uno de los más prominentes colaboradores del presidente de la República en Armas, Carlos Manuel de Céspedes, quien trajo a Cuba expediciones armadas como la del *Hornet*, entre otras, las que mantuvieron viva la llama de la lucha en la isla durante la Guerra de los Diez Años.

Cisneros es uno de los héroes de Colombia y también de Cuba, pues su valentía, abnegación y honestidad lo llevaron a lanzarse a la mar junto a los patriotas que venían de Venezuela, Colombia, Centroamérica y los Estados Unidos para incorporarse a las huestes

revolucionarias. Fue fundador del Ejército Libertador cubano y su participación en la guerra lo hizo merecedor del grado de general de brigada.

Diego Guerrero, al referirse a Cisneros en *El Tiempo*, de Santafé de Bogotá, en la edición del 30 de mayo de 1994 apuntaba: “Un Cisneros monumental con cuerpo de bronce, fue puesto mirando hacia el norte. Al llegar de París, con su pedestal de mármol de tres metros y medio, la estatua fue puesta en el centro de la plaza de mercado que llevaría su nombre”.

En 1980, debido al progreso de Medellín, se amplió la calle San Juan y los funcionarios del municipio determinaron que la estatua del benefactor de Barranquilla fuera trasladada al museo de Antioquía. Allí permaneció por mucho tiempo y al restaurarse la estación de la ciudad, la efigie, sin el pedestal, fue colocada en el interior del edificio. Posteriormente, la imagen de Cisneros fue mostrada en una exposición ubicada en la sala aledaña al lugar que hoy ocupa, en la Alpujarra, en Medellín, libre de hongos y totalmente restaurada.

Fue así como se hizo justicia en Colombia no sólo a Cisneros, el constructor de gran parte de los ferrocarriles de esa nación latinoamericana, sino también al realizador de su estatua, el escultor Tobón Mejía.

Esa obra monumental es un símbolo permanente de la amistad, solidaridad y cooperación de aquel insigne ingeniero cubano que fue Francisco Javier Cisneros, más conocido en Colombia que en su propia patria. Por eso es motivo de orgullo de todos los colombianos el mostrar a las nuevas generaciones la imagen de esa personalidad, protagonista

singular de una etapa de progreso tecnológico y económico para el rico país sudamericano.

Cisneros fue también precursor del rescate de la naturaleza. A su residencia le puso La Floresta, pues era lo que hoy llamamos un ecologista que había aprendido a amar a los árboles, los animales, el paisaje, los ríos y el mar al extender entre las selvas kilómetros de vía férrea y lograr que a través del caudaloso río Magdalena surcaran vapores de carga y pasajeros adquiridos por él en Inglaterra por orden del gobierno colombiano, como un antecedente del transporte fluvial de ese país. Ese gigantesco proyecto lo llevó a cabo a pesar de los contratiempos, dificultades y diversos problemas económicos y políticos de la época, entre ellos la guerra civil.

Cisneros conquistó la selva y el río, pero también adquirió el paludismo. Fueron ocho años de labor interrumpida para que Colombia pudiera abrirse paso hacia el futuro y fortalecer su economía.

Efe Gómez escribió en *El Herald*o, de Barranquilla:

La estatua de Cisneros

No: no veo yo a Cisneros como lo creó Tobón Mejía en su bronce victorioso: Erguido en pedestal de mármol blanco repujado de titanes, que en la serenidad del cinemático reposo de sus músculos gloriosos, aparecen elevarlo y sustentarlo en la culminación de la apoteosis. No: no veo yo así a Cisneros.

Lo veo en su crepúsculo.

Cuando se hubo convencido de que era fuerza abandonar su obra, retraerse a la inacción, la salud arruinada, el alma amarga.

Forjóme yo en el héroe entonces, tácito y sombrío, recogidos los brazos sobre el pecho, en pie sobre un cima de los Andes, recorriendo con ojos melancólicos el relieve azul de las tierras Antioqueñas.

En esas cubres cimera, la bóveda del cielo aparece mayor que media esfera, y el ojo se sumerge en lejanías más hondas que la traza ideal del horizonte en lo infinito.

A los pies del héroe, tocado por el sol de oro de la tarde, se tiende vago el relieve azul de las montañas antioqueñas.

Allá piensa: Están sembrados las cunas y los sepulcros de una raza por entre boquerones de esas crestas a través de las faldas de esos montes, a lo largo de sus torrentes y riachuelos, he soñado yo tener fantástica vía férrea que unir lograse el Magdalena con el Cauca. Palmo a palmo he hoyado todo eso. En mis dilatadas excursiones he tejido mi vida a la vida de esas gentes fuertes, viriles y pacientes que como los griegos tuvieron por hermana de leche a la pobreza.

El monumento a la memoria de Cisneros realizado por Tobón Mejía en 1923, fue construido en bronce y el pedestal en mármol. Se encuentra en el centro administrativo de Alpajarra, Medellín.

En el centenario de la venida al mundo de esa gran intelectual criolla, indiana, como solía llamarse, que fue Gertrudis Gómez de Avellaneda, nacida en el viejo Puerto Príncipe en Camagüey, el 23 de marzo de 1814, un grupo de cubanos rindió homenaje a su memoria imperecedera y se mandó a esculpir

una medalla de oro. Cúpole tal responsabilidad a Marco Tobón Mejía. Esa medalla, hoy casi desconocida, fue realizada en Italia por el escultor. El anverso es un retrato muy ejecutado de la insigne Tula Avellaneda. El reverso contiene un elegía simbólica de la creadora. Esto fue en 1914.

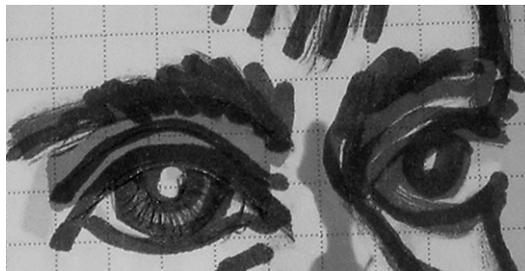
El escultor Marco Tobón Mejía fue y es un artista admirado en Cuba, aunque tenemos una deuda de gratitud hacia él, pues debe estudiarse su hoja de vida para que las nuevas generaciones le conozcan en toda su dimensión artística e histórica.

Bibliografía consultada

GUERRERO, DIEGO. *El Tiempo* (Santafé de Bogotá) 30 de mayo de 1994.

MAYOR MORA, ALBERTO. El ingeniero Francisco Javier Cisneros. *Ibíd*em, mayo 1998:4a-7.

SARABIA, NYDIA. Francisco Javier Cisneros y los cambios de hierro en Colombia / 1ª ed. En: *Cuba-Colombia: una historia común*. Bogotá: Ministerio de Relaciones Exteriores de la República de Cuba. Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales. Bogotá EUN. Editorial Universidad Nacional. Colombia, mayo 1995. pp. 93a-104.



Traducción al español de dos textos en latín de José Rubinos

Amaury B. Carbón Sierra

Latinista y profesor de la Universidad de La Habana

Sacerdote jesuita al igual que su “hermano Antonio”, José Rubinos y Ramos, nació en La Coruña (Galicia, España) el 3 de abril de 1898. Desarrolló una labor cultural y educativa importante en La Habana, donde residió durante más de tres décadas, colaboró en el *Diario de la Marina*, dirigió las revistas *Belén* (1929-1939), *Ecos de Belén* (1938-1943), órganos del Colegio de Belén de la Compañía de Jesús, y fue profesor de Literatura esos años en aquel centro, hasta trasladarse a Miami, Florida, en 1961. Allí murió el 3 de diciembre de 1963, a los sesenta y cinco años. Con anterioridad había vivido en La Coruña, Bogotá y Quito. En Cuba publicó dos libros: *Selección de cien artículos y ensayos cortos* con Prólogo de Gastón Baquero (La Habana, Impresores Úcar, García, 1957, 300 páginas), y el poemario *Roble y palma* (La Habana, Imprenta Antigua de Valdeparés, 1933, 109 páginas). Fue Académico de Honor de la Real Academia Gallega a partir de 1940, y miembro correspondiente de las academias de la lengua colombiana y cubana. De acuerdo con la crítica, sus grandes obras como escritor parecen

ser, *Covadonga*, epopeya en quince gestas, texto gallego y versión castellana, y el fragmento épico “A xesta de cómo América nasceu da melodia”.

José Rubinos y Ramos había realizado sus estudios superiores en la Universidad de La Habana. Según su expediente académico, número 25 284 de 1934 del Archivo Histórico, el 27 de enero de ese año matricula Filosofía y Letras en la Universidad, luego que la Comisión de Títulos de La Habana equipara el suyo de Bachiller en Filosofía y Letras otorgado por el Colegio Nacional de San Bartolomé, Oficial de la República de Colombia. En ese centro había estudiado latín en el quinto y sexto curso. En Bogotá se doctoró en Teología.

Los datos más significativos del expediente universitario de Rubinos son las calificaciones de Sobresaliente —las máximas de entonces— que obtuviera en las dieciséis asignaturas de la carrera, correspondientes a los cursos 1933-1934, 1937-1938 y 1938-1939. Entre ellas se hallaban tres cursos de Lengua y Literatura Latinas, tres cursos de Lengua y Literatura Griegas, uno de Lingüística, uno de Filología Clásica,

y otro de Historia Antigua y Medieval. Sus profesores de Latín fueron Vicentina Antuña y Adolfo de Aragón, “romano de alma e ingenio, con su guayabera criolla que se revestía de la dignidad de la toga”; los de Griego, Manuel Bisbé y Mercedes Labourdete; el de Lingüística, Juan M. Dihigo, “el insigne humanista y lingüista”.²

Aunque concluyó la enseñanza oficial en 1939, no fue hasta el 28 y 29 de julio de 1942 cuando, efectuados los pagos de los derechos del grado de Doctor en Filosofía y Letras y la designación del tribunal por el decano de la Facultad Roberto Agramonte, se realizaron los ejercicios, los cuales recibieron la votación de Sobresaliente del tribunal examinador, integrado por Juan Miguel Dihigo y Mestre como presidente; Salvador Salazar y Rois, vocal; y Calixto Masó y Vázquez, secretario. La tesis defendida fue “Miguel Ángel, poeta”, y el tema seleccionado al azar para su desarrollo: “El romanticismo y sus características”. El título de Doctor le fue expedido el 5 de agosto de 1942 (folio 6, número 131).

José Rubinos y Ramos forma parte también de nuestra tradición clásica como autor neolatino; de ahí que subrayáramos sus estudios de esas asignaturas y otras afines, aunque en todas obtuvo la máxima calificación. De él se conservan en el Archivo de la Real Academia Gallega (carpeta 212-5) dos poemas en latín: *Duo angues (apologus asceticus)* y *Ad Magistrum*.¹ Del primer poema, existen dos versiones manuscritas en el Archivo de la Real Academia Gallega (carpeta 212-5), de la que fue miembro de honor. Una está datada en

Bogotá en 1919, y la otra en 1920. Las diferencias entre una y otra versión las indica Xesús Ferro Ruibal en notas.

Ofrecemos seguidamente nuestra versión castellana del poema:

Dos serpientes

No hay gloria sin sacrificio

Iban por la pradera dos serpientes de grandes ojos que rozaban con su pecho lúbrico la blanda hierba, cuando una de ellas, volviendo la cabeza e inflando su lívida cola, dijo: “Dilecta culebra, ya no quiero serpear ni deseo terminar en una piel vieja y la forma de una serpiente”.

A esta le dice Cobarde (es el nombre de ese reptil): “Oh, Valiente, yo también así lo deseo. Pero di cómo”. Valiente le responde: “He aquí un ciruelo silvestre. Despojémonos de la piel frotando los cuerpos contra las espinas”.

Pero Cobarde le replica con ardor: “¡Qué yo frote la piel contra las espinas...! ¡No haré tales cosas, amigo...! Y es más, aunque mude la piel, seré siempre una serpiente”.

Valiente le respondió: “¿El propio Dios no puede sacar palomas de las negras serpientes celestes?”.

“Oh, infeliz Cobarde, frota tú el lodo. Yo no quiero”. Así dice, y el hirsuto bosque se cubre de espinas.

Entonces se escucha el estridor de la piel, de las espinas... Luego nada más...

Pero de pronto hiere el aire un aleteo. Aparece una hermosa paloma surcando el claro cielo. Asciende audaz, y más rápido que las alas del rayo.

[.....]

Pero la otra serpiente murió por temor a las espinas.

De la segunda composición latina titulada *Ad magistrum*, existen en el mismo fondo dos copias mecanografiadas. Sólo difieren en la dedicatoria manuscrita: una dice *Al Dr. Adolfo Aragón*, y la otra, *Al Dr. Adolfo Aragón, profesor de la Universidad*. Las dos llevan la firma de José Rubinos, pero la de la dedicatoria más larga agrega “1939?”. Según Ferro Ruibal, en cuyo trabajo nos basamos, la interrogación indica que el autor no estaba seguro de la fecha en que redactó los versos, por lo que consigna la de la época en que se doctoró en Filosofía y Letras en la Universidad de La Habana. En realidad, como hemos visto, ese año había concluido la carrera, pero no se había titulado. Adolfo de Aragón y Muñoz (La Habana, 1864-1954), profesor Emérito de la Universidad, fue un prestigioso catedrático de Lengua y Literatura Latinas. En su fructífera carrera ascendió a importantes cargos como el de decano en varias ocasiones y el de rector de la única universidad existente entonces.

He aquí nuestra propuesta de traducción:

“Al Maestro”

Llevado por el placer, más allá de lo habitual, quisiera recoger las flores amenas del jardín de Virgilio, y ceñir la frente del famoso y querido maestro.

Por ti recorro los prados del amable Marón, y me es dado llevar la mano

a las puras fuentes venusinas. También conmigo habla Cicerón, la gran gloria de Roma. Corre veloz y huye el irreparable tiempo, se desliza como un río y se lleva las silenciosas horas y creemos siempre que lo [que ha] pasado es lo mejor; sin embargo, tendrás por los siglos de los siglos un nombre famoso: en lo hondo del corazón de tus alumnos permanece guardado. El Venusino canta los versos del severo Orbilio; pero nosotros cantaremos al docto y afable Aragón.

Notas

¹ Agradezco al doctor Xesús Ferro Ruibal, el envío de su imprescindible estudio *Tres escritores latinos na Galicia do século XX* (Santiago de Compostela: Centro Ramón Piñeiro para la Investigación en Humanidades, 1999), y a la licenciada Yolanda Vidal, responsable del Fondo Gallego del Instituto de Literatura y Lingüística, hacerlo llegar a mis manos. Agradezco también a la licenciada Dania Vázquez Matos, del propio Instituto, su documentado trabajo “José Rubinos, su obra literaria y periodística en Cuba”, publicado en Galicia en el 2002; así como la colaboración de los compañeros del Archivo Histórico de la Universidad de La Habana, principalmente de su directora Hilda León, y de las eficientes Maelis Santos y Roxana Madruga.

² Calificativos de Rubinos a sus profesores en el artículo “En el día de los doctores de Ciencias y Letras” (*Selección de cien artículos...*, p. 48).

Elogio de un *Bembé*... (a propósito del último libro de la doctora Ana Cairo)

Amauri Francisco Gutiérrez Coto

Crítico literario

Ha aparecido recientemente bajo el sello de Publicaciones Acuario del Centro Félix Varela un ensayo que enseguida se ha vuelto imprescindible para la cultura cubana. Recorre la historia del cimarrón a través de diferentes hitos de nuestra historia. No aparece reducido, como tantas veces ha ocurrido, a su arista folklórica y se le presenta desde una perspectiva que trasciende los límites de la cuestión racial. En efecto, el cimarrón hace muchos años dejó de ser patrimonio de una raza para convertirse en fundamento de una nación. No debe verse sólo en su condición de arquetipo épico, aunque es imposible dejar de verlo un poco así e ignorar tantas décadas de tradición hermenéutica. Ha llegado el momento de considerar al cimarronaje desde una dimensión menos restrictiva. Llegó la hora de la reevaluación justa de un tema viejo. El tiempo ha terminado por colocarlo en su sitio.

La profunda relación entre el cimarronaje y la cultura cubana queda evidenciada en las más disímiles áreas. Ese vínculo tan estrecho es signo de

una conciencia colectiva que desde siempre supo de la futuridad de ese fenómeno para lo cubano. Aquello que otrora estaba en nuestro subconsciente social hoy se nos muestra con una claridad meridiana.

Hay en el cimarronaje la manifestación de una eticidad que es anterior a nuestra cultura letrada y que la supera y antecede en el tiempo. Fue la primera manifestación de un proceso que más adelante cuajaría en los proyectos políticos emancipatorios decimonónicos del pueblo cubano. Casi nos atreveríamos a afirmar que la ética popular en Cuba es anterior a la política, la precede, y este hecho no es mera prioridad cronológica sino esencia nacional.

Hubo en el cimarronaje una utopía social implícita. El palenque es nuestra utopía. No faltará quien diga que no hay otra mejor que la de Santo Tomás Moro, pero no dejará de resultar enormemente pertinente el hecho de haber aparecido de manera espontánea y no de la mano de la cultura letrada, que venga como una necesidad y no como una teoría. Ahí radica la diferencia

fundamental entre las utopías americanas y las europeas. Se podrían buscar otros rasgos comunes entre las utopías sociales que buscan la dignidad verdadera del hombre en América, pero nadie podría negar que este sea uno de ellos. El palenque es manifestación de esa necesidad intrínseca del hombre de una utopía social que va más allá de las urgencias de la cultura intelectual. La utopía es una necesidad antropológica del hombre y el cimarronaje es signo de ello. Ahí está la demostración de que el retorno edénico es un imperativo de todo ser humano. Ese retorno que para algunos es una metáfora de la utopía social y para otros esperanza real.

Un estudio minucioso del cimarronaje nos revela una propuesta antropológica que se fue estructurando como respuesta a una situación de falta de dignidad humana. El cimarronaje es, por tanto, una estrategia de dignificación de la condición humana frente a situaciones que esclavizan. Faltaría, entre los rasgos definitorios de la cubanidad de *Lo cubano en la poesía*, definir el aporte del cimarronaje a la identidad del cubano en cuanto ser humano. Ser cubano es

y será siempre ser cimarrón con independencia del color de la piel.

Ser cimarrón no significa necesariamente ver la solución de algún problema como huida sino como búsqueda de refugio y resistencia. Se trata de dar soluciones alternativas que persiguen aferrarse a esa necesidad consustancial al ser humano de vivir en la tierra una utopía.

Este libro de la doctora Ana Cairo persigue abrir un nuevo espacio de indagación dentro de los imaginarios tradicionales del cubano. Es una nueva mirada imprescindible y fecunda. El libro cuenta además con una acertada selección de documentos que completa y apoya el itinerario reflexivo del ensayo, pero al mismo tiempo incita a los investigadores a recorrer nuevas rutas. Ese es el caso del problema de la esclavitud como cuestión teológica del pensamiento cubano y de la práctica pastoral católica como intento de solución parcial a lo que sólo la independencia definitiva podría resolver.

El tema del cimarronaje es viejo en la reflexión ensayística nacional, aunque ahora regresa con nuevos bríos y abriendo otras puertas.

